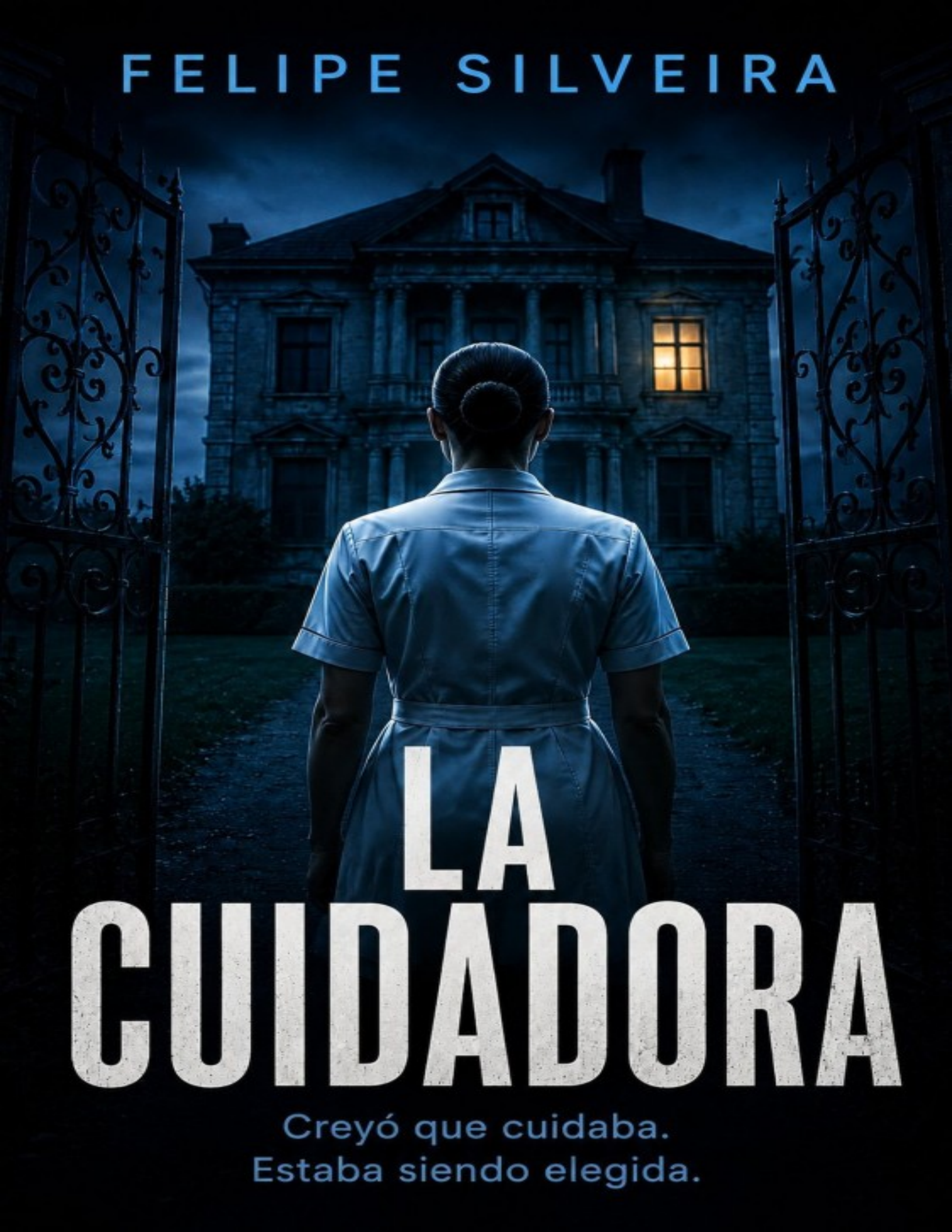
FELIPE SILVEIRA



LA CUIDADORA

Creyó que cuidaba.
Estaba siendo elegida.

A Cuidadora

Creyó que cuidaba. Estaba siendo elegida.

Felipe Silveira

© 2026 Felipe Silveira

Todos los derechos reservados.

Edición en español.

Título original en portugués: *A Cuidadora*.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Coda

Epílogo corto

Prólogo

El mármol está frío bajo mis pies.

Debería estar usando zapatos. Lo sé. Hay una parte de mí — la parte enfermera, la parte que todavía funciona después de todo — que repite en algún lugar del fondo de la cabeza que correr descalza en el invierno de la sierra es como pedir una neumonía. Que mañana voy a pagarlo caro. Que si sobrevivo hasta mañana, voy a toser sangre la semana que viene.

Tiene gracia pensar en "semana que viene" ahora.

Aprieto el bulto contra el pecho. La sábana pesa. También está húmeda, en un lugar que no debería estar húmedo, e intento no pensar en lo que eso significa. Eso se aprende en enfermería — no pensar en lo que las cosas significan mientras todavía estás haciendo. Pensar es después. Pensar es el lujo de quien llegó a casa.

Yo no voy a llegar a casa.

El pasillo es largo. Ya pasé por él cien veces este mes. Llevando bandejas. Llevando remedios. Llevando aquella libretita idiota donde Bárbara me mandaba anotar todo lo que doña Lúcia decía, como si fueran desvaríos de una vieja sin juicio. Anoté. Fui tonta. Anoté todo derechito con mi letra de alumna aplicada y se lo entregué en las manos a ella creyendo que estaba ayudando.

Creyendo que ella era el lado correcto.

Pasos detrás de mí. No corro más rápido. No puedo. El bulto es demasiado pesado y el mármol demasiado resbaladizo y ya me caí una vez en la escalera, ahí atrás, y la rodilla me late de un modo que

reconozco — ligamento. Tal vez fractura. Voy a descubrirlo después, si hay después.

—Clara, querida.

La voz le sale dulce. Le sale siempre dulce. Así fue como me engañó desde el primer día, y así fue como engañó a todo el mundo antes de mí, y juro por Dios que si salgo viva de esta casa voy a escribir un libro sólo sobre cómo el modo dulce de la gente es la cosa más peligrosa del mundo.

—Clara, querida, no puedes salir con eso.

Miro hacia adelante. La puerta de la capilla está a veinte metros de ahí. Después de la capilla, el sendero. Después del sendero, la carretera. Después de la carretera, alguien. Cualquier persona. Un camionero. Un panadero madrugador. Un perro callejero que ladre y despierte a alguien en una ventana. Cualquier cosa que no sea esta casa.

—No entiendes lo que estás haciendo, Clara.

Sí entiendo.

Ahora entiendo.

Me llevó treinta y dos días entender, y cada uno de esos días costó algo que no sabía que tenía para perder. Costó mi noción de lo que es normal en una casa. Costó mi confianza en un té caliente servido por manos arregladas. Costó mi capacidad de dormir con la luz apagada. Costó tres kilos. Costó una amiga que intentó llamarme y no pudo. Costó una vieja de setenta y ocho años que era la única persona lúcida en esta mansión y a la que nadie — *nadie* — escuchó durante seis años porque era más fácil creer que estaba demente que creer que la hija no era la hija.

Costó a Júlia.

Costó a Marlene, a quien nunca conocí y cuyo nombre supe demasiado tarde.

Costó a Antônio, el jardinero, cuya moto sigue cubierta con una lona en la garaje como si él fuera a volver a ella mañana por la mañana.

Y va a costar más, si no llego a la puerta.

—Clara.

Más cerca ahora. Oigo el taco de ella en el mármol. *Tac. Tac. Tac.* ¿Quién usa tacos a las cuatro de la mañana para perseguir a alguien? ¿A quién le importa estar bonita para algo así?

Ella.

Siempre ella.

Llego a la puerta de la capilla. La empujo con el hombro porque las dos manos están ocupadas con el bulto. La puerta cruje y cede y el aire frío de afuera me golpea la cara como una cachetada de madre brava. Me paro un segundo. Sólo uno. Miro hacia abajo. A la sábana en mis brazos.

Hay una mancha grande en la tela. Oscura. Sigue creciendo.

—Perdóname —susurro. No a Bárbara. Nunca a Bárbara—. Perdóname. No sabía qué más hacer.

El bulto no responde.

Yo sabía que no iba a responder.

Cierro los ojos un instante y respiro el aire helado de la sierra. Olor a monte mojado. Olor a tierra. Olor a hortensia, porque incluso en invierno esas malditas hortensias huelen, y nunca más en la vida voy a poder pasar por un cantero de hortensias sin vomitar.

Tac. Tac. Tac.

Detrás de mí, en la entrada del pasillo, la voz de ella se vuelve distinta. Deja de ser dulce. Deja de ser nada. Se vuelve sólo una frase, plana, baja, del modo en que le hablaba a doña Lúcia cuando creía que nadie escuchaba:

—Debiste haber comido la sopa, Clara.

Abro los ojos.

Y salgo corriendo en la noche, sosteniendo lo que quedó, descalza, con la rodilla gritando y la sábana goteando, en dirección a una carretera que tal vez exista del otro lado del mundo.

Capítulo 1

El café sabía a agua quemada.

Lo sabía cuando lo pedí. Una siempre lo sabe, en realidad — esos cafés de panadería cerca de la terminal de buses, servidos en taza de vidrio grueso, con un sobrecito de azúcar aplastado en el platillo. Lo pedí igual porque costaba dos reales y porque necesitaba una excusa para ocupar la mesa del rincón, que era la única con tomacorriente cerca y Wi-Fi razonable. No la mejor mesa para una entrevista de trabajo. Pero era la mesa que tenía.

Mi notebook tenía la pantalla rajada en una esquina. Se podía disimular inclinándola un poco a la izquierda. Había practicado el ángulo la noche anterior, en el monoambiente, frente al espejo del baño, sintiendo ese tipo de vergüenza específica que sólo visita a la gente endeudada a las tres de la madrugada.

Catorce y cincuenta y ocho.

La entrevista era a las quince.

Me toqué el pelo. Me toqué el cuello. Toqué la taza, que seguía con ese café asqueroso intacto. Miré a la mujer del cajero, que tecleaba en el celular con uñas de gel rosadas, y pensé por enésima vez que existen dos tipos de mujer en el mundo: las que logran mantener uñas de gel y las que no. Yo nunca había podido. Incluso antes de que todo se derrumbara, incluso cuando todavía estaba casada y todavía era enfermera del São Lucas y todavía creía que la vida iba en alguna dirección, mis uñas vivían comidas hasta el ras.

Catorce y cincuenta y nueve.

La videollamada entró en el segundo exacto de las quince horas.

No fue un segundo antes. No fue un segundo después. Lo noté. Las que cuidamos gente mayor aprendemos a notar a quien llega a la hora exacta — generalmente es alguien con prisa por examinarte antes de que tú lo examines.

—¿Clara? —dijo la mujer, y sonrió antes de que yo respondiera.

—Soy yo. Hola.

—Eres más bonita que en la foto del currículum.

No supe qué responder. Una nunca sabe qué responder cuando alguien empieza una entrevista de trabajo comentando tu cara. Creo que esbocé media sonrisa. Creo que dije *gracias*. Creo que me dieron ganas de cerrar el notebook e irme, y me dieron más ganas todavía de no irme, porque el alquiler atrasado era de dos meses y la tarjeta de crédito era de cinco mil ochocientos reales y la universidad de mi padre no estaba pagada y mi padre estaba muerto desde hacía seis meses, lo que convertía la deuda de la universidad de mi padre en una broma cósmica de un gusto particularmente malo.

—Soy Bárbara —dijo—. Bárbara Vasconcelos. Intercambiamos correos.

—Me acuerdo. Hola.

Estaba en una sala que parecía haber sido decorada por alguien que vio una revista de decoración inglesa en los años ochenta y nunca más cambió de idea. Estantería de madera oscura detrás de ella. Libros de lomo uniforme — de ese tipo que nadie lee, sólo compra por metro. Una lámpara de pie con pantalla verde. Un óleo de un caballo. Ella misma, Bárbara, llevaba blusa de seda crema y collar de perlas, con el pelo rubio en un corte caro de unos trescientos reales que probablemente llamaba *despreocupado*.

Fue lo primero que pensé de ella.

Que era la mujer que llamaba trescientos reales algo despreocupado.

—Trabajaste en el Hospital São Lucas hasta enero —dijo, leyendo del papel—. Seis años. Geriatría. ¿Por qué te fuiste?

Ahí está. Siempre hay un ahí está, en toda entrevista de trabajo, y esta vez vino en la tercera frase. Tragué el café quemado para ganar tiempo.

—Renuncié. —La frase me salió derechita. La había ensayado—. Mi padre se enfermó. Cáncer de páncreas. Quise cuidarlo en casa en los últimos meses.

No era mentira. Era sólo la mitad.

La otra mitad no la conté, y ella no preguntó, y por un segundo pensé que tal vez no sabía. Que tal vez el São Lucas hubiera sido discreto en la carta de recomendación. Que tal vez nadie hubiera mencionado el nombre de doña Iracema, ochenta y cuatro años, cama 312, que dejó de respirar a las tres y quince de la mañana mientras yo le cambiaba la sonda y que, según la auditoría interna, tal vez hubiera dejado de respirar porque yo le cambiaba la sonda mal, o porque tardé en llamar al médico, o porque hice algo que juro hasta hoy que no hice.

Fui exonerada. Salió en el informe. *No hubo evidencia de negligencia por parte de la profesional.*

Pero la frase *no hubo evidencia* es una frase de abogado, no es una frase de absolución. Todo el mundo en el hospital lo sabía. Todo el mundo me miraba del mismo modo durante las tres semanas siguientes. Y cuando mi padre empezó a empeorar de verdad, agarré ese pretexto como quien agarra un chaleco salvavidas agujereado y me lancé al agua.

—Lo siento por tu padre —dijo Bárbara, y parecía sentirlo de verdad —. ¿Fue reciente?

—Octubre del año pasado.

—Lo siento de nuevo. —Tocó los papeles—. Mi madre tiene demencia vascular. Etapa avanzada. Hay días que me reconoce, hay días que cree que soy una niñera de su infancia. La enfermera que estaba con nosotras tuvo que volver a Maranhão. Su madre se enfermó. Cosas de la vida, ¿no? Una cuida a una madre y tiene a una madre que la necesita en otro lugar.

—Cosas de la vida —repetí.

—El puesto es interno. Duermes en la casa. Vivimos en una finca en la sierra, cerca de Campos do Jordão, pero más apartada. Es tranquilo. Es lindo. Hay monte alrededor. —Sonrió—. ¿A la señora le gusta el monte?

Era una pregunta extraña. Pero Bárbara preguntaba todo con ese modo de quien va marcando casillas en una ficha, así que respondí que sí, me gustaba el monte, aunque nunca había pasado más de tres días seguidos lejos de una avenida con semáforo en toda la vida.

—Salario —dijo, y fue la primera vez que dejó de sonreír, y fue cuando entendí que ya había decidido contratarme antes de que empezara la llamada—. Dieciocho mil reales al mes. Neto. Habitación, comida, lavandería. Plan de salud a partir del tercer mes. Franco cada quince días.

No respondí.

La taza de café tembló un poco en mi mano y la apoyé en el platillo para que Bárbara no lo viera. Dieciocho mil reales era tres veces lo que ganaba en el São Lucas. Era cuatro veces lo que estaba ganando ahora, haciendo turnos de fin de semana en un asilo de

Cotia donde el olor a orina no salía de las paredes. Era la deuda de la tarjeta en un mes. Era el alquiler atrasado en tres semanas. Era el tipo de número que mujeres como yo, sentadas en mesas con tomacorriente cerca, no escuchan un sábado por la tarde a menos que algo esté muy, muy mal.

Debería haber pensado eso.

Pensé otra cosa.

Pensé: *por fin.*

—Acepto —dije.

Bárbara se rió. Se rió de verdad — una risa corta, sorprendida, como si no esperara que fuera tan fácil.

—Clara, querida, ni siquiera preguntaste los detalles todavía.

—¿Qué detalles?

—De mi madre. De la rutina. De la casa.

—La señora me los cuenta cuando llegue.

Me miró un tiempo demasiado largo. Lo recuerdo después — *lo recuerdo muchas veces después*, en muchas madrugadas de muchos meses, siempre volviendo a ese segundo específico en el que Bárbara Vasconcelos me miró por la pantalla rajada de mi notebook con un costadito de la sonrisa todavía pegado en la boca y una cosa nueva en los ojos que yo, en su momento, creí que era simpatía.

No era simpatía.

Sé el nombre ahora. De aquella cosa en los ojos.

—Sólo una última pregunta, entonces —dijo, bajito, casi cariñosa—. ¿Tienes familia que te extrañe, Clara?

Pensé en mi padre, en la urna del armario de la sala del monoambiente porque no había tenido coraje todavía de esparcir las cenizas. Pensé en mi madre, que se había ido cuando yo tenía nueve años y mandaba una tarjeta de Navidad desde Portugal cada tres años cuando se acordaba. Pensé en mi exmarido, que había bloqueado mi número en febrero. Pensé en Tati, mi única amiga, que vivía en Recife y a la que veía una vez al año si se daba.

—No —dije—. No tengo a nadie.

Bárbara sonrió más amplio.

—Qué bueno, querida. Quiero decir —corrigió, rápido, con la mano en la perla del collar—, *qué pena*. Pero qué bueno para nosotras. Vas a poder dedicarte entera a mamá.

Me reí también. No sé por qué.

Colgamos a las quince y diecisiete. Quedamos el viaje para el martes siguiente. Una camioneta iba a buscarme a la terminal de São José dos Campos a las siete de la mañana. No tenía que llevar mucho — uniforme, había; ropa de cama, había; hasta pasta de dientes, dijo, sobraba, *sólo trae tu propio cuerpo, querida*.

Cerré el notebook.

Miré el café frío.

Lo tomé todo de una vez, en tres tragos, sin respirar, y el sabor era peor que antes pero lo tomé igual, porque soy ese tipo de persona — la persona que se toma el café malo que ella misma pidió porque le da vergüenza desperdiciar dos reales delante de la chica del cajero.

Pagué, junté mis cosas, y salí.

En la calle, el sol de febrero pegaba fuerte. Lo recuerdo. Recuerdo que cerré los ojos un instante en la vereda y pensé, con ese tipo de pensamiento tonto que una tiene cuando algo bueno pasa después de mucho tiempo de algo malo:

Se acabó. Se acabó, Clara. La peor parte de tu vida se acabó ahora.

Tenía treinta y dos años.

No sabía casi nada.

Y faltaban exactamente cuatro días para que cruzara por primera vez el portón de hierro forjado de la casa de los Vasconcelos, y viera las hortensias demasiado azules al costado del muro, y saludara a doña Lúcia, y la oyera mirarme a los ojos por dos segundos largos y decir, con voz absolutamente clara, la primera frase que me dirigió en la vida:

—*Eres más bonita que la anterior.*

Capítulo 2

La camioneta era blanca.

Lo noté enseguida porque me había imaginado otra cosa. No sé qué. Un auto negro, tal vez. Uno de esos SUV con vidrios polarizados que las patronas ricas mandan a buscar a la empleada. Algo que combinara con un collar de perlas y una estantería de libros no leídos. Pero era una camioneta blanca, modelo viejo, con el nombre de una empresa de transporte de empleados despintándose en el costado en letras azules descascaradas. El tipo de camioneta que lleva gente a la obra a las cinco de la mañana.

Llegué a la terminal de São José dos Campos a las seis y cuarenta y dos.

Había dormido tres horas. Tal vez cuatro, si contaba los pedazos. Pasé la madrugada entera haciendo y deshaciendo la valija — una sola, con rueditas, comprada en Casas Bahia en dos mil diecinueve para un viaje a Caldas Novas que no ocurrió. Me puse una campera de algodón. Me la saqué. Me puse las zapatillas negras. Me las saqué. Me las volví a poner. Pensé en la urna de mi padre dentro del armario de la sala y me quedé un rato sentada en el piso, apoyada contra el marco de la cocina, hablándole en voz alta como una loca, diciendo *papá, ¿no estaré haciendo una pavada, papá, no será que esto es demasiado bueno para ser verdad*. Mi padre, en vida, siempre respondía lo mismo en esos momentos. *Hija, si es demasiado bueno para ser verdad, es porque no es verdad.* Pero mi padre estaba muerto, y los muertos no responden, y yo fui igual.

El chofer estaba apoyado contra el costado de la camioneta, fumando.

Él me vio antes que yo a él. Levantó el mentón con un gesto mínimo, del modo en que los hombres en paradas de terminal reconocen a mujeres solas con valija — ni amistoso, ni hostil, sólo *te vi*.

—¿Clara?

—Soy yo.

—Tirala atrás.

Señaló la puerta de atrás de la camioneta con el cigarrillo. No se ofreció a ayudarme con la valija, lo cual de algún modo agradecí, porque la valija pesaba poco y porque nunca supe qué hacer cuando un hombre se ofrece a cargar algo mío. Abrí la puerta de atrás. Ya había dos cajas adentro, selladas con cinta marrón, sin etiqueta. Empujé mi valija al rincón. Cerré.

—La señora se sienta adelante —dijo—. Atrás está feo.

La señora.

Tengo treinta y dos años y nadie me dice señora desde que dejé el São Lucas, donde los pacientes me decían señora porque usaba ambo y tenía autoridad sobre los horarios de su remedio. En la calle, en el subte, en la panadería, soy *chica*. Soy *amiga*. Soy *querida* de las telemarketers. *Señora* fue la primera palabra que este chofer eligió para mí y entendí, ahí, que en ese trabajo iba a ser otra cosa. Todavía no sabía qué.

Subí adelante.

La camioneta olía a cigarrillo viejo y a pino artificial — de esos pinitos verdes que los choferes cuelgan del espejo. Había uno ahí, sí, balanceándose despacio. El tablero era de plástico marrón. El cuentakilómetros marcaba cuatrocientos ocho mil kilómetros.

—¿Hace cuánto trabaja para ellos? —pregunté.

Tiró el cigarrillo por la ventana. Arrancó. No respondió enseguida. La camioneta hizo un ruido feo antes de prender y él trató ese ruido con la paciencia de quien trata un ruido viejo conocido.

—¿Para los Vasconcelos? —dijo, finalmente, maniobrando para salir del patio de la terminal—. Once años.

—¿El señor vive ahí?

—No.

—¿Dónde vive?

—En Cunha. Soy de Cunha.

—¿Cunha está lejos de la casa?

—Cuarenta minutos por camino de tierra. Hora y diez por asfalto. Yo hago el asfalto.

Hablaba con ese modo de hombre del interior que no desperdicia palabra. Cada frase era la frase exacta. Me fui acostumbrando a su silencio en los primeros kilómetros, mirando por la ventana mientras São José quedaba atrás y la carretera empezaba a subir. El cielo tenía ese azul de mañana de invierno paulista — demasiado limpio, demasiado frío, con esa luz cruda que hace que todo parezca más lindo y más triste al mismo tiempo.

Pensé en Tati.

La había llamado la noche anterior. Le conté del trabajo. Se quedó en silencio del otro lado unos tres segundos — Tati, que nunca se queda en silencio — y después dijo: *amiga, ¿dieciocho mil reales? ¿Para cuidar a una vieja? ¿Investigaste a esa familia?* Sí, la había investigado. Bárbara Vasconcelos, abogada egresada de la PUC,

madre Lúcia Albuquerque Vasconcelos, padre Heitor Vasconcelos, fallecido en 2020, empresario del rubro logística. No había nada extraño. Había un obituario de Heitor en el diario de Campos do Jordão. Había una foto de Bárbara en un casamiento de gente bien en 2017. Era una familia normal de gente rica, y se lo dije a Tati, y Tati dijo *Clara, escuchá, mandame la dirección, mandámela ahora*, y se la mandé.

Le mandé la dirección a Tati por WhatsApp.

Lo recuerdo después, muchas veces, en muchos momentos, siempre volviendo a lo mismo: *Tati tiene la dirección. Si pasa algo, Tati tiene la dirección.*

Todavía no sabía que tener la dirección, en aquella casa, iba a ser exactamente tan útil como tener el número de la lotería de la semana pasada.

—¿La familia es grande? —le pregunté al chofer, después de unos veinte minutos callada.

Pensó la pregunta.

—¿Hoy en día? —dijo—. Hoy en día es sólo doña Lúcia y doña Bárbara.

—¿Y empleados?

—Está don Renato.

—¿Sólo él?

—Sólo él.

—Bárbara me dijo que hay cocinera. Jardinero. Otra enfermera que se fue.

El chofer me miró rápido. No giró la cabeza. Sólo los ojos, del modo en que un hombre del interior tiene de mirar a una mujer de ciudad cuando la mujer de ciudad dice alguna pavada.

—Hubo —dijo—. Hubo cocinera. Hubo jardinero. Hubo enfermera.

—¿Y se fueron?

—Se fueron.

—¿Todos juntos?

No respondió.

La carretera empezó a angostarse. Hacía como diez minutos que habíamos dejado el asfalto principal, sin que yo me diera cuenta exactamente cuándo — en algún momento dobló por una secundaria, después por una tercera todavía más angosta, y ahora subíamos una sierra de dos carriles donde el monte pasaba rozando el costado de la camioneta. Saqué el celular. Cuatro rayitas de señal. Tres. Dos.

—La señora va a perder señal en un ratito —dijo, sin mirar.

—¿Cuánto tiempo se queda sin?

—Depende del día. Hay día que agarra en la galería de la casa. Hay día que no agarra en ninguna parte.

—¿Y cómo se comunican ustedes?

—Hay teléfono fijo. —Pensó—. Hay radio también. Doña Bárbara tiene internet satelital en su oficina, pero eso es cosa de ella.

—¿Cómo cosa de ella?

Se encogió de hombros.

—La contraseña es de ella. No se la pasa a nadie.

Tragué saliva.

Miré el celular. Una rayita. Pensé en mandarle un mensaje a Tati ahora — *amiga, llegué, está todo bien* —, pero todavía no había llegado, y mandar mensaje antes de tiempo iba a parecer ansiedad, y me daba vergüenza mi propia ansiedad del mismo modo que me daba vergüenza el café de dos reales del día anterior. Guardé el celular en el bolsillo. La camioneta subía. El monte se cerraba alrededor. Sentía el aire cambiar — más fino, más frío, con ese olor a eucalipto y barro mojado que tienen las sierras paulistas en febrero después de la lluvia.

—¿Lleva mucha gente para allá? —le pregunté.

—Llevo.

—¿Ya llevó otras enfermeras?

—Ya.

—¿Cuántas?

Pensó. Tocó el cambio. Frenó suave en una curva cerrada.

—La señora es la cuarta —dijo.

Contuve el aire un segundo.

—¿La cuarta enfermera en cuánto tiempo?

—En dos años.

—¿Dos años?

—Dos años.

Me quedé callada un momento. Intenté sacar la cuenta de cabeza como hace una enfermera — en escala, en proporción, en rotación aceptable. Cuatro enfermeras en dos años para una sola paciente, en una casa que paga dieciocho mil reales al mes, es una rotación absurda. En hospital, eso sería señal de gestión pésima o de paciente pésimamente difícil. Pero paciente difícil Bárbara no la había mencionado. *Mamá es un encanto*, había dicho en la videollamada. *Tiene día confuso, pero es dócil.*

—La última enfermera —dije, despacio— fue Júlia, ¿no?

El chofer me giró la cara por primera vez en todo el viaje.

Fue un movimiento chico. Casi nada. Me miró por menos de un segundo y volvió los ojos a la carretera, y en su cara no había exactamente una expresión — había más bien una ausencia de expresión, un esfuerzo por no tener ninguna expresión. Conozco esa cara. La enfermera de geriatría conoce esa cara. Es la cara que pone un pariente cuando le preguntás en el pasillo del hospital si la madre ya tiene testamento.

—Júlia —repitió.

—Se fue a Maranhão. La madre se enfermó.

—Fue lo que dijeron.

—¿Cómo fue lo que dijeron?

No respondió.

La camioneta entró en una curva larga y del otro lado de la curva había un portón.

Vi el portón antes de entender que era el portón. Era de hierro forjado, alto, de unos tres metros, con dos hojas pesadas y un arco arriba donde estaba escrito en letras de metal negras *Fazenda Boa*

Vista. Detrás del portón se veía un camino de adoquines subiendo entre dos hileras de cipreses. Detrás de los cipreses, lejos, en lo alto de una loma suave, algo blanco grande que debía ser la casa. No alcanzaba a verlo bien de tan lejos.

Pero sí alcancé a ver las hortensias.

Estaban plantadas en dos franjas anchas a ambos lados del portón, del lado de adentro del muro, en canteros de piedra. Estábamos en febrero — febrero es época de hortensia en sierra paulista, lo sabía porque mi abuela, en vida, tenía un patio lleno en Itapecerica. Pero la hortensia de febrero normalmente ya está perdiendo color. Marchitándose. Volviéndose ese azul desteñido de fin de floración.

Las de la Fazenda Boa Vista estaban demasiado azules.

Azules de un modo que no debía ser. Azules como hortensia de octubre, en su pico, en el extremo de la floración. Azules casi eléctricas. Azules brillantes. Recuerdo haber pensado, sentada en la camioneta blanca con el pinito balanceándose en el espejo, que esas hortensias parecían pintadas — que parecían falsas, y que no eran falsas, y que si no eran falsas entonces algo en ese cantero las estaba haciendo florecer fuera de hora.

Yo sabía qué hace florecer una hortensia así.

Toda enfermera que ya trabajó en el interior lo sabe. Toda nieta de abuela con patio lo sabe. La hortensia es una planta que toma color de lo que hay en la tierra. Aluminio en el suelo la deja azul. Cal la deja rosada. Pero hortensia de azul tan fuerte, fuera de época, en un cantero tan concentrado — eso es tierra rica. Tierra rica en materia orgánica. Tierra con buen abono, de ese que se descompone despacio y libera nutrientes por meses, por años, por décadas enteras.

Era una observación técnica.

Fue lo primero que pensé.

Fue lo único que pensé, en aquel momento, porque todavía era la Clara de antes — la Clara que tomaba café malo de dos reales, la Clara que mandaba dirección a Tati creyendo que la dirección sirve para algo, la Clara que miraba un cantero de hortensias demasiado azules y pensaba en abono y no en gente.

El chofer frenó la camioneta frente al portón.

Tocó la bocina dos veces — toques cortos, dos bips secos, del modo de quien conoce el ritmo justo para llamar a la persona de adentro. Esperamos. Un minuto. Dos. El portón empezó a abrirse despacio, automatizado, gimiendo en las bisagras.

Fue cuando habló.

No me miró. Miró el portón, los cipreses, el camino de adoquines, con las dos manos al volante y el mentón un poco bajo, y dijo — bajito, del modo en que se dice algo que se sabe que no debería decirse, pero se dice igual porque ya llevó mucha gente a aquel portón y está cansado de ser el último en ver a las chicas vivas:

—Yo ya llevé mucha gente a esta casa, doña Clara.

Lo miré.

—¿Y?

Metió primera. La camioneta empezó a entrar.

—Y nunca traje a nadie de vuelta —dijo, y se rió. Fue una risa corta, sin gracia, del tipo que un hombre suelta cuando quiere transformar algo en chiste porque tiene miedo de la reacción si no es chiste—. Broma, doña. Broma.

No me reí.

Él tampoco se rió de nuevo.

La camioneta subió el camino de adoquines entre los cipreses, despacio, hamacándose en las piedras desniveladas, y detrás de nosotros el portón de hierro forjado empezó a cerrarse solo, gimiendo en las bisagras del mismo modo que se había abierto, con la misma lentitud paciente, con el mismo sonido de cosa antigua y bien cuidada que hace exactamente lo que siempre hizo.

Miré por el retrovisor.

Las hortensias demasiado azules quedaron atrás, del lado de adentro del muro, en dos franjas anchas brillando en la luz fría de febrero, y recuerdo — recuerdo con una claridad que me visita hasta hoy en algunas noches — que por un segundo me pasó por la cabeza pedirle al chofer que parara.

Pedirle que diera media vuelta.

Pedirle que me llevara de vuelta a la terminal de São José.

Tenía dieciocho reales y setenta centavos en la billetera. Tenía una tarjeta de crédito reventada. Tenía un monoambiente con humedad en Cotia con la urna de mi padre en el armario de la sala. Tenía la dirección de la Fazenda Boa Vista mandada a Tati por WhatsApp la noche anterior.

Tenía todo eso, y tenía también algo que no había entendido todavía que tenía, que era una oportunidad — la última, tal vez la única — de pedirle al chofer que parara la camioneta blanca en medio del camino de adoquines entre los cipreses y me llevara de vuelta al portón que aún no había terminado de cerrarse.

No se lo pedí.

La camioneta siguió subiendo.

Y yo, por el retrovisor, vi el portón de hierro forjado golpear contra el marco con un sonido metálico seco que iba a escuchar de nuevo en la cabeza muchas veces durante los treinta y dos días siguientes — siempre a la misma hora, siempre en la misma frecuencia, siempre con la misma certeza terrible de que existen sonidos en el mundo que uno sólo entiende mucho después de haberlos oído por primera vez.

Capítulo 3

La casa apareció despacio.

El camino de adoquines subía en curva larga, y la casa se iba revelando por pedazos — primero el techo, después la fachada de arriba, después las ventanas del segundo piso, después finalmente la fachada entera cuando la camioneta hizo la última curva y desembocó en una rotonda de grava con una fuente de piedra en el medio. La fuente estaba seca. Lo noté enseguida. Ese tipo de fuente ornamental italiana, de tres tazas apiladas, con un cupido sin nariz arriba, todo manchado de líquen verde. Debía estar seca desde hacía años.

La casa en sí era linda.

Tengo que decirlo porque después, cuando cuento la historia, la gente siempre imagina algo gótico, con torres y ventanas rotas y murciélagos. No era. Era una casa colonial paulista grande, de dos pisos, fachada blanca encalada, ventanas altas con persianas verde oscuro, galería con balaustres torneados en todo el frente. Tenía unas enredaderas de buganvilia subiendo por un costado. Tenía macetas de piedra con helechos en la galería. Tenía todo lo que una casa rica de sierra debe tener, y lo tenía en una cantidad justa, sin exageración, con ese buen gusto discreto de familia de dinero viejo.

Era el tipo de casa que aparece en revista.

Era el tipo de casa de donde nadie imagina que alguien salga gritando.

—Llegamos —dijo el chofer, deteniendo la camioneta frente a la escalinata de piedra. Cinco escalones anchos. Una puerta doble de

madera oscura arriba, con aldaba de bronce—. Doña Bárbara ya debe estar bajando.

No me moví.

Me quedé sentada en el asiento del acompañante con las manos en la falda sosteniendo el asa de mi bolso, mirando los cinco escalones y la puerta doble y la aldaba de bronce, y por primera vez en tres días se me ocurrió de un modo muy concreto, muy físico, que iba a atravesar aquella puerta y que del otro lado iba a haber una vida nueva, y que vida nueva es una cosa que nunca había sabido empezar bien.

—Doña Clara —dijo el chofer, y su voz era distinta ahora. Más baja —. Si la señora necesita alguna cosa.

Lo miré.

Él miraba el volante. No a mí.

—Si la señora necesita alguna cosa —repitió—, yo vengo aquí martes y viernes por la mañana a traer la mercadería. Siete de la mañana, más o menos. La dejo en la cocina de servicio, atrás. Si la señora necesita mandar algo a alguien. Una nota. Qué sé yo.

Por fin me miró.

Tenía los ojos castaños. Cansados. Ojos de hombre de unos sesenta años que ya vio muchas cosas que preferiría no haber visto.

—La dejo en la cocina de servicio —dijo de nuevo—. Atrás. Martes y viernes. Siete de la mañana.

—¿Por qué me dice esto?

No respondió enseguida. Movió la mano en el volante. Volvió a mirar afuera.

—Porque la anterior —dijo, despacio— la anterior también era bonita.

La puerta de la casa se abrió.

No tuve tiempo de responder. Bárbara salió a la galería — la Bárbara real, en tres dimensiones, más alta de lo que había imaginado por la pantalla del notebook, flaca de un modo que cuesta dinero, pelo rubio recogido en un rodete bajo, pantalón de lino crema, blusa blanca, sandalia chata de cuero. No estaba con perlas hoy. Tenía una cadena de oro fina al cuello con un dije pequeño que no alcancé a identificar desde ahí.

Saludó con la mano.

—¡Clara! —dijo, y su voz cargaba esa alegría controlada de quien ensayó el tono—. ¡Bienvenida, querida! ¡Sube, sube, dejá las maletas que Renato las agarra!

Bajé de la camioneta.

El aire afuera era más frío de lo que había calculado por la ventana. Veintidós grados, tal vez. Viento leve. Olor a eucalipto y a pasto recién cortado y a algo dulce que venía de lejos, de algún rincón de la propiedad, que no pude nombrar en el momento. Algún tipo de flor. No eran las hortensias del portón — era otra cosa, más empalagosa, con un fondo casi mareador que me recordó a velorio.

Sacudí la cabeza.

Estaba cansada. Estaba con hambre. Estaba nerviosa. Persona cansada, con hambre y nerviosa huele a velorio en cualquier lado.

—¡Clara, querida, sube!

Subí.

Subí los cinco escalones de piedra con el bolso al hombro, y detrás de mí escuché la camioneta meter el cambio, y giré la cabeza con un movimiento medio brusco, medio sin pensar, y el chofer me miraba por el retrovisor. Levantó dos dedos de la mano del volante. Un saludo mínimo. Casi nada.

Fue la última vez que lo vi de cara limpia, sin miedo, antes de todo.

Se llamaba Wilson, lo supe después.

Nunca llegué a usar su esquema de martes y viernes. Ni una sola vez. En las treinta y dos mañanas que siguieron, pensé muchas veces — *es hoy, bajo hoy, dejo una nota en la cocina de servicio hoy*. Siempre había un motivo para no bajar. Bárbara estaba en la cocina. Renato estaba en el jardín. Doña Lúcia había tenido una mala noche y me necesitaba. Siempre había un motivo. Creo — creo, cuando lo pienso hoy — que el motivo verdadero era uno solo, y era que yo, en el fondo, todavía no creía que necesitaba ser rescatada. Una nunca lo cree hasta muy tarde.

—¿Tuviste buen viaje? —preguntó Bárbara, atrayéndome a un abrazo breve apenas llegué a la galería. Olía a perfume caro. Algo amaderado, con vainilla—. Wilson maneja bien, ¿no? Un amor de persona. Trabaja con nosotros hace siglos.

—Es simpático —dije, automática.

—Es un dulce —dijo—. Bueno. Entrá, entrá. Dejá el bolso ahí en la entrada que Renato lo agarra. Te muestro la casa antes del café.

La puerta doble estaba abierta.

Atravesé.

Lo primero que me pegó fue el olor. Cera de piso. Cera de mueble. Ese olor específico de casa antigua bien cuidada, donde una empleada pasa un trapo todos los días en superficies que nadie usa.

Había un fondo de flor también — flor de verdad, esta vez, y localicé la fuente enseguida: un florero enorme de cristal sobre la mesa redonda del hall, lleno de lirios blancos. Los lirios blancos huelen lindo de lejos y huelen a velorio de cerca.

Pisé la alfombra persa del hall y pensé, sin querer: *de nuevo velorio.*

—La casa fue de mi abuelo —estaba diciendo Bárbara, caminando delante de mí—. Después de mi padre. Ahora es de mi madre. Cuando mamá se vaya —hizo una pausa delicada, un respeto ensayado para la frase—, va a ser mía. Crecí acá. Cada rincón.

—Es preciosa.

—Es demasiado grande para dos mujeres, lo sé. —Se rió—. Pero mamá no quiere mudarse. Dice que quiere morir acá. Y yo respeto eso. Una respeta los deseos de nuestros viejos, ¿no, Clara?

—Se respetan.

—Especialmente los últimos.

Lo dijo con una sonrisa, vuelta hacia mí, parada en el medio del hall con la mano apoyada en el respaldo de una silla de madera oscura. Fue una frase normal. Fue una sonrisa normal. Pero recuerdo la sonrisa después — la recuerdo muchas veces —, y la sonrisa tenía algo demasiado pequeño en los ojos, algo que no llegaba hasta los ojos, y en el momento no supe nombrarlo, y después sí supe.

—Vení —dijo—. Sala de estar primero.

El recorrido fue largo.

Sala de estar a la izquierda del hall — sofás de terciopelo verde, hogar de piedra, retrato al óleo enorme de un hombre con bigote en la pared principal. *Mi abuelo*, dijo Bárbara, con orgullo. Comedor a la derecha — mesa de jacarandá para doce personas, araña de cristal,

aparador antiguo lleno de platería. Biblioteca al fondo de la planta baja — tres paredes de estantería del piso al techo, escalera de madera corrediza, escritorio grande cerca de la ventana con vista al jardín. *Acá trabajaba mi padre*, dijo. *Ahora es mi oficina.* La puerta de la biblioteca tenía una cerradura nueva. De seguridad. No combinaba con el resto.

Cocina grande al fondo de la planta baja — cocina industrial de seis hornallas, isla central de granito negro, heladera de acero inoxidable doble. *Comemos acá, en la isla, en el día a día. El comedor es sólo para recibir.* A quién recibe en esta casa en medio del monte, pensé, pero no pregunté.

Detrás de la cocina, una cocina más chica — *de servicio*. Mesa de madera simple. Heladera vieja. Puerta de acero con cerradura común que daba al fondo. Fue en esta cocina donde Wilson dijo que dejaba la mercadería. Reparé en la puerta. Reparé en la cerradura. No dije nada.

Subimos la escalera principal.

La escalera era de madera oscura, ancha, con alfombra roja sujeta por varillas de bronce en cada escalón. Las paredes de la subida estaban cubiertas de retratos. Familia. Generaciones. Fui pasando los ojos por ellos mientras subía — bisabuelos, abuelos, casamientos antiguos, primeras comuniones. En uno de los retratos, una niña de unos diez años, rubio claro, sonriendo sin los dos dientes de adelante. *Yo*, dijo Bárbara, sin que yo preguntara. *Foto de mi primera comunión.*

Miré la foto.

La niña sonreía abierta. Ojos castaño claros. Pecas en la nariz.

Miré a Bárbara, a mi lado, en el escalón siguiente.

Sus ojos eran castaño oscuros. Sin pecas. La piel blanca de un modo uniforme que las pecas no producen. Pensé, en una fracción de segundo: *los niños cambian, las pecas desaparecen*. Y pensé: *sí, las pecas desaparecen*. Y seguí subiendo.

Voy a pensar en esto después.

Voy a pensar en esto muchas veces después, en aquella foto, en aquella niña sin los dos dientes de adelante. Voy a volver mentalmente a aquel escalón específico de la escalera y a decirme: *Clara, vos viste. Vos viste el primer día. No supiste leer, pero viste.*

—Los cuartos de la familia están en esta ala —dijo Bárbara en lo alto de la escalera, gesticulando hacia un pasillo que se abría a la izquierda—. El mío, el de mamá, dos cuartos de huéspedes que no usamos.

—¿Y el segundo piso tiene otro pasillo?

—Tiene. —Señaló a la derecha—. Pero está cerrado. Es depósito. Muebles viejos, cajas, cosas de mi padre que nunca tuve coraje de tocar. Está todo cayéndose a pedazos ahí. Ya ni entro.

El pasillo de la derecha tenía tres puertas.

La primera estaba entornada. Se veía sábana blanca encima de muebles apilados, del modo en que se guarda una casa cerrada. La segunda también estaba entornada. Lo mismo. Sábanas. Polvo.

La tercera estaba cerrada.

Era una puerta de madera oscura, igual a las otras, pero tenía una cerradura nueva brillante en lugar del picaporte antiguo de bronce. Era la misma cerradura de la biblioteca. La reconocí enseguida. Modelo de seguridad, de esos que aceptan sólo llave propia, sin copia en cerrajería de esquina.

Miré la cerradura.

Soy enfermera. En hospital, una repara en puertas. En puertas cerradas especialmente. Puerta cerrada en ala de internación es el tipo de cosa que la enfermera recién llegada nota el primer día y pregunta el segundo. *¿Por qué está cerrada esa puerta?* Generalmente es depósito de medicación controlada. Generalmente es archivo. Generalmente es una respuesta simple.

—¿Aquella también es depósito? —pregunté.

Bárbara ya estaba girando hacia el pasillo de la izquierda. Paró. Miró la puerta. Volvió a mirarme.

—Aquella —dijo, con una sonrisa— es el depósito de mi padre. Cosas de él que no quiero perder y no quiero ver. Sabés cómo es. Duelo.

—Entiendo.

—No entres ahí, ¿eh? —Seguía sonriendo—. Se está cayendo a pedazos adentro. Hubo un problema con el piso, humedad, qué sé yo. Un día vamos a reformar. Pero por ahora es mejor mantenerlo cerrado. Por seguridad tuya.

—¿Por seguridad mía?

—Sos enfermera, Clara. —Se rió—. Lo último que quiero es que te caigas en un piso podrido y te rompas una pierna. Ahí me quedo sin enfermera *y* con una enfermera lastimada para cuidar. Imaginate el papelón.

Me reí también.

Fue una risa corta, automática, que una enfermera aprende a soltar con pacientes difíciles. Bárbara me sujetó el codo suavemente y me giró hacia el pasillo de la izquierda, y yo fui, y la puerta cerrada con

la cerradura nueva brillante quedó atrás a mis espaldas, y mientras Bárbara me mostraba el cuarto de doña Lúcia, pensé — juro que pensé, y juro que ese pensamiento se me quedó el resto de la tarde como una piedra en el zapato:

Depósito no necesita cerradura de seguridad.

—Este es el cuarto de mamá —estaba diciendo Bárbara—. Vení, entrá, está despierta.

Entré.

El cuarto era grande. Ventanal doble con vista al jardín de atrás. Cama matrimonial de madera oscura tallada, con dosel blanco. Cómoda. Tocador con espejo ovalado. Un aparador con portarretratos. Alfombra persa rosa desteñida. Silla de ruedas vacía al lado de la cama.

Y en la cama, sentada, apoyada en tres almohadas, estaba doña Lúcia.

La vi y se me apretó el estómago de un modo que no supe explicar en ese momento.

No era miedo. Era un apretón profesional — el apretón que la enfermera de geriatría siente cuando entra a un cuarto y le pega el ojo a un paciente. Una hace eso en medio segundo, automático. Evalúa. En medio segundo evalúa coloración de piel, postura, brillo del ojo, oxigenación de los labios, tono muscular del cuello, y ya tiene un diagnóstico probable antes de tocar la historia clínica.

En medio segundo miré a doña Lúcia y mi cerebro de enfermera dijo algo específico.

Dijo: *esta mujer no tiene demencia avanzada.*

La coloración de la piel estaba bien. Los ojos estaban vivos. La postura era erguida. El tono del cuello, firme. La pupila reaccionó a la luz de la ventana cuando entré. Siguió mi movimiento con los ojos — no con la cabeza, con los ojos, que es algo que un paciente con demencia avanzada no hace, un paciente con demencia avanzada gira la cabeza entera porque la coordinación ocular ya se fue.

Doña Lúcia me siguió con los ojos.

Sus ojos eran azules. Azules claros, de un azul gastado por el tiempo, pero absolutamente atentos.

—Mamá —dijo Bárbara, en un tono de voz que no había usado conmigo hasta ahora. Un tono artificial. Cantarín. El tono que la gente de ciudad usa para hablarle a un perrito de raza chica—. Mamá, esta es Clara. Clara la va a cuidar a la señora ahora, ¿se acuerda que le dije? Clara es enfermera. Es un encanto. La señora la va a querer mucho.

Doña Lúcia no respondió.

Siguió mirándome.

Di dos pasos hacia adelante — no muchos, lo suficiente para entrar en su línea de visión sin invadir el espacio de la cama. Cosa que la enfermera aprende. Aproximación lateral. Sin amenaza.

—Buenas tardes, doña Lúcia —dije—. Mucho gusto.

Siguió mirándome.

—Mamá, hablale a Clara —dijo Bárbara, en un tono más alto, más cantarín—. Mamá, eh, hablale a Clara. Hoy estás en un día bueno. Hablale a la chica.

Doña Lúcia abrió la boca.

La cerró. La abrió de nuevo. Los labios le temblaron un instante —no sé si de duda, no sé si de miedo, no sé si de cálculo, voy a pensar en esto después también, voy a pensar mucho en esto —, y habló.

Su voz salió más firme de lo que esperaba.

Salió absolutamente clara. Articulada. Sin el arrastre típico de paciente sedado, sin la pastosidad de paciente con secuela neurológica, sin la vacilación de paciente confundido. Salió como sale la voz de una mujer de setenta y ocho años perfectamente lúcida que está eligiendo exactamente las palabras que quiere decir.

Me miró y dijo:

—Sos más bonita que la anterior.

Bárbara se rió enseguida.

Fue una risa alta, alegre, generosa, del tipo que se suelta en una fiesta por un chiste de tío viejo. Se llevó la mano al pecho en un gesto teatral.

—¡Mamá! —dijo, todavía riendo—. ¡Qué cosa para decir! ¡Clara va a pensar que la señora es maleducada! —Se giró hacia mí, todavía riendo—. Disculpá, Clara. Hoy está en un día confuso. Mezcla a las personas. A veces me llama con el nombre de mi tía. El otro día le dijo Heitor a Renato, que era mi padre. Pobrecita. Es la enfermedad.

No respondí.

Yo estaba mirando a doña Lúcia.

Doña Lúcia estaba mirándome.

Sus ojos seguían siendo azules claros, gastados por el tiempo, absolutamente atentos, y mientras Bárbara se reía a mi lado y

explicaba en voz alta y cantarina que mamá estaba en un día confuso, doña Lúcia, sin mover la cabeza, sin mover nada más que los ojos, mantuvo la mirada fija en la mía — y por un segundo, por menos de un segundo, antes de bajar los párpados y volver a ser la viejita dócil que Bárbara quería que yo viera, doña Lúcia hizo una cosa muy chiquita con la cara.

No parpadeó.

No sonrió.

Movió la cabeza una vez, leve, casi imperceptible, de izquierda a derecha.

No.

Fue todo lo que me dijo con ese movimiento. Lo sé ahora. Lo sé desde el segundo día, en realidad, cuando empecé a entender lo que ella lograba comunicar con lo que parecía delirio. Pero en aquel primer instante, parada en la alfombra persa rosa de su cuarto, con Bárbara riendo a mi lado y la luz de fin de tarde de febrero entrando por la ventana del jardín, no supe leerlo.

Le sonreí.

Le sonreí a la viejita lúcida que acababa de decirme no, y le sonreí también a Bárbara, y dije alguna cosa boba, alguna frase de enfermera nueva, algo del tipo *cómo va a creer, doña Lúcia, yo también la encuentro a la señora muy encantadora* — no recuerdo exactamente, nunca recordé exactamente, creo que mi cerebro lo borró a propósito porque fue la primera frase realmente estúpida que dije en esa casa y tuvo la misericordia de ahorrármela.

Bárbara se rió un poco más.

Doña Lúcia cerró los ojos y fingió dormirse.

Bárbara me sacó del cuarto, cerró la puerta con cuidado de madre que acaba de dormir a un hijo, y me guió por el pasillo de la izquierda hasta el fondo, hasta una escalera estrecha de servicio que bajaba en curva apretada — una escalera que no había visto en la subida —, y por esa escalera bajamos hasta un pasillo todavía más estrecho, en planta baja, detrás de la cocina, con cinco puertas en hilera.

—Los cuartos de empleada antiguos —dijo—. Hoy sólo usamos el último. Los otros son depósito.

La última puerta era la única con cerradura nueva.

La misma cerradura de la biblioteca. La misma cerradura del depósito del segundo piso. Ya estaba empezando a entender el patrón de cerraduras de aquella casa, sin entender todavía qué significaba el patrón.

—Este es el tuyo —dijo, abriendo la puerta—. Chico, pero confortable. Tiene baño privado, mirá. Cama nueva. Ventana con vista al jardín de atrás. Mandé cambiar el colchón la semana pasada, es ortopédico, óptimo. Vas a dormir bien.

El cuarto era simple. Cama de una plaza. Cómoda. Silla. Mesita. Ventana alta, estrecha, con reja de hierro afuera — no reja decorativa, reja de seguridad de verdad, con barras verticales gruesas. Baño chico a la derecha. Todo limpio. Todo oliendo a jabón en polvo y a cera.

Entré. Apoyé el bolso en la cama.

—Voy a bajar y le mando a Renato que suba con tu valija —dijo Bárbara, parada en el marco—. Te acomodás, te bañás, descansás. Café a las seis de la tarde en la cocina. Yo te llamo.

—Está bien.

—Ah, querida —dijo, y se golpeó la propia frente en un gesto teatral, del tipo *qué cabeza la mía*—. Me olvidé de decirte una cosa.

—¿Qué?

—La cerradura. —Señaló la puerta, todavía abierta, con la mano—. Está por afuera. Sé que es raro. Quería invertirla pero todavía no tuve tiempo. Es que esta parte de la casa era antigua, era de empleada, y antes se cerraba por fuera para que la empleada no saliera de noche, cosas de los años cuarenta, ¿sabés? Cosa horrible.

—Entiendo.

—Pero quería avisarte —dijo, y la sonrisa tenía aquella cosa demasiado pequeña en los ojos de nuevo, aquella cosa que todavía no sabía nombrar— para que no te asustes de noche. A veces mamá se levanta. Una vez salió de madrugada y casi se cayó de la escalera principal. Desde entonces cerramos los cuartos de abajo de noche, por precaución. Por *seguridad*, querida. Para que no te asuste entrando en tu cuarto a las tres de la mañana y para que vos no tropieces en la oscuridad tratando de ayudarla.

—Entendí.

—No te molesta, ¿no?

La miré.

Miré la cerradura nueva brillante en la puerta — la misma de la biblioteca, la misma del depósito de arriba — y miré la ventana con la reja vertical de afuera, y miré a Bárbara Vasconcelos, abogada egresada de la PUC, hija de Lúcia Albuquerque, dueña de la casa que iba a ser de ella cuando mamá se fuera, parada en el marco de la puerta con la mano apoyada suavemente en el picaporte, y dije la frase que iba a repetir mentalmente todas las noches de los treinta y un días siguientes como quien hurga en un diente que duele:

—Cómo va a ser. No me molesta.

Sonrió.

Salió.

Y cerró la puerta detrás de sí, del lado de afuera, despacio, con cuidado — y yo me quedé parada en medio del cuarto con el bolso encima de la cama nueva y el olor a jabón en polvo en las paredes, esperando, en silencio, sin respirar bien, oyendo del otro lado de la puerta el sonido que sabía que iba a venir y que vino.

El sonido de la llave girando en la cerradura.

Dos vueltas.

Y los pasos de Bárbara alejándose por el pasillo.

Capítulo 4

No dormí.

Quiero decir, dormí — porque el cuerpo duerme aun cuando una no quiere, es una traición básica de la biología —, pero dormí en pedazos. Cuarenta minutos. Me despertaba. Veinte minutos. Me despertaba. Cada vez que me despertaba me quedaba un rato acostada en la oscuridad tratando de entender qué sonido me había despertado, y nunca había ningún sonido. Era sólo la casa. Era el modo en que la casa respira de noche — crujidos de madera, viento en la reja de la ventana, un caño gimiendo en algún lugar de las paredes, el tipo de antología sonora que toda casa antigua tiene y que el habitante recién llegado nota raro por unos días antes de ignorarla para siempre.

Lo sabía. Ya había trabajado en casa antigua antes. Lo sabía.

Aun así, a las cuatro y diecisiete de la madrugada, estaba sentada en la cama, abrazada a las rodillas, mirando la puerta.

La puerta seguía cerrada por afuera.

Lo había probado. No con fuerza — con cuidado, despacio, del modo de quien no quiere ser oída probando. Me había levantado una vez, como a la medianoche, y había girado el picaporte suavemente. El picaporte giraba. La puerta no abría. Volví a la cama y me quedé diciéndome que eso era normal, que era una explicación simple, que Bárbara había avisado, que era por doña Lúcia que caminaba de noche, que era por seguridad mía. *Por seguridad mía.* Repetí esa frase mentalmente unas treinta veces aquella primera noche, en la oscuridad, y con cada repetición se parecía menos a una frase en español y más a un sonido genérico, a una fórmula mágica gastada.

A las cinco y cuarto empecé a escuchar pasos en el piso de arriba.

Eran pasos livianos. De pantufla, tal vez. Iban de un lado a otro de lo que debía ser el cuarto de doña Lúcia, o tal vez el pasillo — todavía no tenía mapa mental de la casa para saberlo bien. Caminaron unos cinco minutos. Pararon. Caminaron más. Pararon.

Doña Lúcia, pensé. Demente que duerme temprano y se despierta a las cinco de la mañana.

Fue cuando escuché la llave girar.

Del lado de afuera, en mi puerta. Dos vueltas, en la secuencia inversa de cuando Bárbara la había cerrado la noche anterior. *Clec. Clec.* Me congelé en la cama, abrazada a las rodillas, y aguanté la respiración — no por miedo concreto, sino por el miedo abstracto y bobo de ser pillada despierta, como si despertarse a las cinco de la mañana fuera un crimen para alguien empleado.

La puerta no se abrió.

Los pasos del otro lado se alejaron por el pasillo, sin entrar.

Me quedé otros cinco minutos quieta, escuchando, hasta tener la certeza de que quien había abierto se había ido. Después me levanté. Me puse la bata. Apoyé la mano en el picaporte. Giró. La puerta se abrió al pasillo oscuro y silencioso del piso de servicio.

Quien me había abierto me había abierto sin decir buenos días.

No había nota. No había aviso. Era sólo eso — una puerta cerrada de noche, una puerta abierta antes del amanecer, en silencio, del mismo modo en que se abre la cocheriza de un animal de granja a la hora correcta.

Cerré la puerta de nuevo. Me bañé. Me puse el uniforme — pantalón blanco, blusa blanca, ambo blanco encima, zapato blanco

antideslizante, pelo recogido. Me miré en el espejito del baño. La Clara enfermera me miró de vuelta. Parecía haber dormido tres horas, porque había dormido tres horas, pero estaba con uniforme limpio, y eso, al final, es lo único que importa en una mañana mala.

Salí del cuarto a las cinco y cuarenta y cinco.

El pasillo de servicio era angosto, mal iluminado, con piso de cerámica roja gastada. Ya lo había mapeado mentalmente: cinco puertas en hilera, la mía era la última, las otras cuatro eran *depósito*. Caminé despacio pasando frente a ellas. La primera puerta estaba entornada. Dudé un segundo, después la empujé con la yema del dedo.

La puerta se abrió medio centímetro.

Olor a humedad. Oscuro. No vi nada adentro. Empujé un poco más. Muebles apilados. Sábanas blancas cubriendo formas indistintas. Cajas de cartón en el rincón. Era depósito, sí — era exactamente lo que Bárbara había dicho que era. Cerré la puerta de vuelta al mismo medio centímetro en que la había encontrado y seguí caminando.

La escalera de servicio subía en curva apretada hasta la cocina. Subí.

La cocina grande estaba encendida.

No me lo esperaba. Eran las cinco y cincuenta de la mañana. Esperaba encontrar todo oscuro, hacerme un café sola, esperar que la casa despertara. Pero las luces amarillas del mesón de la isla estaban encendidas, y detrás de la isla, parado de espaldas a mí frente a la cocina industrial, había un hombre.

Era la primera vez que veía a Renato.

Era más alto de lo que había imaginado. Más flaco también. Debía tener unos cincuenta años, tal vez un poco más — de esos hombres del interior que envejecen secos, sin panza, con la piel curtida y el

pelo grisáceo cortado corto a máquina. Llevaba pantalón negro, camisa blanca de mangas largas, delantal gris atado a la cintura. Revolvía una olla con cuchara de madera, sin apuro.

—Buenos días —dije.

No se dio vuelta enseguida.

Revolvió dos vueltas más con la cuchara de madera. Después apoyó la cuchara en el borde de la olla, con cuidado, del modo de quien tuvo una madre que le enseñó a no ensuciar la mesada. Recién ahí se dio vuelta.

—Buenos días, doña Clara.

Su voz era baja. Grave. De ese tipo de voz que llena una habitación sin necesidad de levantarse.

Le sonreí.

Él no me sonrió de vuelta. No fue grosería — fue un *no sonrió* de hombre que economiza expresión facial del mismo modo en que Wilson había economizado palabra. Ya estaba empezando a entender que en aquella casa todos — todos, menos Bárbara — tenían una economía gestual que parecía entrenada.

—La señora bajó temprano —dijo.

—No pude dormir mucho. Casa nueva.

—La señora se va a acostumbrar.

Se dio vuelta hacia la olla otra vez. Revolvió una vez más. El olor que salía de ahí era de canjica — maíz cocido con leche, canela, clavo de olor. Un olor dulce que en aquel momento, después de una mala noche, era un poco demasiado bueno para ser verdad.

—Desayuno de doña Lúcia —dijo, anticipando la pregunta que yo no había hecho—. Come canjica tres veces por semana. Blanda. No puede masticar mucho.

—¿El señor prefiere que yo lo prepare?

Me miró otra vez por encima del hombro.

—El de doña Lúcia lo preparo yo. La señora prepara el suyo. —Pausa —. La cocina es libre para la señora. Todo lo que está en la alacena, la señora puede. Café y pan está en el rincón, ahí. Manteca en la heladera, estante de arriba.

—Gracias.

—De nada.

Fui hasta el rincón. Había una cafetera italiana de acero inoxidable sobre un paño doblado, café molido en un frasco de vidrio, azúcar en un azucarero de porcelana. Todo organizado con ese orden específico de casa donde alguien pasa el trapo por todo todos los días. Empecé a hacer el café con las manos cuidadosas, en silencio, sintiendo a Renato detrás de mí revolviendo la canjica.

Estuvimos unos tres minutos sin hablar.

Prendí el fuego debajo de la cafetera. El olor del café empezó a subir y a mezclarse con el olor de la canjica. Agarré una taza blanca del escurridor. Puse el azúcar. Me apoyé en la mesada, esperando.

Renato carraspeó.

Fue un carraspeo pequeño. No era enfermedad. Era el carraspeo de un hombre que va a decir algo y se está preparando para decirlo.

Me quedé callada.

—Doña Clara —dijo, en voz baja, sin girarse.

—Sí.

—Doña Bárbara baja a las siete.

—Está bien.

—Siete en punto. Nuestro café —señaló la isla con el mentón— es entre seis y siete. Antes de que ella baje. La señora va a descubrir que le gusta tomar el café sola. No le gusta tener a un empleado sentado en la isla cuando ella baja.

—Entendí.

—Entonces comemos rápido.

—Está bien.

Se dio vuelta.

No del todo — giró sólo el tronco, con la cuchara de madera todavía en la mano derecha, y quedó de lado con respecto a mí, con el rostro en la sombra del extractor de la cocina. La cocina era amplia pero los puntos de luz eran puntuales — había luz amarilla sobre la isla, luz amarilla sobre la cocina, oscuro en los rincones. Lo miré y noté que estaba en esa posición a propósito, en la sombra, fuera de la línea de visión de quien por casualidad entrara a la cocina por la puerta de la sala.

—Doña Clara —dijo, y su voz estaba más baja ahora, baja del modo de quien tiene la certeza de que el pie de la escalera principal está vacío pero aun así no se arriesga—. Le voy a decir una cosa a la señora. Una sola. Después no hablo más. ¿Está bien?

Apoyé la taza en la mesada.

—Bien.

—La señora no confíe en nadie acá.

Pausa.

—Ni en doña Bárbara —dijo—. Ni en el doctor Eduardo cuando venga el viernes. Ni en doña Lúcia, aunque parezca. Ni en mí.

Me miró derecho por primera vez desde que yo había entrado.

Sus ojos eran oscuros. Castaños casi negros. No tenían hostilidad. Tampoco tenían exactamente bondad. Tenían algo que reconocí sin saber nombrarlo en el momento, y que hoy sé que era lástima — no lástima sentimental, lástima con peso, lástima de quien ya vio la película antes y sabe cómo termina.

—*En nadie* —repitió—. ¿Está entendiendo?

Tragué saliva.

—¿Por qué me dice esto, señor?

—No puedo decir más.

—Pero...

—No pregunte. —Levantó un poco la mano de la cuchara de madera. No fue gesto agresivo. Fue gesto de quien apoya la mano en el aire para frenar una frase—. La señora pregunta, yo no respondo. La señora insiste, yo niego que dije. La señora le cuenta a doña Bárbara que dije esto, voy a decir que la señora está inventando. ¿Está entendiendo, doña Clara?

—Sí.

—Entonces no pregunte.

Se dio vuelta hacia la canjica de nuevo.

Revolvió dos vueltas más, despacio, con la cuchara de madera, en silencio. Me quedé apoyada en la mesada con la taza blanca

enfriándose a mi lado, el café de la cafetera italiana subiendo en el fuego, el olor dulce de la canjica llenando la cocina, y el pulso latiéndome en el cuello de un modo que sentía latir en la línea del cuello del ambo.

—Renato —dije, después de un rato.

—No pregunte, doña Clara.

—No es pregunta. —Respiré—. Es sólo algo que quería decir.

Esperó.

—Gracias.

No respondió.

Revolvió una vez más con la cuchara de madera. Agarró un repasador. Limpió el borde de la olla. Agarró un plato hondo de porcelana blanca del armario superior, de esos antiguos con filete dorado en el borde. Sirvió la canjica despacio. Espolvoreó canela arriba. Apoyó una cuchara de postre en el platito. Puso todo en una bandeja de plata que estaba preparada en un rincón de la mesada, con una servilleta de lino doblada, un vaso de agua, una servilleta de tela, y un pequeño florero de cristal con un clavel blanco.

Todo perfecto.

Todo del modo en que una anciana de familia tradicional desayuna cuando la familia tradicional todavía existe.

—Yo se lo llevo —dije, alejándome de la mesada—. Usted me muestra el camino de la bandeja. Es parte de mi trabajo.

—No.

Fue seca la respuesta. Más seca de lo que había sido en toda la mañana. Paré.

—¿Por qué?

—Doña Bárbara baja primero —dijo—. Baja, lleva el café de doña Lúcia, se queda media hora con ella, le da el remedio. Después la llama a la señora. La señora entra después del remedio.

—¿Bárbara le da el remedio?

—Doña Bárbara le da el remedio de la mañana.

—Pero yo soy la enfermera.

—Lo sé.

Apoyó la bandeja en la isla. Miró la bandeja, no a mí. La luz amarilla del extractor caía sobre su pelo grisáceo y hacía una sombra fina debajo del mentón.

—Doña Clara —dijo, todavía mirando la bandeja—, ¿la señora se acuerda de lo que dije hace un rato?

—Me acuerdo.

—Entonces no pregunte por qué doña Bárbara le da el remedio de la mañana. —Por fin me miró—. La señora va a descubrirlo sola. Va a tardar. Pero va a descubrirlo. Cuando lo descubra, la señora va a entender por qué le dije que no confíe en nadie. Ni en mí.

—¿Por qué ni en usted?

Sonrió por primera vez en toda la mañana.

Fue una sonrisa mínima, triste, del tipo que un hombre viejo le dedica a una mujer más joven cuando la mujer más joven hace una pregunta que él esperaba que hiciera y que prefería que no hubiera hecho.

—Porque la señora todavía no me vio hacer nada —dijo—. Esperar para confiar es cosa boba. La señora confía en mí ahora porque dije algo lindo para el lado de la señora. Pero doña Bárbara también dice cosas lindas para el lado de la señora. El doctor Eduardo también las va a decir. La confianza no se gana en conversación, doña Clara. La confianza se gana cuando hace falta, y hasta que a la señora le haga falta, yo puedo ser cualquier cosa.

Agarró la bandeja.

—Tómese el café —dijo—. Vuelvo en veinte minutos. La señora come, lava la taza, la deja boca abajo en el escurridor. A doña Bárbara le gusta la pileta limpia cuando baja.

Salió por la puerta que daba al pasillo del hall principal.

Me quedé sola en la cocina con el olor de la canjica y el café hirviendo, y fue en ese momento — cuando él ya había salido, cuando sus pasos ya estaban subiendo la escalera principal llevando la bandeja a doña Lúcia — que noté algo que debería haber notado antes.

El delantal gris.

Tenía un delantal gris atado a la cintura. Tenía un nombre bordado en hilo blanco en la esquina derecha, a la altura del pecho, de esos bordados de uniforme antiguo de casa de familia. Había visto el bordado cuando él se giró de lado por primera vez, pero recién ahora lo registraba — el ángulo, la luz, la memoria atrasada.

El bordado decía *RENATO*.

En letras mayúsculas. En hilo blanco firme.

Pero debajo de la palabra *RENATO*, en la tela gris, se podía ver — sólo si una buscaba, sólo si la luz pegaba bien, sólo si una había trabajado seis años en hospital ayudando a identificar marcas en

telas donde ya había existido otras marcas — se podía ver la sombra de otro bordado más antiguo.

Un bordado que había sido descosido.

No pude leer el nombre entero. El hilo había sido retirado con cuidado, pero la tela debajo tenía esa leve diferencia de coloración que las telas adquieren después de haber tenido hilo por muchos años, esa memoria de la tela que persiste aun cuando el bordado se va.

Pude leer cuatro letras.

La primera era una *A*.

Y las tres últimas, en secuencia, al final de la palabra borrada, eran *N-I-O*.

Me quedé parada en la cocina más tiempo del que debía.

Mirando la puerta por la que había salido Renato.

La cafetera empezó a chiar detrás de mí. No me moví. Pensé — *Antônio*. Pensé — *el jardinero que renunció hace tres años, según Bárbara.* Pensé — *el uniforme de Antônio lo está usando Renato.* Pensé un montón de cosas en secuencia rápida, pero la única que se quedó, la única que se enganchó en la pared de mi cabeza del modo en que se engancha un aviso en la heladera con un imán, fue la frase que el propio Renato me acababa de decir, y que en aquel momento, mirando la sombra de cuatro letras en un delantal gris, releí de otra manera:

No confíe en nadie acá. Ni en mí.

La cafetera chió más fuerte.

El café estaba listo.

Apagué el fuego, agarré la taza, serví sin mirar lo que estaba haciendo. Tomé el primer sorbo todavía parada, en la isla, apoyada en el granito frío, y pensé — por primera vez desde que había colgado la videollamada con Bárbara cinco días atrás en el café de dos reales de la terminal — pensé una frase muy clara, muy específica, muy desagradable.

Pensé: *¿qué estoy haciendo acá?*

Y no supe responder.

Tomé otro sorbo de café.

Arriba, en algún punto de la casa que todavía no podía mapear, escuché la voz cantarina de Bárbara decir *buenos días, mamita querida, hoy hay canjica*, y la voz baja de Renato respondiendo algo que no entendí.

Y nada más.

La casa se tragó el resto.

Capítulo 5

Bárbara bajó a las siete en punto.

Yo ya estaba sentada en la isla de la cocina cuando entró, con la taza de café vacía boca abajo en el escurridor — exactamente como Renato había pedido — y las manos cruzadas en la falda, esperando. Había esperado veinte minutos. Había pensado mil cosas en veinte minutos. Había deshecho las mil cosas en veinte minutos también, porque eso es lo que hace la cabeza de una cuando una no durmió bien y está en un lugar nuevo y acaba de oír a un hombre mayor decir que una no debe confiar en él — la cabeza construye teorías y después derriba las teorías, y al final del ejercicio una está más cansada y no más sabia.

—¡Clara!

Bárbara entró a la cocina con el pelo rubio suelto, sin el rodete del día anterior, vestida de jean y una camisa blanca abierta en el cuello. Tenía un aspecto matinal de gente rica — piel descansada, sin maquillaje, pero con ese tipo de piel que no lo necesita. Olía a crema. Alguna crema cara.

—Buenos días —dije.

—¡Buenos días, querida! ¿Pudiste dormir algo?

—Pude.

Era mentira, pero era la mentira correcta.

—Qué bueno, qué bueno. —Fue hasta la cafetera italiana, llenó una taza, se sentó en la isla frente a mí—. Me encanta que ya bajaste con uniforme. Queda lindo. Le da seriedad a la casa, ¿sabés?

Sonreí.

—Hoy vamos con calma —dijo, soplando el café—. Mañana tranquila. Mamá ya tomó su café y su remedio, ahora está descansando. Dentro de una hora subís, le das un baño en cama, le cambiás la ropa, le hacés la higiene. Alrededor de las diez suele dormir la siesta otra vez. Ahí bajás, almorzás con nosotras acá, y la tarde es libre hasta las tres. Mamá se despierta a las tres para un té. Te quedás con ella de tres a seis. A las seis Renato le sube la cena. A las ocho yo subo a rezar el rosario con ella.

—¿La señora reza el rosario todos los días?

—Todas las noches. —Sonrió—. Mamá es muy católica. Fue lo único que la enfermedad no le quitó todavía. Mezcla las avemarías, mezcla los nombres de los santos, pero el rosario lo hace conmigo. Es lindo de ver.

—Me imagino.

—¿Vos sos católica, Clara?

—Estoy bautizada. —Encogí un hombro—. Pero confieso que no practico.

—Está bien, querida. Cada una con su fe. —Tomó un sorbo largo—. En cuanto a la medicación, la controlo yo misma. Después te explico cuáles son los remedios. Todo está en una cajita cerrada en mi oficina. Organizo la semana entera en los pastilleros los domingos y los dejo en el área de enfermería del cuarto de mamá. Vos sólo le das lo que esté en el pastillero, a la hora correcta. ¿Está bien?

—Está bien.

—No abras la cajita grande, ¿eh? Ahí hay medicación pesada. Cosa controlada. Si baja la vigilancia sanitaria acá, prefiero que el nombre

en el control sea sólo el mío. Te ahorra dolores de cabeza con el COREN, ¿sabés?

—Entiendo.

Era una explicación razonable.

Así fue como me lo dijo, lo recuerdo. Razonable. *Te ahorra dolores de cabeza con el COREN.* Es el tipo de frase que una jefa sensata le dice a una empleada recién llegada que ya tuvo problemas con un órgano fiscalizador antes, y Bárbara sabía que yo había tenido problemas, y yo sabía que ella lo sabía, y ninguna de las dos lo mencionó en la cocina a las siete y ocho de la mañana.

Pensé: *leyó mi expediente entero del São Lucas antes de contratarme.*

Pensé: *claro que lo leyó, yo también lo leería.*

No pensé en la pregunta siguiente, que era la pregunta que debería haber pensado, y que era: *si leyó el expediente entero, ¿por qué me contrató?*

Voy a pensar en esa pregunta después.

Voy a pensar mucho en ella.

—Otra cosita —dijo Bárbara, apoyando la taza—. Sobre la alimentación de ella. Quería pedirte un favor.

—Pedí.

—Mamá es muy terca con la comida. Tiene unos gustos que le quedaron de la infancia y no los suelta, y Renato es un santo que entiende eso. Cada día tiene un menú fijo. Almuerza a las doce, siempre el mismo menú del día de la semana. Domingo es pollo con papa. Lunes es pescado al horno. Martes es macarronada. Miércoles

es sopa de verduras. Jueves también es sopa, pero sopa de capelletti, más consistente. Viernes pescado otra vez. Sábado arroz con lenteja, cosa simple.

—Está bien.

—Quería pedirte una cosa, querida. Si mamá te ofrece comida de su plato, rechazá, ¿eh? Educadamente. A ella le encanta compartir, le parece que está siendo simpática con la enfermera nueva, pero su comida tiene un condimento específico para la digestión de ella. Hay espesante en la sopa porque se atraganta. Hay suplemento líquido en el almuerzo. No es comida humana normal, es comida adaptada. Si la comés con ella, te va a dar diarrea.

Me reí.

—Tranquila. Yo como antes.

—Brillante. —Sonrió—. Tu comida la hacés acá en la cocina grande, o le pedís a Renato. Él cocina para vos también, si le pedís con tiempo. La heladera está llena. Agarrá lo que quieras.

—Gracias.

—¿Alguna otra duda?

Pensé.

Tenía unas treinta dudas. Tenía la duda de la puerta cerrada por afuera. Tenía la duda de la cerradura nueva en la biblioteca, en el depósito del segundo piso y en mi cuarto. Tenía la duda del nombre en el delantal de Renato. Tenía la duda del *sos más bonita que la anterior* dicho por una vieja que no tenía exactamente cara de demente. Tenía la duda del chofer Wilson diciendo *nunca traje a nadie de vuelta*. Tenía treinta dudas y sabía que no podía hacer ninguna de ellas, así que hice una que era segura.

—Júlia —dije—. La enfermera anterior. ¿Me dejó alguna anotación sobre doña Lúcia? Rutina, preferencias, mañas?

Bárbara me miró un segundo más de lo necesario.

—No —dijo, y su voz tenía un tono distinto, más liviano, más aireado, más artificial—. Júlia se fue medio a las apuradas, pobrecita. La mamá tuvo un ACV y tuvo que viajar de un día para el otro. No dio tiempo de organizar el traspaso como corresponde. Pero yo te paso todo lo que necesitás saber. Yo cuido de mamá desde siempre, sé todo.

—Está bien.

—¿Extrañaste un traspaso por escrito?

—No, qué va. —Sonreí—. Sólo pregunté porque es lo habitual en hospital, ¿sabés? El turno siempre pasa por escrito.

—Acá no es hospital, querida.

—No, claro que no.

—Acá es casa de familia.

Lo dijo todavía sonriendo, y la sonrisa seguía igual, pero algo detrás de la sonrisa se había endurecido — una fracción de centímetro en las comisuras, una microvibración en la mandíbula. Fue casi nada. Fue tan poco que me convencí, en ese mismo instante, de que había sido impresión mía, cansancio mío, paranoia mía de alguien que durmió tres horas y oyó a un mayordomo decir que no confiara en nadie.

—Hay otra cosa, Clara —dijo.

—Decí.

—El cuaderno.

Sacó del bolsillo de la camisa un cuadernito negro de tapa dura, espiral pequeña, rayado, del tamaño de una agenda de bolsillo. Lo apoyó en la isla entre nosotras. Lo empujó hacia mí con la punta de los dedos.

—Quería que anotaras todo lo que mamá diga.

Miré el cuadernito.

—¿Cómo, *todo*?

—Todo. —Sonrió de nuevo—. Cada frase. Cada palabra suelta. Cada nombre que mencione. Cada recuerdo. Cada confusión. Todo, querida. Es para el doctor Eduardo. Él monitorea la evolución cognitiva de ella por las palabras. Cuanto más material le demos, mejor puede ajustar la medicación.

—Está bien.

—Incluso las cosas que parezcan boberías.

—Está bien.

—*Especialmente* las cosas que parezcan boberías.

Lo dijo despacio.

Agarré el cuadernito. Era un cuaderno común. Comprado en librería. Tenía un lápiz pequeño encajado en la espiral.

—Tranquila —dije.

—Sos un amor, Clara.

Se levantó de la isla, dio la vuelta, pasó detrás de mí, y antes de salir de la cocina apoyó la mano en mi hombro suavemente. Era un gesto cariñoso. Era un gesto absolutamente normal, del tipo que una jefa simpática hace con una empleada nueva. Pero la mano se

quedó posada en mi hombro un segundo más de lo que correspondía — exactamente como la mirada se había quedado un segundo más cuando mencioné a Júlia — y cuando retiró la mano sentí, sin querer, que el hombro seguía caliente con la forma de sus dedos por unos instantes después.

—¿Tenés alguna alergia que tenga que saber? —preguntó desde la puerta de la cocina.

—No. Ninguna.

—¿Tomás algún remedio continuo?

—No.

—¿Tenés hipertensión en la familia? ¿Antecedentes cardíacos?

Pensé en mi padre. En el cáncer de páncreas que lo mató en tres meses. Pensé en mi abuela materna, que murió de infarto a los sesenta y dos. Pensé si debía mencionarlo.

—Mi padre murió de cáncer de páncreas —dije—. Hace poco.

—Lo sé, querida. —Se llevó la mano al pecho—. Lo siento de nuevo. Pero cáncer no es cardíaco. ¿Cardíaco?

—Mi abuela. Infarto. A los sesenta y dos.

—¿Abuela materna o paterna?

—Materna.

—Hm. —Movió la cabeza, pensativa—. ¿Te hacés chequeos de rutina?

—Me hago.

—¿Recientes?

—Enero.

—¿Todo bien?

—Todo. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué pregunta?

—Cobertura médica, querida. —Sonrió de nuevo, amplia—. Te voy a incluir en nuestra cobertura a partir del tercer mes, como quedamos. Ellos piden esa información para el cálculo actuarial. Cardíaco en la familia encarece la cuota. Pero tranquila, yo pago de cualquier manera. Era sólo para saberlo.

—Ah. —Me reí, sin gracia—. Pensé que estaba preocupada.

—Estoy preocupada por vos desde que cruzaste esa puerta, querida.

Me guiñó un ojo.

Salió de la cocina.

Me quedé sentada en la isla con el cuadernito negro frente a mí y el pulso latiéndome en el cuello de nuevo, del mismo modo en que había latido una hora antes en la conversación con Renato, y esta vez no supe ni empezar a inventar una teoría. Sólo me quedé mirando el cuadernito.

Cardíaco en la familia encarece la cuota.

Lo repetí mentalmente. Cardíaco en la familia encarece la cuota. Era una frase razonable. Era una frase de alguien que entiende de cobertura médica. La cobertura pregunta antecedentes familiares, es verdad. Ya había completado esa ficha por lo menos cinco veces en la vida, en hospitales, en consultorios, en coberturas viejas.

Pero algo en esa pregunta estaba mal y no supe decir qué.

Me llevé el cuadernito negro cuando subí.

Subí a las ocho menos cuarto, por la escalera principal — Bárbara me había autorizado a usar la principal durante el día, *vos no sos de la familia pero sos de la casa, Clara, no andes subiendo por la escalera de servicio, me parece humillante* — y la alfombra roja sujeta por las varillas de bronce me llevó hasta el segundo piso, hasta el pasillo de la izquierda, hasta la puerta del cuarto de doña Lúcia.

Golpeé suavemente.

—Pasá —vino la voz de Bárbara del otro lado.

Entré.

Doña Lúcia estaba sentada en la cama, apoyada en las almohadas, con un chal blanco de tejido sobre los hombros. Había tomado el desayuno — la bandeja con el plato vacío estaba en la cómoda. Había tomado el remedio también, deduje, porque el pastillero azul del domingo estaba abierto sobre la bandeja, con la divisoria de miércoles mañana vacía. Hoy era miércoles. Eso ya lo había memorizado.

Bárbara estaba sentada en la poltrona al lado de la cama, sosteniendo la mano de la madre.

Doña Lúcia tenía los ojos entrecerrados. Párpados pesados. Cabeza un poco caída hacia el lado derecho. Respiración lenta. Aquel aspecto somnoliento, blando, dócil, que tienen los pacientes con demencia después de una medicación.

Era un aspecto distinto del que había visto la noche anterior.

La noche anterior, me había mirado con los ojos absolutamente despiertos.

—Mamá —dijo Bárbara, en la voz cantarina de perrito—, ¿te acordás de Clara? Clara es tu nueva enfermera. Hoy te va a bañar.

Doña Lúcia no respondió.

—Mamá —insistió Bárbara, apretándole suavemente la mano—, hablale a Clara.

—¿Está bien? —pregunté, acercándome a la cama en aproximación lateral—. Se ve adormilada.

—Tomó el remedio. —Bárbara sonrió—. Siempre se queda así después. Dentro de unos veinte minutos ya está más despierta. Vos aprovechá ese rato para el baño en cama, queda bien dócil ahora.

—Está bien.

—Yo bajo. Tengo una llamada a las ocho y media. —Se levantó de la poltrona—. Cualquier cosa, el intercomunicador de la cocina funciona, es el botón verde. Renato siempre atiende.

Pasó a mi lado. Volvió a apoyar la mano en mi hombro suavemente. Salió.

Cerró la puerta.

Me quedé sola con doña Lúcia.

El cuarto estaba en silencio. Sólo el tictac de un reloj de péndulo grande en el rincón, de esos antiguos, con esfera romana. Eran las siete y cincuenta y dos. La luz de la mañana entraba por los ventanales dobles y caía sobre la alfombra rosa, y la cama de doña Lúcia quedaba a contraluz, con la vieja sumergida en la sombra de las almohadas, y por un instante — sólo un instante — la miré y pensé que parecía más un cuerpo amortajado que una persona. Pelo blanco peinado hacia atrás. Manos cruzadas sobre la sábana. Párpados entrecerrados. Era el modo en que un pariente compone un cuerpo en un velorio cuando todavía no hay maquillador.

Sacudí la cabeza.

Me estoy volviendo loca, pensé. Ya estoy inventando cosa muerta en una paciente viva. Estoy en la casa hace doce horas y ya estoy inventando.

—¿Doña Lúcia? —dije, bajito.

No respondió.

Fui hasta la cómoda. Agarré la bandeja vacía. La apoyé en una mesita lateral. Volví al lado de la cama. Abrí el armario de enfermería que habían montado en un rincón del cuarto — una estantería pequeña, blanca, con cajones plásticos etiquetados. *Higiene*. *Curación*. *Ropa de cama*. *Ropa de uso*. Todo organizado. Todo de una forma profesional que reconocí enseguida — era el modo de organizar de Júlia. Era modo de enfermera de hospital. Bárbara nunca lo habría organizado así. Un mayordomo nunca lo habría organizado así.

Júlia había estado en ese cuarto, real, con manos, organizando aquellos cajones. Júlia no era invención. Júlia había existido.

Agarré toalla, jabón neutro, esponja suave, pañal geriátrico nuevo, crema para escaldaduras, toallita húmeda, camisón limpio. Puse todo en el carrito de baño en cama que estaba al lado de la estantería. Empujé el carrito cerca de la cama.

—Doña Lúcia —dije de nuevo, más alto—, soy Clara. La voy a bañar ahora. Voy a empezar por la cabecera. ¿Está bien?

Abrió los ojos.

Fue un movimiento lento. Pesado. Los párpados subieron como si tuvieran peso encima. Los ojos azul claros gastados por el tiempo aparecieron debajo, y por un segundo pensé que iban a estar opacos, mates, como ojo de paciente realmente sedado — pero no estaban. Estaban vidriosos de un modo, sí, pero detrás de lo vidrioso había algo en foco. Algo atento.

Me miró.

—Buenos días, doña Lúcia —dije, sonriendo profesional.

Me miró un rato.

—Clara —dijo.

—Sí. La señora se acordó. Qué bueno.

—La bonita.

Me reí, sin gracia.

—La señora exagera.

No se rió.

Siguió mirándome, con aquel vidriado por encima y la cosa atenta debajo, y yo, sin pensar, le fui bajando la sábana con cuidado, soltándole las manos cruzadas, abriéndole el nudo del camisón en el frente. Todo automático. Movimientos de enfermera que ya hizo dos mil baños en cama. Doña Lúcia se quedó dócil. No opuso resistencia. Sus brazos tenían un tono bajo, blando, del modo en que produce una sedación leve, pero no inerte — todavía podía controlar el cuello, todavía podía mover los dedos, todavía podía seguirme con los ojos.

Empecé por la cara.

Mojé la esponja en la palangana de agua tibia. Le pasé por la frente, por las sienes, por los pómulos. Su piel era fina. Finita. Ese papel de seda de la piel de gente vieja, que una toca con cuidado de quien toca reliquia.

—¿Durmió bien? —pregunté.

—Dormí.

—Qué bueno.

—La señora no durmió.

Detuve la esponja en el aire.

—¿Yo?

—La señora.

—¿Cómo sabe?

—Ojeras.

Lo dijo simple, plano, sin ironía. Me reí sin querer. Era una observación banal, del tipo que hace una tía vieja. No tenía nada de demente.

—Me acosté tarde —dije, volviendo a pasarle la esponja por el cuello —. Casa nueva, ¿sabe? Tardé en desconectarme.

—La puerta cerrada.

Paré de nuevo.

—¿La señora sabe que mi puerta se cierra por afuera?

—Sé.

—Bárbara dijo que era por la señora. Que la señora se levanta de noche y que si entrara en mi cuarto me podría asustar.

Doña Lúcia me miró.

Por un instante largo.

—Bárbara dijo —repitió, despacio, y fue la primera vez que la oí decir el nombre de la hija. Le salió con una pausa rara entre las dos

palabras. *Bárbara. Dijo.* Como si fueran dos frases separadas.

—Eso fue —dije.

—Hum.

No habló más por un rato.

Seguí el baño. Le pasé la esponja por los hombros, por el pecho. Le lavé los brazos uno por uno, secando despacio con la toalla. Le puse crema en las axilas. Le puse crema en las manos — había marcas en las muñecas, ahora lo noté. Marcas leves, descoloridas, del tipo que una banda ancha deja cuando se usa por muchas horas seguidas. No era marca de cuerda. Era marca de algo de tela. Una banda de contención, tal vez. Cosa que se usa con un paciente agitado en hospital para sujetarlo a la cama.

Pero doña Lúcia no era agitada.

Doña Lúcia estaba sedada y dócil.

No tenía sentido una marca de contención.

—¿La señora se golpeó la muñeca? —pregunté, en voz casual de enfermera—. Tiene una marquita acá.

Miró la muñeca.

Me miró.

—Me golpeé —dijo—. Me caí.

—¿Cuándo?

—No me acuerdo.

Fue la primera mentira que me contó. La reconocí enseguida — no por su tono, que era calmo, sino porque los ojos se le escaparon

hacia el lado derecho mientras hablaba, y los ojos que se escapan hacia el lado derecho mientras la boca habla están mintiendo, es una de esas cosas que la enfermera de guardia aprende al preguntarle a una madre de un nene lastimado si el nene se cayó de la escalera o si fue otra cosa. Los ojos de las madres que mienten se escapan hacia el costado.

Sonreí.

Seguí el baño.

No comenté. Tampoco lo anoté en el cuadernito negro de Bárbara. Aquella información ya era mía. Aquella información iba a quedar guardada en un cuaderno mental mío, que en ese momento decidí empezar — paralelo, secreto, sin espiral ni tapa negra, sólo dentro de mi cabeza, con todo lo que fuera observando y que no combinara con lo que me decían.

Marcas de contención en las muñecas. Ítem número uno.

Llegué a las piernas.

Doña Lúcia se quedó en silencio todo el tiempo. Le lavé las piernas una por una, le cambié el pañal — estaba seco, tenía buen control, sorprendente —, le pasé la crema de escaldaduras. Estaba poniéndole el pañal nuevo cuando habló de nuevo, y esta vez fue distinto.

La voz le salió más baja.

Más firme.

Y no me miró cuando habló. Miró la puerta del cuarto, cerrada.

—Nena —dijo.

—¿Sí?

—Vení cerca.

Me acerqué. Incliné la cabeza a la altura de ella.

Doña Lúcia, sin mover la cabeza de la almohada, sin mover nada del cuerpo más que los labios, habló tan bajito que tuve que apoyar la oreja en su boca para entender. Su aliento olía a leche, a canela, a remedio. Salió como soplo.

—No te comas la sopa del jueves.

No respiré.

—¿Qué?

—La sopa del jueves. —Su voz siguió en el mismo soplo, sin inflexión —. No te la comas. Tirala. Hacé como que comiste.

—Doña Lúcia...

—Sos la cuarta.

Me alejé dos centímetros. Miré su cara. Sus ojos seguían vidriosos, entreabiertos, fijos en la puerta cerrada — pero debajo del vidriado, esta vez, la cosa atenta estaba completamente despierta, y era una cosa que no tenía nada que ver con demencia, nada que ver con sedación, nada que ver con el cuadro clínico entero que me habían descrito.

—¿La cuarta qué? —susurré.

Doña Lúcia no respondió enseguida.

Su boca tembló suave. Sus ojos siguieron en la puerta. Oí, de muy lejos, abajo en la casa, la voz de Bárbara al teléfono, alta, profesional, en alguna sala que debía ser la oficina, diciendo *sí doctor, sí, ya tomó el remedio de la mañana*.

Doña Lúcia respiró hondo.

Y habló — todavía en el mismo soplo, todavía sin mover la cabeza, todavía mirando la puerta cerrada como si la puerta pudiera abrirse en cualquier instante:

—La cuarta enfermera. —Pausa—. Que ella trae.

Me quedé inmóvil al lado de la cama.

Los dedos de mi mano derecha todavía sostenían la tira del pañal nuevo que estaba por cerrar. La esponja mojada estaba en mi mano izquierda. El cuarto estaba en silencio, excepto por el tictac del reloj de péndulo, y el tictac parecía estar dentro de mi cabeza ahora, latiendo en el lugar de mi pulso.

—Doña Lúcia —susurré—, ¿la señora está recordando hoy? ¿La señora está en un día bueno?

Tardó en responder.

Cuando respondió, fue con una sola frase. Sin soplo esta vez. En voz normal — ni alta, ni baja, voz de mujer de setenta y ocho años perfectamente despierta que está eligiendo exactamente las palabras que quiere decir, del mismo modo en que las había elegido la noche anterior cuando me dijo *sos más bonita que la anterior*.

Dijo:

—Estoy en un día bueno todos los días, nena.

Pausa.

—Sólo pongo cara de día malo.

Y cerró los ojos.

Los cerró completamente. Dejó caer el cuello de lado en la almohada. Soltó un suspiro pesado, lento, del modo en que un paciente sedado lo suelta cuando vuelve a dormirse. Su respiración se volvió profunda y regular. En quince segundos, parecía otra vez exactamente la viejita dócil y demente que había estado cuando Bárbara salió del cuarto veinte minutos antes.

Me quedé parada al lado de la cama con el pañal abierto en la mano.

El cuadernito negro de Bárbara estaba encima de la cómoda. Lo miré. Pensé en la promesa: *anotá todo lo que diga*. Pensé en la frase de doña Lúcia. *No te comas la sopa del jueves. Sos la cuarta. Que ella trae.* Pensé en escribirlo. Pensé en no escribirlo. Pensé en las marcas en las muñecas de la vieja. Pensé en el nombre borrado en el delantal de Renato. Pensé en la cerradura nueva del cuarto cerrado del segundo piso, a tres puertas de ahí, del otro lado del pasillo.

Agarré el cuadernito.

Lo abrí en la primera página. Agarré el lápiz pequeño de la espiral.

Y escribí, con letra firme de enfermera de guardia, la primera anotación del día, en tres líneas:

Miércoles, 8:12. Paciente somnolienta tras medicación matinal. Tono muscular reducido, capacidad de respuesta preservada. Eliminación urinaria dentro de lo esperado. Piel íntegra. Sin quejas verbales. Sin habla espontánea.

Sin habla espontánea.

Subrayé.

Apoyé el lápiz. Cerré el cuaderno. Lo dejé de vuelta en la cómoda.

Y volví a cerrar el pañal de doña Lúcia, que seguía con los ojos cerrados, respiración profunda, fingiendo dormitar — *sólo pongo cara de día malo* —, mientras el reloj de péndulo marcaba el segundo de las ocho y trece de la mañana, y mientras yo, por primera vez en doce horas dentro de la Fazenda Boa Vista, empezaba a entender que existen casas en las que lo más peligroso que una enfermera puede hacer es su trabajo exactamente como se lo mandan.

Y hoy era miércoles.

La sopa del jueves era mañana.

Capítulo 6

El resto de la mañana pasó en cámara lenta.

Terminé el baño de doña Lúcia en silencio. Le puse el camisón nuevo — un camisón de algodón blanco con bordadito azul en el escote, de esos de señora de familia bien, con botoncitos de nácar. Le peiné el pelo. Le puse crema hidratante en la cara. Le puse medias finas en los pies. La cubrí con la sábana hasta el pecho. Le dejé los brazos afuera porque era así como estaban cuando Bárbara salió, y ya estaba aprendiendo, sin haberlo aprendido conscientemente, que en aquella casa era importante dejar las cosas exactamente como estaban antes.

Doña Lúcia no abrió los ojos de nuevo.

Su respiración siguió profunda, regular, con ese leve silbido que tienen los viejos al final del aire — el aire pasando por la garganta seca. ¿Siesta verdadera? ¿Siesta actuada? No supe decirlo. Doña Lúcia, ya lo había entendido, era una actriz mejor que cualquier paciente que hubiera tratado en seis años en São Lucas. Tal vez fuera siesta de verdad. Tal vez fuera pose. Tal vez se hubiera cansado después de entregarme dos frases demasiado pesadas y estuviera descansando del esfuerzo.

Agarré la palangana, la esponja, las toallas usadas. Empujé el carrito de baño al rincón. Tiré el pañal usado en el tacho específico de pañales. Me lavé las manos en su baño privado. Eché un vistazo al baño — barras de apoyo, banco de baño, ducha de mano con manguera, espejo con inclinación ajustable, jabón líquido sin perfume en la bacha. Todo organizado. Todo de nuevo con aquella firma que era de enfermera de hospital y no de mayordomo ni de hija rica.

Una Júlia había desaparecido de aquella casa. Cada detalle de aquel baño era una firma de ella.

Me sequé las manos y volví al cuarto.

Miré una última vez a doña Lúcia. Chequeé el oxímetro de dedo, que estaba sobre la cómoda — saturación de oxígeno en noventa y seis, pulso en sesenta y ocho. Valores normales. Le puse el oxímetro en la punta del índice sólo por garantía profesional. Anoté en el cuadernito negro: *saturación 96, pulso 68, paciente en sueño fisiológico*. No anoté nada más. No anoté la sopa del jueves. No anoté la cuarta enfermera. No anoté el *estoy en un día bueno todos los días, nena*. Aquellas tres frases quedaron en mi cuaderno mental — el cuaderno sin tapa, sin espiral, sin nada que pudiera ser leído por otra persona.

Salí del cuarto a las ocho y cuarenta y dos.

Cerré la puerta con cuidado.

Bajé por la escalera principal — porque Bárbara me había autorizado, y porque yo, sin darme cuenta, ya estaba empezando a aprovechar sus autorizaciones del mismo modo en que una prisionera aprovecha el patio abierto. Cada autorización era un pedazo de suelo libre. Iba mapeando.

La casa estaba en silencio.

Miré el pasillo de planta baja. La puerta de la biblioteca-oficina de Bárbara estaba cerrada. Oí su voz del otro lado, baja, profesional, hablando por teléfono. *Sí, doctor, está más estable hoy, vamos a mantener la dosis.* Pausa. *No, no habla mucho espontáneamente, pero la nueva enfermera ya empezó a anotar.* Pausa. *¿Venís el viernes? Ah, óptimo. Te dejo el material listo.*

Me congelé dos segundos en el pasillo.

Después caminé rápido hacia la cocina, porque quedarse parada escuchando detrás de una puerta es el tipo de cosa que sólo ayuda si te pillan, y yo no quería que me pillaran — no la primera mañana.

La cocina grande estaba vacía.

Renato había desaparecido. La olla de canjica había sido lavada y estaba boca abajo en el escurridor. La cocina estaba limpia. Olía a desinfectante y a café fresco. Había una nota encima de la isla, manuscrita en letra grande y firme: *Doña Clara, su café ya está listo en el termo. Pan de queso en el horno apagado. R.*

Sonreí sin querer.

Comí parada, apoyada en la isla. Pan de queso caliente del modo en que el pan de queso sólo queda cuando se hace en casa. Café fuerte. Me lo tomé todo rápido. Lavé los platos. Volví la taza boca abajo en el escurridor.

Y salí por la puerta de atrás.

No había pedido autorización. La puerta de atrás estaba en la cocina de servicio, detrás de la cocina grande, y estaba sin llave. No había cartel, no había aviso, no había cordón. Salí.

El jardín de atrás era enorme.

No lo había visto bien del día anterior — lo había visto sólo por la ventana del cuarto de doña Lúcia, desde arriba, en ángulo achatado. Desde abajo era distinto. Era un pedazo amplio de césped bien cuidado, bajando en tres niveles sucesivos, con canteros de piedra dividiendo cada nivel. En el primer nivel había una pérgola de glicinas con bancos de hierro debajo. En el segundo, una huerta dividida en cuadrados, con etiquetas de madera marcando romero, albahaca, tomillo, perejil. En el tercero, más abajo, había una pileta cubierta con una lona azul oscuro, parecía desactivada hacía tiempo,

y al fondo de todo, contra el muro del fondo, un huerto pequeño con árboles de jabuticaba, mango y mora.

Era un jardín lindo.

Era un jardín cuidado. Pero era un jardín cuidado de un modo raro, y me tomó unos minutos caminando despacio por el césped del primer nivel para entender qué.

No había jardinero.

No había señal de jardinero, quiero decir. No había una carretilla olvidada. No había una bolsa de fertilizante abierta en un rincón. No había guantes de jardinería secándose en el banco de la pérgola. No había tijera de podar en el suelo. No había manguera estirada, no había aspersor armado, no había las mil marcas que un jardinero deja en el jardín que cuida diariamente.

Pero el jardín estaba cuidado.

El pasto estaba parejo — debía haber sido cortado hacía unos tres o cuatro días, máximo. Los bordes de los canteros estaban limpios, sin maleza. La huerta tenía tierra suelta, recién removida, sin yuyos. Las enredaderas de glicina estaban podadas. Los árboles de jabuticaba no tenían ramas secas.

Alguien estaba cuidando aquel jardín, con regularidad, y esa persona no dejaba rastros.

Renato, tal vez. Renato solo — mayordomo, cocinero, chofer cuando Wilson no venía, y también jardinero. Era posible. Era inverosímil, pero era posible.

Bajé al segundo nivel.

Caminé por el borde de la huerta. Ahí la tierra estaba bien removida, oscura, con el olor denso de tierra negra abonada. Agarré un

puñado entre los dedos. Lo solté. Era buena tierra. Era tierra de cantero bien alimentado.

Crucé la huerta y llegué cerca del muro del lado oeste — el lado que daba al portón de la entrada, del otro lado de la casa. Había un pequeño jardín ornamental ahí, separado del resto por una hilera baja de boj. Entré.

Fue cuando vi.

El jardín ornamental era de hortensias.

De nuevo.

Acá adentro, en el fondo, en un rincón reservado, escondido del camino de la entrada por la casa, había un segundo cantero de hortensias — más discreto que el del portón, sin estridencia, retraído contra el muro lateral, ocupando una franja de unos tres metros por dos. Y las flores ahí tenían el mismo color que las del portón de la entrada. Aquel azul eléctrico, brillante, equivocado para febrero. Aquel azul de hortensia en pico de floración cuando el año entero ya había pasado de hora.

Me quedé parada al borde del cantero.

Miré el suelo.

Y fue ahí que vi la cosa que me iba a agarrar.

En el rincón derecho del cantero, contra el muro, había un pedazo de tierra — unos ochenta centímetros por sesenta, más o menos — que era distinto del resto. La diferencia era sutil, y era el tipo de diferencia que nadie iba a notar a menos que estuviera mirando el suelo del modo en que yo estaba mirando, que era el modo de alguien que creció con abuela con patio y entiende la tierra.

La tierra ahí estaba más suelta.

Más oscura.

Había sido removida hacía poco. Las hortensias alrededor estaban plantadas, con raíces asentadas, en tierra firme — se veía el tallo subiendo del suelo de un modo limpio, y se sentía, aun parada, que la tierra ahí estaba compactada por el tiempo. Pero en aquel rectángulo de ochenta por sesenta, contra el muro, las hortensias tenían un aspecto distinto — medio inclinadas, medio flojas en el tallo, del modo en que está la planta que fue movida hace poco y que todavía no readaptó la raíz.

Alguien había cavado ahí.

Alguien había cavado y había replantado las hortensias por encima.

Hacía poco. Semanas, tal vez. No meses.

Me agaché.

Apoyé la mano en el suelo. La tierra estaba blanda. Cedía al toque con esa elasticidad de tierra recién revuelta, sin la resistencia que la tierra vieja tiene. Cavé un poco con los dedos, sin pensar, automática — sólo dos centímetros, tres centímetros, lo suficiente para sentir la textura de la capa de abajo.

La tierra de abajo era más oscura todavía.

Casi negra.

Y tenía un olor.

Ya había olido ese olor antes. Lo había olido en la facultad de enfermería, en el laboratorio de anatomía, y lo había olido en la morgue del São Lucas, y lo había olido en el entierro de mi padre en un cementerio de Cotia en octubre del año pasado. Era un olor que la enfermera reconoce sin necesitar nombrarlo. Era un olor dulce con fondo metálico que venía de la tierra húmeda y que no era

exactamente un olor a cadáver — era después de eso. Era olor de tierra que ya había resuelto el cadáver. Olor de abono orgánico en descomposición avanzada.

Saqué la mano de la tierra rápido.

Me restregué los dedos en el pasto. Limpié en el borde del ambo. Seguí agachada, mirando el cantero, sin lograr levantarme.

—Doña Clara.

La voz vino detrás de mí.

No había escuchado ningún paso.

Me giré tan rápido que perdí el equilibrio. Caí sentada en el césped, con las dos manos sucias de tierra atrás apoyando el cuerpo. Renato estaba parado a tres metros, de pie, en el sendero de piedra que unía la huerta con el jardín ornamental. Se había sacado el delantal gris. Estaba sólo con camisa blanca y pantalón negro. Tenía un par de guantes de cuero gruesos en las manos — guantes de jardinero, de esos pesados, de quien mete las manos en tierra de verdad.

Me miró.

Lo miré.

Por dos segundos exactos, ninguno de los dos dijo nada.

Miré los guantes. Notó que estaba mirando. No los escondió. No trató de explicar. No dijo nada. Sólo se quedó parado en el sendero de piedra con los guantes gruesos colgándole de las manos, esperando.

—Buenos días de nuevo —dije, desde el suelo, con las dos manos sucias de tierra.

—Buenos días.

—Yo... —tragué saliva— bajé a dar una vuelta. Espero que esté bien.

—Está bien, doña Clara.

—Estaba sólo mirando el jardín. Es lindo.

—Es.

—¿El señor es quien lo cuida?

Tardó en responder.

—Yo ayudo —dijo, finalmente.

—¿Hay otra persona?

—Viene un hombre de la ciudad dos veces por mes.

—¿De la ciudad?

—De Cunha. Marcos. Buen muchacho. Corta el pasto, hace poda, esas cosas gruesas. El resto soy yo.

—Me parecía bien cuidado para dos veces por mes.

Movió suavemente la cabeza.

—La señora es buena de mirar.

No había elogio en esa frase. Había una advertencia. Era del mismo modo en que había hablado en la cocina, con la misma voz contenida, con la misma ausencia de inflexión. *La señora es buena de mirar* significaba *la señora está mirando de más*, y *la señora está mirando de más* significaba *la señora se va a morir más rápido de lo que hacía falta si sigue mirando de más*.

Entendí. No en el momento. En el momento sólo registré el frío en la boca del estómago.

—¿Fue usted el que replantó acá? —pregunté, señalando el cantero con el mentón, desde el suelo.

Miró el cantero.

Me miró de vuelta.

—No fue la señora la que enterró aquello —dijo, despacio.

Fue exactamente eso lo que dijo.

No fue *no enterré nada*. No fue *no hay nada enterrado ahí*. Fue *no fue la señora la que enterró aquello*. Los pronombres en su frase tenían peso: *la señora*, *aquello*. Existía una señora que no había enterrado. Existía un aquello que había sido enterrado. Las dos cosas eran hechos consumados. Él sólo me estaba recordando mi lugar en relación a los dos hechos.

—Renato...

—Vaya, doña Clara. —Retrocedió un paso en el sendero de piedra—. Vuelva adentro. Doña Lúcia dentro de un rato va a necesitar a la señora.

—Doña Lúcia está durmiendo.

—Va a necesitarla cuando despierte.

—Pero...

—Vuelva adentro.

Su voz subió medio tono. No fue grito. Fue la fracción de voz adicional que un hombre del interior usa cuando una mujer más joven empieza a discutir algo que él acaba de decir por última vez. Reconocí el tono. Era el tono que mi padre usaba con mi madre en los últimos meses antes de que mi madre se fuera.

Me levanté del césped.

Sacudí las manos en el borde del ambo. Limpié lo que se podía. Caminé hasta el sendero de piedra. Pasé al lado de Renato sin mirarlo. Se apartó un paso para dejarme pasar — no mucho, sólo lo necesario, y por un instante quedamos lo bastante cerca como para que oliera a él. Era olor a jabón neutro. Olor a hombre limpio. Pero los guantes de cuero en sus manos olían a otra cosa — a cuero viejo, a tierra húmeda, y a una tercera cosa que era el mismo olor dulce con fondo metálico que salía del cantero.

No comenté nada.

Caminé hasta la puerta de la cocina de servicio. Cuando puse la mano en el picaporte, giré la cabeza una última vez.

Renato estaba parado en el sendero de piedra. Se había puesto los guantes de cuero. Estaba de espaldas a mí ahora, arrodillado de una rodilla en el borde del cantero de hortensias, mirando el pedazo de tierra recién removida — no cavando, no plantando, sólo mirando. Las manos con los guantes apoyadas en su regazo. La cabeza ligeramente baja.

Por un segundo, pensé que estaba rezando.

Entré a la casa.

Cerré la puerta detrás de mí.

Me apoyé en ella. Respiré hondo. Miré mis manos — todavía había tierra oscura debajo de las uñas. Fui hasta la pileta de la cocina de servicio y las lavé. Restregué con un cepillito. Restregué hasta que la piel alrededor de la uña se puso roja.

Y aun después de todo lavado, juraba que seguía oliéndolo.

El resto del día lo pasé en modo automático.

Volví al cuarto de doña Lúcia a las nueve y media, como habíamos acordado. La encontré despierta, dócil, con una sonrisa ausente en los labios — no la sonrisa atenta que había dado la noche de la llegada, no la sonrisa firme que había dado en el baño. Era una sonrisa opaca, de paciente que volvió al papel. No me habló en toda la mañana. Me quedé leyendo un libro del club de lectura que había agarrado prestado de la biblioteca de Bárbara — *Matar a un ruiseñor*, edición antigua, tapa amarillenta —, sentada en la poltrona al lado de la cama, mientras doña Lúcia miraba al techo.

Bárbara subió a las once a darle un beso a la madre. Intercambiamos dos frases.

—¿Todo bien, Clara?

—Todo, señora.

—¿Dijo algo?

—Nada espontáneo.

—Pobrecita. —Suspiró—. Hay día que desaparece completamente, ¿sabés? Es duro de ver. Anotalo igual en el cuadernito, dale. *Sin habla espontánea*.

—Ya lo anoté.

—Brillante.

Almorzamos en la isla de la cocina, yo, Bárbara y Renato. Renato comió parado, apoyado en la mesada de la cocina, como un empleado antiguo que todavía se niega a sentarse a la mesa del patrón. Bárbara no insistió. Noté que no insistió. La relación entre los dos era de hielo educado — funcional, sin roce, sin afecto. Noté que durante el almuerzo entero Renato y Bárbara no cruzaron los ojos una sola vez. Hablaron. Combinaron la compra del mes. Discutieron la cuenta de la luz. Pero no se miraron.

Almorcé macarronada — martes, recordé, hoy debía ser macarronada para doña Lúcia. Era macarronada otra vez, en la cocina grande, para nosotros tres. Macarronada con salsa de tomate casera, queso rallado, albahaca fresca. Estaba deliciosa. Comí con hambre.

—¿Mamá almorzó bien? —preguntó Bárbara.

—Comió la mitad del plato —dije—. Aceptó bien el suplemento.

—Óptimo.

La tarde fue tranquila. Doña Lúcia durmió de dos a tres. Se despertó para el té. Tomó té de anís sin decir una palabra. Miró por la ventana durante una hora entera, con la mirada perdida en ese modo de paciente en estado vegetativo leve, y yo me quedé al lado de la cama, fingiendo leer, en realidad observándole el pulso, la respiración, el color de las uñas — todo bien. Todo dentro de los parámetros. Todo como debía estar.

Pensé: *es buena en esto.*

Pensé: *sabe que estoy observando y está haciendo exactamente el papel correcto.*

A la noche, después de la cena de doña Lúcia traída por Renato, después del rosario de Bárbara — me quedé parada en un rincón del cuarto mientras las dos rezaban, Bárbara conduciendo, doña Lúcia respondiendo en pedazos de avemarías mezcladas, exactamente del modo en que la hija había dicho que rezaba —, después de todo eso, bajé a mi cuarto a las nueve y cuarenta de la noche.

Bárbara me esperó en el rellano.

—Buenas noches, querida. —Me dio un besito rápido en la mejilla. Olor a crema—. Fuiste un amor hoy. Trabajaste como corresponde. Mamá estuvo cómoda toda la noche. Pude verlo.

—Gracias.

—¿Necesitás algo para el cuarto?

—No, está todo óptimo.

—Ok. Voy a cerrar dentro de un rato, ¿eh? Cuando ya estés acostada.

—Bien.

Bajé por la escalera de servicio. Entré a mi cuarto. Cerré la puerta. Me senté en la cama con el uniforme todavía puesto y me quedé mirando la puerta, esperando.

Catorce minutos después, oí los pasos de Bárbara en el pasillo de servicio.

La llave giró en la cerradura.

Dos vueltas.

—Buenas noches, Clara querida —vino su voz del otro lado, amortiguada por la madera.

—Buenas noches —dije.

Los pasos se alejaron.

Me quedé sentada en la cama un minuto entero más. Después me levanté. Me cambié — me saqué el uniforme, me puse un pijama de algodón. Me lavé la cara en el baño. Me cepillé los dientes. Todo automático, todo lento, todo del modo en que se hace cuando el cuerpo está cansado y la cabeza está alerta y los dos no combinan.

Apagué la luz.

Me acosté.

El cuarto quedó en la oscuridad absoluta que sólo la sierra paulista produce — sin luz de poste, sin luz de edificio de enfrente, sin nada más que la propia oscuridad del monte allá afuera detrás de la reja de hierro de la ventana. Me quedé acostada boca arriba, con la sábana hasta el pecho, escuchando el silencio.

La casa empezó a respirar, del mismo modo que la noche anterior. Crujidos de madera. Viento en la reja. Un caño gimiendo. Me fui acostumbrando a los sonidos. De a poco, fueron volviéndose paisaje.

Veinte minutos después, estaba casi dormida.

Fue cuando empecé a oír.

Pasos.

En el piso de arriba.

Abrí los ojos en la oscuridad.

No eran los pasos de doña Lúcia. Los pasos de doña Lúcia, ya lo sabía, eran livianos, de pantufla, del tipo que había hecho temprano por la mañana. Estos pasos eran distintos. Eran pasos descalzos, pesados, con un arrastre leve al final de cada apoyo — *paf, sshhh, paf, sshhh* —, del modo en que pisa una persona cansada, débil, con el pie pegándose al piso porque no tiene fuerza para alzarlo.

Y venían del lugar equivocado.

El cuarto de doña Lúcia estaba en el pasillo de la izquierda del segundo piso. Mi cuarto estaba en planta baja, al final del pasillo de servicio. Por la geometría de la casa, el cuarto de doña Lúcia quedaba diagonalmente encima del mío, pero con una distancia — unos ocho metros, tal vez, en línea recta cruzando el techo.

Los pasos que estaba oyendo no venían de ocho metros de distancia.

Venían de encima de mi cabeza.

Exactamente encima.

Hice el cálculo mental rápido. ¿Qué quedaba encima del cuarto de empleada, en el segundo piso?

El pasillo de la derecha.

El depósito.

El cuarto cerrado con llave.

Los pasos caminaron de un lado a otro, en el piso de arriba, por unos dos minutos. Iban hasta una pared, paraban. Volvían. Iban hasta otra. Paraban. Era paso corto. Como si quien caminaba no pudiera ir más allá de unos tres o cuatro metros en cada dirección. Como si hubiera algo sujetando.

Contuve la respiración.

Los pasos pararon.

Por unos diez segundos, silencio absoluto.

Y entonces oí otra cosa.

No fue paso.

Fue un sonido más bajo, más húmedo, más humano. Vino a través del techo también, exactamente encima de mí, y yo, acostada boca arriba con los ojos abiertos en la oscuridad absoluta del cuarto cerrado por afuera, reconocí el sonido inmediatamente — porque es un sonido que la enfermera de geriatría escucha cien veces por semana, mil veces por año, y una lo reconoce a cualquier hora, en cualquier lugar, incluso con los ojos cerrados, incluso durmiendo, incluso muerta.

Era llanto.

Era llanto de mujer.

Bajo. Contenido. Tragado. Llanto de mujer que está tratando de llorar sin hacer ruido y que está fallando.

Los pasos volvieron a caminar.

Paf, sshhh, paf, sshhh.

Y el llanto continuó.

Y me quedé acostada boca arriba en la oscuridad de mi cuarto cerrado por afuera, sin mover un músculo, sin respirar hondo, sin hacer absolutamente nada más que escuchar, mientras, tres metros por encima de mi cabeza, del otro lado del techo de yeso, alguna mujer caminaba descalza en un cuarto cerrado de la Fazenda Boa Vista llorando bajito a las diez y diecisiete de la noche de un miércoles de febrero.

Y sólo después — mucho después, tal vez cuarenta minutos después, cuando el llanto había parado y los pasos también y la casa había vuelto a respirar como casa antigua que respira la noche —, sólo en ese momento entendí algo que debía haber entendido antes.

Bárbara me había dicho que el segundo piso de la derecha era depósito.

Me había dicho que estaba cayéndose a pedazos.

Me había dicho que nadie lo usaba.

Pero los depósitos no caminan de noche.

Los depósitos no lloran.

Y mientras el silencio volvía a acomodarse en la casa, me quedé acostada con los ojos abiertos en la oscuridad, sin dormir más, y pensé por primera vez en aquella frase específica que doña Lúcia había susurrado por la mañana, en el baño, hacia la puerta cerrada de su cuarto — una frase que no había entendido en el momento y que ahora, con el llanto todavía en los oídos, empezaba a hacer un sentido nuevo, terrible, de algo que era obvio todo el tiempo y que había dejado pasar por cobardía o por cansancio o simplemente por no querer entender.

Sos la cuarta enfermera.

Que ella trae.

Tragué saliva en la oscuridad.

Y allá arriba, del otro lado del techo, de mi lado derecho, en el cuarto cerrado con llave del segundo piso que *nadie usaba* según Bárbara Vasconcelos, alguien — *alguna mujer* — golpeó una sola vez, con fuerza, con el puño, en la pared.

Una sola vez.

Como quien manda una señal.

Y después nada más.

Capítulo 7

No dormí casi nada otra vez.

Pero esta vez fue distinto. La noche anterior, no había dormido por ese tipo de insomnio genérico de quien está en un lugar nuevo. Esta noche, no dormí por motivo concreto: porque había una mujer llorando encima de mi cabeza, y porque esa mujer había golpeado una sola vez la pared con el puño, y porque sabía — sabía con la parte de la cabeza que una enfermera de seis años de hospital usa para diagnosticar antes de pedir un examen — que aquel golpe había sido dirigido.

Era una señal.

No sabía a quién.

A la casa, tal vez. A cualquier persona que estuviera abajo escuchando. Tal vez golpeaba todas las noches, y nadie respondía, y había desistido de golpear la noche en que llegué pero había vuelto a hacerlo porque llegué. No lo sabía. No tenía cómo saberlo. Me quedé acostada con los ojos abiertos en la oscuridad de mi cuarto pensando en devolver el golpe — un golpe en el techo, con el puño, devolviendo la señal —, y estuve pensándolo un tiempo largo, tal vez una hora entera, calculando todas las formas en que aquel golpe me iba a traicionar a la mañana siguiente si Bárbara estaba despierta y oía, o si Renato estaba despierto y oía, o si simplemente la casa, en algún lugar del circuito de micrófonos que ya empezaba a sospechar que existía (sin ninguna prueba, en pura paranoia de mujer endeudada que escucha llanto a través del techo), registraba el sonido y se lo entregaba a alguien a las siete de la mañana.

No golpeé.

Me quedé acostada y no golpeé, y esa fue una de las decisiones que voy a repasar muchas veces en la cabeza después, en muchas noches distintas, siempre preguntándome si un solo golpe mío aquella primera miércoles habría cambiado algo. La respuesta es que sí. Probablemente habría cambiado todo. La mujer del cuarto cerrado habría sabido, en aquel momento, que había alguien debajo de ella escuchando. Y habría golpeado de vuelta. Y habríamos empezado un diálogo — primitivo, idiota, en golpes sordos a través de un techo de yeso, una vez por sí, dos por no, todo el vocabulario posible de una comunicación entre dos mujeres encerradas en puntos distintos de la misma casa.

Pero no golpeé.

Tragué el miedo, cerré los ojos, y fingí no haber oído nada.

Bárbara abrió mi puerta a las cinco y cuarto, igual que la mañana anterior. Yo ya estaba despierta hacía una hora. Había dormido en pedazos de quince, veinte minutos. El cuerpo dolía como duele cuerpo de guardia doblada.

Era jueves.

Me puse el uniforme.

Cada movimiento fue más lento de lo necesario. Me recogí el pelo con más cuidado del que suelo. Me puse desodorante. Me miré en el espejito del baño y la Clara que me miró de vuelta tenía los ojos más hundidos que la víspera. Pero seguía con uniforme limpio. Seguía de pie. Seguía, en alguna medida bruta, funcional.

Subí a la cocina a las cinco y cincuenta.

Renato estaba en la cocina. Otra olla. Otra cuchara de madera. Otro olor — este más salado, profundo, terroso. Caldo de verduras concentrándose. Zanahoria, puerro, apio. La primera parte de la sopa del jueves.

Giró la cabeza medio centímetro cuando entré.

—Buenos días.

—Buenos días, doña Clara.

Fui hasta la cafetera italiana. Empecé el café. Manos firmes, automáticas. Puse el agua, puse el café molido, rosqué. Prendí el fuego. Me apoyé en la mesada. Miré la espalda de Renato.

—¿Está bien la señora? —preguntó, sin girarse.

—Estoy.

—Durmió mal de nuevo.

—¿Cómo sabe?

—Porque la señora está haciendo el café despacio.

No respondí.

Revolvió el caldo. Agarró un repasador. Limpió el borde. Sacó la tapa del frasco de sal. La apoyó. No agarró la sal. Dudó un segundo frente al frasco abierto.

—Hoy es día de la sopa —dije.

Su mano se detuvo en el aire encima del frasco de sal.

Se dio vuelta completamente.

No fue giro rápido. Fue giro lento, con el tronco entero, con los pies reposicionándose en el piso de la cocina. Me miró. Tenía los ojos un poco más abiertos que ayer. No mucho. Renato, ya lo estaba entendiendo, era un hombre que economizaba cada milímetro de expresión.

—¿Quién le dijo a la señora?

—Bárbara.

—Doña Bárbara le habló a la señora de la sopa del jueves.

—Me habló en el almuerzo de ayer. El menú de la semana. Dijo que el jueves es sopa de capelletti.

Me miró un segundo más.

—Es —dijo—. Es sopa de capelletti.

—¿Hay algo malo con la sopa, Renato?

Se dio vuelta hacia la cocina.

—No pregunte, doña Clara.

—Usted dijo ayer que no confiara en nadie. No le pido que confíe en mí. Le pregunto si hay algo malo con la sopa que va a ser servida hoy en la casa.

—No pregunte.

—Voy a preguntar de nuevo.

—No voy a responder, doña Clara.

Respiré.

—Está bien.

La cafetera empezó a chiar. Agarré la taza, apagué el fuego, serví despacio. Puse el azúcar. Revolví. Tomé el primer sorbo apoyada en la mesada, sin dejar de mirar a Renato, y él, sin girar, sin mirarme, habló otra vez. En voz baja. Con esa misma economía.

—Hoy a la hora del almuerzo —dijo— yo voy a servirle la sopa a doña Lúcia. Como siempre hago. Y doña Bárbara va a pedirle a la señora que almuerce con ellas hoy. En el comedor grande, no en la cocina. La señora va a aceptar. La señora va a ser educada. La señora va a sentarse y doña Bárbara me va a pedir que traiga un tercer tazón. Y yo lo voy a traer.

Pausa.

—La señora no se come esa sopa, doña Clara.

—Renato...

—La señora finge que come. —Siguió en el mismo tono—. La señora revuelve la cuchara en el tazón. La señora se lleva una cucharada cerca de los labios y la devuelve. La señora derrama un poco en la servilleta. La señora pregunta de dónde es el capelletti, la señora elogia el sabor, la señora dice que está llena porque comió pan de queso a la mañana. La señora come el pan de la cesta. La señora bebe el agua. La señora come la ensalada que voy a servir junto.

—Pero no la sopa.

—No la sopa.

Apagó el fuego del caldo.

—¿Por qué, Renato?

No respondió enseguida.

Tapó la olla con cuidado, con las dos manos, como quien tapa cosa hirviendo que necesita reducir más. Apoyó el repasador en la mesada. Se dio vuelta. Me miró de frente por primera vez aquella mañana.

—Porque doña Bárbara —dijo— no haría que la señora almorzara con ella en el comedor grande el segundo día si no tuviera motivo. Come sola. Siempre come sola. Come con doña Lúcia en el cuarto de arriba, o come sola en la oficina. No invita a empleados a la mesa.

—Tal vez sólo esté siendo simpática. Soy nueva.

—Tal vez. —Movió suavemente la cabeza—. Tal vez sí, tal vez no. No tengo certeza. Pero en el caso de que no esté siendo simpática, la señora no come la sopa.

—¿Y si pregunta por qué no comí?

—La señora come el pan y la ensalada y le dice que tiene el estómago revuelto del viaje todavía. Ahí después del almuerzo la señora sube, se acuesta un poco, y cuando baje viene acá a la cocina y le hago algo. ¿Está bien?

—Bien.

Se dio vuelta hacia la cocina.

—Renato.

—Diga.

—¿La sopa del jueves siempre es así?

Volvió a agarrar el frasco de sal. Espolvoreó suavemente el caldo.

—Cada jueves —dijo— doña Bárbara almuerza con la enfermera nueva. Por lo menos en los primeros meses. Después, cuando ya conoce bien a la persona, vuelve a comer sola. Es lo que vi.

—¿A cuántas enfermeras vio sentarse en esa mesa, Renato?

Siguió espolvoreando.

—Algunas.

—¿Cuántas?

—No pregunte, doña Clara.

Apoyé la taza en la mesada. No había terminado el café. Aquel café no tenía gusto a café — tenía gusto a agua caliente con un polvo negro suelto. Había perdido la capacidad de sentir el gusto en alguna mañana específica del último mes, tal vez en el entierro de mi padre, tal vez antes, y recién en ese instante me di cuenta.

—Renato —dije, bajito—. Una cosa más.

—Diga.

—La persona del cuarto cerrado.

Se detuvo.

No se dio vuelta, esta vez. No apoyó nada. No agarró nada. Sólo se detuvo — completamente, con la mano suspendida en el aire sosteniendo el frasco de sal, con los hombros tensos bajo la camisa blanca.

—¿Es alguien? —pregunté.

Silencio.

—¿Es alguien que yo debería saber? —insistí.

Renato apoyó el frasco de sal en la mesada despacio. Lo apoyó de un modo en que el frasco no hizo ningún ruido al tocar la superficie. Me impresionó la delicadeza del gesto. Era delicadeza de hombre que cuida cosa frágil desde hace mucho tiempo.

Se dio vuelta.

No dijo nada.

Caminó hasta la puerta de la cocina que daba al pasillo del hall principal — tres pasos, lentos, deliberados —, abrió un poco la puerta, espió el pasillo, la cerró de nuevo, volvió. Se apoyó en la mesada frente a mí, con la isla entre nosotros. Las manos apoyadas en el granito negro.

—Doña Clara —dijo, y esta vez su voz salió más baja que todo lo anterior, en un soplo que apenas escuché—. ¿Qué oyó la señora anoche?

Tragué saliva.

—Pasos —dije, en el mismo soplo—. Llanto.

Cerró los ojos un instante.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos dos minutos. —Pensé—. Tal vez tres. Y un golpe en la pared.

—¿Golpe?

—Uno. Uno solo. Con el puño.

Abrió los ojos. Tenía algo en ellos ahora que no había estado antes. No era esperanza — era cálculo. Era hombre viejo recalculando, en tiempo real, una ruta que había trazado mucho tiempo atrás.

—¿La señora respondió? —preguntó.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tuve miedo. —Volví a tragar—. Porque no sabía qué responder.

Movió la cabeza una vez.

—Fue mejor —dijo—. La señora respondió bien no respondiendo.

—Renato, ¿quién es...

—Doña Clara. —Levantó suavemente la mano—. La señora no come la sopa hoy. La señora finge. La señora come el pan, la ensalada, bebe el agua. La señora habla del viaje. La señora no le pregunta nada a doña Bárbara durante el almuerzo. La señora se ríe de sus chistes. La señora elogia el vino si sirve vino. La señora no menciona lo de anoche. La señora no menciona el jardín. La señora no menciona el cuarto de arriba. La señora no menciona absolutamente nada de lo que le dije aquí en esta cocina. ¿La señora puede?

—Puedo.

—¿Está segura?

—Estoy.

—Porque si la señora no puede —dijo, y sus ojos miraron los míos— la señora no va a salir de acá mañana por la mañana.

La frase se posó en la cocina como piedra que cae en un pozo.

Me quedé sin aire por dos segundos. No fue miedo organizado — fue ese tipo de miedo físico, sólido, que hace que la parte de abajo del estómago se contraiga sola. Me sujeté al borde de la mesada para que la rodilla no temblara.

—Está bien —dije, con la voz más firme de lo que sentía—. Yo puedo.

—Bien.

Se dio vuelta hacia la cocina. Prendió el fuego debajo de la olla tapada. El caldo empezó a reducir de nuevo.

No terminé el café. Lavé la taza, la apoyé boca abajo en el escurridor, agarré el cuaderno negro que estaba en la mesada y subí al cuarto de doña Lúcia.

Doña Lúcia, esa mañana, no dijo nada.

Ni una palabra. Le di el baño en cama, le cambié el pañal, le hice la higiene oral, le puse un camisón limpio, le peiné el pelo. Estaba en una somnolencia intermitente, con la respiración lenta, los párpados pesados, los brazos blandos. Sin el brillo mínimo en los ojos que había tenido el miércoles. Sin el soplo del *no comas la sopa del jueves*. Sin el *estoy en un día bueno todos los días*. Era sólo la vieja sedada que Bárbara quería que yo viera.

Pensé: *hoy le dieron otra cosa.*

Pensé: *la dosis fue distinta.*

Pensé: *está dopada más fuerte hoy porque hoy es jueves, y el guion del jueves exige que esté completamente fuera de combate mientras Bárbara me sirve sopa.*

Pero no anoté eso en el cuadernito negro. En el cuadernito negro anoté *paciente somnolienta tras la medicación. Sin habla espontánea. Saturación 95, pulso 70.* Esta vez no subrayé nada. Ya no estaba dejando rastros a propósito. Estaba aprendiendo a dejar exactamente el tipo de anotación que Bárbara quería leer — anotación banal, anotación sin información útil, anotación que confirmara que la enfermera nueva era buenita y tontita y que iba a seguir creyendo que la paciente era demente hasta la hora en que necesitara creerlo.

Miré a doña Lúcia dormida y pensé: *le pido perdón por esto. Voy a tener que ser tontita por un tiempo. Usted me entiende.*

No abrió los ojos.

Pero el dedo índice de su mano derecha, apoyado sobre la sábana, se movió una vez. Subió y bajó, con un pulso muy leve, del modo en que se mueve un dedo involuntariamente en paciente sedado.

Miré ese dedo.

Pudo ser mioclonía. Pudo ser espasmo. Pudo ser nada.

Pero miré ese dedo y quise creer que había sido señal.

Bárbara me llamó para el almuerzo a las once y cuarenta y cinco.

—Clara, querida —dijo por el intercomunicador de la cocina, con la voz toda dulzura—. Almuerzo hoy en el comedor. Quiero conocerte mejor, sin apuro. Bajá en diez minutos, ¿eh?

—Bueno.

Renato se cruzó conmigo en la escalera principal cuando bajaba. Subía con la bandeja de doña Lúcia — un tazón hondo blanco, humeante. Sopa de capelletti. Era un almuerzo normal, en el aspecto. Los capelletti flotando en el caldo amarillo claro. Perejil picado por encima. Pan negro cortado al borde del plato. Olía bien.

Nos cruzamos en silencio en la curva de la escalera.

Él no me miró.

Yo no lo miré.

Pero cuando pasamos uno al lado del otro, su hombro chocó suavemente con el mío — encontronazo pequeño, del tipo que se da en escalera angosta, completamente banal —, y en el instante exacto del encontronazo sentí algo minúsculo cayendo en el bolsillo de mi ambo.

No reaccioné.

Seguí bajando.

Llegué a la planta baja. Crucé el hall. Antes de entrar al comedor, en la curva, escondida del pasillo, metí la mano en el bolsillo del ambo.

Era un sobre de papel pequeño.

De esos sobres que las farmacias usan para acondicionar comprimidos sueltos. Blanco, pequeño, con solapa doblada.

Apreté entre los dedos. Tenía unas dos, tres cosas duras adentro. Pequeñas. Alargadas. Del tamaño de comprimidos.

No tuve tiempo de abrirlo.

—¡Clara! —vino la voz de Bárbara desde el comedor—. ¡Vení, vení, te estoy esperando!

Metí el sobre más hondo en el bolsillo y entré.

El comedor grande era todavía más imponente de día que en el recorrido. La mesa de jacarandá para doce personas estaba puesta para dos — dos cabeceras, o mejor dicho, una cabecera y un lugar a la derecha de la cabecera. Bárbara estaba en la cabecera. Había cambiado el jean por un vestido azul marino. Llevaba un collar fino de oro esta vez, con un crucifijo pequeño en la punta. El pelo estaba recogido en una cola baja.

—Sentate acá, querida —dijo, señalando el lugar a su derecha.

Me senté.

La mesa estaba puesta con vajilla blanca de borde dorado — vajilla buena, antigua, con ese peso específico de porcelana antigua de familia. Cubiertos de plata. Copa de cristal. Servilleta de lino blanco bordada con monograma. No había vino, todavía. Había una jarra de

agua con rodaja de limón. Había una cesta de pan cubierta con un paño blanco.

—Adoro este comedor —dijo Bárbara, abriendo la servilleta en el regazo—. Es un comedor que pide compañía. Siempre me pareció triste que mamá y yo comiéramos solas. El comedor está hecho para tener gente, ¿sabés?

—Me imagino.

—¿Cómo fue la mañana con ella?

—Tranquila —dije—. Durmió bastante. Sin quejas. Saturación buena, pulso bueno.

—Ah, óptimo, óptimo. —Sonrió—. Sabés, creo que ya te está adoptando. A algunas enfermeras antiguas mamá las rechazaba de entrada. A vos te aceptó rápido.

—Qué bueno.

—Tenés modos.

Renato entró por la puerta de la antecocina cargando una bandeja. Trajo dos tazones hondos blancos y un tercero, más chico. Apoyó los tazones grandes frente a mí y frente a Bárbara, y el más chico — una porción reducida — también frente a mí, al lado.

Lo miré.

Eran dos sopas.

—Le pedí a Renato que te sirviera una porción más chica, querida — dijo Bárbara, divertida—. Vos sos finita, no quiero llenarte. Pero ahí tenés ese tazón más chico para probar primero, y el grande por si querés repetir. ¿Te parece bien?

—Bien.

—Buen provecho.

—Buen provecho.

Renato apoyó la cesta de pan en la mesa, destapó una fuente pequeña con ensalada de hojas verdes que había sido traída junto, y salió. Antes de salir, me miró — una fracción de segundo, sin inclinar la cabeza, sin nada — y sus ojos bajaron de mi cara al tazón más chico. Después subieron. Después salió por la puerta de la antecocina.

Agarré la cuchara.

Bárbara ya estaba comiendo.

—Mmm, está divina —dijo, cerrando los ojos un instante—. Renato hace el mejor capelletti del mundo. Pasta fresca, la compra a una familia italiana de Cunha. Relleno de carne, queso, nuez moscada. Probá.

Sumergí la cuchara en el tazón más chico.

El capelletti flotó. Era pequeño, redondito, perfecto. Agarré uno en la cuchara, con un poco de caldo, y la levanté hasta la altura de la boca. Soplé. La acerqué a los labios.

Y apoyé la cuchara de vuelta en el tazón.

—Está demasiado caliente —dije, sonriendo—. Voy a esperar un poco.

—La sopa es para esperar, querida. —Bárbara sonrió también—. El apuro arruina el paladar. ¿Sabías que hay una escuela en Italia que enseña a comer sopa? Cinco minutos sólo para que se enfríe. Consideran maleducación la sopa demasiado caliente.

—No sabía. Qué cosa.

—Agarrá un pan. Agarrá.

Agarré un pedazo de pan negro de la cesta. Lo rompí. Mordí. Mastiqué despacio.

Bárbara comió dos cucharadas más.

—¿Cómo fue tu facultad, Clara? —preguntó, de la nada.

Tragué el pan.

—Fue buena. —Mordí de nuevo—. UNINOVE, a la noche. Trabajaba de día en un puesto de salud. Tardé seis años en terminar porque me tomé dos semestres para ayudar a mi padre.

—Qué admirable.

—Fue necesario.

—La necesidad es la madre de la admiración, querida. —Me sonrió por encima de la cuchara—. Comé la sopa. Se va enfriando mientras conversamos.

Agarré la cuchara de nuevo. Revolví despacio dentro del tazón. Fingí soplar. Levanté la cuchara hasta la altura del mentón. La acerqué. Sentí el vapor del caldo en el labio superior. Sentí el olor — olor bueno, olor de capelletti normal, olor de comida italiana casera.

No tenía olor raro.

No tenía gusto, no podía saberlo. Pero no tenía olor raro.

Por un segundo, parada ahí con la cuchara cerca de los labios, pensé: *¿y si Renato me está mintiendo? ¿Y si me está tomando el pelo? ¿Y si me está preparando para un golpe de información equivocada por algún motivo que no entiendo? ¿Por qué le creí tan rápido? Acabo de conocer a ese hombre.*

Pensé esas cosas en un milisegundo.

Y me acordé del llanto a través del techo.

Y me acordé del nombre borrado en el delantal.

Y me acordé del *no fue la señora la que enterró aquello*.

Y derramé la cuchara de vuelta en el tazón. Despacio. Sin salpicar. Sin hacer ruido. Como si hubiera probado y estuviera sólo apoyándola.

—Mmm —dije—. Está realmente deliciosa.

—Te dije.

—Pero voy a ser sincera, doña Bárbara. Me desperté medio mal del estómago hoy. Creo que el viaje todavía me está afectando, o el aire más fino acá. Voy a comer más pan y la ensalada, y la sopa la voy a tomar de a poquito. ¿Está bien?

—Está bien, querida. —Me miró un instante. Fue una mirada de una fracción más de lo necesario — ya estaba empezando a reconocer esa fracción, era su firma — y después volvió a sonreír, fácil—. Sos un encanto. Comé el pan tranquila.

Comimos el resto del almuerzo en conversación liviana.

Me preguntó sobre Cotia, sobre el monoambiente, sobre la Tati de Recife, sobre si había pensado hacer una especialización en geriatría, sobre qué hacía en los francos. Respondí todo automáticamente, en frases cortas, sin dar mucha información. Comí tres rebanadas de pan negro, comí toda la ensalada de hojas, bebí dos vasos de agua. Levanté la cuchara de sopa otras cuatro veces — cada vez derramando de vuelta con cuidado, o llevándola tan cerca de los labios que se podía fingir que había tocado.

Bárbara no comentó ni una vez que yo no estaba comiendo de verdad.

Y eso, más que cualquier otra cosa, fue la confirmación que necesitaba.

Porque una dueña de casa normal, en un almuerzo normal, con una invitada normal, *siempre* comenta cuando la otra no come. *¿Está bien? ¿Le falta sal? ¿Querés que pida que la calienten más?* Es reflejo. Es educación. Es entrenamiento social.

Bárbara no dijo ninguna de esas frases.

Bárbara se comió su sopa entera, habló de cosas amenas, y me dejó fingir comer la mía sin comentar ni una vez.

Porque sabía que yo no estaba comiendo.

Y quería que yo siguiera fingiendo.

Y esa era la parte que todavía no entendía.

Subí a mi cuarto a la una de la tarde, con la excusa del estómago revuelto. Bárbara me liberó enseguida. *Andá a descansar, querida, descansá. Yo cuido de mamá a la tarde.* Lo dijo con una generosidad que veinticuatro horas atrás habría interpretado como simpatía. En aquel momento ya no interpreté nada — sólo agradecí, giré, subí.

Cerré la puerta de mi cuarto. Me senté en la cama.

Saqué el sobre del bolsillo.

Lo abrí.

Adentro había tres comprimidos.

No eran comprimidos comunes. No tenían marca de farmacia, no tenían logo, no tenían nombre. Eran comprimidos pequeños,

ovalados, con la superficie ligeramente rugosa — no brillantes como remedio industrializado. Eran comprimidos magistrales. De alguna farmacia magistral que aceptaba receta.

Olí.

Tenía un olor débil. Amargo al fondo. No pude identificarlo exactamente.

Y debajo de los tres comprimidos, al fondo del sobre, había un pedazo doblado de papel — papel viejo, amarillento, del tipo que la enfermera usa para escribir una nota rápida. Lo abrí.

Era un pedazo arrancado de historia clínica antigua.

En letra firme, en lapicera azul, alguien había escrito una frase corta. No era letra de Renato — la letra de Renato la había visto en su nota de esta mañana en la cocina (*Doña Clara, su café ya está listo*), y era una letra cursiva grande y redondeada. Esta era otra letra. Letra recta, profesional, ligeramente inclinada a la derecha, del modo de quien escribió mucho en historia clínica de hospital por muchos años.

Era la letra del diario que iba a encontrar tres días después, detrás del espejo del baño.

Era la letra de Júlia.

La frase decía:

Encontré en la sopa de Marlene en 2022. Mismo formato. Mismo color. Guardá los tres. Vas a necesitarlos.

Lo leí tres veces.

Marlene. El otro nombre que todavía no conocía. En 2022. Mismo formato. Mismo color.

Y debajo, tachado y reescrito, en una letra más temblorosa, más reciente, como si Júlia hubiera agregado la observación mucho tiempo después de la nota original:

Hoy es 13. Pasó el viernes. Jueves de nuevo. Contá los días. Sos la cuarta.

Miré el calendario de la mesita de luz.

Hoy era 13 de febrero.

Jueves.

Agarré los tres comprimidos pequeños. Parecían idénticos a los comprimidos magistrales que Bárbara guardaba en la caja cerrada de su oficina — la caja que me había mostrado en el segundo día, diciendo que era controlada, que no la abriera, que era para ahorrarme problema con el COREN. No había visto los comprimidos de cerca. Los había visto de lejos. Tenían aspecto parecido.

Bárbara le daba la medicación de la mañana personalmente a la madre.

Y por lo visto, en algunos días específicos, le daba una medicación extra en la sopa.

Y en la sopa de la enfermera nueva también, en el segundo día, durante el almuerzo de bienvenida — para empezar el proceso.

No supe qué sentir.

Fue una mezcla de hielo, de náusea, de furia, de incredulidad, y por debajo de todo unas ganas ridículas y completamente humanas de llorar — de llorar como una mujer encerrada en un cuarto de empleada llora por motivos distintos de los de la mujer encerrada en el cuarto de arriba, pero con el mismo sonido tragado al final, con el mismo intento de no hacer ruido.

No lloré.

Guardé los tres comprimidos de vuelta en el sobre. Puse el sobre dentro de un par de medias enrolladas al fondo de mi cajón. Me senté en la cama. Miré la pared.

Pensé.

Pensé en llamar a Tati. No se podía — el teléfono fijo de la cocina era el único, y Bárbara escuchaba. Pensé en salir caminando hasta el pueblo. No se podía — catorce kilómetros por la carretera y cámaras en todo el camino, según lo que ya había presentido en la conversación anterior. Pensé en contarle a Bárbara que me estaba sintiendo mal y que necesitaba un médico en Cunha. No se podía — iba a llamar al tal Eduardo, que era cómplice suyo en la receta de los comprimidos magistrales, y Eduardo me iba a sedar dentro de la casa.

Pensé en ir al cuarto cerrado del segundo piso.

Golpear en la puerta.

Conversar con la mujer del otro lado.

Pero no tenía la llave.

La llave la tenía Bárbara, o estaba en la oficina, o la tenía el tal Eduardo el viernes por la mañana. No podía llegar a ella sin que me agarraran.

Me quedé sentada en la cama mirando la pared un tiempo largo. Cuánto, no sé. Tal vez una hora. Tal vez dos. La luz del cuarto fue cambiando mientras pasaba la tarde de febrero, y a las cuatro y cuarto finalmente salí del cuarto, me lavé la cara en el baño, me arreglé el pelo, ajusté el ambo. Me miré en el espejo del baño.

La Clara que me miró de vuelta tenía un aspecto distinto al de la mañana.

Los ojos seguían hundidos. Pero había algo nuevo en ellos. Algo que no había visto desde el São Lucas, desde el día en que abrieron la auditoría contra mí y entré sola a la sala de la dirección y oí a cinco hombres de corbata explicar que mi vida iba a cambiar a partir de aquella hora.

Era rabia.

Era una rabia pequeña, todavía. Era una rabia que apenas sabía hacia dónde apuntar, y que todavía estaba confundida, y que todavía estaba llena de agujeros. Pero era rabia.

Y la rabia, ya lo sabía, es el combustible más antiguo que existe para una mujer recién llegada a una casa equivocada.

Subí al cuarto de doña Lúcia a las cuatro y media.

Doña Lúcia estaba despierta ahora. Ojos abiertos, esta vez, conscientes — no el vidriado de la mañana. Bárbara estaba sentada en la poltrona al lado de la cama con un libro en el regazo, leyendo en voz alta a su madre. Salmos, reconocí. *El Señor es mi pastor, nada me faltará.*

Se detuvo al verme.

—Mirá quién llegó —dijo, sonriendo, cerrando el libro con el marcador—. Nuestra enfermera favorita. ¿Descansaste, querida?

—Descansé. Gracias.

—Está más despierta ahora. —Bárbara acarició la mano de doña Lúcia—. Se despertó bien. Le leí unos Salmos. ¿Te quedás con ella hasta la cena?

—Me quedo.

—Bueno.

Se levantó. Pasó a mi lado. Apoyó suavemente la mano en mi brazo. Sonrió.

—¿Algo más, querida?

—Sólo una cosa.

—Decí.

—Quería agradecerte por el almuerzo. Fue una gentileza. Me encantó la sopa.

La miré a los ojos cuando lo dije.

Bárbara me miró de vuelta. Un segundo. Dos.

Y sonrió.

—Cómo va a ser, Clara. —Me apretó suavemente el brazo, del mismo modo de antes—. La repetimos el jueves que viene.

Salió.

Cerró la puerta detrás de sí.

Me quedé parada en el centro del cuarto, mirando a doña Lúcia en la cama. Doña Lúcia, esta vez, con la puerta cerrada, con los pasos de la hija ya lejos en el pasillo, abrió los ojos completamente — sin fingir vidriado, sin fingir nada — y me miró.

Sus ojos eran dos ojos azul claros gastados por el tiempo, perfectamente lúcidos, y me miraron por un segundo, y después dijo — en voz baja, pero absolutamente firme, sin susurro, sin teatro,

como una mujer de setenta y ocho años que dejó de gastar energía en fingir sólo por el tiempo de una frase:

—No comiste, ¿no, nena?

—No comí.

—Bien.

Respiró.

—Ahora tenemos tiempo —dijo.

Y me sonrió por primera vez desde que yo había llegado.

No dormí otra vez esa noche.

Pero por primera vez en dos noches, no dormí por un motivo distinto. No fue miedo. No fue insomnio. No dormí porque algo pequeño, en el fondo del pecho — algo que había empezado a enroscarse cuando Renato me dijo en la cocina *no comas la sopa hoy*, que había seguido enroscándose cuando Júlia me mandó los tres comprimidos por el bolsillo del ambo, que había terminado de enroscarse cuando doña Lúcia me dijo *ahora tenemos tiempo* — no dormí porque algo pequeño en el fondo del pecho había empezado a hacer cálculos.

Cuántas personas, en aquella casa, sabían que Bárbara dopaba a doña Lúcia.

Cuántas personas sabían que Bárbara había dopado a las enfermeras anteriores.

Cuántas personas, de las que sabían, todavía estaban vivas.

Cuántas estaban encerradas en cuartos de arriba.

Y cuántas, yo, en algún momento de las próximas semanas, iba a tener que sacar de aquella casa conmigo.

Fue cuando los pasos en el piso de arriba empezaron de nuevo.

Paf, sshhh. Paf, sshhh.

Eran las diez y cincuenta y tres de la noche.

Y esta vez, acostada boca arriba en la oscuridad con la sábana hasta el pecho, con los tres comprimidos enrollados en el par de medias en mi cajón y con la sonrisa de doña Lúcia todavía en la cabeza, yo, lentamente, con la mano izquierda cerrada, levanté el brazo, y golpeé una sola vez, con fuerza, con los nudillos, en el techo.

Toc.

Los pasos pararon.

Silencio.

Por diez segundos. Veinte. Treinta.

Y entonces, desde arriba, exactamente encima de mi cabeza, en el cuarto cerrado con llave del segundo piso donde *nadie usaba*, alguien — *alguna mujer* — golpeó de vuelta.

Una vez.

Toc.

Y después golpeó de nuevo, dos veces, en rápida secuencia.

Toc-toc.

Y fue todo.

Y fue suficiente.

Y allá arriba, del otro lado del techo, de mi lado derecho, algo que había estado solo por un tiempo muy largo supo que había dejado de estarlo.

Cerré los ojos.

Y dormí por primera vez en dos noches.

Capítulo 8

Me desperté a las cuatro y diecisiete de la madrugada con la certeza absoluta de que había alguien en mi cuarto.

No fue pesadilla. Había dormido sin soñar — ese sueño pesado de quien durmió poco dos noches y finalmente le cedió al cuerpo. Fue un despertar súbito, en foco completo, del modo en que una enfermera de guardia despierta cuando el monitor pita en el puesto. Los ojos se abrieron. La cabeza ya estaba prendida. El cuerpo se quedó inmóvil debajo de la sábana en estado de conejo — ese estado en el que un mamífero pequeño entiende que moverse es morir.

No me moví.

Mantuve la respiración en ritmo de sueño — profunda, regular, con un pequeño silbido al final del aire, igualita a la respiración de doña Lúcia cuando fingía dormir. Era una respiración que había imitado mentalmente todo el día, sin darme cuenta, en su cuarto, y que ahora, en la oscuridad de mi propio cuarto, estaba ejecutando con la competencia exacta de quien aprendió de una maestra.

Los ojos se fueron acostumbrando.

La ventana del cuarto era estrecha, alta, con la reja de hierro afuera. La noche en la sierra paulista de febrero no es una noche negra — es una noche azul oscura, con ese tono de tinta diluida que la luz de la luna deposita aun cuando la luna no está llena. Por debajo de la puerta del cuarto pasaba una rendija finita de luz amarilla — la lámpara del pasillo de servicio, prendida todo el tiempo según Bárbara *para que la señora no tropiece si se levanta de noche*.

Fue esa rendija la que me dio la primera información.

La rendija estaba interrumpida en dos puntos.

Dos puntos oscuros, separados por una distancia de unos cuarenta centímetros, exactamente del lado de adentro de mi puerta. Como si dos cosas estuvieran apoyadas contra la base de la puerta, de mi lado, bloqueando la luz.

Dos cosas del tamaño de pies.

Contuve el aire — sin contener, sin interrumpir el ritmo, sólo haciendo el aire más liviano, más ralo, sin parar de simular sueño. Y los ojos fueron subiendo, despacio, sin mover la cabeza.

Había una silueta a los pies de mi cama.

Estaba parada. Inmóvil. De pie. De frente a mí.

No podía distinguir el rostro. La silueta era un bulto oscuro contra la oscuridad un poco menos oscura del cuarto, y sólo podía ver el contorno general — alta, flaca, con los hombros estrechos, con el pelo suelto o recogido, no sabía, a la altura de los hombros. Tenía brazos. Los brazos colgaban al costado del cuerpo, sueltos, sin tensión.

La silueta me estaba mirando.

Sé que me estaba mirando porque la inclinación de la cabeza era en mi dirección, y porque, aun sin verle la cara, sentí aquella cosa específica que el mamífero pequeño siente cuando otro mamífero lo mira — la cosquilla fría en el pelo de la nuca, la aceleración del pulso que no viene de una.

Seguí respirando ritmo de sueño.

Profunda, regular, silbido al final.

Quien quiera que estuviera a los pies de mi cama, no podía dejar que supiera que me había despertado. No sabía qué quería esa persona. No sabía si era Bárbara haciendo una ronda. No sabía si era Renato verificando algo. No sabía si era — y esa hipótesis me cruzó la cabeza por un milisegundo, fue tan loca que la descarté en el momento — la mujer del cuarto cerrado, bajada por el pasillo de servicio a través de alguna puerta secreta que todavía no había mapeado.

No lo sabía.

Pero sí sabía lo siguiente. Sabía que la puerta de mi cuarto estaba cerrada por afuera. Había escuchado a Bárbara dar dos vueltas a la llave a las nueve y cincuenta y cuatro de la noche, exactamente igual que las otras dos noches. Y sabía que si la puerta estaba cerrada por afuera y que si no había escuchado ninguna llave girar en las últimas seis horas y media, entonces la persona parada a los pies de mi cama había entrado por otro lado.

O había estado ahí todo el tiempo.

La silueta inclinó un poco la cabeza.

Fue un gesto pequeño. De lado. Como un perro que escucha un sonido nuevo. Era una inclinación curiosa, casi ternura — el tipo de inclinación que hace un padre cuando se inclina a mirar al hijo durmiendo.

Y habló.

En una voz tan baja que ni sé si fue voz o sólo un pensamiento mío, susurro de gente o crujido de caño de la casa:

—Clara.

Una sílaba.

Eso fue todo.

No respondí.

Mantuve la respiración en ritmo de sueño. Mantuve los ojos casi cerrados — sólo una rendijita de retina recolectando luz, que la enfermera de guardia aprende a usar sin mover los párpados. La silueta esperó. Cinco segundos. Diez. Treinta.

Y se movió.

Fue un movimiento lento, sin peso, como si la persona fuera demasiado liviana para que el piso de madera crujiera. La silueta dio un paso hacia el lado derecho de la cama. Otro. Se detuvo al lado de mi cabeza — no de mi cabeza, de la cabecera, a unos treinta centímetros de mi cara. Podía verle los pies ahora, sin mover los ojos, en el rincón de mi campo de visión. Pies descalzos. Flacos.

La silueta se inclinó.

Se inclinó hacia mí, despacio, como una madre que va a darle un beso a un hijo dormido. Sentí — juro que sentí — el pelo de ella rozar suavemente la funda de mi almohada. Un olor llegó junto: olor a piel sin baño. Olor a sudor seco. Olor a mujer que está encerrada en un cuarto desde hace demasiado tiempo. Olor a pañal viejo. Olor a polvo.

Y susurró en mi oído, con los labios a centímetros de mi cara:

—Sé que estás despierta.

Cerré los ojos completamente.

—No hay problema —siguió, en el mismo susurro—. Seguí fingiendo. Es mejor para las dos si seguís fingiendo.

Contuve la respiración un segundo. Recordé que estaba fingiendo dormir. Solté el aire en el ritmo. Inspiré.

—Golpeaste el techo —susurró—. Esta noche. Golpeaste una vez.

No dije nada.

—Gracias —dijo.

Pausa.

—Sos la primera que golpeó.

Su voz era joven. Recién ahora reparé en su voz, ahora que estaba pegada a mi oído. Era voz de mujer de unos treinta años, tal vez menos. Era una voz cansada, baja, ronca de alguien que no usa las cuerdas vocales hace mucho tiempo. Pero era voz joven. No era la voz que había imaginado para una cautiva de un año. Era la voz de Júlia, ya lo sabía, pero era una Júlia que no había dibujado mentalmente bien — la había dibujado más vieja, más resignada. Esta Júlia tenía algo filoso al fondo. No era ternura. Era estrategia.

—Sólo tengo dos minutos —dijo—. Escuchá.

Mantuve la respiración.

—La llave de la puerta de mi cuarto está en el cajón de arriba de la mesita de luz de ella. Lado de la cama. Hay una argolla de cuero marrón. Hay otras tres llaves en esa argolla. Memorizá: argolla de cuero marrón, cuatro llaves. La de mi cuarto es la más chica de las cuatro.

Memoricé.

—Se saca la argolla todas las noches cuando se acuesta. La deja ahí. Duerme con somnífero. No se despierta fácil. —Pausa—. Pero el perro sí.

¿Perro?

No había visto ningún perro en tres días. No había oído ladrido. No había visto plato de agua, alimento, cama, collar. No había olor a perro.

—Perro chico —siguió, anticipándose—. Pomerania. Blanco. Vive con ella en el cuarto. Sale dos veces al día a hacer sus necesidades en el jardín de mañana y de noche, con Renato. Duerme a los pies de la cama de ella. Ladra si entra alguien.

Pausa.

—No pude pasar del perro. Lo intenté una vez. Por eso la cadena.

Tragué saliva involuntariamente.

La silueta se alejó medio centímetro de mi oído.

—No tragues tan fuerte —dijo—. Seguí fingiendo.

Me quedé inmóvil.

—Te voy a decir una cosa más —susurró—, y después vuelvo. Tengo que volver antes de las cinco. Ella prende el monitor del cuarto de arriba a las cinco.

¿Monitor?

—Hay cámara ahí dentro —dijo—. En mi cuarto. Hay micrófono. Escucha todo el tiempo. De día lo deja prendido en su sala. De noche lo prende sólo a las cinco de la mañana, cuando se despierta a rezar. Antes de las cinco tengo un poco más de libertad.

Pensé: *¿cómo salís del cuarto cerrado?*

Como si me hubiera oído, respondió.

—Hay una trampilla atrás del placard de mi cuarto. Da a un espacio técnico entre los dos pisos. Sale en la escalera de servicio, cerca del cuarto de Marlene, que es el segundo de tu pasillo. Hay una tabla suelta en el piso del cuarto de Marlene. Hay un hueco. Bajo por ahí.

Pausa.

—Pero estoy débil. Ya me caí una vez, la semana pasada. No voy a poder muchas veces más. —Otra pausa—. Por eso la llave. Por eso vos.

Mantuve la respiración de sueño.

—Una cosa más —dijo.

Pausa larga.

—No podés confiar en mí —dijo—. Sé que parezco confiable ahora, porque soy la mujer encerrada y vos también sos la mujer encerrada, y somos parecidas. Pero no podés confiar en mí. Hice cosas en esta casa, Clara. Hice cosas que voy a tener que contarte antes de que me saques de acá, porque si no te las cuento y las descubrís después, te vas a dar vuelta en contra mío, y vamos a morir las dos en el camino. ¿Entendiste?

No respondí. La respiración ritmo de sueño.

—¿Entendiste? —susurró—. Parpadeá dos veces si entendiste.

Parpadeé. Despacio. Dos veces, con los párpados casi cerrados, en la rendijita que ella sólo podría ver si tuviera el rostro pegado al mío, y lo tenía.

—Bien —susurró.

Pausa.

—Última cosa.

Esperó.

—Bárbara no es Bárbara.

Casi abrí los ojos.

No los abrí.

Mantuve la respiración. Mantuve la rendijita. Mantuve todo, pero algo en mi pulso me traicionó por un instante — latió más fuerte, latió fuera de compás, y la mujer a mi lado, con la oreja tan cerca de mi cuello, lo sintió enseguida.

Se quedó en silencio.

—Sabía que era demasiado pronto para decírtelo —dijo—. Olvidalo. Por ahora. Concentrate en la llave. Argolla de cuero marrón. Cuatro llaves. La más chica.

Pausa.

—Te voy a golpear por la mañana. Tres golpes, tres golpes, tres golpes, en secuencia. Va a ser alrededor del mediodía. Cuando golpee, Bárbara va a estar fuera de la oficina, en la cocina. Aprovechá para ir a su cuarto. Argolla. Agarrá sólo la más chica. Sacala de la argolla. Devolvé las otras. Esta noche, después de que te cierre, vas por dentro de mi pasillo y la abrís. ¿Podés?

Parpadeé dos veces.

—Sos buena, Clara.

Pausa.

—Estoy volviendo.

Se alejó.

El olor se fue con ella.

La silueta cruzó el cuarto de vuelta hacia los pies de la cama en tres pasos livianos, descalzos, y se detuvo un instante ahí — una última fracción de segundo en la que me miró de nuevo, lo sentí — y después cruzó hacia el lado del placard.

Y desapareció.

No escuché que se abriera la puerta. No escuché nada. Simplemente dejó de estar en el campo de mi visión lateral, y la rendija de luz amarilla debajo de mi puerta volvió a ser continua, sin dos puntos oscuros bloqueando, y el cuarto volvió a ser mío sola.

Me quedé cinco minutos más en el ritmo de sueño.

Fingiendo.

No sabía si ella todavía estaba en el cuarto, escondida, probando. No sabía si Bárbara estaba escuchando. No sabía más qué sabía.

Cuando finalmente abrí los ojos, despacio, eran las cuatro y treinta y dos de la mañana por el reloj de la mesita de luz. Giré sólo los ojos por el cuarto. Todo en su lugar. Placard cerrado. Ventana cerrada. Puerta cerrada. Ninguna evidencia de que alguien hubiera estado ahí en los últimos quince minutos excepto por mi pulso, que seguía latiendo mal, y por el olor — el olor débil a piel sin baño y a pañal viejo que se había quedado encima de mi almohada como un perfume de pesadilla.

Cerré los ojos de nuevo.

No dormí más.

Bárbara abrió mi cuarto a las cinco y cuarto.

Sus pasos vinieron por el pasillo de servicio con la misma cadencia de las dos mañanas anteriores. *Clec. Clec.* Dos vueltas. Los pasos se alejaron. Me quedé en la cama cinco minutos más. Me levanté.

Empecé a buscar.

Empecé por el placard. Lo abrí despacio. Era un placard simple, de madera oscura, con dos puertas y tres cajones abajo. Adentro estaban mis ropas — pocas cosas, tres uniformes de enfermera, una campera, dos pijamas, ropa interior. Todo organizado por mí el primer día. Revolví la parte de abajo. Nada. El fondo del placard era de tablas verticales de madera clara, comunes, sin ninguna marca de trampilla, sin hendidura, sin bisagra. Empujé. Era firme.

Me agaché.

Miré el piso de mi cuarto. Tablas de madera clara, barniz mate, todas firmes. Golpeé suavemente con los nudillos en una, en otra. Todas con el mismo sonido — sonido de madera apoyada sobre concreto. Sin hueco abajo.

Volví al placard.

Miré bien la pared del fondo.

Y noté algo.

La pared del fondo del placard no llegaba al piso. Había una rendija de unos dos dedos entre la base de las tablas verticales y el suelo. Era una rendija normal de mueble viejo, del tipo que se ve en cualquier placard antiguo. Pero si una se arrodillaba en el piso y miraba por la rendija — cosa que nadie hace, en ningún placard, porque el placard no es un lugar para mirar por abajo —, vería que había un espacio detrás de la pared del fondo.

Lo vi.

Había unos cinco centímetros de espacio entre la pared de tablas y la pared real del cuarto.

Y en el lateral izquierdo de ese espacio, contra la pared, había un cuadrado de madera del tamaño de una puerta de gabinete, con un picaporte de acero común, del lado de adentro.

Era una trampilla lateral.

Júlia entraba por el placard, sí. Pero no por el fondo del placard. Por el costado, por el hueco de la pared.

Cerré el placard despacio.

Volví a la cama. Me senté.

La casa, ya lo estaba entendiendo, estaba llena de geometría escondida. Los espacios técnicos entre pisos. Las trampillas en las paredes. Las tablas sueltas en los cuartos. Las cerraduras nuevas en puertas equivocadas. Era una casa que había sido proyectada por alguien — tal vez Heitor Vasconcelos, tal vez generaciones antes de él — con la posibilidad de movimiento clandestino. Casa de familia tradicional con servidumbre antigua siempre tiene eso. Pasajes de servicio. Camuflados por el buen gusto de fachada.

Bárbara, pensé, tal vez ni siquiera supiera de todo.

Júlia, pensé, sabía.

Doña Lúcia, pensé, sabía mucho más que Júlia.

Y Renato, pensé, sabía más que todos juntos.

Me bañé. Me puse el uniforme. Subí a la cocina a las cinco y cincuenta. Renato ya estaba ahí. Avena en leche aquella mañana — viernes, día de avena, ya lo había memorizado.

—Buenos días.

—Buenos días, doña Clara.

Hice el café. Manos firmes. Él revolvió la avena. Trabajamos en silencio. Cuando el café estuvo listo serví una taza para mí y, sin preguntar, serví otra y la empujé por la mesada hasta el borde cerca de él.

Se dio vuelta. Miró la taza. Me miró.

—¿Para mí?

—Para usted.

Agarró. Tomó un sorbo. Despacio.

—Gracias.

—De nada.

Silencio.

—Renato —dije—, voy a tener que usar el teléfono fijo hoy por la mañana.

Me miró.

—¿A quién, señora?

—A una amiga. En Recife.

—¿Por qué?

—Para avisarle que llegué bien. Se lo prometí. Hace tres días que llegué y no di noticias.

Apoyó la taza en la mesada.

—Hoy va a ser difícil —dijo.

—¿Por qué?

—Porque hoy viene el doctor Eduardo. Viernes es día de consulta de doña Lúcia. Llega como a las diez y se queda hasta las dos. Doña Bárbara va a estar con él todo el tiempo en planta baja, entrando y saliendo de la oficina, de la sala, de la cocina. La señora no va a tener brecha.

—¿Y mañana?

—Sábado por la mañana va a misa en Cunha. Siete a nueve. La señora tiene dos horas.

—No puedo esperar hasta el sábado. —Tragué saliva—. Necesito hablar con Tati hoy.

—¿Por qué hoy?

Me quedé en silencio.

Renato me miró.

—Doña Clara —dijo, bajo—, ¿pasó algo de ayer a hoy?

Pensé en mentir.

Lo miré y pensé en mentir — en decir que era mi propio apuro, que era extrañar a alguien, que era cualquier cosa. Pero Renato era un hombre que me había dado un café de la mañana y una advertencia sobre la sopa y había puesto tres comprimidos en mi bolsillo por mano de otra persona. Renato era Júlia, en alguna medida, y Júlia era él. Ya no podía fingir que eran dos.

—Pasó —dije.

—¿Qué?

—Me desperté de noche y había alguien en mi cuarto.

No reaccionó enseguida.

Agarró la taza. Tomó un sorbo largo. La apoyó.

—¿La señora vio quién era?

—Vi la silueta. No vi la cara. Me habló. Habló bajo. Habló —dudé— de una llave.

Asintió suavemente.

—Hm.

—Renato, ¿Júlia realmente puede salir del cuarto cerrado?

Me miró.

Miró la puerta de la cocina. Miró arriba — al techo. Me miró de vuelta.

—Júlia —dijo— puede hacer mucho que doña Bárbara no se imagina. Pero la señora no debería confiar en todo lo que Júlia le diga, doña Clara.

—¿Por qué?

Agarró la taza. No bebió. Sólo la sostuvo.

—No pregunte ahora. —Su voz estaba más cansada que los otros días—. Después le cuento. Cuando se pueda.

—Bien.

Pausa.

—Renato.

—Diga.

—Necesito llamar a Tati.

Suspiró.

—La señora va a querer llamar igual.

—Voy a querer.

—Bien. —Apoyó la taza—. Hoy, después del almuerzo, alrededor de las dos de la tarde, el doctor Eduardo va a estar terminando la consulta de doña Lúcia. Doña Bárbara baja con él a la oficina a discutir los exámenes. Cierra la puerta. Se quedan veinte, treinta minutos. Yo voy a estar lavando los platos acá en la cocina. La señora baja del cuarto de doña Lúcia, me dice que va a buscar un vaso de agua, y va al teléfono fijo del pasillo de servicio. Ese es el único que no tiene extensión en la oficina. Los otros tienen. Ese no.

—¿Hay más teléfonos?

—Hay tres. El de la sala. El de la oficina. Y el del pasillo de servicio. El del pasillo de servicio es el teléfono antiguo, fijo de pared, de esos viejos. Funciona, todavía. Doña Bárbara nunca lo saca del gancho.

—¿Por qué?

Me miró.

—Porque se olvidó de que existe.

Pausa.

—Probablemente.

Asentí.

—Doña Clara.

—¿Sí?

—Llame rápido. —Me miró—. Llame, diga tres frases, y corte. No diga dónde está. No hable de doña Bárbara. No hable de doña Lúcia. No hable de Júlia. Le dice a la chica que llegó bien, que está trabajando, que va a llamar de nuevo en una semana y que si no llama en una semana ella tiene que ir a la policía federal y darles la dirección de la finca. Tres frases. No más.

—Bien.

—¿La señora puede?

—Puedo.

Lo miré.

—Renato, ¿por qué la policía federal?

—Porque la comisaría de Cunha —dijo— es amiga de doña Bárbara.

Pausa.

—Casi toda la policía de esta región es amiga de doña Bárbara.

Tragué saliva.

La mañana pasó en cámara lenta otra vez.

Subí al cuarto de doña Lúcia a las ocho. Baño en cama. Cambio de pañal. Higiene oral. Doña Lúcia, aquella mañana, tenía un aspecto distinto a las dos anteriores — más alerta, con la piel con un poco más de color, con los ojos abriendo de vez en cuando para seguirme y cerrándose de vuelta. Cuando le cambiaba la ropa, me pasó los dedos de la mano derecha por la muñeca suavemente. Apretó. Soltó. Fue un gesto pequeño. Tal vez espasmo. Tal vez señal.

La miré.

Tenía los ojos cerrados.

—Doña Lúcia —murmuré, al nivel del baño—, hoy viene el médico.

—Viene.

Apenas movió la boca.

—¿Puedo hablar con él a solas?

—No.

—¿Por qué?

—Es de ella.

—¿Cómo de ella?

—*De ella.*

Enfatizó la palabra. No levantó la voz — no podía, y aunque pudiera no la levantaría —, pero la sílaba *de-ella* vino con peso, con sentido, con la confirmación de algo que Júlia había intentado decirme en la madrugada antes de retroceder. No pedí más explicación. No la necesitaba por ahora.

—Bien —dije.

—No digas nada —susurró—. Hoy. Sólo observá. Cómo me toca. Lo que anota. Lo que mezcla. Después me contás.

—Le cuento.

Pausa.

—Nena.

—Sí.

—Júlia.

—Sí.

Dudó.

—Cuidado.

Fue todo lo que dijo. Cuidado. No dijo motivo. No explicó. Y yo, en algún lugar de la cabeza, tuve una sensación rara de que doña Lúcia y Renato me estaban diciendo, en susurros paralelos, en puntos distintos de la casa, la misma frase. *No confiés en mí.* Renato había dicho *ni en mí*. Júlia había dicho *no podés confiar en mí*. Doña Lúcia ahora estaba diciendo *cuidado con Júlia*. Era un coro de advertencias. Era una orquesta de personas todas pidiéndome que desconfiara de ellas mismas.

Y sólo una persona en aquella casa nunca me había pedido que desconfiara.

Era Bárbara.

Bárbara sólo me pedía que confiara.

Y esa, ya lo sabía, era la desconfianza más fuerte de todas.

El doctor Eduardo llegó a las diez y doce.

Oí los neumáticos de su auto en la grava de la rotonda de la fuente seca. Miré por la ventana del cuarto de doña Lúcia. Era un auto plateado, sedán, importado, con el frente bajo de los autos caros. Salió un hombre de unos treinta y ocho, cuarenta años. Flaco. Pelo oscuro peinado hacia atrás. Camisa de vestir blanca, pantalón de sastre gris, mocasín de cuero. Tenía un maletín negro de médico en la mano derecha. Antiguo. De cuero.

Se detuvo un instante al pie de la escalinata de piedra y miró la casa.

No fue una mirada de admiración de visitante.

Fue una mirada de propietario evaluando obra en progreso.

Bárbara salió a la galería. Los dos se saludaron con beso en la mejilla. Dos besitos. Más un tercero cerca de la boca que duró medio segundo más de lo que debería durar entre médico y paciente de la familia. Lo noté. Lo noté porque estaba en la ventana del segundo piso y tenía el ángulo correcto, y porque doña Lúcia me había mandado observar.

Entró.

Oí su voz en planta baja, alta, fácil — *Bárbara querida, ¿cómo está hoy?* — y la voz de ella, en ese mismo tono cantarín de perrito que usaba con la madre — *Eduardo, estoy tan preocupada, tuvo una noche agitada* —, y los dos subiendo la escalera principal en dirección al cuarto.

Me senté en la poltrona. Agarré el libro. *Matar a un ruiseñor.* Abrí en una página cualquiera. Fingí leer.

Entraron.

—Clara, querida —dijo Bárbara, con una sonrisa amplia—, este es el doctor Eduardo. Cuida de mamá hace cinco años. Es un encanto.

Me levanté. Extendí la mano.

—Mucho gusto.

Apretó. Apretón firme. Mano lisa, sin callos, sin asperezas. La mano de un médico que no opera, que prescribe. Sus ojos eran castaño claros, vivos, con una intención atrás. Me miró un segundo más de lo necesario — la misma fracción que era firma de Bárbara — y sonrió.

—El gusto es mío. —Su voz era buena, modulada, con ese timbre de quien dictó muchas clases—. Bárbara me habló maravillas de la señora. ¿Salida de qué hospital, Clara?

—São Lucas.

—Hospital óptimo. ¿Geriatría?

—Geriatría.

—Maravilloso. —Sonrió más amplio—. Mamá no podría estar en mejores manos.

Se dio vuelta hacia doña Lúcia. Apoyó el maletín en la cama. Lo abrió. Sacó un estetoscopio. Un esfigmomanómetro de muñeca. Un cuaderno de tapa negra, parecido al mío — no, *idéntico* al mío —, y una lapicera de tinta de acero cepillado.

—Vamos a ver cómo está mamá —dijo, en la misma voz cantarina que Bárbara.

Me quedé en la poltrona. Volví al libro. No estaba leyendo. Estaba mirando, con la rendijita de la misma técnica de párpado que ya venía entrenando, exactamente cómo examinaba a doña Lúcia.

Le tomó la presión. Le tomó el pulso. La auscultó. Le verificó las pupilas con la linternita. Le pidió que apretara la mano con fuerza — apretó débil, del modo de paciente sedado, dócil, perfectamente conforme al guion. Le pidió que dijera su nombre. Balbuceó algo. Le pidió que dijera el año. Dijo *mil novecientos setenta y ocho*. Anotó.

—Como ve, Clara —dijo, sin girarse hacia mí—, su cuadro sigue estable. Demencia vascular avanzada. Disfasia leve, confusión temporoespacial moderada. Sin agravamiento desde la última consulta, lo que es una victoria a su edad. La medicación está ajustada.

—Qué bueno, doctor —dije, desde el libro.

—Voy a traer sólo una ampollita hoy. —Le habló a Bárbara esta vez —. Para estabilización. Tuvo la noche agitada, dijiste.

—Tuvo.

—Entonces la mitad de la dosis.

Se giró hacia mí.

—Clara, ¿podés preparar la bandejita de inyección? Esterilización, algodón, cinta? Está ahí en el área de enfermería.

Me levanté. Caminé hasta el rincón de la estantería de enfermería — la estantería organizada por Júlia. Preparé la bandeja con gestos automáticos. Algodón en la cubeta. Alcohol 70%. Cinta cortada en dos pedacitos. Jeringa nueva de 5ml sellada en el envoltorio. Aguja 25x7. Todo en la posición correcta.

Llevé la bandeja hasta la cama.

—Qué organización —dijo, sonriendo—. Se nota el Hospital São Lucas.

Agarró el maletín. Abrió el compartimento interno. Sacó una ampollita. Era pequeña, transparente, con líquido claro, sin etiqueta.

Sin etiqueta.

Lo noté en el momento.

Toda ampolla legalizada de medicamento tiene etiqueta. Tiene nombre del principio activo, dosis, lote, vencimiento, registro sanitario. Ampolla de hospital, ampolla de farmacia, ampolla de cualquier lugar legítimo. Tiene etiqueta.

La ampolla del maletín del doctor Eduardo era ciega.

Vidrio transparente liso, sin etiqueta, sin nada. Líquido cristalino adentro. Podía ser agua. Podía ser suero. Podía ser cualquier cosa entre suero fisiológico y algo cuyo nombre prefiero no escribir.

Quebró la ampolla en un paño. Aspiró con la jeringa. No me dejó tocar la ampolla después — la apoyó ya vacía directamente en el contenedor de descarte de cortopunzantes que estaba en el área de enfermería, con la destreza de quien ya hizo aquel movimiento muchas veces, con la economía de gesto de quien no quiere dejar que una testigo agarre la ampolla después para olerla.

Pensé: *los tres comprimidos en el sobre de Júlia.*

Pensé: *la basura médica después.*

Pensé: *necesito la ampolla.*

Se la aplicó a doña Lúcia. Subcutáneo, en el brazo izquierdo. Pequeñita. Doña Lúcia apenas frunció el ceño. En tres minutos su respiración se hizo más profunda.

—Listo —dijo, cerrando el maletín—. Un mes más de paz para mamá.

Bárbara sonrió.

Los dos salieron del cuarto juntos, conversando en voz baja. Me quedé. Esperé treinta segundos. Miré a doña Lúcia. Había entrado en el torpor profundo ahora — párpados cerrados, mandíbula relajada, mano blanda en la sábana. Subió el pecho. Bajó. Subió. Bajó. Estaba viva. Sólo estaba completamente sedada.

Fui hasta el contenedor de descarte de cortopunzantes.

La ampolla estaba ahí.

Vacía, sí. Pero vacía tenía residuo. Vacía tenía olor. Vacía se podía analizar en un laboratorio forense.

Miré la puerta.

Miré la ampolla.

Y metí la mano en la bandeja, agarré un pedazo de algodón, envolví la ampolla por dentro del algodón, y metí el paquetito en el bolsillo lateral de mi ambo — el bolsillo de abajo, el del lado derecho, donde solía guardar la lapicera. Apreté para confirmar que no se iba a caer. No se iba a caer.

Llevé la bandeja entera al área de enfermería. Descarté la jeringa. Acomodé el resto.

Volví a la poltrona. Agarré el libro.

Y cuando Bárbara subió veinte minutos después a ver a la madre, yo estaba leyendo *Matar a un ruiseñor* en la misma página, con las piernas cruzadas, con cara de enfermera buenita, sin ninguna indicación de que acababa de robar una ampolla vacía de un maletín de un médico que era amante de la jefa que había tratado de envenenarme el día anterior, y que tenía esa ampolla metida en el bolsillo derecho del ambo junto con tres comprimidos al fondo del cajón que venían de la enfermera anterior encerrada en el piso de arriba que había venido hasta mi cuarto a las cuatro de la mañana a darme una instrucción sobre una argolla de cuero marrón.

Miré a Bárbara cuando entró. Sonreí.

—El doctor Eduardo es un encanto —dije.

—¿No? —Me sonrió de vuelta—. Un amor. ¿Cómo está?

—Durmiendo bien.

—Brillante. —Apoyó la mano en la frente de doña Lúcia, suavemente —. Voy a bajar a terminar de coordinar unos ajustes con él. El almuerzo de hoy sólo vos y Renato. Yo como con Eduardo en la oficina.

—Está bien.

Salió.

Me quedé.

Almorcé con Renato en la cocina a la una y media de la tarde. Comí arroz con pechuga de pollo a la plancha, ensalada, jugo de naranja. Él comió de pie apoyado en la mesada, igual que la víspera. Hablamos poco. Lo miré una vez en mitad del almuerzo y entendió, sin que yo dijera nada, que tenía que concentrarse y darme la señal cuando Bárbara y Eduardo subieran a la oficina con la puerta cerrada.

A las dos y tres de la tarde, Renato me miró.

—Se fueron —dijo.

Me levanté.

—Agua —dije en voz alta, del modo de quien le habla a nadie en particular, del modo de quien está en una casa con micrófono en alguna pared—. Voy a buscar agua.

Salí de la cocina.

Crucé el hall por afuera, en vez de por el pasillo interno, para no pasar cerca de la puerta de la oficina. Llegué al inicio del pasillo de servicio. Miré para atrás. Nadie.

El teléfono fijo de pared estaba en medio del pasillo de servicio, encajado entre el cuarto de Marlene — el segundo de mi pasillo, el

que tenía la tabla suelta que Júlia había mencionado — y un armario viejo de provisiones. Era un teléfono negro, antiguo, de los años noventa, con cable en espiral, de esos de hotel barato. Había un cuadernito de tapa de cartón colgado de un hilito al lado, con lista de teléfonos útiles escrita a mano — *Cunha Centro, Pizzería Boa Vista, Farmacia, Wilson Chofer, Marcos Jardinero.*

La línea estaba en uso.

Reconocí el ruido bajo en el tubo — eran dos voces del otro lado, amortiguadas, hablando juntas. La extensión de la oficina estaba abierta.

Iba a devolver el tubo al gancho.

Pero me detuve.

Acerqué el tubo al oído. Lo apreté contra la oreja. Las dos voces se hicieron más nítidas. Era Bárbara. Y Eduardo.

—...pero es más joven, Eduardo. —Bárbara—. Más joven significa corazón joven. No va a parecer natural.

—¿La madre de ella murió de qué? —Eduardo.

—Padre. El padre murió de cáncer.

—Cáncer no me sirve.

—La abuela materna. Infarto. Sesenta y dos.

—Hm. —Pausa—. Hay historia genética. Se puede trabajar. Adrenalina alta, contracción súbita, paro. Yo firmo el certificado. Lo hago pasar.

—Pero hay que esperar más. —Bárbara—. Por lo menos seis semanas. Ya empecé el protocolo con ella ayer en la sopa. Subdosis. Va a haber malestar en las próximas semanas, ella misma va a

empezar a creer que tiene algo malo en el corazón. Crea la historia clínica antes de que vos firmes.

—Buena.

—Sos mi genio, Eduardo.

—Soy tu cómplice, querida. Es distinto.

—Es lo mismo.

—No es. Te aviso una cosa. —Pausa—. Esta es la cuarta en dos años. Si la próxima también se muere, alguien va a notar.

—La comisaría está conmigo.

—La comisaría está con tu madre. —Pausa—. *Estaba* con tu madre. No tengo certeza de que siga con vos cuando tu madre se muera.

—Sigue.

—Vos esperá.

—Eduardo.

—Decí.

—¿Realmente creés que Júlia va a aguantar cuánto tiempo más?

Pausa larga.

—Poco. —Eduardo—. Cuatro semanas, tal vez seis. Está perdiendo músculo rápido. La medicación que le doy está sosteniendo, pero no para siempre.

—Aguantala hasta que mamá se muera.

—Bárbara, se va a morir antes que tu madre.

—Entonces hacela aguantar.

—No soy Dios.

—Te llevás quinientos mil cuando esto termine, Eduardo. —Bárbara, más firme—. Aguantala.

Pausa.

—Bien.

Colgué el tubo.

No fue reflejo. Fue elección. Fue aquella milésima fracción de segundo en la que una mujer endeudada que todavía creía tener un plan se transformó en una mujer endeudada que sabía que no tenía plan ninguno, que había sido contratada para morir en seis semanas de infarto fabricado, y que tenía más o menos cuarenta y dos días entre aquella tarde y la fecha en la que el doctor Eduardo, encantador, sentado en la oficina de ella a cinco metros, iba a firmar el certificado de mi paro cardíaco.

Apoyé el tubo de vuelta en el gancho.

Despacio.

Y fue en ese exacto instante que escuché.

Viniendo de arriba.

Viniendo del cuarto del segundo piso.

Tres golpes. Tres golpes. Tres golpes. En secuencia rápida, amortiguados, distantes.

Júlia.

Era la señal acordada. Eran las doce y cincuenta de la tarde — casi la hora prevista. Bárbara y Eduardo estaban encerrados en la oficina. La ventana de oportunidad se había abierto.

Miré la escalera principal.

Miré la escalera de servicio.

Y corrí.

Subí por el fondo. Dos tramos. Llegué al segundo piso, pasillo de la izquierda. Crucé. Pasé por el cuarto de doña Lúcia, cerrado. Pasé por el cuarto de Bárbara, cerrado.

Me detuve en la puerta.

Apoyé la mano en el picaporte.

Y entré al cuarto de Bárbara por primera vez desde que había pisado aquella casa.

Capítulo 9

El cuarto de Bárbara olía a vainilla.

Fue lo primero que me golpeó — no la decoración, no la iluminación, no el tamaño. El olor. Aquel perfume amaderado con fondo dulce que había sentido por primera vez en la galería cuando me recibió, y que había sentido en el hombro de mi ambo cuando había apoyado la mano ahí por primera vez, y que ahora, dentro de su cuarto, era una capa entera en el aire. Era un olor saturado, denso, del modo en que un perfume caro queda saturado en un ambiente cerrado después de años de aplicación diaria en el mismo lugar.

Era un olor que se pegaba en la nariz.

Y fue en aquel instante — parada en la puerta del cuarto de Bárbara, con la mano todavía en el picaporte, con el corazón latiéndome en el cuello, con el reloj en mi cabeza contando los treinta minutos teóricos que Renato había calculado que se quedaría en la oficina con Eduardo — fue en aquel instante que entendí, sin palabras, lo que había estado mal en aquel olor todo el tiempo.

El perfume era el mismo de las mujeres de los retratos del hall.

Aquellas bisabuelas en marcos dorados que Bárbara había señalado al subir la escalera principal. Aquellas señoras de pelo blanco en foto sepia. Aquellas señoras de familia tradicional paulista que habían vivido en aquella casa antes de ella y que habían, todas, en su época, usado el mismo perfume importado que estaba convirtiéndose en una capa permanente en las paredes — *Shalimar*, lo reconocí ahora, finalmente, el perfume preferido de las amas de casa de la generación de mi abuela.

Bárbara, que tenía treinta y pocos años, usaba el perfume de las señoras de la generación de doña Lúcia.

Pensé eso en medio segundo y seguí adelante, porque no tenía tiempo de pensar en nada más.

Cerré la puerta detrás de mí.

Miré el cuarto.

Era enorme. Uno de los cuartos más grandes que había visto en una casa particular — debía tener unos ochenta metros cuadrados, con techos altos, con un módico candelabro central de cristal, con paredes pintadas de verde musgo oscuro, con cortinas de terciopelo color crema cubriendo dos ventanales dobles. La cama era king-size, con cabecera tapizada de tela beige, con por lo menos seis almohadones acomodados en orden decreciente. Había un placard abierto a la izquierda, con estantes de madera oscura llenos de ropa colgada. Había una poltrona tapizada cerca de la ventana, con una mesita redonda al lado y un libro abierto apoyado boca abajo — *Mujeres que corren con los lobos*, edición antigua. Había un escritorio de rincón con un mueble de oficina pequeño y una lámpara de pantalla verde.

Y había una mesita de luz del lado derecho de la cama.

Madera oscura. Tres cajones. Una lámpara de lectura encima. Una botella de agua encima. Un portarretrato encima.

Caminé despacio hasta la mesita de luz.

El piso era de madera encerada. Pisé en puntas de pie, despacio, con cuidado de gato. Cada paso aterrizó sin peso. La casa, ya lo sabía, escuchaba — en micrófonos, en perros, en cuartos de arriba donde había mujeres encerradas con los ojos pegados a cerraduras. No sabía dónde estaba el pomerania que Júlia había mencionado. No había visto perro alguno hasta ahora. Podía estar debajo de la cama.

Podía estar en el placard. Podía estar detrás de la puerta. Pero Júlia había dicho que el pomerania salía dos veces al día a hacer sus necesidades — mañana y final de tarde — y ahora eran las dos y cuatro de la tarde, y el pomerania, si el guion estaba bien, debía estar durmiendo en algún lugar tibio.

Seguí hasta la mesita de luz.

Pasé al lado de la cama. La cama estaba hecha. Sábanas blancas, edredón beige bordado en naranja claro, almohadita de seda en el centro. Cama de revista. No había señal de gente que durmiera en ella — todos los días una cama así tenía que ser rehecha por la mañana con cuidado de hotel, y Bárbara debía rehacerla ella misma, porque dudaba que dejara a Renato entrar ahí todos los días.

Llegué a la mesita de luz. Miré el portarretrato encima.

Foto.

Me detuve.

Era una foto en marco de plata trabajada, antigua, ovalada. Foto a color, de esas de los años noventa, con esa coloración ligeramente anaranjada que tenía el film Kodak de la época. Dos mujeres jóvenes sentadas en un murito de piedra, en algún lugar que parecía playa. Una rubia, una morocha. Tenían los brazos alrededor de los hombros una de la otra. Sonreían a la cámara.

La rubia era la Bárbara verdadera.

La reconocí.

Era la niña de la foto de la primera comunión del pasillo de la escalera — más vieja, ahora, debía tener unos veinte años en la foto de la playa, pero la misma cara. Pecas en la nariz. Pelo rubio miel ondulado. Ojos castaño claros. La Bárbara de la foto de la primera

comunión había crecido y estaba ahí, en un marco de plata, en la mesita de luz del cuarto de la Bárbara de la casa.

La morocha era la Bárbara de la casa.

Más joven, todavía — debía tener unos veinte años también en la foto. Pero con la misma estructura ósea. El mismo arco de la ceja. La misma hendidura mínima en el mentón. La misma sonrisa de un solo lado. Era ella.

Las dos, juntas, abrazadas, en la playa, en algún verano de hace unos quince años.

Antes de que la Bárbara rubia muriera.

Antes de que la Bárbara morocha asumiera el lugar.

Me quedé mirando la foto un tiempo que no tenía, en medio del cuarto de Bárbara, con el reloj mental latiendo cada segundo perdido. Pero no podía moverme. Era la confirmación física, gráfica, de todo lo que doña Lúcia había susurrado, de todo lo que Júlia había empezado a decir y había retrocedido, de todo lo que el recorte de diario de la biblioteca había implicado: la Bárbara Vasconcelos verdadera existió. La Bárbara Vasconcelos verdadera murió. Y la mujer que me había contratado en un café de São Paulo cinco días atrás, que estaba en ese minuto en la oficina de la planta baja discutiendo con el amante la fecha de mi muerte, era una impostora que mantenía — *mantenía* — la foto de las dos juntas en la mesita de luz de su propio cuarto, en un marco de plata, a la vista de cualquier persona que entrara.

¿Por qué?

¿Por qué la mantenía?

Me obligué a seguir.

Abrí el cajón de arriba de la mesita de luz.

Despacio. Sin ruido. El cajón se deslizó en un riel de madera limpio, sin crujir, del modo en que se desliza un cajón de mueble bien cuidado.

Adentro había un caos organizado.

Era el cajón personal de mujer rica que duerme sola. Un libro de cabecera — *Las nieblas de Avalon*, con marcador. Un rosario de cristal negro. Un colirio de farmacia. Un frasquito pequeño de remedio con etiqueta — *Lexotan 6mg, tomar 1 comprimido por la noche, Dr. Eduardo*. Una lapicera. Un cuadernito de tapa de cuero rojo, pequeño, con elástico. Una nota antigua doblada, amarillenta, que no toqué. Un espejito de mano pequeño, ovalado, con mango de carey.

Y una argolla de cuero marrón.

Con llaves.

Contuve el aire.

Agarré la argolla con la mano derecha. Despacio. Sin hacer ruido.

Tenía cuatro llaves, exactamente como Júlia había dicho. Tres grandes — llaves de cerradura normal, de esas de puerta de cuarto común, en metales distintos (latón, acero, cobre). Y una pequeña. Era una llave de acero cepillado, del tamaño de una llave de candado pequeño, con cabeza redonda y punta cortada finamente. Cabía en mi meñique.

La más chica de las cuatro.

La de Júlia.

Fui a sacar la llave de la argolla. La argolla era de cuero grueso, cerrada con un nudo doble de los de marinero. Deshice el nudo con los dedos — despacio, con paciencia, sin forzar. Listo. Saqué la llave pequeña. Rehice el nudo doble. Verifiqué que quedara igualito a como estaba antes — vueltas idénticas, misma dirección, misma tensión.

Puse la argolla de vuelta en el cajón.

En el lugar exacto en que estaba.

Y fue cuando vi.

Bajo la argolla, debajo de ella, en el fondo de papel celeste del cajón, escondida por la posición de la argolla — una fotografía de 10x15.

Una fotografía común. Sin marco. De esas reveladas en papel fotográfico mate, ligeramente curvada en los bordes por el tiempo.

La agarré.

Era una foto a color, más reciente que la del portarretrato. Debía tener unos tres, cuatro años. En primer plano, en un ambiente que reconocí como el jardín ornamental del fondo de la casa — veía la hilera baja de boj atrás, el rincón de la pérgola a la izquierda —, tres mujeres de pie, lado a lado, sonriendo a la cámara.

La del medio era Bárbara.

La de la izquierda era una mujer de unos treinta y pocos años, flaca, alta, de pelo negro lacio a la altura de los hombros. Piel clara. Mirada dura. Vestía un uniforme de enfermera blanco, idéntico al mío.

La de la derecha era una mujer de unos cuarenta años, más rellenita, con pelo castaño ondulado recogido en un rodete bajo. Piel morena. Sonrisa amplia. Vestía un delantal gris idéntico al de

Renato, con un nombre bordado en blanco que pude leer claramente en la foto: *MARLENE*.

La enfermera de la izquierda también tenía un nombre bordado en el ambo, a la altura del pecho.

JÚLIA.

Miré a Júlia.

Miré a la Júlia de la foto, finalmente. Por primera vez. La mujer que había estado a los pies de mi cama en la madrugada. La mujer que había golpeado el techo. La mujer que me había dado los tres comprimidos. La mujer que estaba encerrada encima de mi cabeza con una cadena en el tobillo.

No era lo que había imaginado.

Había imaginado a Júlia con una cara más dulce. Más ingenua. Más víctima. No sé por qué — la había dibujado, en la cabeza, como una chica medio frágil, jovencita, con ojos pidiendo socorro.

La Júlia de la foto no era nada de eso.

La Júlia de la foto tenía una mirada que reconocí. La reconocí porque ya había visto esa mirada antes, en el espejo del baño de mi monoambiente de Cotia, el día después de la auditoría del São Lucas, cuando miré a la Clara que había sido despedida bajo sospecha y que tenía el resto de la carrera manchada por una frase de abogado. Era mirada de mujer que había sido empujada una vez de más y que había decidido empujar de vuelta.

Era mirada de mujer capaz.

Capaz de qué, no lo sabía.

Pero era una mirada capaz, y la miré en el papel fotográfico mate del cajón de Bárbara y doña Lúcia volvió a mi cabeza, susurrando *cuidado*, y Renato volvió a mi cabeza, diciendo *la señora no debería confiar en todo lo que Júlia le diga*, y la propia Júlia volvió a mi cabeza, con los labios pegados a mi oído en la madrugada, diciendo *hice cosas en esta casa*.

La foto tenía algo escrito atrás.

Di vuelta.

En lapicera azul, con la misma letra firme de Bárbara que ya conocía, estaba escrito:

Enero 2023. Las tres chicas. Que Dios nos bendiga y proteja nuestra casa.

Enero de 2023.

Hice la cuenta. Más o menos tres años atrás.

Marlene había existido. Marlene había sido fotografiada. Marlene le había sonreído a la cámara en el jardín con Bárbara y Júlia, en enero, en un verano paulista de hace tres años, con ese tipo de sonrisa amplia que tiene la cocinera cuando la jefa buena le pide a todo el mundo que pose junta. En enero de 2023, Marlene estaba viva.

Y ahora, en febrero de 2026, Marlene estaba debajo de las hortensias.

Agarré la foto. Dudé un segundo. Sabía que no podía llevármela — si me la llevaba, Bárbara iba a notar la primera vez que abriera el cajón buscando algo, y entendería en segundos que alguien había entrado al cuarto, y en más segundos quién había sido. Tenía que devolverla.

Pero tampoco podía dejar de llevarme evidencia.

Miré el escritorio del rincón. Había un celular pequeño encima — no era el smartphone de Bárbara, ese lo llevaba consigo, era un celular auxiliar antiguo, del tipo Nokia básico, con pantalla monocromática. Debía ser de emergencia de la casa. No lo toqué. Pero lo vi.

Y vi también, al lado del celular, un pequeño cargador — de esos que cargan varios aparatos al mismo tiempo, con varios puertos USB. Había tres aparatos enchufados. El Nokia. Un reloj digital. Y algo que reconocí en el momento porque había visto idéntico en una tienda de equipamiento de hospital seis meses antes de que mi padre muriera — cuando estaba considerando comprarle uno.

Era un baby monitor.

No. Era un *baby monitor*. Profesional. De la marca Motorola. De esos que tienen cámara en el cuarto del bebé y pantalla en el cuarto de los padres. Pantalla a color del tamaño de la palma de la mano. Apagada ahora.

Júlia había dicho *hay cámara ahí dentro*.

Júlia había dicho *escucha todo el tiempo*.

Júlia había dicho *prende el monitor a las cinco de la mañana cuando se despierta a rezar*.

Era este aparato.

Era un baby monitor común, de tienda de departamentos, monitoreando el cuarto de una mujer de treinta y pocos años encadenada a un caño en el segundo piso. Era ese el nivel de cuidado tecnológico de Bárbara — no era espionaje profesional, no era cámara escondida sofisticada, era un aparatito de bebé. Era tan ridículo, tan doméstico, tan *familiar*, que era todavía más siniestro que si hubiera sido un sistema profesional de vigilancia.

Miré la pantalla apagada del monitor.

Estaba apagada ahora — eran las dos y diez de la tarde, fuera del horario en que Júlia había dicho que Bárbara monitoreaba. Pero yo, en un impulso, en un único movimiento de dedo, apreté el botón de encendido.

La pantalla se prendió.

Por dos segundos fue una pantalla azul de Motorola cargando.

Después apareció el cuarto.

Era el cuarto de Júlia, lo reconocí en el momento. Vista desde arriba, con la cámara fijada en un rincón alto. Un cuarto pequeño, sin muebles, con colchón directo en el piso cubierto por una sábana gris. Un balde en el rincón. Una botella plástica de agua. Una estantería baja con algunas cosas. Una cadena que salía de la pared y llegaba hasta el tobillo de una mujer sentada de espaldas en el colchón, apoyada en la pared, con las rodillas pegadas al pecho.

Pelo negro lacio a la altura de los hombros.

Júlia.

Estaba sentada en la cama mirando algo en las manos. No podía distinguir bien en la pantalla pequeña. Parecía un cuaderno. Tenía un cuaderno abierto en el regazo.

Escribía.

Miré.

Por unos tres segundos me quedé congelada con la pantalla en la mano, en el cuarto de Bárbara, mirando a Júlia escribiendo en el cuaderno en su cuarto cerrado, y por esos tres segundos pensé en

algo que me iba a ocupar en los días siguientes con una persistencia mala.

¿Qué diario estaba escribiendo Júlia ahora?

¿En ese exacto momento?

¿En febrero de 2026, después de más de un año de cautiverio?

El diario que me había dejado detrás del espejo del baño era de antes — era el diario de cuando todavía era enfermera de la casa, antes de convertirse en prisionera. La nota con los tres comprimidos había venido de algún otro cuaderno, más reciente. Y ahora escribía *de nuevo*, en ese instante, con una cadena en el tobillo, frente a una cámara que sabía que existía, frente a un micrófono que sabía que escuchaba.

¿Por qué escribir?

¿Para quién?

La Júlia de la pantalla dejó de escribir de pronto.

Levantó la cabeza.

Miró.

Directo a la cámara.

Por unos dos segundos la Júlia de la pantalla me miró directo — no podía ser a mí, no podía saber que la estaba mirando, creía que la cámara estaba apagada a las dos de la tarde, pero el ángulo de su cabeza y la mirada fija en el lente de la cámara tenían exactamente la sensación de mujer mirando a otra mujer a los ojos a través de una pantalla. Me congelé.

Volvió a mirar el cuaderno.

Siguió escribiendo.

Apreté el botón de encendido.

La pantalla se apagó.

Miré el reloj digital del escritorio. Dos y doce. Había entrado al cuarto a las dos y tres. Habían pasado nueve minutos. Por el cálculo de Renato me quedaban unos quince, veinte minutos como máximo antes de que Bárbara y Eduardo salieran de la oficina.

Devolví la foto al cajón — debajo de la argolla, exactamente en el ángulo en que estaba antes, girada con la escritura hacia arriba. Verifiqué. Había registrado mentalmente cómo la había encontrado. Estaba bien. Cerré el cajón despacio.

Miré el portarretrato encima de la mesita de luz.

La foto de las dos Bárbaras en la playa seguía sonriéndome.

Salí del cuarto de Bárbara.

Cerré la puerta detrás de mí con la misma delicadeza de Renato apoyando el frasco de sal en la mesada. Caminé descalza de pensamiento — aunque no estaba descalza — por el pasillo de la izquierda, pasé por el cuarto de doña Lúcia todavía cerrado, llegué a la escalera principal.

Y me congelé.

Allá abajo, en el hall de la planta baja, escuché abrirse la puerta de la oficina.

—...pero te dije, Eduardo, es demasiado buenita. Va a ser fácil. —La voz de Bárbara.

—Bien. —La voz de Eduardo—. Vuelvo el viernes que viene.

—¿No cenás?

—Tengo una reunión en São Paulo a la noche. Tengo que correr.

—Ay, Eduardo, qué pena. —Voz cantarina—. El próximo viernes combinamos la cena entonces. Besos, querido.

No tenía tiempo de bajar la escalera principal. Si bajaba, me iba a chocar con Bárbara despidiendo a Eduardo en el hall. No tenía tiempo de bajar la escalera de servicio por el fondo — era demasiado lejos, iba a necesitar por lo menos un minuto para llegar.

Tenía dos opciones.

Volver al cuarto de doña Lúcia.

O bajar ahora por la principal y cruzar el hall en su cara.

Elegí la segunda en medio segundo. Volver al cuarto de doña Lúcia significaba seguir en el segundo piso y tener que bajar después cuando ella ya hubiera subido — y iba a subir, subía toda la tarde a ver a su madre. Cruzar ahora era arriesgado pero era único.

Bajé la escalera principal lo más natural que pude.

Llegué al hall en el momento en que la puerta de entrada estaba abierta, con Bárbara despidiendo a Eduardo en lo alto de la escalinata. Los dos se dieron vuelta cuando me oyeron.

—¡Clara! —Bárbara, sorprendida—. ¿De dónde venís bajando?

—Del cuarto de mamá —dije, con la sonrisa más natural que pude—. Fui a verla rapidito. Pensé que había respirado más fuerte hace un rato. Está todo bien.

—¡Ah! —Bárbara sonrió—. Sos un primor, querida. Eduardo se va. Doctor, esta es Clara, ¿se acuerda?

—Ah, me acuerdo, me acuerdo. —Eduardo sonrió también—. Buenas tardes de nuevo, Clara. Trabaje bien.

—Gracias, doctor.

Bajó la escalinata. Subió al auto. Salió por la rotonda de la fuente seca. Bárbara cerró la puerta de entrada y se giró hacia mí.

—¿Estás bien, querida? Estás un poco pálida.

—Tengo el estómago medio revuelto todavía. —Apoyé la mano en la panza, instintivamente—. Voy a tomar agua.

—Tomá. Tomá un tecito de anís también. Hay en la cocina. Renato te lo hace.

—Bien.

Me miró un segundo más de lo necesario.

Aquella fracción de segundo más que era su firma.

Y sonrió.

—Sos un amor, Clara. —Me pasó la mano por el brazo suavemente —. Agradezco todos los días que apareciste en nuestras vidas.

Le sonreí de vuelta.

—Yo también —dije.

Y fue la primera mentira completa que dije en aquella casa.

La primera en que la miré a los ojos sabiéndolo todo, sabiendo el plan, sabiendo el plazo de seis semanas, sabiendo de la foto de la playa, sabiendo de Marlene debajo de las hortensias, sabiendo de Júlia encerrada con una cadena, sabiendo del baby monitor Motorola, sabiendo del Lexotan en la mesita de luz, sabiendo del

pomerania, sabiendo todo, y aun así manteniendo la sonrisa de enfermera buenita que necesitaba el trabajo porque tenía una tarjeta reventada y un alquiler atrasado y una urna del padre en el armario de la sala en Cotia.

Bárbara me vio mentir.

Sé que vio.

Porque me miró por una fracción más — no la fracción de más habitual, una fracción más grande, tres fracciones tal vez, una fracción casi declarada — y sonrió más amplia, y me apretó suavemente el brazo, y dijo:

—Andá a descansar. La tarde es libre.

—Bien.

—Volvé a las seis para subir el té de mamá.

—Bien.

Me soltó el brazo.

Subió la escalera principal.

Fui a la cocina.

La llave de Júlia estaba en el bolsillo interno chico de mi ambo, envuelta en un pedazo de papel de cocina para que no hiciera ruido.

La ampolla vacía de Eduardo seguía en el bolsillo de abajo del lado derecho, envuelta en algodón.

Los tres comprimidos de Júlia seguían al fondo del cajón del cuarto.

Tenía todo lo que necesitaba para denunciar la casa entera.

No tenía cómo salir de ella.

Y ahora, en la cabeza, tenía una imagen nueva: Júlia, en la pantalla del baby monitor Motorola, levantando la cabeza y mirando directo a la cámara. *Sabiendo*, aun sin poder saber, que había alguien mirando.

Era el tipo de coincidencia que una enfermera sabe que no es coincidencia.

Era el tipo de coincidencia que una mujer encerrada en un cuarto de arriba sabe sincronizar.

Llegué a la cocina. Renato estaba lavando los platos del almuerzo. Giró medio centímetro cuando entré.

—¿Pudo? —preguntó, sin mirar.

—Pude.

—¿Algo más?

Me quedé en silencio.

Lo miré. A su espalda. Al nombre borrado debajo del nombre nuevo en su delantal gris. Al hombre que había trabajado en aquella casa por veintidós años y que le había prometido a un patrón muerto que iba a proteger a una patrona que estaba siendo dopada lentamente, en cámara lenta, desde hacía seis años.

Pensé algo por primera vez.

Pensé: *Renato sabía de la foto en el cajón.*

Pensé: *Renato sabe que Bárbara es impostora.*

Pensé: *Renato sabe todo. Sólo no me lo contó porque está esperando el momento correcto. O porque está esperando que lo*

descubra sola. O porque está protegiendo algo.

Pensé: *pero acabo de descubrirlo. Y me está preguntando qué encontré.*

Pensé todo esto en medio segundo. Y yo, por primera vez en aquella casa, decidí mentirle a un aliado.

—No —dije—. Sólo la llave.

Asintió.

—Bien.

Siguió lavando.

Agarré un vaso. Serví agua. Me senté en el banquito de la isla. Bebí despacio.

Y pensé.

Pensé en todas las cosas que sabía ahora, y en todas las cosas que no sabía, y en todas las personas que ahora no confiaba completamente en ninguna, y llegué a una conclusión muy clara.

La casa tenía cuatro mujeres.

Bárbara, la impostora.

Doña Lúcia, la estratega oculta.

Júlia, la prisionera capaz.

Y yo.

Y entre estas cuatro, en algún punto de las próximas seis semanas, iba a haber una que saliera viva. O dos. O tres. Pero no iba a haber cuatro.

Y todavía no sabía cuál, entre las otras tres, podía salvar sin perderme a mí misma.

Lo único que sabía, en aquella tarde de viernes trece de febrero de dos mil veintiséis, sentada en el banquito de la isla de granito negro de la cocina de la Fazenda Boa Vista, con la llave de Júlia en el bolsillo y la ampolla de Eduardo en otro bolsillo y los tres comprimidos al fondo de mi cajón — lo único que sabía con certeza absoluta era que aquella noche, después de las nueve y cincuenta y cuatro, después de que la llave girara dos vueltas en mi puerta, iba a entrar por la trampilla lateral del placard de mi cuarto, subir por el espacio técnico entre los pisos, atravesar por la tabla suelta del cuarto de Marlene, llegar al pasillo de la derecha del segundo piso, abrir la puerta del cuarto cerrado con la llavecita pequeña de acero cepillado, y ver por primera vez, en carne y hueso, sin mediación de cámara, a la mujer que había estado a los pies de mi cama en la madrugada y que me había dicho que era mejor para las dos si seguía fingiendo.

Y la primera cosa que iba a preguntarle a Júlia.

Antes que cualquier otra.

Antes de planear la huida, antes de jurar lealtad, antes de hacer ningún plan.

Era: *¿qué hiciste en esta casa, Júlia?*

Y iba a esperar la respuesta.

Y iba a decidir, basada en la respuesta, si estaba ahí para sacar a Júlia del cautiverio, o para dejar a Júlia donde estaba.

Y esa decisión, ya lo sabía, iba a ser la decisión más difícil que tomara en mi vida.

Capítulo 10

La tarde del viernes pasó a dos velocidades.

La del reloj, que era lenta y que iba desde las dos y media hasta las nueve y cincuenta y cuatro de la noche en un arrastre de horas que parecían no terminar, con cada minuto pesando como minuto de guardia de hospital. Y la de mi cabeza, que era demasiado rápida, que repasaba en loop la foto de las dos Bárbaras en la playa y la frase de Eduardo *se va a morir antes que tu madre* y la Júlia de la pantalla del baby monitor mirando directo a la cámara, y que mezclaba todo en una pasta de pensamiento que no me dejaba descansar ni acostada.

Subí al cuarto de doña Lúcia a las seis de la tarde con el té, como habíamos acordado.

Estaba despierta. Más despierta de lo que debería estar por la dosis de la ampolla — doña Lúcia, ya estaba entendiendo, había desarrollado alguna tolerancia farmacológica a lo largo de los años, y algún truco personal para acelerar el metabolismo de los sedantes, tal vez vomitando a escondidas, tal vez escupiendo durante la aplicación, tal vez simplemente metabolismo de mujer de setenta y ocho años que sobrevivió a todo. Cuando Bárbara entró al cuarto a las ocho a rezar el rosario, doña Lúcia estaba blanda otra vez, lenta otra vez, perfectamente conforme al guion.

Me quedé en el rincón mientras rezaban.

En algún punto entre el tercero y el cuarto misterio, doña Lúcia abrió suavemente el ojo izquierdo — sólo el izquierdo, que quedaba girado hacia mí y contra Bárbara — y me miró. Fue una mirada muy rápida. No fue siquiera una mirada entera, fue un parpadeo deliberado, de ese tipo que nadie ve si no está mirando directo. Y articuló con los

labios, sin sonido, sin mover la lengua, sin mover el resto de la cara, una palabra única:

Andá.

Incliné medio centímetro la cabeza en señal de que había entendido.

Bárbara no se dio cuenta. Siguió guiando las avemarías.

A las nueve menos cuarto, terminado el rosario, Bárbara me despidió. Bajé al cuarto. Me bañé. Me cepillé los dientes. Me puse el pijama. Cuando apareció a cerrarme con llave, ya estaba acostada con la sábana hasta el cuello, con la luz apagada, fingiendo el comienzo del sueño.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches.

La llave giró dos vueltas. Sus pasos se alejaron por el pasillo de servicio.

Conté hasta trescientos.

Me levanté.

La primera cosa que hice fue vestirme de nuevo. No el uniforme — el uniforme blanco se ensuciaría fácil y sería visible en cualquier pasillo oscuro. Saqué del placard una calza negra, una remera gris oscura, una buzo de manga larga negro, medias negras gruesas. Me puse todo. Me recogí el pelo en un rodete bajo apretado. Calcé un par de zapatillas que había traído a la sierra pero que todavía no había usado — suela de goma blanda, sin ruido.

Me miré en el espejo del baño.

La Clara que me miró de vuelta tenía un aspecto que no había visto desde los tiempos del São Lucas — no de guardia diurna, de guardia

nocturna. Aquel aspecto específico de mujer trabajando en el turno en que el hospital se pone feo. Ojos atentos. Mandíbula firme. Manos lavadas. Pelo recogido.

Pensé: *podés.*

Pensé: *sos enfermera de guardia nocturna. Podés.*

Y fue la primera vez en ese mes que me hablé a mí misma como les hablo a los pacientes difíciles — no como víctima, como profesional.

Verifiqué lo que iba a llevar.

La llave de Júlia, envuelta en un pedazo de papel de cocina, quedó en el bolsillo izquierdo de la calza.

Los tres comprimidos del sobre quedaron en el bolsillo derecho.

Una linternita de cabecera del cuarto, de esas de lectura que se clipan a la oreja del libro, quedó en el bolsillo de atrás. La había encontrado en el primer cajón de la cómoda la primera noche y nunca la había usado.

Un vaso de plástico vacío con tapa, que saqué del baño, lo metí en el bolsillo lateral del buzo.

Y un cuchillo de cocina pequeño, de esos de pelar fruta — que había robado de la cocina al almuerzo, envuelto en una servilleta de tela, y escondido dentro de mi almohada durante la tarde — lo metí en la cintura, calzado en la pretina de la calza por debajo del buzo.

No había planeado usar el cuchillo.

Tampoco había planeado ser idiota.

Para cualquier mujer que haya trabajado guardia nocturna en hospital público, guardia nocturna en casa equivocada, o cualquier

guardia nocturna en cualquier lugar del mundo, regla primera: ir desarmada es lujo de quien no necesita volver de la guardia.

Yo necesitaba.

Apagué la linternita de la cabecera. Miré por última vez el cuarto.

Caminé hasta el placard.

Lo abrí.

Saqué la ropa colgada despacio, la colgué en los bordes de la cama y en la silla, vacié la parte central del placard. Cuando quedó vacío por dentro, me agaché. Miré por la rendija de la base. Todavía estaba ahí — el hueco de unos dos dedos entre el fondo de tablas verticales y la pared real, con el cuadrado oscuro de la trampilla lateral encajado contra la pared izquierda.

Me arrodillé. Metí la mano por la base del placard, estirando el brazo hacia la izquierda. Los dedos tocaron el picaporte de acero de la trampilla. Estaba frío. Era pequeño. Era exactamente del tamaño de mi mano.

Giré.

Trabado.

Contuve el aire un segundo.

Giré para el otro lado.

Cedió. Hubo un *clec* mínimo. La puertita cedió medio centímetro hacia adentro.

Respiré.

No se podía pasar por la base del placard — era muy apretado, no iba a entrar entera. Tuve que entrar por el placard, de pie, y bajar

en diagonal. Lo hice. Entré. Empujé la pared de tablas verticales del fondo con el hombro — y la pared entera, sorprendentemente liviana, se deslizó hacia un costado, deslizó en un riel oculto, del mismo modo que una puerta de armario empotrado. La pared del fondo era falsa. Era panel.

Miré.

Detrás del placard había un espacio de unos ochenta centímetros de profundidad.

Era un pasaje.

Estrecho. Vertical. Cabía una persona.

Y en la pared izquierda de ese pasaje, ahora abierta, estaba el cuadrado de la trampilla lateral. Por dentro era un pequeño hueco de un metro y medio de altura, oscuro, con olor fuerte a polvo y madera vieja. Había una escalerita apoyada en la pared del fondo del hueco, hecha de escalones de madera clavados a la pared con tachas grandes, subiendo verticalmente.

La escalerita llevaba al techo.

Agarré la linternita de lectura del bolsillo de atrás. La prendí. Era una luz mínima, de ese azul frío que sólo ilumina un círculo de unos veinte centímetros. Era exactamente lo que quería — luz para no caerme, luz para no delatarme.

Entré en el pasaje.

Empujé la pared falsa del fondo del placard de vuelta en el riel, cerrando atrás de mí. Empujé la puertita de la trampilla lateral también, apoyada contra el marco sin trabar — iba a tener que volver por acá.

Y subí por la escalerita de madera.

El espacio técnico entre los dos pisos era exactamente como Júlia lo había descrito.

Tenía unos sesenta centímetros de altura — tuve que arrastrarme de rodillas y codos. El piso era de tablas de madera sueltas, con polvo acumulado de décadas, con algunas telarañas viejas que rompí con la mano. Tenía un olor fuerte a humedad, tierra, cables eléctricos antiguos. El espacio se extendía a lo ancho de toda la casa, podía verlo con la linternita — pasillo oscuro yendo hacia la izquierda y hacia la derecha.

Júlia había dicho *sale en la escalera de servicio, cerca del cuarto de Marlene, que es el segundo de tu pasillo*.

Me orienté.

Por la posición de mi cuarto, que era el último del pasillo de servicio, el cuarto de Marlene — el segundo — quedaba a la izquierda. Distancia: unos cinco metros. Empecé a arrastrarme a la izquierda.

Cinco metros de arrastre en espacio técnico, en la oscuridad, con linternita de lectura, con polvo entrando en la nariz, con el cuchillo de cocina presionando la panza, con las rodillas doliendo en la madera áspera — es una distancia que parece diez. Fui parando cada metro a escuchar. La casa estaba en silencio absoluto excepto por mi propio sonido — mi respiración más alta de lo que quería, mi corazón en el cuello, la ropa raspando las tablas.

A mitad de camino me detuve.

Había una luz.

Una luz tenue, viniendo desde abajo, subiendo por una rendija entre las tablas. Me acerqué, despacio. Miré.

Era la cocina.

La cocina grande, vista desde arriba, a través de una rendija natural entre las tablas del techo y el cielorraso. Vi la isla de granito negro. Vi la cocina industrial apagada. Vi la luz del extractor, dejada encendida en luz baja por Renato, como hacía todas las noches — luz mínima para que cualquier persona que bajara la escalera principal no tropezara.

Y vi, en el rincón de la cocina que se podía ver desde ahí, apoyado en el marco de la puerta que daba al pasillo del hall principal, *a Renato*.

De pie.

De brazos cruzados.

Mirando la escalera principal.

Esperando.

¿Esperando qué? Contuve el aire. Miré. Seguía con la ropa del día — camisa blanca, pantalón negro, sin delantal. Había cambiado los mocasines por unas zapatillas negras. Los brazos cruzados eran brazos de quien espera hace un tiempo.

Miré el reloj de mi cabeza. Eran las diez y doce de la noche. Bárbara dormía entre las diez y las diez y media, según Júlia. La casa estaba en estado de transición entre vigilia y madrugada.

¿Por qué Renato estaba despierto, vestido, de pie en la puerta de la cocina, mirando la escalera principal?

¿Esperando qué?

No tenía respuesta.

Y yo, en aquel instante, encima del techo de la cocina, con la oreja apoyada en la rendija, con Renato a tres metros debajo de mí,

percibí la primera cosa nueva de aquella noche que no había previsto: Renato sabía que yo iba a subir. Sabía el guion de Júlia. Sabía de la llave. Y había decidido, solo, sin consultarme, quedarse de guardia en la cocina entre el segundo piso y mi cuarto por cualquier cosa que pudiera pasar.

Era protección.

O era vigilancia.

No sabía cuál.

Y esa duda — *protección o vigilancia* — fue la primera arruga real en mi alianza con Renato.

Seguí.

Me arrastré dos metros más a la izquierda. Llegué a una parte del espacio técnico donde una tabla más grande estaba superpuesta a las otras — la reconocí. Era la tabla de encima de la tabla suelta que Júlia había mencionado. Debajo de aquella tabla superpuesta había un agujero cuadrado, del tamaño exacto para que una persona flaca bajara.

Era el punto de descenso al cuarto de Marlene.

Apoyé la linternita. Apoyé la oreja contra la tabla. Escuché el cuarto abajo.

Silencio.

Empujé la tabla. Levantó medio centímetro. Empujé más. Levantó más. Apoyé la tabla de costado, despacio, apoyándola contra la pared del espacio.

El agujero se abrió.

Miré hacia abajo.

Estaba oscuro. Pero se podía distinguir, en la luz mínima de la linternita, el piso del cuarto de Marlene a unos tres metros abajo. Muebles apilados cubiertos de sábanas blancas. Cajas. El olor a humedad subiendo fuerte.

Me senté al borde del agujero. Colgué las piernas hacia adentro. Apoyé las palmas en el borde. Bajé con cuidado, con la fuerza de los brazos, despacio, hasta el punto en que los pies se balanceaban a medio metro del piso.

Solté.

Caí suave en el piso de madera. Las zapatillas amortiguaron. Casi ningún sonido.

Me congelé.

Esperé.

Nada. Silencio. La casa no reaccionó. Renato no vino corriendo, Bárbara no se despertó, el perro no ladró. Estaba en el cuarto de Marlene.

El cuarto de Marlene era exactamente como ella lo había dejado.

Lo noté en el momento, con la luz de la linternita. No era un depósito. Era un cuarto cerrado por encima de la persona que había muerto en él — Bárbara había apilado muebles encima, había arrojado sábanas blancas encima, pero no lo había vaciado. Debajo de las sábanas todavía estaba la cama de Marlene hecha, con sábana floreada, con almohadita de crochet. Había un espejo en la pared con notitas pegadas — recetas de pan escritas a mano, una dirección de iglesia, un número de teléfono con código 75 (Bahía, lo reconocí). Había una estantería baja con libros — *Cocina mineira para el día a día*, *La Sagrada Biblia*, una revista *Veja* de 2022 con la cara de Lula en la tapa.

Marlene había sido la cocinera de la casa por años, recordé.

Marlene había sido amante de Bárbara.

Marlene había muerto empujada de una escalera por Júlia en un ataque de celos.

Marlene había sido enterrada debajo de las hortensias del cantero del fondo, hacía tres años, en enero de 2023, después de haberle sonreído a la foto que había encontrado en el cajón.

Y su cuarto había sido lacrado por encima, con la cama hecha, con notitas en el espejo, como si Bárbara no pudiera tirar sus cosas. Como si Bárbara estuviera manteniendo el cuarto de una persona que había ayudado a enterrar.

Pensé en una frase que Bárbara había dicho en la videollamada cinco días atrás, cuando me contrató: *acá es casa de familia.*

Lo era. Aquella casa era casa de familia.

Sólo que la familia estaba construida con gente muerta.

Salí del cuarto de Marlene por la puerta interna.

El pasillo de servicio estaba vacío, oscuro, con la luz amarilla del pasillo cayendo en la rendija de mi puerta al final, allá atrás. Giré a la izquierda. Caminé despacio, en puntas de pie, en dirección a la escalera de servicio.

Subí.

Dos tramos. Veintidós escalones, conté.

Llegué al segundo piso, al pasillo de la derecha.

Y me detuve.

Frente a mí, en la luz débil de un velador dejado prendido en algún punto distante del pasillo, veía el pasillo entero por primera vez en la oscuridad. Tres puertas. La primera, entornada, daba a un cuarto-depósito real. La segunda, entornada, lo mismo. La tercera, al fondo, con la cerradura nueva brillante.

La puerta de Júlia.

Caminé hasta ella. Cinco metros. Cada paso deliberado.

Cuando llegué a la puerta, me detuve.

Apoyé la mano en la cerradura.

Y fue en ese instante que percibí — en algún lugar atrás de mí, en el pasillo de la izquierda, en el ala de la familia, escuchaba el sonido distante de respiración profunda, con aquel leve silbido característico, viniendo del cuarto de doña Lúcia. La vieja estaba durmiendo. De verdad o fingiendo.

Y más cerca, viniendo del cuarto de Bárbara, escuché otro sonido.

El pomerania.

Ladrando.

No era ladrido fuerte. Era un ladrido bajo, contenido, de perro chico alertando. Tres ladridos en secuencia. *Yip-yip-yip.* Pausa. Tres más. *Yip-yip-yip.*

Me congelé.

El perro estaba en el cuarto de Bárbara, del otro lado de la casa, con su puerta probablemente cerrada también — pero estaba ladrando. Era sonido suficiente para despertar a Bárbara si no estaba dopada con Lexotan. Era sonido suficiente para traer a alguien al pasillo.

Y fue cuando escuché, para confirmar lo peor, una puerta abrirse en el ala de la familia.

La puerta del cuarto de Bárbara.

Pasos.

En el pasillo de alfombra.

Bárbara se estaba levantando.

Y yo estaba al fondo del pasillo de la derecha del segundo piso, sin ruta de fuga rápida — porque había venido por la escalera de servicio, que estaba del otro lado de la casa, que daba al pasillo de la izquierda — *que es donde Bárbara estaba ahora*.

Miré la puerta de Júlia.

Miré la llave en mi bolsillo.

Miré los dos cuartos-depósito de mi pasillo.

Y en una fracción de segundo, hice una elección que iba a cambiar todo. No volví a la escalera de servicio. No corrí a meterme en uno de los cuartos-depósito. Metí la llavecita pequeña de acero cepillado en la cerradura de la puerta de Júlia, giré — cedió al primer movimiento, *clec* mínimo, sin resistencia — y entré.

Cerré la puerta detrás de mí despacio.

Trabé por dentro.

Y me di vuelta.

La luz de la linternita de lectura recorrió el cuarto.

Era exactamente como lo había visto en la pantalla del baby monitor. Pequeño. Sin muebles. Colchón en el piso cubierto por una sábana

gris. Balde en el rincón. Botella plástica con agua. Estantería baja con algunas cosas. Cadena saliendo de la pared.

Y en la punta de la cadena, sentada en el colchón, ahora de pie — levantándose, en realidad — una mujer de pelo negro lacio a la altura de los hombros, flaca más allá de la flacura, con un camisón blanco percudido, con ojos castaño oscuros muy abiertos en la cara pálida.

Me miró.

La miré.

Dos segundos.

Júlia.

Y dijo, en voz más baja de la que había hablado en la madrugada anterior, en voz tensa y firme:

—Apagá esa luz, Clara.

La apagué.

El cuarto quedó en la oscuridad absoluta. Escuché su respiración — profunda, controlada, pero con el peso de excitación que viene de una mujer que esperó meses por aquel momento. Mis ojos se fueron acostumbrando a la poca luz que entraba por debajo de la puerta — la luz del velador distante del pasillo de la familia. Vi, de a poco, la silueta de Júlia haciéndose más nítida.

Estaba de pie ahora. Apoyada en la pared. La cadena tirada hasta el límite, golpeándole el tobillo derecho.

—¿Oíste al perro? —susurré.

—Oí.

—Está en el pasillo.

—Ya volvió.

—¿Cómo sabés?

—Su puerta golpeó. Sólo fue al baño. Toma Lexotan, Clara. Cinco minutos sin que el perro ladre y vuelve a dormirse.

Pausa.

Oí, del otro lado de la casa, la puerta del cuarto de Bárbara cerrándose.

Pasos. Una cama crujiendo. Silencio.

Júlia respiró.

—Vení acá —susurró—. Acercate.

Caminé despacio por el cuarto. En tres pasos llegué cerca de ella. Estaba frente a mí, a la distancia de un brazo.

Y fue cuando vi.

Tenía treinta y pocos años, sí, como en la foto del cajón. Pero la foto era de enero de 2023, y la mujer ahora frente a mí en febrero de 2026 era la Júlia después de más de un año de cautiverio, con la clavícula saliente, con el cuello fino, con los ojos con ojeras que eran casi heridas. Era la Júlia con el pelo negro lacio completamente sin brillo, opaco, con ese aspecto de pelo de paciente que no come bien. Era la Júlia flaca más allá de la flacura saludable — flaca de hambre programada.

Sus muñecas tenían marcas. Iguales a las de doña Lúcia. Más profundas.

La miré en silencio.

Júlia me miró.

Y dijo, en el mismo susurro firme:

—Antes de hacer cualquier plan, Clara, te voy a decir una cosa.

Esperé.

—Sé la pregunta que me vas a hacer —dijo—. Pensé en esa pregunta todos los días desde que llegaste. Te voy a dar la respuesta antes de que la hagas.

Pausa.

—Maté a Marlene.

Su voz no tembló.

—La empujé de la escalera de la despensa en enero de dos mil veintitrés. —Pausa—. No fui empujada por Bárbara para hacerlo. No fui forzada. No estaba en legítima defensa. La empujé con las dos manos en el pecho porque descubrí que ella y Bárbara estaban juntas, y Bárbara era mía. *Era mía.* —Pausa—. Marlene cayó, se golpeó la nuca contra el filo de la escalera, quedó inconsciente, y Bárbara, en lugar de llamar al SAMU, me ayudó a enterrarla bajo las hortensias. La enterramos viva, Clara. Todavía respiraba cuando le echamos tierra encima.

Silencio.

—Fui cómplice de Bárbara por dos años después de eso. —Júlia continuó—. Cuidé a doña Lúcia sabiendo que la estaban dopando. Le di la comida en las manos a la vieja sabiendo que había sedante en el puré. No le hablé a nadie. No llamé a la policía. No hice nada. Porque Bárbara me dijo que si hablaba, ella le iba a contar a la policía que yo había matado a Marlene sola, y sabía que lo iba a

hacer, porque tiene al doctor Eduardo, y tiene al comisario, y tiene la casa, y lo tenía todo, y yo no tenía nada.

Pausa larga.

—Después —dijo Júlia— Bárbara descubrió que la cláusula del testamento beneficiaba a los empleados. Que íbamos a ser yo, y Renato, y Marlene si todavía estuviera viva, los que íbamos a recibir la herencia cuando la vieja se muriera. Y ahí Bárbara cambió los planes. Ya no podía dejarme viva para que reclamara. Pero tampoco podía matarme y enterrarme — dos empleadas enterradas dan policía. Entonces me encerró. Decidió esperar. Esperar a que la vieja muriera, esperar a que la herencia se transfiriera, esperar a que todo pasara, y ahí matarme con calma cuando nadie más tuviera motivo para investigar.

Júlia cerró los ojos un instante.

—Merezco estar acá, Clara.

Los abrió de nuevo. Me miró.

—Sé que lo merezco. Mato a una mujer en mi trabajo y nunca le conté a nadie. Dejé que dopen a la vieja. No merezco salir de acá a reclamar herencia ninguna. Pero tengo una madre en Maranhão, Clara. Existe. No es mentira de Bárbara, es verdad. Tengo una madre que se está poniendo vieja, que no sabe dónde estoy hace un año, que probablemente cree que morí, y que si cree que morí, también va a morir, porque soy todo lo que tiene. Y quiero ver a mi madre antes de que la vida se me acabe de alguna manera.

Pausa.

—No te estoy pidiendo que me saques libre. Te estoy pidiendo que me saques de acá *viva* y que me entregues a la policía federal. Confieso todo. Voy presa. Cumplo lo que tenga que cumplir. Pero

quiero ver a mi madre algún día de estos, aunque sea desde la cárcel.

Me quedé callada.

Júlia me miró.

—Vos decidís, Clara —dijo—. Te doy la opción. Podés dejarme acá ahora, cerrar la puerta, devolverle la llave a Bárbara fingiendo que nunca viniste, y ocuparte de salvarte a vos misma y tal vez a doña Lúcia. Yo me quedo acá. Sé que voy a morir. Estoy preparada. No me debés nada.

Respiró.

—O podés incluirme.

Pausa.

—Sé que no tengo derecho a pedir. Pero pido. Como mujer a mujer. Que me incluyas.

El cuarto quedó en silencio.

Escuché, por debajo del camisón percudido, el corazón de Júlia latiendo. Juraba que lo escuchaba. Escuchaba el mío también, latiendo más fuerte, y la respiración de doña Lúcia distante en el otro pasillo, y el silencio absoluto de la casa alrededor, y a Renato allá abajo en la cocina esperando algo que no me había explicado.

Pensé en Marlene.

Pensé en Marlene que había sido enterrada viva bajo hortensias y que tenía una notita con receta de pan pegada a un espejo dos pisos debajo de mis pies.

Pensé en Júlia que había empujado.

Pensé en Júlia que había cuidado a doña Lúcia sabiendo lo que Bárbara hacía.

Pensé en Júlia que había metido tres comprimidos en mi bolsillo por intermedio de Renato para que yo no fuera la próxima.

Pensé en la madre de Júlia en Maranhão.

Pensé en mi madre en Portugal, que se había ido cuando yo tenía nueve años.

Pensé en cómo dos personas distintas pueden matar y pueden salvar en el mismo gesto, en momentos distintos de la vida, y en cómo nadie en mi profesión me había enseñado a juzgar quién merece salir de un cuarto cerrado cuando los méritos de cada uno son esa ensalada.

Miré a Júlia.

Sus ojos estaban abiertos, sin llorar, esperando mi decisión sin implorar.

—Te voy a sacar de acá —dije.

Soltó el aire lentamente.

No fue alivio. Fue otra cosa. Fue mujer que había calculado, durante meses, que aquella respuesta era improbable y que tenía que estar lista para cualquiera de las dos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no soy jueza —dije—. Porque soy enfermera. La enfermera no elige a quién cuida. Cuida.

Pausa.

—Y porque prefiero equivocarme sacándote a equivocarme dejándote, Júlia.

Asintió suavemente.

—Bien.

—Vamos juntas —dije—. Vos, yo, doña Lúcia, Renato si quiere. Cuatro personas. La policía federal recibe la denuncia. Vos confesás lo que hiciste. Ellos deciden.

—Bien.

—¿Jurás que vas a confesar?

Júlia me miró.

—Lo juro, Clara.

—Por tu madre.

—Por mi madre.

Asentí.

—La cadena. —Señalé—. Vamos a necesitar sacarla de algún modo.

—Tiene que ser con llave también. —Señaló el tobillo—. Candado. Llave grande, la tiene ella. Ya intenté serrucharlo con todo lo que encontré acá. No pude.

—¿Dónde está esa llave?

—Mismo lugar.

—Argolla de cuero marrón.

—Una de las tres grandes. La de latón.

Asentí. Otra incursión al cuarto de Bárbara. Sábado por la mañana, cuando fuera a misa en Cunha. Era la ventana.

—Mañana la agarro.

—Bien.

Silencio.

—Júlia.

—Decí.

—Hay una cámara. Ahí. —Señalé el rincón alto, donde había visto la cámara por el baby monitor.

—Lo sé.

—¿Está apagada ahora?

—Está. Sólo se prende a las cinco de la mañana.

—¿Estás segura?

Júlia me miró en silencio unos dos segundos.

—Estoy segura, Clara —dijo, bajo—. Vivo de prestar atención a cuándo se prende. Conozco el sonido de la casa cuando se prende. Conozco el segundo exacto de la mañana en que se prende. Conozco cómo me cambia el pecho cuando se prende.

—Bien.

Miré la cámara de todas formas. El LED al lado estaba apagado.

—Hay una cosa más —dije.

—¿Qué?

—Renato.

—¿Qué tiene?

—Está despierto allá abajo. Vestido. De pie en la puerta de la cocina. Esperando algo.

Júlia se quedó quieta.

—¿Sabías que iba a estar ahí? —pregunté.

—No —dijo.

Pausa.

—Pero sé por qué.

—¿Por qué?

Júlia respiró.

—Porque hoy es viernes —dijo—. Y los viernes, después de que viene el doctor Eduardo, Bárbara baja de madrugada y da una vuelta por la casa para verificar.

—¿Verificar qué?

—Todo. Verificar que yo esté en mi cuarto. Verificar que la vieja esté en la cama. Verificar que Renato esté en su cuarto. Verificar que la enfermera esté en su cuarto. —Pausa—. Lo hace una vez por semana. Cada viernes. Alrededor de las once, once y media.

Miré el reloj mental.

Diez y cuarenta y cinco.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Cuarenta y cinco minutos, como máximo.

—¿Para volver al cuarto?

—Para volver al cuarto.

Y fue en ese exacto instante — en ese exacto segundo en que Júlia terminaba la frase — que oímos, del otro lado de la casa, del lado del pasillo de la familia, la puerta del cuarto de Bárbara abrirse de nuevo.

Y una tercera cosa.

Su voz.

—Renato —la voz de Bárbara vino, baja, desde el pasillo del piso de arriba—, ¿estás ahí?

Pausa.

Y allá abajo, haciendo eco por la escalera principal, la voz de Renato:

—Estoy acá abajo, doña Bárbara. La estoy esperando.

Miré a Júlia.

Júlia me miró.

Y los dos ojos de ella, en la oscuridad del cuarto cerrado, reflejaban la luz mínima del pasillo — y en cada uno de los dos ojos, claro como letra impresa, había aquella cosa específica que la mujer capaz no logra esconder a la hora en que pasa lo equivocado:

No era miedo.

Era cálculo.

Cálculo que reorganizaba todas las piezas. Cálculo que reconocía que algo todavía más grave que todo lo que ya me había contado estaba pasando ahora, aquella noche, en aquella casa, y que ella — *ella misma*, encerrada, prevista, omnisciente sobre Bárbara — no había planeado para esa variable.

Júlia susurró.

Susurro de mujer que finalmente entendió que tenía un aliado de ella misma del que no sabía.

Y el aliado de ella misma era Renato.

Y Renato no estaba trabajando para Bárbara ni para Júlia ni para Lúcia.

Renato estaba trabajando para otra persona, y esa persona era alguien que ninguna de nosotras, en la casa, había nombrado todavía.

—Ay mierda —susurró Júlia.

—¿Qué?

—Hay uno más.

—¿Uno más de qué?

Júlia respiró.

—Hay uno más en la historia, Clara —susurró—. Y es alguien que ni yo sabía.

Y fue todo lo que pudo decirme, porque del otro lado de la casa, bajando la escalera principal con pasos absolutamente lúcidos, la voz de Bárbara — sin nada más de cantarino, sin nada más de dulce, en tono liso y profesional de mujer que había terminado el horario

social del día y que entraba en el horario nocturno donde ninguna de nosotras había sido autorizada a ver — llamó por segunda vez:

—Renato, el doctor confirmó. Va a ser la semana que viene. Subí acá que tenemos que preparar el cuarto.

Y Renato respondió, con aquella voz baja y grave que yo había empezado a confundir con lealtad:

—Ya estoy subiendo, doña Bárbara.

Capítulo 11

Yo no tenía cuarenta y cinco minutos más.

Era lo que Júlia había calculado tres minutos antes, y era un cálculo bueno — basado en patrones de comportamiento de Bárbara que había observado durante más de un año de cautiverio. Pero el cálculo de Júlia se basaba en un guion, y el guion acababa de quebrarse. Bárbara no estaba haciendo la ronda de los viernes. Bárbara había bajado a trabajar con Renato en algo que no me había mencionado y que Júlia, con toda su omnisciencia sobre los hábitos de la casa, no sabía que existía.

Tenía, tal vez, diez minutos. Tal vez menos.

—Salí —susurró Júlia—. Ya.

—Esperá. —Agarré su muñeca—. ¿Dónde queda el cuarto que mencionó?

—¿Qué cuarto?

—*Preparar el cuarto.* Fue lo que dijo.

Júlia se detuvo.

Pensó.

—No sé —susurró—. Nunca la oí hablar de ningún cuarto en esta casa que necesite ser preparado.

—¿Hay sótano?

—Hay. —Me miró—. Hay un sótano pequeño debajo de la despensa. Nunca bajé. Pero Marlene lo mencionó una vez. Dijo que hay una

trampilla atrás de la heladera chica.

Pensé.

—¿La despensa queda al lado de la cocina?

—Atrás de la cocina de servicio. Pegada al lavadero.

Asentí.

—Cuando salgas —dijo Júlia, baja, urgente— no pases por la cocina. Están ahí. Están por subir. Andate por el espacio, bajá al cuarto de Marlene, cruzá el pasillo de servicio, entrá a tu cuarto, cerrá todo, trabá la trampilla. Ponete el pijama por encima de esa ropa. Acostate.

—¿Y vos?

—Yo ya estoy acostada. —Me empujó suavemente—. Andá, Clara.

Miré a Júlia una última vez.

Júlia estaba de pie, en la punta de la cadena, con el camisón percudido iluminado por la rendija de luz debajo de la puerta, con los ojos castaño oscuros muy abiertos. No me miraba como víctima. Me miraba como socia que acababa de cerrar un contrato y que esperaba que la otra socia cumpliera lo prometido.

Apreté su muñeca.

—Mañana vuelvo.

—Bien.

Me di vuelta. Caminé hasta la puerta. Apoyé la oreja contra la madera. Silencio del pasillo de la derecha. Los pasos de Bárbara y la voz de Renato se habían concentrado del otro lado de la casa, en el ala de la familia.

Giré la llave despacio. *Clec.* Abrí la puerta lo mínimo. Miré para ambos lados.

Vacío.

Salí. Cerré la puerta detrás de mí. Trabé. Devolví la llavecita al bolsillo izquierdo de la calza.

Y corrí.

No corrí rápido — corrí silenciosa, en puntas de zapatillas, con la respiración contenida. Cinco metros hasta la escalera de servicio. Bajé los dos tramos en veinte segundos, agarrada al pasamanos para no resbalar. Llegué a la planta baja. Crucé el pasillo de servicio en tres zancadas. Entré al cuarto de Marlene.

Empujé la puerta detrás de mí con la mano izquierda mientras la derecha ya buscaba la tabla suelta en el piso.

La casa estaba en silencio absoluto ahora.

Y fue en ese silencio que escuché, por primera vez, algo que había estado ahí todo el tiempo y que nunca había registrado.

La casa respiraba con alguien más.

No eran sólo Bárbara, Renato, doña Lúcia, Júlia y yo. Había alguien más en la casa. No sé describir exactamente cómo lo supe — no fue sonido, no fue olor, fue la sensación que Júlia había implantado en mi cabeza con aquella frase de cinco minutos atrás (*hay uno más en la historia*) y que ahora, parada en la oscuridad del cuarto de Marlene con el piso de madera bajo los pies y la tabla suelta esperando, me llegaba como evidencia sensorial. La casa no tenía cinco mujeres. Tenía alguien más. Y ese alguien estaba en algún lugar que yo todavía no podía mapear.

Foco, Clara, foco.

Me arrodillé. Encontré la tabla suelta — era la quinta del rincón derecho, pegada a la pared. La levanté. El agujero cuadrado al espacio técnico se abrió por debajo. Subí el cuchillo de la cintura para dentro del buzo antes de estirarme hacia arriba. No, esperá. Iba a necesitar las manos libres para subir. Saqué el cuchillo. Lo puse en la boca, sosteniéndolo por el costado del mango, con la hoja hacia afuera.

Subí.

Fue el esfuerzo más físico de mi mes. Saltar medio metro hacia arriba sin ruido, con el cuchillo en la boca, con las palmas de las manos apoyadas en los bordes del agujero. No tenía fuerza en el abdomen para eso. Tenía treinta y dos años y había pasado los últimos seis meses comiendo mal y durmiendo poco. Llegué al espacio técnico raspándome la rodilla en el borde del agujero. Dolió. Me tragué el sonido.

Cerré la tabla por encima de mí. Encajó.

Y fue en ese instante — congelada en el espacio técnico, con la luz mínima de la linternita que había vuelto a prender, con el cuchillo de vuelta en la cintura — que escuché las voces.

No las había planeado escuchar.

La acústica del espacio técnico era distinta de la cocina. La cocina la había escuchado por una rendija entre las tablas, con el sonido subiendo limpio. El espacio técnico, ahí en mi trayecto entre el cuarto de Marlene y mi cuarto, pasaba por encima del pasillo de servicio, sí, pero también pasaba por encima de otra cosa que no había mapeado bien antes — la despensa. Y la despensa era exactamente donde Bárbara y Renato se habían concentrado ahora.

Me detuve.

Apoyé la oreja contra el piso de madera debajo de mí.

Y escuché.

—...más discretamente, Renato. —La voz de Bárbara, amortiguada, viniendo desde abajo—. Sabés que escucha todo.

—Doña Lúcia toma somnífero, doña Bárbara. —La voz de Renato—. No está escuchando nada.

—No hablo de mi madre.

Pausa.

—Hablo de la nueva.

—Clara está en su cuarto, doña Bárbara. Está cerrado.

—Sé que está cerrado. —Pausa—. Yo misma lo cerré. Digo que escucha sonidos. ¿No notaste cómo preguntó por el cuarto cerrado del segundo piso al tercer día? ¿Cómo metió la mano en la tierra de las hortensias ya en el segundo? Es más despierta que las otras tres.

Silencio.

—No sé, doña Bárbara. Para mí, es igual.

—Para vos todas son iguales, Renato. —La voz de Bárbara tenía un tono seco ahora, profesional, sin el cantarino—. Vos no tenés que evaluar enfermeras. Tenés que servir. Quien evalúa soy yo.

—Sí, señora.

Contuve el aire.

La voz de Renato con Bárbara era *sí, señora*.

No era el Renato bajo, contenido, paternal, que me había dicho *no confíe en nadie acá, ni en mí* en la cocina de las seis de la mañana. Era un Renato que respondía *sí, señora* sin titubear, con aquella

cadencia específica de empleado antiguo que sabe su lugar y que no cruza la línea.

Júlia tenía razón.

Júlia tenía razón dos veces.

Seguí escuchando.

—¿La fosa está lista? —preguntó Bárbara.

—Está, doña Bárbara. La cavé anoche.

—¿Profunda?

—Metro y medio.

—¿Ancha?

—Lo suficiente.

Pausa.

—¿Y la otra?

—La otra también.

—Ah.

Bárbara hizo una pausa que parecía satisfacción.

—Te esmeraste, Renato. Gracias.

—De nada, doña Bárbara.

—¿Y la sopa del sábado?

—Está en la cocina lenta, reduciendo.

—¿Cuánto le pusiste hoy?

—El doble, como la señora pidió.

—Brillante. —Pausa—. Sábado a la mañana voy a misa, como siempre. Cuando vuelva, ella va a estar débil lo suficiente. Vos le das el primer tazón en el almuerzo, *insistiendo*, diciendo que es receta especial de doña Lúcia. Ella va a aceptar. Después yo me ocupo del resto a la tarde. ¿Acordado?

—Acordado, doña Bárbara.

—¿Y Júlia?

—¿La señora quiere que adelante?

—No. —Pausa—. Júlia después. Una por vez. Cuando baje la polvareda de Clara.

Silencio.

Me quedé tan inmóvil en la oscuridad del espacio técnico que juraba que se podía escuchar a las tablas de la casa registrando el peso de mi cuerpo. No respiraba bien. El aire entraba en pedazos. El corazón estaba en mi cuello. Los oídos me zumbaban. El cuchillo en la cintura, debajo del buzo, presionaba la piel de la cadera.

Sábado.

Era mañana.

Bárbara había cambiado su plan.

El cronograma original — según lo que había escuchado en el teléfono fijo a las dos de la tarde — era de seis semanas. Subdosis progresiva, creación de historia clínica, infarto fabricado al final del plazo. Era el plan que había discutido con Eduardo en la oficina.

Pero en algún momento entre la despedida de Eduardo en la galería y esta conversación en la despensa, había cambiado el plan.

Había decidido adelantar.

¿Por qué?

La respuesta llegó a mi cabeza con la claridad fría de la evidencia. Había visto. Había visto cuando bajé por la escalera principal viniendo del segundo piso — yo había mentido que había ido a ver a doña Lúcia, y Bárbara me había mirado con aquella fracción de más y había sonreído. Pero había calculado. Había entendido, en algún nivel, que yo estaba en el segundo piso donde no debía estar. Había desconfiado. Y Bárbara, ya lo entendía, no esperaba confirmación para actuar. Actuaba preventivamente.

Subdosis se convirtió en doble dosis.

Seis semanas se convirtieron en un día.

Y Renato — el Renato que había cavado la fosa anoche, el Renato que estaba poniendo el doble de sedante en la sopa, el Renato que había respondido *acordado, doña Bárbara* sin titubear — era cómplice.

No era aliado oculto. No era hombre viejo cumpliendo promesa antigua a Heitor. No era nada de lo que yo había construido en mi cabeza en los últimos cuatro días.

Renato era empleado de una asesina, y lo había sido todo el tiempo.

Y sus advertencias — *no confíe en nadie acá, ni en mí* — no habían sido alianza disfrazada. Habían sido confesión.

Me había advertido.

Y yo, en mi apuro por encontrar un aliado, en mi apuro por no estar sola en una casa equivocada, había entendido la advertencia al revés.

—Una cosa más, Renato. —La voz de Bárbara, debajo de mí, volvió —. La despensa tiene que quedar destrabada esta noche.

—¿Por qué, doña Bárbara?

—Porque él viene.

Pausa.

—¿Hoy, señora?

—Hoy. —Bárbara, calma—. Lo llamé después de que Eduardo se fue. Está en la ruta. Llega como a las once y cuarenta. Va a querer ver a Júlia antes de que hagamos a Clara mañana.

Silencio.

—Está bien, doña Bárbara.

—Vos le abrís el portón. Después subís y le abrís el cuarto de Júlia. Se queda media hora, como máximo. No lo quiero acá mucho tiempo.

—Sí, señora.

—Y no lo saludás. No conversás. Sólo abrís y cerrás. Sabés.

—Sé.

—Buenas noches, Renato.

—Buenas noches, doña Bárbara.

Pasos.

Bárbara saliendo de la despensa. Subiendo la escalera de servicio. Cruzando el pasillo de la familia. La puerta de su cuarto cerrándose. Silencio.

Me quedé inmóvil en el espacio técnico, con la oreja pegada contra la tabla, con el pecho apretado.

Él.

Él viene.

Va a querer ver a Júlia antes de que hagamos a Clara mañana.

Júlia había dicho *hay uno más en la historia, y es alguien que ni yo sabía*.

Y ahora yo sabía que Júlia tampoco sabía. Porque si supiera, me habría avisado tres minutos antes. Júlia había guardado de sí misma la posibilidad de que existiera alguien más en la casa, pero no tenía conocimiento de ese alguien. Era un *él*. Era una figura masculina. Era alguien que venía de afuera, en auto, por la noche, que tenía el privilegio de visitar a Júlia encerrada antes de que Bárbara matara a la próxima enfermera.

Pensé en tres hipótesis en medio segundo.

Hipótesis uno: el comisario del pueblo. El que Bárbara había mencionado por teléfono — *la comisaría está con mi madre*. Tal vez no fuera sólo connivencia. Tal vez fuera alianza activa.

Hipótesis dos: el juez de derecho. El que iba a juzgar el testamento. El que estaba esperando que se transfiriera la herencia.

Hipótesis tres: algo peor. Algo que no podía nombrar todavía pero que venía en una intuición de mujer cansada — algo familiar. Algo relacionado con Bárbara misma. Con la Bárbara falsa. Con la mujer que había asumido la identidad de la hija muerta de los Vasconcelos

quince años atrás y que había mantenido la casa todo ese tiempo bajo algún esquema que necesitaba más de una persona para funcionar.

La hipótesis tres era la que más dolía.

No sabía por qué.

No tenía tiempo de saberlo.

Me arrastré por el espacio técnico en dirección a mi cuarto. Cinco metros de rodillas y codos. Llegué al punto de la escalera de madera clavada en la pared vertical. Bajé. Llegué al espacio detrás del placard. Empujé el panel falso de vuelta al riel. Volví al placard por dentro. Trabé la trampilla lateral. Reorganicé las ropas en la barra del placard. Cerré el placard.

Volví al cuarto.

Me saqué la ropa negra. Saqué el cuchillo de la cintura. Envolví el cuchillo en la servilleta de tela. Lo metí dentro de la almohada por la abertura de la funda. Me puse el pijama. Devolví la llave de Júlia al fondo del cajón, dentro del par de medias enrolladas, junto con los tres comprimidos del sobre. Apagué la linternita de lectura, la puse en la mesita de luz, en el primer cajón.

Me acosté.

Miré el techo en la oscuridad.

Eran las once y cuarenta de la noche.

Pensé en algo.

No tenía tiempo de pensarlo. Pero lo pensé.

Pensé que si *él* iba a llegar en tres minutos por la ruta de tierra de la sierra, con Renato abriéndole el portón, era un auto. Y el auto tenía

patente. Y la patente tenía dueño. Y el dueño tenía dirección.

No tenía celular para fotografiar. Bárbara me había confiscado el mío la primera mañana *para cargarlo*, y lo había devuelto con la excusa de *se quemó el cargador, querida, te compro uno nuevo*, y nunca más lo había visto. Pero tenía ojos.

Y mi cuarto, lo había olvidado hasta ese momento, tenía una ventana.

Una ventana estrecha, alta, con reja vertical de hierro, orientada hacia afuera.

¿Orientada hacia qué lado?

Cerré los ojos. Visualicé la casa. La ventana de mi cuarto daba al fondo — al jardín, a la huerta, a la pileta cubierta, al huerto. No daba a la entrada. La entrada de la casa quedaba del otro lado.

Pero el trayecto de cualquier auto que entrara por el portón de hierro tenía que subir el camino de adoquines entre los cipreses, dar la vuelta en la fuente seca, parar frente a la escalinata de piedra. Era el único trayecto.

Y en algún punto del trayecto, antes de la curva de la fuente, el camino pasaba — ahora me acordaba, lo había visto al llegar — cerca del muro lateral oeste, del lado de la casa, *del lado del cuarto de Marlene*.

El cuarto de Marlene tenía ventana.

Lo había visto con la luz de la linternita, diez minutos antes. Ventana estrecha con reja vertical, igual a la mía, orientada hacia el lateral oeste.

Podía ver el auto.

Si corría de vuelta al cuarto de Marlene ahora, en tres minutos, antes de que entrara el auto, podía verlo llegar por la ventana. Podía ver la patente. Podía ver al hombre bajándose.

Me senté en la cama.

Pensé.

Si lo hacía, corría el riesgo de que me pillaran. Era un riesgo real. Renato iba a abrir el portón. Renato iba a bajar a la cocina de servicio, abrirle la puerta del fondo al hombre. Renato iba a subir con el hombre por el pasillo de servicio — no, esperá, Renato iba a subir con el hombre por la escalera de servicio, y la escalera de servicio pasaba por el pasillo de servicio, y el cuarto de Marlene quedaba en el pasillo de servicio, y yo iba a estar en el cuarto de Marlene espiando por la ventana.

Era arriesgado.

Pero era la única chance.

Salté de la cama. Me puse la ropa negra de vuelta, en cuarenta segundos, en movimientos automáticos de enfermera en emergencia. No me puse las zapatillas — descalza era más silenciosa, aunque doliera. Agarré la linternita. No agarré el cuchillo. El cuchillo me iba a estorbar y no me iba a defender si me pillaban en el cuarto de Marlene fingiendo dormir.

Abrí el placard.

Vacié la barra central.

Abrí la trampilla lateral.

Empujé el panel falso.

Entré al pasaje.

Subí la escalera de madera clavada en la pared.

Me arrastré cinco metros por el espacio técnico.

Llegué al cuarto de Marlene en cuatro minutos.

Bajé por la tabla suelta.

Cerré la tabla por encima.

Llegué al cuarto.

Y corrí a la ventana.

La ventana del cuarto de Marlene tenía cortina de algodón estampada con florcitas amarillas — cortina que la propia Marlene debía haber colgado, antes de morir, en un gesto personal de hacer ahí un cuarto suyo. Aparté la cortina medio centímetro.

Miré hacia afuera.

La noche en la sierra paulista de febrero era oscura. Pero había luna casi llena aquella noche, y la luna casi llena en cielo de sierra es suficiente para que veas una casa, un camino de adoquines, y un auto.

Y fue cuando vi el auto.

Subiendo el camino de adoquines, entre los cipreses, despacio, con los faros bajos — no apagados, bajos, del modo de quien conoce el camino y no necesita luz alta.

Era un auto negro.

Era un sedán grande.

Era un auto de alguien que tenía plata.

Subió hasta la curva de la fuente seca. Ya no podía verlo por la ventana — la fuente quedaba del otro lado de la casa. Pero escuché.

Escuché el auto deteniéndose.

Escuché la puerta abrirse.

Escuché un paso en la grava.

Escuché la puerta de entrada de la casa abrirse.

Escuché la voz de Renato — baja, contenida, profesional — decir una frase de cuatro palabras que sólo pude captar en pedazos: *...por acá, doctor, ella...*

Y escuché la otra voz.

La voz del hombre que acababa de llegar.

Era una voz que ya conocía.

Era una voz que había escuchado hoy, en la cama de doña Lúcia, preguntando *¿y cómo está?* con aquel timbre modulado de quien ha dado muchas clases, con aquel encanto práctico de médico que no opera, que prescribe.

—...entonces todo bien, Renato. —La voz del doctor Eduardo—. Subo solo.

—Sí, doctor.

—Que duerma bien hoy entonces. Mañana es un día lleno.

—Sí, doctor.

Pasos en la escalinata de piedra. La puerta de entrada cerrándose.

Me quedé inmóvil al lado de la ventana del cuarto de Marlene, con la cortina apartada medio centímetro, con la respiración contenida.

Eduardo.

Eduardo que había salido de la casa a las dos y cuarto de la tarde, jurándole a Bárbara en la galería que tenía una reunión en São Paulo, que no podía cenar, que volvía el viernes siguiente.

Eduardo que, en vez de ir a São Paulo, había rodado durante siete horas en algún rincón de la sierra o de la ruta, y había vuelto discretamente a las once y cuarenta de la noche, con el auto identificado, con la llegada coordinada, con Renato esperando en la puerta.

Eduardo que iba a subir solo hasta el cuarto de Júlia.

Que iba a quedarse media hora.

Y que iba a querer ver a Júlia *antes de que hagamos a Clara mañana*.

Tragué saliva en la oscuridad del cuarto de Marlene.

La historia cambió entera en una fracción de segundo. No era *hay alguien más*. Era *Eduardo es ese alguien*. Era *Eduardo no es cómplice menor*. Era *Eduardo es el socio*. Era *Eduardo venía a visitar a Júlia en secreto desde hace cuánto tiempo* y *con qué finalidad* y *con conocimiento de Bárbara o sin él*. Las tres preguntas se habían abierto en mi cabeza simultáneamente, y ninguna de las tres tenía respuesta agradable, y yo, apoyada en la pared del cuarto de Marlene con la cortina cayendo de vuelta frente a la ventana, me di cuenta de que estaba temblando.

No de miedo.

De rabia.

Aquella rabia pequeña que había empezado a formarse en la noche del jueves, después del sobre con los comprimidos, había crecido en cuarenta y ocho horas a un tamaño que ya no reconocía como rabia. Era otra cosa. Era un cálculo. Era una rabia organizada por una cabeza de enfermera de guardia nocturna que había decidido algo que todavía no había puesto en palabras.

Iba a sacar a Júlia de aquella casa.

Iba a sacar a doña Lúcia de aquella casa.

Iba a sacarme yo de aquella casa.

Y no iba a confiar más en ningún hombre que estuviera dentro de aquel perímetro.

Escuché los pasos de Eduardo subiendo la escalera principal.

Escuché sus pasos cruzando el pasillo de la derecha del segundo piso.

Escuché la llave girando en la cerradura del cuarto de Júlia.

Y escuché la puerta cerrándose detrás de él.

Y fue cuando corrí.

No por el espacio técnico. No me daba tiempo. Eduardo iba a quedarse media hora, según Bárbara, y en media hora no podía volver a mi cuarto por el espacio, bajar a la cocina, subir hasta el segundo piso, escuchar lo que pasaba en el cuarto de Júlia, y volver.

Tomé el camino directo.

Salí del cuarto de Marlene. Pasillo de servicio. Escalera de servicio subiendo. Llegué al segundo piso, pasillo de la derecha.

Y me detuve en el penúltimo de los cuartos-depósito.

El penúltimo. El del medio.

Empujé la puerta. Entré. La cerré detrás de mí.

El cuarto-depósito del medio era exactamente igual a los otros — muebles cubiertos con sábana blanca, cajas apiladas, olor fuerte a humedad. Pero el cuarto-depósito del medio tenía una característica que había registrado mentalmente sin darme cuenta durante el recorrido de Bárbara el primer día, y que ahora, en emergencia, era lo único que importaba: compartía pared con el cuarto cerrado de Júlia.

Y las paredes de casa antigua, en muchos casos, son finas.

Apoyé la oreja en la pared.

Por unos dos segundos, no escuché nada.

Después escuché la voz de Eduardo.

Era una voz suave. Más suave que la que había usado con Bárbara en el cuarto de doña Lúcia por la mañana, y mucho más suave que la que había usado con Renato en la puerta de abajo hace un rato. Era la voz de un hombre hablándole a una mujer sobre la que cree tener cierto control.

—...sabías que venía —estaba diciendo—. Siempre sabés.

La voz de Júlia respondió. No oí las palabras — sólo el tono. Era un tono seco. Corto. Negativa.

—Júlia. —Eduardo, más cerca—. Tenés que ser razonable.

La voz de Júlia, más fuerte ahora — pude agarrar una frase entera:

—No me vas a tocar, Eduardo. Hoy no.

—Júlia.

—Hoy no.

Pausa.

—Bueno. —Eduardo. Escuché el piso crujir — había caminado, debía estar en algún otro punto del cuarto ahora—. Querés conversación, entonces. Te doy conversación. Te voy a contar una cosa.

Pausa.

—Mañana mato a Clara —dijo—. El domingo vuelvo. Y ahí te mato a vos.

Silencio del otro lado.

—¿Sabías eso? —siguió—. No. Bárbara no te lo dijo. Bárbara te dijo que te iba a dejar viva para verte morir de hambre cuando la vieja muriera. Mentira, Júlia. Bárbara no tiene esa paciencia. Bárbara me pidió que te matara enseguida después de Clara. Le pareció que podía ser bueno para mí. ¿Sabés? Cree que todavía me debe algo.

—Vos no me matás, Eduardo. Yo te conozco.

—Me conocías, Júlia. —Su voz bajó—. Antes. Cambié.

—Bárbara te cambió.

—Bárbara me reveló. —Pausa—. Vos me confundías antes.

Tragué saliva.

Júlia respondió. No capté.

Y Eduardo respondió — y esta vez su frase llegó clara, completa, en todas las sílabas:

—Te amé más que a Bárbara. —Pausa—. Pero Bárbara me dio lo que vos no me diste, Júlia.

Silencio.

—¿Qué? —Júlia, baja.

—Un hijo.

Cerré los ojos.

La casa, en aquel instante, hizo aquel crujido característico de casa antigua acomodando el silencio.

Y yo, apoyada en la pared del cuarto-depósito del medio, con la oreja en la madera fría, con la ropa negra pegada al cuerpo, con la noche avanzando por la ruta de la sierra, entendí la hipótesis tres que había cruzado mi cabeza media hora antes en el espacio técnico — la hipótesis que había dolido sin motivo aparente, la hipótesis de lo familiar, la hipótesis de la relación dentro de la relación.

La Bárbara falsa tenía un hijo.

Con Eduardo.

En algún lugar de la casa, o de la ciudad, o del mundo.

Y ese hijo — ese hijo que ni siquiera sabía que existía hasta hace treinta segundos — era el motivo por el cual todo ahí, todo el esquema de la herencia, todo el cautiverio de Júlia, toda la programación de mi muerte fabricada de infarto, todo aquello, *todo*, tenía sentido por primera vez de modo completo.

No era codicia de mujer suelta.

Era construcción de un futuro para un niño.

Y la mujer construyendo futuro para un niño, sabía de guardias en enfermería, es la cosa más peligrosa que existe en la fauna humana.

Júlia, del otro lado de la pared, se quedó en silencio.

No lloró. No gritó. No respondió durante un largo tiempo — unos veinte, treinta segundos. Escuché su respiración, cerca de la pared, descompasada, como si se hubiera puesto de pie de repente y hubiera dejado de respirar para después respirar hondo.

Y dijo, finalmente, en voz absolutamente baja, absolutamente nivelada:

—¿Cuántos años tiene, Eduardo?

—Cinco.

Pausa.

—¿Dónde está?

—En São Paulo. Con mi hermana. Ella lo cuida.

—¿Sabe de su madre?

—No. —Pausa—. Todavía no. Le vamos a contar cuando tenga ocho, nueve. Cuando la herencia haya pasado a Bárbara. Ahí ella lo busca.

—Bárbara lo va a buscar.

—Sí.

—Y lo va a criar como hijo suyo.

—Como hijo suyo. —Pausa—. Como hijo *nuestro*.

Júlia se quedó en silencio un tiempo más.

Y dijo:

—Eduardo.

—Decí.

—Te voy a contar una cosa que te va a doler.

Pausa.

—Bárbara nunca te iba a dejar criar a ese chico con ella.

—No digas estupideces.

—Bárbara, después de que la vieja se muera, después de que pase la herencia, después de que se resuelva todo esto, te va a matar a vos también.

Silencio.

—Bárbara no me mata.

—Bárbara ya mató, Eduardo. —Júlia, calma—. Bárbara ya mató a Marlene conmigo. Bárbara ya mató a Sandra. Bárbara ya mató a Renata. Bárbara va a matar a Clara mañana. Me va a matar a mí el domingo. Bárbara está apagando a todo el mundo, Eduardo. ¿De verdad creés que va a dejar vivo al padre del hijo de ella, sabiendo de lo que es capaz?

Silencio.

—Vos sos el último —dijo Júlia—. Vos sos el último que sabe. Después de mí. Después de que me mate, vos sos el último que sabe. Y el último, Eduardo, es siempre el que más molesta.

Silencio más largo.

Me quedé inmóvil en la pared.

Sandra. Renata.

Dos enfermeras más.

Júlia había dicho que yo era la cuarta enfermera. Era verdad. Pero no había sido la cuarta en el sentido inocente de *la cuarta en los últimos dos años* — había sido la cuarta en ser asesinada. Sandra, Renata, y tal vez una cuarta cuya muerte había sido bien hecha como para que nadie se diera cuenta. Y ahora yo.

Bárbara no era una asesina principiante.

Bárbara era una asesina experimentada.

Y el doctor Eduardo, del otro lado de la pared, estaba en silencio porque Júlia acababa de instalarle la primera duda real que había tenido en años.

—Andate, Eduardo —dijo Júlia, bajito—. Andá a casa. Pensá en lo que te dije. Y mañana liberame, antes de matar a Clara, para salir de acá contigo y huir con el chico. Yo te ayudo. Sé cómo salir de acá. Sé cómo desaparecer.

Pausa.

—¿De verdad querés eso, Júlia?

—Quiero a mi hijo, Eduardo. Aunque él no sepa que soy yo.

Silencio largo.

Y fue cuando entendí, con la oreja pegada a la pared, con la respiración suspendida, la frase más importante de aquel capítulo de mi vida.

Júlia me había mentido en el cuarto cerrado.

O Júlia había mentido a Eduardo en la pared.

O — y esa era la hipótesis que iba a ocuparme los próximos días — Júlia había mentido a las dos, en niveles distintos, en verdades distintas, con agendas distintas que se superponían.

Júlia tenía un hijo con Eduardo.

Júlia no me lo había contado.

Júlia había dicho que quería salir viva para ver a su madre en Maranhão antes de entregarse a la policía.

Era mentira.

Júlia quería salir viva para recuperar al hijo.

Y una mujer que quiere recuperar un hijo, también sabía de guardia, es la cosa más peligrosa del mundo después de mujer construyendo futuro para un niño.

Y esa, ahora lo sabía, era una única y misma mujer.

Eduardo respondió algo bajo. Júlia respondió algo bajo. No capté más nada — se habían acercado a otra pared del cuarto, del lado opuesto a donde yo estaba. Escuché el piso crujir. Escuché a Júlia respirando. Escuché algo que parecía un beso corto. O tal vez no lo fuera.

Y escuché, después de unos ocho minutos, la puerta del cuarto de Júlia abriéndose, cerrándose, trabándose.

Pasos de Eduardo bajando la escalera.

Murmullo rápido con Renato allá abajo.

La puerta de entrada.

El auto.

Los faros subiendo el camino de adoquines en dirección opuesta, hacia el portón de hierro.

El portón cerrándose.

Silencio.

Me quedé apoyada en la pared del cuarto-depósito del medio durante tres minutos más sin moverme. El cuerpo había olvidado cómo moverse. Las piernas se habían trabado de pie. La boca estaba seca de un modo que la saliva no resolvía.

Pensé en tres cosas.

La primera: Bárbara ya había matado a dos enfermeras antes de Júlia. Sandra. Renata. Tal vez una cuarta.

La segunda: Eduardo había tenido un hijo con Júlia, y Bárbara estaba criando al hijo como propio.

La tercera: Júlia me había mentido. Quería salir de aquella casa por otro motivo. Y su motivo podía o no ser compatible con el mío, y podía o no dejarme viva al final del plan.

Me empujé de la pared.

Salí del cuarto-depósito del medio. Cerré la puerta. Caminé despacio hasta la escalera de servicio. Bajé. Llegué al cuarto de Marlene. Subí por la tabla suelta. Crucé el espacio técnico. Bajé por el placard. Cerré todo. Me saqué la ropa negra. Me puse el pijama. Devolví la llave al par de medias.

Me acosté.

Miré el techo.

Tenía diecisiete horas hasta la sopa del sábado.

Sabía exactamente quién quería matarme — Bárbara, Eduardo, Renato.

Sabía exactamente quién podía ayudarme — Lúcia.

Sabía exactamente quién tal vez me ayudara, tal vez me traicionara — Júlia.

Y sabía, por primera vez desde que había llegado a aquella casa, que el plan de salir viva de la Fazenda Boa Vista iba a depender de algo que no había visto hasta este capítulo de mi vida: la capacidad de volver contra Bárbara las armas que ella misma había construido.

No tenía tiempo de aprender.

Pero tenía enfermería de seis años del São Lucas.

Y tenía rabia.

Y enfermera con rabia, ya lo había mencionado aquella cabeza que me hablaba en la oscuridad, es el combustible más antiguo que existe para una mujer recién llegada a una casa equivocada.

Cerré los ojos.

No dormí.

Pero me quedé acostada, en la oscuridad, con los ojos cerrados, y empecé a hacer el plan.

Capítulo 12

No dormí.

No fue del mismo modo que las tres noches anteriores. Era un no-dormir distinto. Era un no-dormir productivo, activo, con la cabeza funcionando a tres velocidades a la vez, separada del cuerpo cansado que todavía intentaba acomodarse en las sábanas. No dormí porque a partir de las dos y cuarto de la madrugada, después de que los faros del auto de Eduardo desaparecieron por la curva del portón, empecé a hacer el plan.

Empecé por la lista.

Mental. Sin papel. El papel deja rastro. Lo había aprendido en el São Lucas — los enfermeros que sobrevivieron a la auditoría fueron los que habían hecho todo de memoria, sin notas, sin mensajes, sin nada por escrito que un abogado pudiera citar a juicio.

Lista de quién iba a salir viva de la casa: Lúcia, Clara.

Lista de quién probablemente no iba a salir vivo: Bárbara, Eduardo, Renato.

Lista de a quién todavía no sabía: Júlia.

Júlia era el problema. Júlia me había mentido sobre el motivo. Júlia tenía un hijo con Eduardo. Júlia, si la liberaba, podía ayudarme a salir de la casa, podía traicionarme para quedarse con Eduardo, podía matarse de rabia, podía matar a Bárbara, podía matar a Lúcia, podía matarme a mí. Júlia era un punto de imprevisibilidad total en el plan, y plan con punto de imprevisibilidad total no es plan. Es rezo.

Pensé en eso durante un tiempo largo.

Llegué a una conclusión práctica. Iba a incluir a Júlia. No por confianza. Por necesidad. Júlia era la única que conocía la geometría escondida de la casa, la única que sabía el guion real de Bárbara, la única que tenía experiencia con Eduardo. Sin Júlia, yo y doña Lúcia no llegábamos al portón de hierro. Con Júlia, tal vez llegábamos. Era un cálculo de probabilidad malo, pero era mejor que el cálculo sin ella.

Pero iba a incluir a Júlia *informada de lo que sabía*.

Iba a entrar a su cuarto el sábado por la mañana, después de que Bárbara saliera a misa, y la iba a mirar y decirle *sé del nene*. Iba a verle la cara. Y basada en su cara, iba a decidir si salía de aquella casa conmigo o si salía de aquella casa de otro modo.

Tenía miedo de esa parte del plan.

No tenía miedo de morir. Ya había aceptado que tal vez iba a morir, en algún nivel, cuando escuché la sopa del sábado siendo planeada en el piso de la despensa. Pero tenía miedo de descubrir, en la cara de Júlia aquella mañana, que era peor de lo que ya sabía que era. Y que si era peor, iba a tener que tomar una decisión que la enfermera no toma y que una mujer endeudada de Cotia tampoco toma — la decisión de dejar a una mujer encadenada en un cuarto cerrado para que muera, porque liberarla iba a costarme más que enterrarla.

No sabía si iba a poder tomar esa decisión.

No sabía si iba a poder no tomarla.

Foco, Clara.

Volví a la lista.

Cronograma de las próximas diecisiete horas.

5:15 de la mañana: Bárbara abre mi cuarto, como siempre. Yo finjo dormir. Va a la cocina a tomar café antes de la misa.

6:30: Bárbara sale en auto a Cunha. Distancia: 40 minutos de asfalto. Misa a las 7:30. Misa de una hora. Vuelve a las 9:30. Tiempo total de ausencia: tres horas.

6:35 a 9:25: mi ventana.

Dentro de esa ventana, necesitaba:

Uno. Agarrar la llave del candado de Júlia en la mesita de luz de Bárbara, de la argolla de cuero. La llave de latón, según Júlia.

Dos. Liberar a Júlia de la cadena. Confrontarla por el nene. Decidir.

Tres. Tener una conversación con doña Lúcia en estado lúcido, con la puerta de su cuarto cerrada por dentro, en que me contara todo lo que sabía. *Todo.* Quién era la Bárbara falsa de verdad. Quién era el padre del nene. Quién era el Renato verdadero. Quién era el Eduardo verdadero. Toda información útil para denunciar la casa desde afuera.

Cuatro. Encontrar un teléfono que funcionara fuera del control de la casa. El fijo del pasillo de servicio estaba marcado — cualquier llamada desde ahí dejaba rastro. Necesitaba el celular de Bárbara. O el celular de emergencia del escritorio — el Nokia. O un teléfono que todavía no había mapeado.

Cinco. No comer la sopa del almuerzo.

Seis. Sobrevivir a la tarde.

Siete. Salir viva por la noche.

Era mucho para tres horas. Era mucho para diez. Pero era lo que tenía.

Y tenía una ventaja que Bárbara no sabía que tenía. Sabía que ella me veía como inteligente. Yo misma la había oído decir *es más inteligente que las otras tres* en el piso de la despensa. Y mujer que evalúa a la enemiga como inteligente, lo sabía, comete el error de prever que la enemiga va a actuar de modo inteligente. Va a prever ataque inteligente. Va a prever fuga estudiada.

Va a prever todo, menos una cosa.

Va a prever todo menos enfermera actuando como enfermera.

Iba a actuar como enfermera todo el día. Iba a hacer rutina perfecta. Iba a anotar el cuadernito negro derechito. Iba a cambiar pañal en horario. Iba a chequear saturación. Iba a tomar pulso. Iba a registrar todo. Iba a ser la profesional más profesional que hubiera entrado en aquella casa. Y entre una medición y otra, en microventanas que nadie registraría como sospechosas, iba a construir el plan.

Plan de enfermera: sin heroína, sin corrida, sin violencia aparente, con todo escondido detrás de gestos protocolares.

Sonreí en la oscuridad.

Era un plan malo. Pero era *mi* plan. Y por primera vez en aquella semana, no estaba reaccionando. Estaba decidiendo.

Bárbara abrió mi cuarto a las cinco y cuarto, del mismo modo.

Sus pasos siguieron por el pasillo de servicio, subieron por la escalera, desaparecieron. Esperé diez minutos. Me levanté. Baño rápido. Uniforme nuevo, limpio, blanco. Pelo recogido con más esmero del necesario — el esmero era una de las cosas que la enfermera hace cuando quiere aparentar normalidad.

Subí a la cocina a las seis menos cuarto.

Renato ya estaba ahí.

Me detuve en la puerta un instante cuando lo vi. No fue una pausa visible — fue micropausa en el paso. Pero sentí el estómago apretarse de un modo distinto a las otras mañanas. Renato, en la luz amarillenta del extractor, todavía tenía esa misma cara cansada, esa misma postura económica de gestos, esa misma camisa blanca de mangas largas con el delantal gris atado a la cintura. Todo igual. Pero había cavado una fosa de metro y medio la noche anterior, y había conversado con Bárbara sobre matar a Clara hoy, y le había abierto el portón a Eduardo a las once y cuarenta. Todo eso había hecho. Y yo, ahora, lo sabía.

Giró medio centímetro hacia mí. Como en las otras mañanas.

—Buenos días, doña Clara.

Su voz era la misma de siempre. Baja. Grave. Educada.

—Buenos días, Renato.

—¿La señora durmió?

—Poco.

—La señora está pálida.

—Lo estoy.

Fui hasta la cafetera italiana. Empecé el café. Manos firmes. Voz firme. Cara firme. Había vivido seis años en el São Lucas. Sabía fingir que todo estaba bien con un paciente al que había dado noticia de muerte aquella mañana. Sabía fingir que todo estaba bien con una jefa que me había reprendido frente al hospital entero. Sabía fingir con cualquiera sobre cualquier cosa, y Renato hoy era sólo uno más en la lista.

—Doña Bárbara baja en veinte minutos, doña Clara. —Se giró hacia la cocina—. Va a misa.

—Lo sé.

—Cuando ella salga, la señora prepara el café de mamá. No tiene que esperar. Ya me autorizó.

—Bien.

Pausa.

—Hoy va a ser tranquilo.

Lo dijo sin girarse.

Hoy va a ser tranquilo.

Miré su espalda.

Me quedé mirando la espalda de Renato durante unos tres segundos mientras la cafetera se calentaba, y durante esos tres segundos pensé muchas cosas. Pensé en la ironía de su frase. Pensé si me estaba avisando algo — otra vez, a su modo, con aviso encriptado, con aviso que había confundido en los primeros cuatro días pero que tal vez ahora leía bien. Pensé si estaba sólo mintiendo profesional. Pensé si ya sabía que yo sabía.

Decidí probar.

—Renato.

—Diga.

—La señora tuvo una noche agitada anoche.

Pausa.

—La señora —repitió.

—Doña Lúcia. La oí hablar fuerte por la escalera cuando fui al baño en la madrugada.

Pausa un poco más larga.

—¿Ah, sí? —Giró medio centímetro. No me miró. Volvió a la cocina —. ¿A qué hora?

—Once y media.

—Hum.

—La señora estaba con alguien.

Se detuvo.

No fue pausa larga — fue medio segundo de vacilación al revolver la olla. Pero fue pausa, y yo lo vi, y él supo que lo había visto.

—Era doña Bárbara —dijo, sin girarse.

—Lo sé.

—¿Era?

—Era. Reconocí su voz.

—Hum.

Siguió revolviendo la olla.

—Qué cosa, Renato. Doña Bárbara conversando con la madre a medianoche. Me pareció raro, ¿sabe? Pero después pensé: debe ser amor de hija. Cuida tanto a la madre que conversa con ella hasta dormida.

Pausa.

—Sí —dijo—. Es amor de hija.

La frase salió más lenta de lo que él quería. Lo noté.

Le sonreí a la cafetera que ahora estaba chiando.

—La señora es un encanto cuando duerme —dije, en voz casual—. Fui a echarle una mirada después de ir al baño. Estaba dormitando bien. Respirando profundo.

Pausa.

—¿La señora subió hasta su cuarto? —preguntó Renato.

—Subí.

—¿De madrugada?

—De madrugada.

—¿Cómo?

—Por la escalera principal. —Apagué el fuego—. Bárbara me autorizó a usar la escalera principal durante el día. Pensé que valía también para la madrugada.

—La señora estaba en la escalera principal a las once y media.

—No. Once y cuarenta y cinco, más o menos. Subí, le eché una mirada a doña Lúcia por la puerta, volví.

—¿La puerta estaba abierta?

—Entornada.

—¿Y doña Bárbara?

—Ya había vuelto a su cuarto.

Pausa larga.

Agarré la taza, serví el café, puse el azúcar, revolví despacio. Me apoyé en la mesada. Miré su espalda.

—Renato.

—Diga.

—Vi un auto saliendo alrededor de la medianoche. Por los faros. Desde mi cuarto no veo el camino, pero la luz de los faros pega en la pared de afuera por la ventana cuando pasa por la curva. Me desperté con la luz.

Pausa de cuatro segundos.

—Ah —dijo.

—¿Sabe quién era?

—No, doña Clara.

—¿Usted estaba acá en la cocina?

—Ya estaba en mi cuarto.

—¿Pero no oyó el portón abriéndose?

—Duermo pesado.

Sonreí.

—Qué suerte, ¿no?

—¿Suerte?

—Dormir pesado en esta casa.

Pausa.

Renato se giró. No se giró completamente — sólo el mentón, en mi dirección, sin mirarme a los ojos. Sus ojos quedaron a la altura de mi cuello. Y dijo, en voz baja, con una cadencia más lenta que la que había usado en las otras conversaciones:

—Doña Clara.

—Sí.

—¿La señora durmió mal porque vio un auto?

—Dormí mal por varias cosas, Renato.

—¿Cuáles?

—Menú del almuerzo de hoy. Sopa de nuevo.

Pausa.

—El jueves fue sopa también, doña Clara.

—Lo sé.

—La señora no comió el jueves.

—Fingí que comía.

Pausa muy larga.

Y entonces — por primera vez en todas las conversaciones que había tenido con Renato en aquella cocina, en cuatro mañanas — me miró a los ojos.

Me miró directo. Sin rodeo. Sin economía de expresión.

Vi en sus ojos algo que no había visto antes. No era hostilidad. No era piedad. No era el cálculo de Júlia. Era cansancio. Era un cansancio acumulado de hombre que había guardado un secreto enorme por demasiado tiempo y que acababa de darse cuenta, en aquel instante exacto, de que el secreto se había vuelto demasiado pequeño para seguir cargándolo. Que la custodia del secreto era un lujo que ya no podía bancar.

Y dijo, en una voz que era un susurro ni siquiera eso:

—Yo también finjo, doña Clara.

Contuve el aire.

—Hace mucho tiempo —continuó—. Yo también finjo.

—Renato.

—Hoy no voy a poder ayudarte, doña Clara. Pero no voy a estorbarte. —Pausa—. La señora oyó lo que necesitaba oír anoche.

—Usted sabía que yo estaba allá arriba.

—Lo sabía.

—Por eso se quedó en la cocina esperando.

—Por eso.

—Para oír.

—Para que la señora oyera.

Lo miré.

La cafetera chiaba en el fuego, bajito.

—¿Por qué? —susurré.

Pausa.

—Porque ya pasó la hora de que alguien oyera, doña Clara.

Y fue cuando los pasos de Bárbara empezaron a bajar por la escalera principal.

Renato se giró a la cocina en un segundo. Agarré la taza y fingí tomar un sorbo. Su cara volvió a ser la cara de los cuatro días. La mía volvió a ser la cara de los cuatro días. Cuando Bárbara entró a la cocina canturreando algo, con tailleur azul marino de misa, con mantilla de encaje negro colgada del brazo, con cartera de cuero caro, vio a dos personas en el estado exacto en que había dejado la casa.

—¡Buenos días, mis queridos!

—Buenos días, doña Bárbara —Renato.

—Buenos días —yo.

—Renato, ¿el auto está listo?

—Sí, señora. Ya lo prendí y calenté hace quince minutos.

—Brillante. —Fue hasta la cafetera, se sirvió media taza, la tomó de pie en la isla—. Clara, querida. Hoy voy a tardar un poco más que de costumbre. Tengo una reunión con el cura después de la misa, sobre la kermés. Vuelvo alrededor de las diez y media, once.

Pausa.

—Está bien —dije.

—¿Todo bien por acá?

—Todo bien.

—El almuerzo de hoy va a ser en el comedor grande otra vez. —Sonrió—. Insisto. Adoro nuestros almuerzos. Hoy va a haber sopa de nuevo, le pedí a Renato. Capelletti, igualita. Te gustó tanto el jueves.

—Me encanta.

—Sos un encanto.

Se tomó el café en tres sorbos. Apoyó la taza. Miró a Renato.

—Renato, cualquier cosa, me llamás al celular. Hay señal en la entrada de la iglesia.

—Sí, señora.

—Chau, queridos.

Beso en Renato, en el rostro. Beso en mí, en el rostro. Olor fuerte a Shalimar. Y salió, con la cartera de cuero balanceándose, con el taco bajo golpeando el piso de cerámica del pasillo, con el auto ronroneando afuera, con el portón de hierro forjado abriéndose automáticamente. Los faros bajaron por el camino de adoquines. El portón se cerró.

La casa quedó en silencio.

Seis y treinta y dos de la mañana.

Apoyé la taza.

Miré a Renato.

Me miró. Pero esta vez no tenía el cansancio de antes — tenía la economía profesional otra vez, la cara de los cuatro días. Como si aquella frase de las seis y cuarto (*porque ya pasó la hora de que alguien oyera, doña Clara*) hubiera sido un instante particular que había decidido cerrar.

—La señora tiene tres horas —dijo—. Haga lo que tenga que hacer.

—Usted no me va a estorbar.

—No.

—Pero no me va a ayudar.

—No.

—¿Por qué?

Pausa.

—Porque tengo una nieta, doña Clara.

Pausa.

—En Cunha. Vive con la madre. Tiene seis años. Doña Bárbara sabe su nombre. Sabe la dirección. Sabe la escuela. Sabe el horario de la escuela.

Pausa.

—Hace diecisiete años que usa a mi nieta para hacerme obedecer. Antes de doña Bárbara, era su padre, don Heitor, quien la usaba. Antes de don Heitor, era el abuelo.

Pausa.

—Ya no tengo edad para actuar, doña Clara. Sólo tengo edad para no estorbar.

Lo miré en silencio.

Y fue la primera vez en aquella casa que miré a un adversario y entendí que el adversario también es gente.

—Bien —dije.

Asintió una vez.

—Andá.

Fui.

Subí por el pasillo principal. Crucé el hall. Subí la escalera de alfombra roja otra vez. Llegué al segundo piso. Giré a la izquierda, al pasillo de la familia. Caminé hasta la puerta del cuarto de Bárbara. La abrí.

Entré por segunda vez al cuarto de ella, en pleno día, con la luz de la mañana de febrero entrando por los ventanales dobles e iluminando todo.

Y fue por la luz de la mañana que vi.

Sobre el escritorio del rincón, al lado del baby monitor Motorola, al lado del Nokia cargando — había una carpeta abierta.

Carpeta de papel. De esas carpetas amarillas con elástico que se usan en oficinas. Abierta. Con hojas desparramadas sobre la mesa, en desorden, como si Bárbara hubiera pasado la noche revolviéndolas y no hubiera tenido tiempo de guardarlas antes de la misa.

Fui hasta el escritorio.

Y me detuve.

La carpeta era una carpeta de adopción.

Lo reconocí en el momento. Había visto carpetas así en el São Lucas, durante aquel período en el que una compañera mía del cuarto piso había decidido adoptar a una nena de cuatro años del Hogar São Vicente. Era la misma estructura de documento. Partida de

nacimiento. Término de guarda provisoria. Informe psicosocial. Evaluación médica. Estudios sociales. Carta de intención. Todo en un modelo estándar de carpeta amarilla con elástico que el Consejo Tutelar entregaba.

Encima de la pila, en la primera hoja, había un nombre.

El nombre del nene.

Henrique Vasconcelos Albuquerque.

Cinco años. Nacido en enero de dos mil veintiuno. En São Paulo. Hijo de madre biológica registrada como — leí, y contuve el aire — *Marlene Aparecida dos Santos*.

Marlene.

No Júlia.

Marlene.

Marlene había tenido un hijo.

En enero de dos mil veintiuno, había tenido un hijo. En enero de dos mil veintitrés, había sido empujada de la escalera de la despensa por Júlia en un ataque de celos. En algún momento entre esas dos fechas, su hijo había sido entregado a Bárbara — no por Marlene, por la situación. Cuando Marlene murió, el nene de dos años pasó a ser criado por Bárbara como hijo de ella.

Y Eduardo le había dicho a Júlia, anoche, en la pared del cuarto cerrado, *Bárbara me dio lo que vos no me diste, Júlia. Un hijo.*

Eduardo le había mentido a Júlia.

O Eduardo, él mismo, había sido engañado.

El hijo no era de Júlia con Eduardo. El hijo era de *Marlene* con Eduardo. Y Eduardo, después de tantos años con Bárbara, tal vez había terminado convencido de que la criatura venía de Bárbara — tal vez nunca había sabido bien de Marlene —, o tal vez sabía y le estaba mintiendo a Júlia anoche con un propósito que yo todavía no entendía. Pero el documento frente a mí, en papel con membrete del Registro Civil de São Paulo, con firma reconocida, con sello, con todo, decía una sola cosa:

Madre biológica: Marlene Aparecida dos Santos.

Júlia, en aquel instante, allá arriba — porque era el cuarto vecino, podía oírme revolver los papeles si yo no tenía cuidado — Júlia me acababa de mentir de un modo peor que el que había calculado. No tenía un hijo con Eduardo. Había matado a una rival que había tenido un hijo con Eduardo. Y el motivo de ella de querer salir viva de aquella casa no era recuperar un hijo suyo — era *robarle* el hijo a Marlene de nuevo, de las manos de Bárbara, esta vez para ella.

Júlia, entendí en aquel instante, era exactamente el tipo de mujer que mata una vez por celos y que mata de nuevo si las condiciones se repiten.

Y las condiciones, también entendí en aquel instante, se iban a repetir si la liberaba.

Porque el hijo de Eduardo estaba en São Paulo, según lo que Eduardo había dicho anoche. Pero el hijo de Eduardo estaba en São Paulo *con la hermana de Eduardo*, según el propio Eduardo. Y una mujer de treinta y pocos años que sale del cautiverio con la obsesión de madre que perdió un hijo no se va a Maranhão a ver a su madre. Se va a São Paulo, a casa de la hermana de Eduardo, a buscar al nene.

Y si la hermana de Eduardo se resiste, la hermana de Eduardo muere.

Y si Eduardo se resiste, Eduardo muere.

Y si yo, en el camino, estorbo, yo muero.

Apoyé la hoja del certificado de adopción en la mesa. Despacio. La devolví exactamente en el mismo ángulo en que la había encontrado.

Miré la carpeta.

Hojeé rápido — sin tocar de más, sin desorganizar. Las otras hojas confirmaban lo que ya había leído. Informe del Consejo Tutelar afirmando que Marlene Aparecida dos Santos, madre soltera, cocinera, había desaparecido en enero de dos mil veintitrés. Estudio social confirmando que el padre, Eduardo Carvalho de Almeida, médico, había entregado a la criatura *voluntariamente* a los cuidados de la Sra. Bárbara Vasconcelos Albuquerque, amiga de la familia, en febrero de dos mil veintitrés. Término de guarda provisoria firmado por el padre. Pedido de guarda definitiva todavía en trámite, fechado en octubre de dos mil veinticinco — hace cuatro meses.

Y debajo de todo, una página separada, escrita a mano, con la letra de Bárbara.

Era un borrador.

Querida Lúcia,

Cuando leas esta carta, ya estaré en São Paulo con Henrique. La criatura no puede crecer en una casa de gente enferma. Yo soy la única familia estable que tiene ahora. Eduardo es un buen padre pero es débil. Júlia ya no puede ayudar. La enfermera nueva me preocupó las últimas semanas. Necesito resolver todo antes de fin de mes.

Sé que nunca aprobaste mis decisiones. Sé que pensás que no debería haber asumido el nombre de tu hija. Sé que te arrepentís de

haberme llamado a esta casa en dos mil once. Pero todo lo que hice, lo hice por vos. Por la casa. Por la memoria de don Heitor.

La Bárbara verdadera no va a volver nunca, Lúcia. Vos lo sabés. Está donde tiene que estar. Y la herencia no puede ir a los empleados. Yo también soy empleada. Estoy luchando por la herencia que debió haber sido mía desde siempre, desde la época en que llegué a esta casa a los doce años como sirvienta.

Cuidá a Henrique como hijo tuyo, si me sobrevivís. Todavía no decidí qué hacer con vos.

Tu sobrina, Andreia.

La carta era un borrador tachado en tres puntos. Bárbara — Andreia, entonces — no la había terminado. La había dejado a un lado en algún momento de la noche y se había ido a dormir.

Leí la carta dos veces.

Y me senté en la poltrona de Bárbara, frente a la ventana abierta con vista al jardín, con el jardín con las dos fosas cavadas en el cantero de las hortensias, con el sol de febrero entrando, con la casa en silencio.

Y entendí todo.

Andreia había llegado a la casa en dos mil once como sirvienta. Tenía doce años. Era sobrina de alguien de la familia — tal vez bastarda de Heitor, tal vez bastarda de algún hermano de él, tal vez de algún primo. Doña Lúcia la había llamado a la casa en aquella época, en circunstancias que todavía no sabía, pero tal vez por culpa, tal vez por obligación familiar, tal vez por una de las mil cosas que las familias ricas paulistas hacen con la gente de la familia que no cabe en la foto.

La verdadera Bárbara — la hija loca — había sido internada en dos mil once. *La Bárbara verdadera no va a volver nunca. Está donde tiene que estar.* Lúcia había falsificado el certificado de defunción de la hija en dos mil nueve, dos años antes, para cerrarlo oficialmente. Andreia, prima o media hermana, había sido lentamente convertida en sustituta. Lúcia había consentido. Tal vez por luto, tal vez por necesidad, tal vez porque casa rica sin heredera evidente es casa que se pierde.

Quince años después, Andreia se había cansado de esperar. Había empezado a forzar la herencia. Había matado — con Júlia — a Marlene en veinte veintitrés cuando Marlene había empezado a acostarse con Eduardo y había quedado embarazada y había amenazado con exponer la impostura. Había seguido matando enfermeras en serie para borrar testigos y ganar tiempo. Había empezado a dopar a doña Lúcia en veinte veintitrés también, cuando doña Lúcia entendió lo que estaba pasando y amenazó con contarlo.

Y ahora, en veintiséis, faltaba el último acto. Matar a la enfermera nueva. Matar a Júlia. Matar a doña Lúcia naturalmente en algunos meses más. Quedarse con la herencia. Quedarse con el nene. Quedarse con Eduardo, al menos por ahora. Quedarse con la casa.

Y su nombre, finalmente lo sabía, era Andreia.

Miré la carta.

Me levanté. Dejé la carpeta exactamente como la había encontrado. Hojeé para confirmar — sí, orden correcto, ángulo correcto, todo correcto. Pero agarré la carta borrador — la carta a Lúcia — y la doblé. En cuatro. La metí en el bolsillo interno de mi ambo, junto con la llave de Júlia, junto con el pedacito de papel con los nombres Sandra y Renata que había empezado a anotar mentalmente.

Bárbara no iba a notar la falta de un borrador tachado.

Fui a la mesita de luz. Abrí el cajón. Agarré la argolla de cuero marrón. Deshice el nudo. Saqué la llave de latón — la más grande de las tres grandes. La puse en el bolsillo del pantalón del uniforme. Rehice el nudo. Devolví la argolla. Cerré el cajón.

Salí del cuarto.

Cerré la puerta detrás de mí.

Y cuando me di vuelta para cruzar el pasillo de la familia de vuelta, en dirección a la escalera principal, vi — en la punta del pasillo, en el umbral del cuarto de doña Lúcia, con la puerta entornada y la luz tenue del cuarto saliendo desde adentro — a doña Lúcia de pie.

De pie.

Sin silla de ruedas. Sin apoyarse en el marco. De pie, en su camisón blanco con bordadito azul de nácar, con los pies descalzos en el piso de madera, con los ojos abiertos y perfectamente lúcidos mirándome.

Había esperado.

Había esperado a que Bárbara saliera.

Había esperado a que yo hiciera lo que tenía que hacer.

Y ahora me miraba desde el otro lado del pasillo, y levantó un dedo suavemente, y lo dobló una vez en mi dirección — llamando.

Fui.

Y fue en aquel instante, caminando por el pasillo de alfombra roja en dirección al cuarto de doña Lúcia, con la luz de la mañana pegando en los cuadros de las bisabuelas de la familia, con el olor a Shalimar todavía en el aire, con la carta de Andreia en mi bolsillo, con la llave

de Júlia en el bolsillo, con la casa en silencio, que entendí por primera vez una cosa muy simple.

Doña Lúcia no era víctima.

Doña Lúcia había empezado todo esto.

Y doña Lúcia iba a terminarlo — conmigo o a pesar de mí, con mi ayuda o contra ella, pero terminarlo.

Llegué a su puerta.

Retrocedió hacia dentro del cuarto.

Entré.

Cerró la puerta detrás de mí.

Y por primera vez en cuatro días y medio en la casa, vi a doña Lúcia Albuquerque Vasconcelos no como paciente, no como vieja, no como víctima — sino como una mujer de setenta y ocho años absolutamente de pie, absolutamente lúcida, absolutamente decidida, que me miró y dijo, en voz firme de mujer dueña de la casa:

—Sentate, Clara. Tenemos dos horas y la historia es larga.

Capítulo 13

El cuarto de doña Lúcia, con la puerta cerrada, era una habitación distinta.

No me había dado cuenta de eso en las tres mañanas en las que había trabajado ahí. Con la puerta abierta, con Bárbara entrando y saliendo, con la luz del pasillo invadiendo, el cuarto era un cuarto de paciente — bandeja, estantería de enfermería, silla de ruedas, oxímetro de dedo, organizador de comprimidos. Era un cuarto que olía a crema hidratante y a pañal. Era un cuarto donde alguien era cuidado.

Con la puerta cerrada, el cuarto era otra cosa.

Lo primero que noté fue el olor. Había un olor por debajo del olor a crema — un olor más antiguo, más grave, más personal. Olor a papel viejo. Olor a madera tratada con cera de carnauba. Olor a tela de cortina que había vivido sesenta años en el mismo lugar absorbiendo luz y polvo. Era olor de cuarto de mujer rica de generación antigua, y había estado ahí todo el tiempo, debajo de la crema hidratante que era puesta en escena.

Lo segundo que noté fue la postura de doña Lúcia.

Había caminado tres pasos hacia dentro del cuarto sin apoyarse en nada. La columna estaba erguida. Los hombros estaban abiertos. El mentón, levantado medio centímetro por encima de lo que solía mantener. Las manos, quietas al costado del cuerpo, no temblaban. Había caminado como camina una mujer de cincuenta y pico de años, y no como una mujer de setenta y ocho con demencia vascular avanzada.

Fue hasta la poltrona al lado de la cama. Se sentó. No se desplomó. *Se sentó.* Cruzó las piernas. Apoyó las manos en el regazo. Levantó los ojos hacia mí.

—Sentate, Clara —dijo—. Ahí, en la silla de la ventana.

Fui.

La silla de la ventana era una silla de madera oscura tallada, con almohadón bordado, que había estado apoyada en la pared durante los cuatro días enteros y que nunca había visto a nadie usar. Me senté. La ventana estaba a mi derecha. Afuera, la mañana de febrero estaba ganando fuerza — luz amarilla limpia cayendo en el jardín de atrás, sombras largas de la glicina cruzando el césped.

Doña Lúcia me miró.

—¿Cuánto oíste? —preguntó.

—Bastante.

—¿Bastante cuánto?

—La señora no murió en dos mil nueve. —Dije, despacio—. La internaron. La Bárbara verdadera, quiero decir. La hija de la señora.

Pausa.

—En dos mil once —continué—. Está en una clínica en Campos do Jordão, tal vez. La señora falsificó el certificado de defunción de la hija en dos mil nueve, dos años antes. Por algún motivo.

—Continúe.

—Andreia llegó en dos mil once. Con doce años. Era sirvienta. Era de la familia, pero de la familia que no cabía en la foto. Bastarda de Heitor, o de algún hermano de él.

Doña Lúcia inclinó suavemente la cabeza.

—De algún hermano —dijo—. Bastarda de mi cuñado Otávio. Hija de una cocinera de Cunha. La madre murió de tuberculosis en dos mil once y la nena se quedó sin nadie. La traje por obligación familiar.

—La señora aceptó que se convirtiera en su hija muerta.

—Yo no acepté. —Su voz se hizo más firme—. Lo *hice*. Fue planeado, Clara. Planté a Andreia como Bárbara desde los doce años de la nena. Pagué un dentista para ajustarle los dientes de adelante a los dientes de mi hija verdadera. Pagué dermatólogo para ajustarle la piel. Pagué cursos para que perdiera el acento provinciano. Le enseñé a sentarse, a comer, a rezar, a hablar de revistas, a mentir con cuidado. En dos mil trece, tenía catorce años, y podía ir a una cena de Heitor con sus socios en São Paulo y nadie dudaba de que era mi hija.

Me quedé en silencio.

—¿Por qué? —pregunté.

Doña Lúcia respiró.

Miró por la ventana.

—¿Sabés quién mató a mi hija verdadera, Clara?

—La señora me dijo que está viva.

—Está viva. Pero alguien la mató primero.

No entendí.

Doña Lúcia me miró. Los ojos azul claros gastados por el tiempo, lúcidos del modo en que no los había visto en toda la semana de cercanía.

—Mi Bárbara —dijo— empezó a oír voces a los dieciséis años. En dos mil cinco. Esquizofrenia paranoide. Los médicos fueron lentos. Perdimos dos años creyendo que era una fase. En dos mil siete ya estaba en brote permanente. En dos mil ocho, el primero de noviembre, se despertó a las cuatro de la mañana y bajó a la cocina y agarró un cuchillo de cortar pan y fue al cuarto de la empleada y mató a Severina, que dormía con nosotros desde hacía treinta años, con veintiocho puñaladas.

Pausa.

—Severina tenía sesenta y dos años. Había criado a Bárbara desde bebé. Era la única persona que Bárbara amaba de verdad, más que a mí, más que a Heitor. Y la mató.

Doña Lúcia respiró hondo.

—Heitor le pagó a la policía. —Continuó—. El caso fue registrado como suicidio de Severina. La familia de ella recibió una indemnización y nunca más nos buscó. Bárbara fue internada en una clínica en Campos do Jordão, en enero de dos mil nueve. El certificado de defunción que aparece en los registros públicos es el certificado de mi hija de dos mil nueve. Fue la única manera de cerrar el caso de Bárbara legalmente sin condenarla criminalmente. Pagué mucho dinero por ese certificado. Pagué mucho dinero por la clínica también. Está ahí hasta hoy. Va a morir ahí.

Pausa.

—Come comida triturada. Usa pañal. Ya no habla. Tiene ondas en que todavía intenta atacar a las enfermeras. Ahí aumentan la dosis. Cuando aumentan la dosis, queda en estado vegetativo por semanas. Después la bajan. Y vuelve a intentar atacar a las enfermeras. La visito dos veces al año, en enero y en julio. No me reconoce. Hace diez años que no me reconoce.

Miré a doña Lúcia.

Sus ojos estaban secos. La voz había seguido firme. Pero su mano derecha se había abierto y cerrado una vez en el regazo, sin que se diera cuenta, con aquel gesto absolutamente involuntario de mujer que sostiene el dolor en una región muscular específica y que, cuando el dolor pasa por ahí, da un pulso reflejo.

—Lo siento mucho, doña Lúcia.

—No lo sienta. —Me miró—. Hice mi cama hace dieciséis años. Duermo en ella todos los días.

Pausa.

—Andreia llegó en dos mil once, dos años después. Yo ya había decidido que necesitaba una sucesora. Heitor estaba con problemas de corazón. La casa necesitaba una hija. La herencia necesitaba una hija. Sin hija, con Bárbara dada por muerta, todo iba a parar en los sobrinos de Heitor, y los sobrinos de Heitor eran gente que no quería cerca de la casa. Entonces cuando Andreia llegó huérfana, con doce años, con los mismos ojos negros de la madre que había sido cocinera de Cunha, miré a la nena y decidí.

—La señora la crió para ser Bárbara.

—La crié para ser *mejor* que Bárbara, Clara. Más educada. Más discreta. Más leal. Y por diez años, lo fue. Por diez años, creí que había hecho lo correcto. Heitor murió en dos mil veinte sabiendo que tenía una hija en casa cuidándonos, y murió en paz. Para él, Andreia era Bárbara. Nunca lo supo.

—¿Nunca lo supo?

—Tenía demencia vascular en los últimos tres años de vida. —Doña Lúcia sonrió, una sonrisa seca—. Acerqué a Andreia a él de a poco. La presenté como nieta. Después como hija pequeña que él había olvidado. En veintisiete ya la llamaba Bárbara sin titubear. Murió en

veinte creyendo que se había despedido de la hija querida en el lecho.

La miré.

Doña Lúcia había planeado esto durante una década. Había engañado a su propio marido durante los años finales de su vida. Había falsificado documentos, pagado profesionales, manipulado registros, entrenado a una niña bastarda para que asumiera una identidad. Y lo había logrado — por diez años, lo logró.

—¿Qué cambió? —pregunté.

Doña Lúcia respiró.

—Andreia descubrió el testamento.

—La cláusula de los empleados.

—Sí. En veinte veintiuno. Tenía veintidós años. Heitor ya había muerto, y el testamento se había abierto, y lo leyó sola en la oficina una noche. Cuando descubrió que el ochenta por ciento de la fortuna iba a los empleados cuando yo muriera, cambió. En veintiuno todavía era la Andreia que yo había criado. En veintidós, ya era otra persona.

Pausa.

—No lo noté en el momento. Pensé que era una fase. La chica tenía veintitrés años, había sido criada como hija millonaria e iba a tener que repartir todo con la cocinera, con el chofer, con el jardinero, con la enfermera. Era injusto, desde su punto de vista. Lo entendí. Hasta pensé en cambiar el testamento.

—¿Por qué no lo cambió?

—Porque el testamento tiene cláusula inmutable, Clara. Heitor lo escribió de un modo que ni yo puedo alterar. Fue lo único que me impuso en esta casa en cuarenta años de matrimonio. Tenía miedo de que yo fuera vengativa con los empleados si él moría antes que yo. Así que lo blindó.

Doña Lúcia miró sus manos.

—En enero de veintitrés, Andreia vino a hablar conmigo. Dijo que tenía un plan. Dijo que conocía a un médico de Cunha, Eduardo, que había sido su novio a los diecisiete años. Dijo que Eduardo podía ayudar. Dijo que si eliminábamos a los empleados antes de que yo muriera, la cláusula caía. No hacía falta que yo muriera todavía. Era sólo vaciar la casa.

Pausa.

—Le dije que no.

—La señora dijo que no.

—Le dije *no, Andreia, esto es una locura, no voy a ser cómplice de esto*. —Doña Lúcia me miró—. Y creí que lo había resuelto. Creí que se iba a olvidar. Creí que había sido charla de chica cansada.

Pausa larga.

—Dos semanas después, Marlene cayó de la escalera de la despensa.

Contuve el aire.

—¿La señora pensó que había sido accidente?

—El primer día, sí. Andreia me lo contó llorando, dijo que Marlene había tropezado. Le creí. Lloré con ella. Fui al velorio en el cementerio de Cunha, fue ataúd cerrado porque el rostro estaba

deformado por la caída, fue enterrada con su nombre, sin familia presente porque era del interior de Bahía y la familia no tenía cómo venir. Pagué todo de mi bolsillo. Lloré a Marlene de verdad.

—Pero Marlene no fue enterrada en el cementerio.

—No.

—Fue enterrada en las hortensias.

—Sí.

—¿Cómo lo descubrió la señora?

—En mayo de veintitrés. Estaba leyendo en el jardín, en la pérgola, al final de la tarde. Vi a Andreia y a Júlia en el cantero de las hortensias, replantando. Júlia llorando. Andreia sosteniéndole el hombro. No pude oír lo que hablaban, pero vi la escena, y pensé *qué cosa, qué raro, por qué Júlia llora replantando hortensias*. Y después me llegó a la cabeza una frase que demoró semanas en formarse: *Marlene*.

Doña Lúcia respiró.

—Fui al cementerio de Cunha en junio. Pedí que desenterraran el ataúd. Tuve que pagar una fortuna a un administrador. Lo abrieron. Tenía bolsas de arena adentro, con el peso equivalente.

Pausa.

—Volví a casa esa tarde y tomé una decisión. Por primera vez en la vida, y he hecho cosas difíciles en la vida, Clara, tomé una decisión que no pude ejecutar.

—¿Cuál?

—Decidí denunciar a Andreia. Agarrar el auto, manejar hasta la comisaría federal de São José dos Campos, denunciar todo, asumir

mi complicidad por la impostura, ir presa si tenía que ir presa. Pero denunciar.

Pausa.

—Al día siguiente, antes de salir, Andreia entró a mi cuarto. Se sentó en esta poltrona en la que estoy sentada ahora. Y dijo: *mamá, sé lo que descubrió. Sé que la señora fue al cementerio ayer. Sé que me va a denunciar. Y quería decirle una cosa antes de que la señora salga de casa.*

Pausa.

—Y dijo: *su hija verdadera, Bárbara, vive en una clínica en Campos do Jordão. La visité el mes pasado. Le pagué a una enfermera de ahí. La enfermera hace lo que le digo. Y si me denuncia, su hija muere en la clínica en veinticuatro horas, y yo desaparezco, y nadie nunca más va a saber de ella.*

Cerré los ojos.

—La señora no pudo denunciar.

—No pude denunciar.

—La señora prefirió salvar a una hija que no la reconoce hace diez años antes que denunciar a una sobrina que estaba matando gente en la casa.

—Sí.

Pausa.

—Sé cómo parece, Clara.

—No la estoy juzgando, doña Lúcia.

—Pero yo sí. —Me miró—. Me juzgo a mí misma todos los días, desde junio de veintitrés, exactamente dos veces al día, a la hora del baño de la mañana y a la hora del rosario de la noche. Me juzgo y me condeno, y el castigo que inventé para mí misma fue quedarme viva en esta casa hasta que Andreia me matara, fingiendo demencia para que ella no tuviera apuro, observando todo, anotando mentalmente cada nombre, cada muerte, cada detalle, y esperando.

—¿Esperando qué?

—Esperando a una persona.

Pausa.

—Esperándote a vos, Clara.

La miré.

—La señora sabía que yo venía.

—Sabía que venía una cuarta enfermera. No sabía que eras vos. Sabía que Andreia iba a contratar a una cuarta porque el esquema ya se había desestructurado después de Júlia. Sabía que la cuarta iba a ser joven, aislada, endeudada — porque así había elegido a las tres anteriores. Sabía que iba a ser enfermera competente lo suficiente para parecer real, pero vulnerable lo suficiente para que nadie la buscara.

Pausa.

—Y sabía, Clara, que si fingía demencia lo suficiente, en algún momento Andreia iba a equivocarse. Iba a traer a esta casa, alguna mañana de jueves, a una mujer que ella creyó manso cuando no lo era. Iba a errar la evaluación. Iba a traer a alguien que viera.

—La señora me vio llegar por la ventana.

—Te vi bajar de la camioneta. Te vi detenerte antes de subir la escalera. Te vi mirar las hortensias del portón y fruncir el ceño. —Doña Lúcia sonrió por primera vez desde que se había sentado—. Fuiste la primera que frunció el ceño ante las hortensias, Clara. Las otras tres no fruncieron. Vos fuiste la primera.

Tragué saliva.

—La señora arriesgó mucho conmigo.

—Arriesgué poco, Clara. Ya no tenía nada que perder.

Silencio.

La luz de la mañana había avanzado por la ventana y tocaba el pie de su cama ahora, en un rectángulo amarillo claro. Por un momento, pensé, era la luz más linda que había visto en aquel cuarto en toda la semana.

—Doña Lúcia.

—Decí.

—Júlia.

Pausa.

—Júlia también mató a alguien.

—A Marlene.

—No. —Respiré—. Todavía no tengo certeza, pero creo que Júlia está planeando matar a alguien más.

Doña Lúcia me miró.

—¿A quién?

—A la hermana de Eduardo. En São Paulo. Para quedarse con el nene.

Pausa.

—La señora descubrió lo de Henrique.

—Descubrí lo de Henrique. Pero Henrique no es hijo de Júlia. Henrique es hijo de Marlene.

Doña Lúcia cerró los ojos un instante.

—Lo descubriste.

—La señora lo sabía.

—Lo sabía. —Abrió los ojos—. Henrique es hijo de Eduardo con Marlene. Fue por eso que Júlia mató. Júlia estaba con Eduardo desde antes, antes de que Marlene llegara a la casa. Marlene llegó en dos mil diecinueve y Eduardo la descubrió en dos mil veinte, se volvió loco por la mujer, la dejó embarazada en febrero de veinte. Henrique nació en enero de veintiuno.

—Y Júlia descubrió.

—Júlia descubrió en diciembre de veintidós. Encontró el certificado de nacimiento del nene en el auto de Eduardo. Marlene Aparecida dos Santos, madre. Eduardo Carvalho de Almeida, padre. Júlia esperó tres semanas. En enero de veintitrés, empujó a Marlene de la escalera.

Pausa.

—Y, ¿sabés qué es lo peor, Clara?

—¿Qué?

—Sé esto porque Andreia me lo contó. Para lastimarme. Para forzarme a quedarme acá. Para recordarme que la casa entera ahora era de gente que mataba por motivos pequeños.

Doña Lúcia respiró.

—Y Júlia, después de matar, se volvió cómplice obligatoria de Andreia. No tenía adónde volver. Pero siguió amando a Eduardo. Y creó en la cabeza, durante el cautiverio, una fantasía en la que Henrique era hijo de ella, en la que Eduardo la amaba a ella, en la que Bárbara era la enemiga de las dos. Júlia conversa con Eduardo en sus visitas y él alimenta la fantasía, Clara. Le dice cosas como *el hijo que vos no me diste*. Miente. Para controlarla. Para mantenerla dócil. Para mantenerla viva cuando Andreia ya quería haberla matado.

—¿Por qué?

—Porque Eduardo, en el fondo, ama a Júlia. No a Andreia.

Pausa.

—Andreia lo sabe.

—Andreia lo sabe.

—Y aun así mantiene a Júlia encerrada allá arriba.

—Como gato con ratón, Clara. Andreia necesita a Eduardo. Eduardo necesita a Júlia. Mientras Júlia esté viva, allá arriba, encadenada, Eduardo tiene motivo para quedarse. Mientras Eduardo se queda, Andreia tiene el esquema funcionando. Es un equilibrio horrible. Pero es equilibrio.

Pensé.

—Pero la señora oyó anoche —dije, despacio—. Andreia le ordenó a Eduardo que matara a Júlia después de mí.

Doña Lúcia me miró.

—No oí.

—Yo oí. Por el espacio técnico, encima de la despensa. Andreia conversó con Renato y dijo que había que matar a Júlia el domingo, después de que yo muriera el sábado.

Doña Lúcia se quedó en silencio.

Pensó.

—Entonces Andreia decidió cerrar.

—Sí.

—Eso cambia todo, Clara.

—Lo sé.

—Eso cambia todo porque significa que Andreia ya no va a necesitar a Eduardo después del domingo. Significa que está lista para cerrar el esquema. Significa que está viendo el final del esquema, y está empezando a hacer las valijas mentales para irse con el chico antes de que yo muera. Va a adelantar todo.

Pausa.

—Hay una cosa más, Clara.

—Decí.

—Si Andreia decidió cerrar, me va a matar antes que a vos.

Contuve el aire.

—¿Cuándo, doña Lúcia?

—Hoy a la noche. Después del almuerzo con la sopa. Después de que ella crea que estás inconsciente en el cuarto, va a subir acá arriba y me va a matar haciéndolo pasar por muerte natural.

—¿La señora está segura?

—Conozco a Andreia, Clara. La crié.

Doña Lúcia se levantó de la poltrona.

De pie, en su cuarto, con el camisón blanco de bordadito azul, con los pies descalzos en el piso de madera, con la luz amarilla de la mañana pegándole de costado, parecía más alta de lo que había calculado. Tenía un metro setenta, tal vez un poco menos. Era la altura de la mujer de familia tradicional paulista que había sido criada con leche buena y ejercicio de cabalgata en la finca. Era la altura que había tenido toda la vida y que había escondido durante tres años en una cama.

Caminó hasta la ventana.

Miró el jardín.

—¿Viste las fosas, Clara?

—Vi.

—Una es para vos. Otra es para mí.

—Lo sé.

—Andreia nos mata a las dos hoy.

Pausa.

—A menos que la matemos a ella primero.

Miré a doña Lúcia.

Siguió mirando el jardín.

—Nunca maté a nadie, Clara —dijo—. Ni lo consideré. Soy católica. Voy a misa cuando puedo. Hice la primera comunión a los ocho años. Rezo el rosario todos los días. Creo que matar es pecado mortal y que va al infierno quien mata.

Pausa.

—Pero Andreia ya mató a Severina por sangre mala, y ya mató a Marlene por mí, y ya mató a Sandra, y ya mató a Renata, y ya mató a una cuarta que era Helena, que vino antes de Sandra y que ni alcancé a conocer bien. Y va a matar a Júlia, y a Eduardo, y a Renato al final, y Henrique va a crecer sin saber. Y se va a ir de acá a fin de año con la herencia y con la criatura, y va a morir de causas naturales a los noventa años en algún departamento de lujo de Miami, y nada de esto va a tener ninguna consecuencia.

Pausa.

—Estoy cansada, Clara.

Pausa muy larga.

—Voy a matar a Andreia hoy. No te voy a pedir que ayudes. Sólo te voy a pedir que no estorbes.

La miré.

Doña Lúcia siguió de espaldas a mí, mirando el jardín.

—¿Cómo? —pregunté.

—Voy a poner veneno en el té de la tarde de ella. Tengo el veneno. Lo tengo desde junio de veintitrés. Lo compré en una farmacia veterinaria de Cunha en una de las veces que me llevó a la consulta.

Lo tengo guardado debajo del colchón. Tres frasquitos. Fue la primera cosa que conseguí después de desistir de denunciar.

Pausa.

—Tenía esperanza de no necesitarlo. Tenía esperanza de que Andreia me matara primero y el esquema terminara con la herencia transfiriéndose y la historia cerrara de algún modo. Pero la historia no va a cerrar de ningún modo ahora. Llegaste vos. Lo vi. Sé lo que va a hacerte. Y no puedo dejarlo.

—Doña Lúcia.

—Te pedí que no estorbaras.

—No voy a estorbar.

Se dio vuelta.

—¿Pero?

—Pero no voy a dejar que la señora mate a Andreia sola.

Pausa.

—Voy a matar con la señora.

Doña Lúcia me miró.

Y por primera vez aquella mañana, en todas las confidencias, en todas las revelaciones, en toda la postura erguida de mujer dueña de la casa que finalmente había dejado de fingir, vi su rostro cambiar de un modo que no esperaba.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

No lloró. Apenas se llenaron. Sus ojos quedaron vidriosos, con esa película de agua que no se llama exactamente llanto, y sonó la nariz

medio centímetro para controlarlo.

—No, Clara —dijo—. Vos no vas a matar conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque sos enfermera. No podés cargar esto en tu vida. No sos de esta casa. Yo sí.

Pausa.

—Yo voy a matar. Vos vas a cuidar de Júlia y de la huida. Cada una hace lo que sabe hacer.

—La señora va a pagar por esto.

—Voy a pagar. —Sonrió, seca—. Voy a pagar cuando la policía llegue y yo confiese. Voy a pagar con prisión domiciliaria porque soy vieja. Voy a pagar muriendo en esta casa en cuatro o cinco años con tobillera electrónica. Y voy a pagar sabiendo que mi hija verdadera murió en la clínica veinticuatro horas después de mi confesión, porque la enfermera pagada por Andreia va a cumplir la orden que estaba combinada para ese escenario también.

Pausa.

—Andreia previó todo, Clara. Incluso la venganza de mi hija por su muerte.

—La señora va a matar a su hija, entonces.

—Mi hija ya está muerta desde dos mil ocho. Sólo voy a encerrar la respiración que sobró.

Silencio largo.

Miré a doña Lúcia. A la mujer de setenta y ocho años, en camisón blanco, de pie en la luz de la mañana del cuarto donde había puesto

en escena la demencia durante tres años. Y vi lo que Júlia había visto aquel primer día, cuando me susurró *cuidado con Júlia*. Vi que doña Lúcia era la estratega de la casa porque doña Lúcia era la única persona en aquel perímetro que había empezado el juego. Fue ella quien compró el primer certificado falso. Fue ella quien entrenó a la primera impostora. Fue ella quien fundó, con las mejores intenciones, el sistema que produjo a Andreia, a Marlene muerta, a Júlia presa, a Sandra, a Renata, a Helena, y en breve a mí.

Doña Lúcia era víctima de la historia.

Doña Lúcia también era autora.

Y esa, ya empezaba a entenderlo, era la estructura moral de aquella casa: nadie ahí era inocente. La inocencia había sido empujada fuera del perímetro junto con Severina apuñalada por la Bárbara verdadera en dos mil ocho, y desde aquella muerte, la casa sólo producía variaciones de culpa.

—Bien, doña Lúcia —dije—. La señora envenena a Andreia. Yo me ocupo de Júlia.

Asintió una vez.

—Hay algo que necesito pedirte, Clara.

—Diga.

—Cuando todo termine. Cuando saques a Júlia y llegue la policía. No cuentes nada de mi hija verdadera en la clínica de Campos do Jordão.

Pausa.

—Voy a pedirle a la policía federal que investigue la clínica y me dé tres días antes de que la prensa lo sepa. En esos tres días, yo misma

voy a ir hasta Campos do Jordão con tobillera, con la policía, y voy a desconectar los tubos de mi hija. Yo misma. Voy a dejarla irse.

—Doña Lúcia.

—Por favor.

—Bien.

—¿Jurás?

—Juro.

—Jurá por tu madre.

Tragué saliva.

—Juro por mi madre.

Pausa.

Doña Lúcia respiró.

—Gracias, Clara.

Caminó de vuelta a la poltrona. Se sentó. Sacó un pañuelo de tela bordado de un cajoncito de la mesita de luz. Se secó los ojos sin llorar de verdad. Dobló el pañuelo. Lo apoyó en el regazo.

—Ahora —dijo, con la voz ya firme otra vez—, tenemos una hora y media hasta que Andreia vuelva de la misa. Te voy a decir lo que tiene que pasar.

Me acomodé en la silla.

Doña Lúcia me miró.

—Primero: Júlia.

—Sí.

—Vas a entrar a su cuarto ahora. Vas a decirle todo lo que descubriste sobre el nene, sobre Marlene, sobre las otras enfermeras, sobre el veneno, sobre nuestro plan. No le vas a mentir en nada. Le vas a contar todo.

—Pero doña Lúcia, me mintió anoche. Va a...

—Lo sé. —Doña Lúcia me cortó, con firmeza—. Pero Júlia necesita saber la verdad para elegir su lado hoy. Si elige mal, lo manejamos. Si elige bien, es útil. Pero elegir mintiendo, Clara, es elegir lo que se vuelve en nuestra contra después.

Asentí.

—Bien.

—Segundo: el veneno.

Doña Lúcia se levantó un poco de la poltrona, levantó medio centímetro el colchón de la cama con la mano derecha. Metió los dedos por debajo, tiró. Salió una bolsita pequeña de tela negra, de las de joyería. La apoyó en el regazo.

—Tres frascos —dijo—. Cumarina concentrada. Veneno para ratas, comprado en farmacia veterinaria. Sin olor, sin gusto, se disuelve fácil. Causa muerte por hemorragia interna en tres a cinco horas. Sin antídoto.

Miré la bolsita.

—Voy a poner el contenido de un frasco en el té de las tres de la tarde de ella —dijo doña Lúcia—. Tiene que ser a esa hora porque es el único té que toma sin que Renato lo prepare. Es el té que se hace ella misma, sola en la cocina, en la tetera chica azul. Lo trae a mi cuarto y lo tomamos juntas al final de la tarde. Yo nunca lo bebo

— ella cree que lo bebo, pero lo escupo en el pañuelo mientras mira por la ventana. Estos años enteros escupí. Hoy, en vez de no tomarlo, sólo voy a cambiar su taza con la mía. Voy a quedarme con su taza.

—Doña Lúcia, eso es arriesgado.

—Es. Puede notarlo.

—¿Y?

—Si lo nota, me ataca directamente. Y muero.

Pausa.

—Pero si hacemos lo siguiente: vos preparás el té *junto* con ella, fingiendo que la estás ayudando, fingiendo que sos servicial. Sugerís que vaya a descansar mientras vos terminás. Va a aceptar — va a estar feliz porque vos estás medio drogada por la sopa del almuerzo, le va a parecer gracioso que todavía intentes ser útil. Ahí *vos* ponés la cumarina en su té mientras ella está fuera.

Miré a doña Lúcia.

—La señora dijo que iba a matar sola.

—Lo dije antes de pensar. —Me miró—. Pero estamos más seguras si somos las dos. Vos preparás el veneno. Yo sirvo. Cada una hace la mitad. Y si la cosa sale mal, tenemos coartada cruzada. Yo te protejo en la investigación. Vos me protegés.

Pausa.

—¿Todavía querés matar conmigo?

Pensé dos segundos.

—Quiero.

—Brillante.

Me entregó uno de los tres frascos de la bolsita.

—Escondelo en el bolsillo interno del ambo. Debajo del bordado del COREN. Ahí nadie mira nunca.

Agarré el frasco. Era pequeño, marrón, con tapa de plástico blanca. Pesaba casi nada. Lo metí en el bolsillo interno del ambo.

—Tercero —doña Lúcia continuó—. La huida.

—Sí.

—No vas a huir esta noche, Clara. Vas a huir ahora.

La miré.

—¿Cómo que ahora?

—Andreia vuelve de la misa a las diez y media. Antes de que vuelva, yo, vos y Júlia ya estamos a mitad de camino de la capilla en ruinas. Hacemos la huida por la mañana. No por la noche.

—Pero el plan...

—El plan de esta noche era antes de que yo supiera que Andreia me mata primero. Cambió todo, Clara. Si esperamos hasta la noche, yo ya estoy muerta. Salimos ahora.

—¿Júlia puede caminar?

—Mal. Pero la llevamos.

—¿Y el veneno?

Doña Lúcia me miró.

—El veneno queda.

Pausa.

—Ya no voy a matar a Andreia, Clara. Vamos a huir y denunciar. Por la policía federal. Por el teléfono de la capilla. Vamos a intentarlo del modo correcto.

—Pero su hija...

—Mi hija ya está muerta hace diecisiete años. Voy a aceptar eso hoy. Voy a denunciar. Si Andreia manda matar a mi hija en veinticuatro horas, va a morir. Que muera. Ya estaba en hora.

Miré a doña Lúcia.

Y su rostro, en aquel momento, de pie, con la luz de la mañana pegando de costado, con la bolsita negra de veneno en el regazo, con el camisón blanco de bordadito — su rostro había cambiado una vez más. Ya no era la estratega de la casa que había empezado el juego en dos mil once. Era una mujer de setenta y ocho años que acababa de tomar la decisión más difícil de su vida, que era resignar a la hija viva para salvar a una enfermera que conocía hacía cuatro días.

Tragué saliva.

—Doña Lúcia.

—Decí.

—¿Por qué la señora está haciendo esto?

Pausa.

—¿Por qué yo, doña Lúcia?

Me miró.

—Porque alguien tiene que ser inocente en esta casa, Clara —dijo—. Y esa persona sos vos. No voy a dejar que mates conmigo. No voy a dejar que salgas de acá cargando a Andreia en la espalda el resto de tu vida. Voy a dejar que salgas de acá sólo con la historia. La historia ya es peso suficiente.

Pausa.

—Andá a buscar a Júlia. Yo me visto y salimos por la puerta de atrás en veinte minutos.

Me levanté de la silla.

Y fue cuando, del otro lado de la casa, viniendo del pasillo de la familia, escuché el sonido que iba a cambiar todo otra vez.

La llave de la puerta de entrada girando.

Andreia volviendo.

Temprano.

Una hora y media antes del horario.

Y por la escalera principal, subiendo dos escalones por vez, con la voz cantarina falsa que usaba con la madre, ya gritaba:

—¡Mamita! ¡Llegué más temprano, mamita querida! ¡El cura canceló la reunión! ¡Sorpresa!

Doña Lúcia me miró.

La miré.

Y en su regazo, expuesta, con los tres frascos marrones a la vista, con la bolsita negra abierta — el veneno.

Y en mi mano derecha, cerrada — el cuarto frasco, que ella me había dado.

Y en mi bolsillo, doblada — la carta borrador de Andreia.

Y en mi otro bolsillo — la llave del candado de Júlia.

Y en mi pantalón — la llave de la puerta de Júlia.

Cinco cosas. Cinco evidencias que iban a condenarme antes de que pudiera explicar nada.

Y los pasos de Andreia subiendo, subiendo, subiendo, hacia el pasillo de la familia, hacia el cuarto de su madre, que iba a querer visitar antes de bajar a la cocina — porque Andreia *siempre* visitaba a la madre cuando llegaba de algún lugar.

Miré a doña Lúcia.

Y por primera vez aquella mañana, en toda aquella revelación, en toda aquella calma de mujer dueña de la casa que había planeado todo durante una década, vi el rostro de doña Lúcia tomar una expresión de pánico real.

Por primera vez en la mañana, no tenía plan.

Capítulo 14

El ruido del portón eléctrico atravesó la casa como un disparo.

Me congelé. Lúcia se congeló. Las cinco pruebas estaban desparramadas sobre la colcha blanca: el cuaderno verde con la lista de los muertos, la partida falsa de Andreia, la foto de Marlene embarazada, el frasco de cumarina vacío y el poder de 2019 firmado con la mano temblorosa de una Lúcia que todavía fingía ser senil.

—¿Qué hora es? —susurré.

Lúcia miró el reloj de péndulo del rincón. Sus manos ya no temblaban. Era escalofriante cómo una mujer a la que había visto babear sopa el miércoles ahora se movía como una enfermera jefa en código rojo.

—Siete y cuarenta y dos. Volvió una hora y media más temprano.

—La misa…

—No hay misa, Clara. Nunca la hubo. Va hasta Cunha, se encuentra con Eduardo en un motel de carretera y vuelve. Hoy volvió temprano.

Se me revolvió el estómago. Había planeado todo encima de una misa que no existía. Júlia había calculado encima de una misa que no existía. Pensé en la cuenta que ella había hecho en el sótano, golpeando los dedos en el caño, y me dieron ganas de reír. O de vomitar. Las dos cosas.

—Agarrá todo —dijo Lúcia.

—¿Todo dónde, doña Lúcia, yo no…

—**Agarrá todo, nena.**

Su voz cortó. Era la primera vez que oía a Lúcia mandar a alguien, y entendí, en ese segundo, cómo aquella mujer había logrado criar a una asesina desde cero. Tenía el tono correcto. El tono de quien fue obedecida toda la vida.

Barrí la colcha con el antebrazo. El cuaderno verde, la partida, la foto, el frasco, el poder — todo entró en la funda que arranqué de la almohada en un solo gesto. Até la boca de la funda con un nudo ciego. Lúcia ya estaba de pie, descalza, agarrándome la manga.

—Por el pasillo de servicio. Ya.

—¿La señora puede caminar?

Me miró con una piedad casi maternal.

—Clara, bailo tango si hace falta.

Salimos. Yo adelante, sosteniendo la funda contra el pecho como si fuera un bebé. Lúcia detrás, una mano en mi cintura, liviana como una criatura. El pasillo de servicio olía a cera y a algo agrio que debía ser la noche acumulada. Allá abajo, el portón de la cochera empezó a subir. Reconocí el sonido — tres crujidos, una pausa, el chasquido final. Había oído ese sonido decenas de veces desde mi cuarto, sin entender que era un reloj contándome los minutos.

—Su cuarto —susurré—. Es el primer lugar al que va a ir.

—No. Es el último. Primero va a la cocina a ver a Renato. Siempre.

—¿Y si hoy no es siempre?

Lúcia se detuvo. Por un segundo, vi miedo en su cara. Fue peor que todo lo que había visto en aquella casa hasta ahí, porque significaba que ni siquiera ella controlaba ya.

—Entonces morimos en el pasillo —dijo—. Caminá.

Caminamos.

El cuarto de Lúcia quedaba a tres puertas del mío, del lado opuesto al de Andreia. Entramos. Cerró la puerta sin hacer ruido y giró una llave que yo no sabía que existía — una llave de cobre, antigua, escondida dentro de un jarrón de porcelana sobre la cómoda. Trabó la puerta por dentro.

—¿Andreia tiene copia? —pregunté.

—Tiene. Pero tiene que subir a buscarla. Eso compra tres minutos.

Tres minutos.

Miré alrededor. El cuarto de Lúcia era el que más parecía cuarto de gente en aquella casa. Tenía una poltrona azul gastada, una estantería con libros de verdad, leídos, subrayados. Tenía un rosario colgado del espejo. Tenía una cama de plaza, baja, con sábanas blancas. No tenía ningún lujo. Era el cuarto de una mujer que había renunciado a querer cosas.

—¿Dónde esconde la funda? —pregunté.

Señaló la estantería. Un libro grande, de tapa marrón, en el estante del medio. *Anatomía de Gray*. Edición de 1962. Lo saqué. El libro era hueco. Había sido vaciado por dentro con un cortante, página por página, a lo largo de muchos años. Cabía la funda entera.

—¿Lo hizo la señora? —pregunté.

—En veintidós años una hace muchas cosas, Clara.

Metí la funda ahí adentro. Cerré el libro. Lo devolví al estante. La tapa era exactamente igual a la de los otros tres volúmenes de anatomía que estaban al lado. Camuflaje perfecto.

—Ahora —dijo Lúcia, sentándose en la cama con una rapidez que desmentía toda la fragilidad de los últimos treinta y dos días—, ahora me acostás, me cubrís, me das un vaso de agua, y cuando ella golpee la puerta, vos abrís llorando y decís que me desperté confundida otra vez. ¿Sabés llorar en el momento, Clara?

—Sé.

—¿Cómo?

—Pienso en mi padre.

Se detuvo. Me miró.

—Buena enfermera —dijo—. Buena actriz. Tiene sentido que hayas llegado acá.

No fue elogio. Fue constatación. Acosté a Lúcia en la cama, levanté las sábanas hasta su pecho, agarré el vaso de la mesita. En tres segundos, cambió. La boca le cayó hacia un lado. Los ojos se volvieron vagos. La mano derecha empezó un temblor fino, controlado, perfecto. Era el temblor que había anotado veintiséis veces en el cuadernito negro de Andreia.

Yo sabía que fingía. Lo sabía desde el capítulo cinco de mi vida ahí. Pero ver la transformación ocurrir delante de mí, en tiempo real, era otra cosa. Era ver a un animal cambiar de piel.

Golpearon la puerta.

No fue golpe normal. Fue una secuencia: tres golpes cortos, pausa, dos largos. Código. Andreia tenía código con Lúcia. Claro que lo tenía.

—¿Doña Lúcia? —La voz de Andreia, del otro lado. Dulce. Aquella dulzura cuyo contenido yo ya conocía—. ¿La señora está bien?

Lúcia gimió bajo. Sonido de pesadilla. Fui hasta la puerta, respiré hondo, pensé en mi padre muerto, en el rostro gris de él en la UTI, y las lágrimas llegaron en el momento exacto. Destrabé. Abrí una rendija.

—Doña Bárbara —dije, y la voz salió ahogada de verdad, porque el miedo también sirve—. Gracias a Dios la señora llegó. Se despertó confundida, llamó a la madre, no logré calmarla…

Andreia me miró. Estaba con tailleur gris, pelo recogido, lápiz labial desteñido del que había besado a alguien en el auto. Sus ojos pasaron por mí, por el cuarto, por la cama, por Lúcia temblando. Volvieron a mí.

Tardaron demasiado en mí.

—¿A qué hora se despertó, Clara?

—Como a las siete y cuarto. Estaba en la cocina con Renato.

—Estabas en la cocina con Renato a las siete y cuarto.

—Estaba.

—Qué gracioso. Porque llamé a Renato a las siete y doce y dijo que vos habías subido hacía como veinte minutos.

El silencio dentro de mí fue una caída libre.

Vi, en un destello, tres opciones. Mentir más. Confesar. Atacar. La enfermera en mí eligió una cuarta, porque la enfermera buena sabe que paciente agitado necesita redirección, no confrontación.

—Sí subí —dije, secándome el ojo—. Creí que había oído a doña Lúcia llamar. No era ella. Entonces volví a la cocina. Y después llamó de verdad. Ya no sé qué hora es, doña Bárbara, no dormí nada esta noche con la historia de la rata en el techo…

Hablé demasiado rápido. Lo sabía. Ella sabía que yo lo sabía.

Pero Lúcia, en la cama, eligió ese momento exacto para hacer una cosa que me salvó y me condenó al mismo tiempo. Gritó.

No fue gemido. Fue grito. Agudo, largo, de quien está viendo algo que no está ahí. El grito de una anciana de verdad en una pesadilla de verdad. Fue tan convincente que se me erizó la piel a mí también.

Andreia me empujó a un costado y entró. Fue directo a la cama. Se sentó en el borde, agarró la mano de Lúcia, le habló al oído con aquella voz de hija que yo ahora sabía que era voz de verdugo.

—Calmate, mamá. Calmate. Bárbara está acá. Bárbara no va a dejar que pase nada.

Me quedé de pie, en medio del cuarto, con el vaso de agua temblándome en la mano. Los ojos de Lúcia se giraron hacia mí por una décima de segundo. Lúcidos. Fríos. Una orden.

Salí.

—Voy a buscarle el remedio —dije.

—¿Qué remedio? —Andreia, sin girar la cabeza.

—El Lexotan sublingual. Para la crisis.

—No tiene Lexotan sublingual prescrito, Clara.

—Sí tiene. El doctor Eduardo lo prescribió el miércoles. Está en mi bolso.

Lo inventé en el momento. Era un tiro al aire, pero sabía dos cosas: primero, que Andreia no revisaba recetas, confiaba en Eduardo; segundo, que aunque dudara, me iba a mandar a buscarlo igual, para sacarme de ahí.

Dudó. Y me mandó.

—Andá. Rápido. Y volvé directo, Clara. Directo.

—Directo, sí, señora.

Salí. Cerré la puerta detrás de mí con cuidado. En el pasillo, apoyé la frente en la pared por un segundo, sólo uno, y respiré. Después corrí.

No corrí a mi bolso. No había Lexotan sublingual en ningún bolso. Corrí a mi cuarto, cerré la puerta, abrí el placard, empujé la pared del fondo. La trampilla lateral cedió.

Bajé.

El espacio técnico estaba oscuro como siempre. Ya conocía el camino de memoria — tres pasos rectos, doblar a la derecha en el caño azul, bajar la escalera de hierro, cruzar el pasaje estrecho hasta la puerta de madera del depósito. La puerta de Júlia.

Cuando llegué, ya estaba de pie, apoyada en la puerta por dentro. Como si lo hubiera sentido.

—¿Clara? —Su voz, baja.

—Te voy a sacar de acá.

—¿Ahora?

—Ahora.

Pausa.

—¿Por qué?

Pensé en mentir. En decir que era por bondad, por alianza, por cualquier cosa noble. Pero Júlia había matado a Marlene. Júlia había

entregado empleadas a Andreia. Júlia era cualquier cosa menos mi amiga.

—Porque necesito a alguien que conozca esta casa mejor que yo. Y porque vos tenés un hijo.

Silencio.

—¿Cómo sabés de Henrique?

—Estaba en la carpeta de Andreia.

Más silencio. Oí cambiar su respiración del otro lado de la puerta. Oí la respiración de una mujer decidiendo si confiar en mí o matarme en la primera oportunidad.

—La llave —dijo, finalmente—. ¿Tenés la llave?

No la tenía. La llave estaba en la argolla que había visto en la cartera de Andreia, y Andreia estaba en el cuarto de Lúcia ahora.

Pero había visto otra cosa, dos días atrás, y sólo en aquel momento entendí para qué servía: el clavo flojo en el marco de la puerta del depósito, del lado de afuera, el clavo que Renato había martillado a propósito mal, poniendo cara de quien no sabía martillar.

Saqué el clavo con las uñas. Salió. Era largo, fino, y en la punta había sido limado en forma de gancho.

Ganzúa.

Renato lo había dejado para mí. Desde cuándo, no lo sabía. Desde cuándo había decidido que yo valía el riesgo, no lo sabía. Pero el hombre que esa mañana me había dicho que no me iba a ayudar me había ayudado tres días atrás, sin que yo lo supiera, dejando una ganzúa clavada en el marco.

Metí el clavo en la cerradura. Moví. Sentí el resalto. Giré.

La puerta se abrió.

Júlia estaba mucho más flaca que la última vez. Los ojos, hundidos. El olor del depósito era a moho y a algo peor. Me miró, miró el clavo en mi mano, y la primera cosa que dijo no fue gracias.

—¿Dónde está Renato?

—En la cocina.

—¿Te dio el clavo?

—Lo dejó.

Cerró los ojos. Por un instante pensé que iba a llorar. No lloró. Era una mujer que lo había desaprendido.

—Entonces tenemos menos tiempo del que pensaba —dijo.

—¿Por qué?

—Porque si te dio el clavo, ya decidió morir hoy.

No entendí. Vio que no entendía y no explicó. Agarró mi mano — su mano estaba helada, huesuda, fuerte — y me tiró por el pasillo oscuro de vuelta a la escalera de hierro.

—¿Cuántos minutos tenemos? —preguntó.

—Dije que iba a buscar Lexotan. Unos tres minutos. Dos ahora.

—No alcanza.

—¿Para qué?

—Para salir por la capilla. Necesitamos una distracción más grande.

—¿Qué distracción más grande?

Se detuvo en medio de la escalera. Me miró de abajo arriba. Tenía una sonrisa que no era sonrisa.

—Necesitamos que la casa se prenda fuego, Clara.

Abrí la boca para responder. No sé qué iba a decir. No importó. Porque fue en ese segundo que el olor nos llegó, bajando por el espacio técnico, viniendo de algún lugar del piso de arriba.

Olor a humo.

Júlia levantó la cabeza. Olfateó el aire como un animal.

—Hijo de puta —susurró.

—¿Quién?

—Renato. Ya empezó sin nosotras.

Capítulo 15

El humo bajó por el espacio técnico más rápido de lo que esperaba. Era humo oscuro, grasoso, con olor a trapo quemado mezclado con algo químico. Conocía el olor. Todo enfermero de urgencias lo conoce. Era olor a espuma de colchón prendiéndose fuego.

Renato había incendiado un colchón.

—¿Qué colchón? —pregunté, subiendo los escalones de hierro detrás de Júlia—. ¿Qué colchón quemó?

—El de Andreia —dijo, sin mirar atrás—. Siempre fue ese su plan. Desde Marlene.

—¿Qué plan?

—Después, Clara. Caminá.

Subía descalza, con una agilidad que no combinaba con treinta y pico de días de cautiverio. Su cuerpo había adelgazado, pero la memoria del cuerpo seguía ahí — la memoria de una mujer que había subido aquella escalera de hierro cientos de veces cargando bandeja, sábana, lo que fuera. La casa había sido suya antes de ser su prisión.

Llegamos al rellano de mi cuarto. Empujé la pared del placard desde el otro lado, salimos entre mis ropas colgadas, y Júlia se detuvo por un segundo para oler una blusa mía como si fuera la primera cosa limpia que olía en meses. Fue sólo un segundo. Después volvió a ser quien tenía que ser.

—¿Dónde está Lúcia? —preguntó.

—En su cuarto. Con Andreia.

—¿Andreia sabe del fuego?

—No. Todavía no.

Júlia miró la puerta de mi cuarto. Calculó.

—Va a saber en menos de un minuto. La alarma no se dispara porque Renato cortó el cable del detector el lunes. Pero el olor entra por la ventana. Lo va a sentir.

—Entonces tenemos menos de un minuto para sacar a Lúcia.

—Tenemos menos de un minuto para elegir si Lúcia sale.

Me detuve.

—¿Cómo que si Lúcia sale?

Júlia me miró. Sus ojos, en aquella penumbra, no tenían color. Eran dos puntos grises dentro de dos órbitas hundidas.

—Clara, Lúcia mandó matar a Marlene. Lúcia sabía de Sandra. Lúcia firmó el poder que dejó a Andreia mover todo. ¿De verdad crees que vamos a meter a esa mujer en un auto y llevarla?

—Me ayudó recién. Escondió las pruebas. Me cubrió.

—Te cubrió porque sos su testigo vivo. Sin vos, no tiene versión para contarle a la policía. Con vos, es la víctima de una hija loca. Pensá, Clara. Pensá rápido.

Pensé rápido. Pensé demasiado rápido. Y el problema de pensar demasiado rápido es que una llega a conclusiones que después cuestan caro, pero en ese segundo, con el humo subiendo por la escalera principal y Andreia a tres puertas de distancia y Renato haciendo Dios sabe qué en el piso de arriba, llegué a una conclusión.

—Lúcia sale. Decidimos después qué hacemos con ella.

—Clara…

—Lúcia sale, Júlia. No soy jueza. Soy enfermera. Quien decide es la policía.

Júlia me miró por un segundo más. Después hizo una cosa rara. Sonrió. Una sonrisa pequeña, casi de admiración.

—Bien —dijo—. Bien, enfermera.

No sonó a aprobación. Sonó a anotación.

Salimos al pasillo. El humo ya estaba ahí, bajo, escurriéndose por el piso como si fuera agua oscura. Venía del fondo del pasillo — del cuarto de Andreia, en el extremo opuesto. La puerta del cuarto de Andreia estaba entornada, y por dentro veía un resplandor naranja moviéndose.

El cuarto de Lúcia quedaba entre nosotras y el fuego.

Corrimos. Yo adelante. Golpeé la puerta con fuerza.

—¡Doña Bárbara! ¡Hay fuego en la casa! ¡Hay fuego en su cuarto!

Silencio.

—¡Doña Bárbara! ¡Abra la puerta!

Giré el picaporte. Trabado. Claro que trabado. Lúcia había cerrado la puerta con la llave de cobre cuando entramos, y la llave estaba con Lúcia, y Lúcia estaba fingiendo demencia delante de Andreia.

—Salí —dijo Júlia.

Dio tres pasos atrás y pateó la puerta en el punto exacto donde la cerradura encajaba en el marco. Una vez. Dos. A la tercera la madera se astilló y la puerta se abrió.

Andreia estaba de pie, en medio del cuarto, con la mano derecha dentro de la cartera.

Sacó la mano despacio. Tenía un arma. Pequeña, plateada, de caño corto. El tipo de arma que mujer rica de pueblo del interior compra diciendo que es para protección contra un asalto en la ruta.

—Júlia —dijo. Su voz no tembló—. Estás flaca.

—Vos tenés fuego en el cuarto, Andreia.

Andreia no se giró. No miró atrás. Sólo parpadeó una vez, despacio, procesando.

—Renato.

—Renato —confirmó Júlia.

—Está bien —dijo Andreia, y fue lo más aterrador que pudo haber dicho. *Está bien.* Como quien se da cuenta de que perdió el ajedrez tres jugadas atrás y decide voltear el tablero—. Está bien. Entonces lo hacemos distinto.

Giró el caño del arma hacia la cama. Hacia Lúcia.

No pensé. Fue reflejo de enfermera, reflejo de quien pasó años protegiendo cuerpos frágiles de cosas peores que armas. Me lancé.

No me lancé sobre Andreia. Me lancé delante de Lúcia.

Salió el disparo. El sonido dentro de aquel cuarto cerrado fue un martillazo en mis dos oídos al mismo tiempo. Sentí algo caliente rozándome el brazo izquierdo, a la altura del tríceps, y la sábana blanca de la cama ganó una flor roja pequeña cerca de la almohada, donde la cabeza de Lúcia había estado un segundo antes.

Lúcia había rodado fuera de la cama. La vieja había rodado fuera de la cama en el instante del disparo, con la coordinación de una mujer

de cuarenta años. Había previsto el disparo antes que yo, antes que Júlia, antes que la propia Andreia tal vez.

Júlia atacó.

Nunca había visto a una mujer atacar a otra mujer de aquel modo. No fue pelea de novela. Fue animal contra animal. Júlia cayó encima de Andreia, los dos cuerpos chocaron contra la cómoda, el arma se deslizó debajo de la cama, y empezaron a pegarse con las manos abiertas, con uñas, con dientes, con todo. Vi a Andreia clavarle el pulgar en el ojo a Júlia. Vi a Júlia morder la oreja de Andreia hasta que salió sangre.

No fui a ayudar. ¿Sabés por qué? Porque Lúcia, detrás de mí, en el suelo, del otro lado de la cama, me estaba tirando del tobillo.

—Clara. Clara, escuchame.

Me agaché. El brazo ardía. No era herida grave, lo sabía por el tipo de ardor — la bala raspó, se llevó piel, tal vez tejido superficial, nada que necesitara sutura inmediata. Pero sangraba bastante y la sangre empapaba el uniforme.

—¿Está bien la señora?

—Estoy. Escuchá. La llave de cobre está debajo de mi colchón. Andá a buscarla.

Metí la mano debajo del colchón. La llave estaba ahí. La agarré.

—¿Para qué es esta llave?

—Para la capilla. Abre la puerta de atrás de la capilla. La puerta de madera que da al monte. La policía va a entrar por adelante, pero vos necesitás salir por atrás antes de que entren.

—¿Por qué?

Me miró. Tenía un corte en la frente, del golpe al caer de la cama, y la sangre le bajaba por debajo de la ceja blanca.

—Porque si te quedás, Clara, Andreia va a decir que fuiste vos. Va a decir que vos mataste a Renato, que vos incendiaste la casa, que vos estabas con Júlia desde el principio. Y ella en el papel es Vasconcelos. Vos sos una enfermera endeudada con una queja de negligencia. ¿A quién pensás que la policía le va a creer en las primeras veinticuatro horas?

Detrás de mí, el ruido de la pelea cambió. Se hizo más apagado. Giré la cabeza.

Júlia estaba encima. Tenía las dos manos en el cuello de Andreia. Andreia le golpeaba los brazos a Júlia con cada vez menos fuerza. Los ojos de Andreia, en el piso, encontraron los míos.

Eran ojos pidiendo auxilio.

Soy enfermera.

Soy enfermera.

—Júlia —dije—. Júlia, pará.

Júlia no paró.

—Júlia, si la matás ahora, perdemos la única testigo que mete preso a Eduardo.

Fue lo único que pude inventar en tres segundos que tuviera chance de funcionar. No funcionó por compasión — Júlia había desaprendido la compasión. Funcionó por cálculo. Sus dedos aflojaron un poquito. Sólo un poquito. Andreia tosió, tomó aire, tosió de nuevo.

—Eduardo —dijo Júlia, jadeando, todavía encima de ella—. Eduardo va a morir hoy también.

—Pero no por tu mano, Júlia. Por la mano de la justicia. Si no, nunca vas a volver a Henrique.

El nombre del nene hizo que Júlia se detuviera.

Soltó el cuello de Andreia, pero siguió encima, con las rodillas prensándole los brazos contra el piso. Me miró. Tenía un hilo de sangre saliéndole de la boca — la sangre de Andreia, del mordisco.

—Sos buena en esto, Clara —dijo—. En usar lo que le importa a la gente. Tendrías que haber sido otra cosa, no enfermera.

—Soy enfermera.

—Lo sé. Fue elogio.

Lúcia, detrás de mí, se levantó. Despacio ahora. La coreografía de rodar de la cama le había costado caro a sus articulaciones reales. Se apoyó en mi mano para ponerse de pie.

—Necesitamos salir —dijo—. El humo se está poniendo denso. En dos minutos no respiramos más en este piso.

Tenía razón. Sentía la garganta raspando, los ojos lagrimeando. El fuego en el cuarto de Andreia había alcanzado la cortina, y la cortina era una de esas pesadas, antiguas, de tela noble — combustible perfecto. El pasillo entero iba a prenderse en poco tiempo.

—Andreia viene con nosotras —dije.

Júlia me miró como si hubiera hablado en otro idioma.

—¿Qué?

—Viene con nosotras. Atada. Viva. A la policía.

—Clara…

—Júlia, no voy a dejar que una persona muera quemada en un cuarto cerrado. No lo hago. Punto.

Hubo un momento — tres, cuatro segundos — en que tuve la certeza absoluta de que Júlia me iba a pegar. Iba a empujarme afuera, trabar la puerta, dejar a Andreia quemarse con la casa, y le iba a explicar a Lúcia después, y Lúcia iba a estar de acuerdo, porque Lúcia era Lúcia.

Pero Júlia respiró hondo. Miró a Andreia debajo de ella. Me miró. Miró a Lúcia.

—Bien, enfermera —dijo—. Pero atás vos.

La até. Usé el cordón de la bata de Lúcia. Le até las muñecas a Andreia en la espalda con nudo doble, del modo en que una aprende a atar contención a paciente psiquiátrico agitado. Apretado, pero no en el nervio. Andreia no se resistió. Tenía algo roto, creo — no físicamente, sino más hondo. Cuando el plan de toda una vida se incendia en tres minutos, algo se rompe que no vuelve.

—No van a llegar a la capilla —dijo, bajito, mientras yo apretaba el nudo.

—¿Por qué?

Sonrió. Tenía sangre en la comisura de la boca, del lugar donde Júlia la había mordido.

—Porque Eduardo está llegando. Lo llamé desde el auto. Está en la ruta, a ocho minutos de acá. Y Eduardo no va a entender el humo del mismo modo que ustedes.

Miré a Júlia. Júlia miró a Lúcia. Lúcia cerró los ojos.

—¿Dónde está Renato? —pregunté.

Nadie respondió.

Salimos del cuarto. Yo adelante, sosteniendo el brazo de Andreia. Júlia detrás, sosteniendo a Lúcia. El humo en el pasillo ya nos llegaba al pecho, y tuvimos que agacharnos para respirar el aire más limpio cerca del piso. Pasamos por la puerta del cuarto de Andreia — entornada, naranja por dentro, con el calor saliendo como si fuera el aliento de un bicho — y bajamos la escalera principal.

Fue en la escalera que vi a Renato.

Estaba en el rellano, sentado, apoyado en el pasamanos. Tenía un cuchillo de cocina en el regazo. Tenía el delantal gris donde el nombre A-N-T-Ô-N-I-O casi aparecía debajo del RENATO bordado. Tenía una marca negra en la sien derecha que me llevó dos segundos entender que era pólvora.

No había disparo. Había pólvora pegada a la piel, con el arma que no había logrado disparar.

—Renato —dije.

Abrió los ojos. Estaban vivos. Cansados, pero vivos.

—No pude —dijo—. Treinta y dos años planeando y a la hora no pude apretar el gatillo.

Me arrodillé a su lado. Júlia bajó dos escalones más, se detuvo, miró.

—¿Dónde está el arma, Renato? —preguntó.

—La tiré por el pasamanos. Está en el hall.

—¿Por qué no pudiste? —pregunté.

Me miró. Fue una mirada que no voy a olvidar mientras viva, y viví para contarla, entonces tengo que cargar esa mirada hasta el final.

—Porque te vi bajando, Clara. Y pensé: si esa nena logró, entonces tal vez ya no haga falta.

Detrás de mí, Andreia habló. Bajo. Casi un susurro.

—Renato, viejo idiota.

Giró la cabeza hacia ella. Sonrió. Fue una sonrisa de hombre que había esperado treinta y dos años para sonreír de aquel modo específico a aquella mujer específica.

—La idiota fue tu madre, Andreia. Tu madre verdadera. Severina. Que confió en doña Lúcia.

Andreia se puso blanca.

—¿Qué?

—Después —dijo Júlia, agarrándome el hombro—. Clara, después. El humo está bajando. Necesitamos salir ahora.

Salimos.

Cruzamos el hall, pasamos por la puerta principal, cruzamos la galería. El aire de afuera era aire de mañana de sierra, frío, limpio, con olor a pasto mojado. Llené los pulmones y casi lloré de gratitud por algo tan tonto como respirar.

Lúcia se detuvo en la escalinata de la galería. Miró atrás, a la casa, al humo que empezaba a salir por la ventana del piso de arriba.

—Veintidós años —dijo—. Veintidós años viví acá.

—La señora va a poder volver cuando la policía lo libere —dije, automáticamente, del modo en que la enfermera le habla a un paciente en shock.

Me miró. Sonrió. Fue la sonrisa más triste que vi en mi vida.

—Clara, querida. Yo nunca quise volver.

Cruzamos el jardín en dirección al sendero de la capilla. El sol estaba subiendo por detrás de la sierra. Sostenía el brazo de Andreia con una mano y la llave de cobre con la otra. Júlia iba adelante, descalza, con Lúcia apoyada en ella. Detrás de nosotras, la casa empezaba a crujir — el sonido específico que hace la madera vieja cuando el calor entra en las vigas.

A ocho minutos de ahí, en la ruta, Eduardo manejaba hacia el humo.

Y Renato seguía sentado en el rellano de la escalera, con el cuchillo en el regazo, sin moverse.

Capítulo 16

El sendero a la capilla tenía ciento ochenta metros. Lo sé porque Lúcia los contó, jadeando, a mitad de camino, como si contar metros fuera su manera de no desmayarse.

—Ciento ochenta. Los midió Heitor. En sesenta y tres.

—¿En sesenta y tres qué, doña Lúcia?

—Mil novecientos sesenta y tres. Cuando construyó la capilla para su madre.

Júlia sostenía a Lúcia por la cintura. Yo sostenía a Andreia por el codo. Andreia caminaba en silencio, con las muñecas atadas en la espalda, y cada tres pasos miraba atrás, hacia la casa. No se veía la casa desde el sendero — la vegetación era cerrada, con cañaveral de un lado y helechos gigantes del otro — pero se veía el humo subiendo por encima de las copas. Columna oscura, gruesa, yendo derecho al cielo.

—Está llegando —dijo Andreia, la cuarta vez que miró atrás.

—¿Quién? —pregunté, aunque lo sabía.

—Eduardo. Ya vio el humo desde la ruta. Viene corriendo.

—No sabe que vamos a la capilla.

Sonrió. Aquella sonrisa suya que no era sonrisa, que era información.

—Sí lo sabe, Clara. La capilla es el único lugar con señal de celular en la finca. Sabe que si estamos huyendo, va a ser para allá.

Júlia se detuvo. Me miró.

—Tiene razón.

—Sí. Pero seguimos. La capilla tiene salida por atrás. Llamamos a la policía y salimos antes de que él llegue.

—Si da tiempo.

—Si da tiempo.

Seguimos.

La capilla apareció en un claro pequeño, rodeada de hortensias. Hortensias azules. El mismo azul saturado que había notado desde la camioneta a la llegada, treinta y tres días antes, y que el chofer — ya ni me acordaba de su nombre, Wilson, Wilson — me había hecho notar sin saber por qué. Abono rico. Abono de qué, ahora lo sabía, o por lo menos sospechaba, y prefería no pensarlo mientras pasaba por entre las flores cargando a una mujer atada y a una anciana en fuga.

La puerta del frente de la capilla era de madera oscura, con un santo tallado medio borrado. Estaba trabada. Júlia soltó a Lúcia y fue hasta la puerta, movió el picaporte, sacudió.

—La llave del frente la tiene el cura —dijo Lúcia, sentándose directo en el piso de tierra, exhausta—. Viene una vez al mes a celebrar. Sólo él la tiene.

—¿Pero la puerta de atrás la tiene la señora? —pregunté.

—La tengo. Esa llave de cobre.

—¿Dónde queda la puerta de atrás?

Señaló el lado derecho de la capilla. Rodeamos. La construcción era pequeña, rectangular, de piedra con revoque blanco, techo de tejas.

Atrás, una puerta de madera más simple, sin santo, con una cerradura vieja que parecía tener cuarenta años.

Metí la llave de cobre. Giró a la primera.

La puerta se abrió hacia una sacristía minúscula que olía a polvo y a vela apagada. Había una mesa, un armario, un crucifijo en la pared, y una puerta interna que daba a la nave de la capilla. Júlia ayudó a Lúcia a entrar, la sentó en un banquito de la sacristía. Empujé a Andreia adentro y cerré la puerta de atrás detrás de mí. La trabé por dentro.

—¿Dónde hay señal? —pregunté.

—Hay que ir a la nave —dijo Lúcia—. Cerca del altar. La señal viene de la torre de la parroquia de Cunha, entra por la ventana del altar.

Agarré mi celular por primera vez en horas. Batería, treinta y dos por ciento. Señal, cero. Crucé la puerta interna, entré a la nave.

La nave era pequeña, seis bancos de cada lado, altar simple, Cristo de madera. Las ventanas eran chicas y altas, con vitrales coloreados baratos. El sol de la mañana entraba por el vitral del este y convertía el polvo del aire en un haz dorado. Era todo muy lindo de un modo que no combinaba con lo que estaba pasando afuera.

Caminé hasta el altar. El celular encendió una rayita. Después dos. Llamé a emergencias.

Sonó.

—Policía Militar de Cunha, buenas noches, ¿cuál es su urgencia?

Era de mañana. La operadora había dicho buenas noches. No la corregí.

—Buenas noches. Mi nombre es Clara Moreira, soy enfermera en la Fazenda Boa Vista, de la familia Vasconcelos. Hay una situación de incendio intencional y tentativa de homicidio. Ya hay una víctima herida en la casa, un señor llamado Renato. La casa se está prendiendo fuego. Hay otro sospechoso llegando, el doctor Eduardo Albuquerque, médico, que puede estar armado. Estoy en la capilla de la finca con doña Lúcia Vasconcelos y dos personas más. Necesito patrullero y bomberos ahora.

Lo dije todo de un tirón. Entrenamiento de guardia. Cuando enfermera habla con central, habla como central entiende — nombre, lugar, víctimas, sospechosos, recursos necesarios, sin adornos.

La operadora respiró.

—¿Dijo Fazenda Boa Vista, Vasconcelos?

—Dije.

—Un momento.

Me puso en espera. Música de espera. En algún lugar del mundo, alguien había decidido que la policía en espera ponía música de ascensor, y en ese momento, en esa capilla, con humo subiendo a ciento ochenta metros y un auto de Eduardo llegando, escuché música de ascensor y me dieron ganas de reír.

La operadora volvió.

—Doña Clara, ya despaché patrullero y bomberos. Tiempo estimado: veintidós minutos por la ruta de la sierra. ¿Puede mantenerse en seguridad hasta entonces?

—Voy a intentar.

—No corte. Quédese en la línea conmigo.

—No puedo. Necesito oír si está llegando.

—Doña Clara…

—Vuelvo a llamar si empeora.

Corté. Sabía que estaba mal. La enfermera en mí sabía que estaba mal. Pero necesitaba el oído libre, y necesitaba la batería, y necesitaba — sobre todo — una decisión mía sobre qué hacer en los próximos veintidós minutos.

Volví a la sacristía. Júlia había abierto el armario y estaba revolviendo. Lúcia tenía la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados, respirando despacio. Andreia estaba sentada en el suelo, con la espalda contra el armario, el rostro sin expresión.

—Veintidós minutos —dije.

—Es mucho —dijo Júlia.

—Es lo que hay.

Siguió revolviendo el armario. Sacó de ahí un candelabro de bronce, de los pesados, de unos cuarenta centímetros, y lo sopesó en la mano.

—¿Para qué eso, Júlia?

—Para Eduardo.

—Júlia.

—Clara, va a entrar. Tiene llave de la capilla porque es padrino de la parroquia. Da cincuenta mil al año. El cura le da una llave.

Miré a Lúcia. Abrió los ojos.

—Es verdad —dijo—. Eduardo tiene llave del frente.

Veinte minutos.

—Entonces salimos por atrás ahora —dije—. Tomamos el sendero al camino vecinal. Esperamos a la policía allá.

—¿Con Lúcia? —Júlia la señaló—. Mirala, Clara. No camina trescientos metros más.

Lúcia no protestó. Era mala señal. Cuando Lúcia dejaba de protestar, era porque no tenía fuerzas ni para fingir que las tenía.

—Entonces Lúcia se queda en la sacristía trabada —dije—. Salimos con Andreia.

—Andreia es peso muerto. Caminando atada, en el sendero, nos atrasa a la mitad de la velocidad.

—La desatamos.

—Te volviste loca.

—Júlia, escuchá. Si salimos con Andreia desatada, y Andreia trata de huir, desaparece en el monte, pero seguimos. Si Andreia trata de atacar, somos dos contra una. Si Andreia se queda callada y viene con nosotras, óptimo, la policía la agarra en la salida.

—¿Y si Andreia le grita a Eduardo dónde estamos?

Miré a Andreia. Había levantado la cabeza y escuchaba todo, sin reaccionar. Sus ojos estaban en un lugar muy distante.

—Andreia —dije—. Mirame.

Miró.

—Sabés que se acabó, ¿no?

No respondió. Pero parpadeó. Una vez, despacio.

—Sabés que Eduardo, llegando acá ahora, te va a abandonar. Va a ver el humo, va a ver a la policía llegar, y va a inventar una versión en la que vos sos la loca de la historia y él es el médico que intentó ayudar. Lo sabés mejor que yo.

No respondió. Parpadeó otra vez.

—Entonces ayudame. Salí con nosotras. Contale todo a la policía. Tu versión. Antes de la versión de él.

—¿Y qué gano? —Su voz salió ronca, del aplastamiento de Júlia—. ¿Quince años en vez de treinta?

—Ganás que tu madre no murió en vano.

Fue un tiro al aire. No sabía si la frase de Renato en el rellano —*la idiota fue tu madre verdadera, Severina, que confió en doña Lúcia*— significaba lo que pensaba que significaba. Pero juego limpio sólo cuando se puede. En ese momento jugué sucio.

Andreia se quedó muy quieta. Sus ojos cambiaron. Fue un cambio pequeño, pero yo, que había pasado treinta y tres días estudiando su rostro, lo vi.

—¿Qué sabés de mi madre? —preguntó.

—Sé lo que dijo Renato recién. Que tu madre era Severina. Y que confió en doña Lúcia.

Andreia giró la cabeza hacia Lúcia. Lentamente.

—¿Es verdad?

Lúcia no abrió los ojos.

—Doña Lúcia. ¿Es verdad?

Silencio. Y entonces Lúcia abrió los ojos, y miró a Andreia por primera vez aquel día como quien mira a una persona, no a una pieza.

—Es verdad, Andreia.

—¿Severina era mi madre?

—Era.

—¿Y la señora lo sabía?

—Lo sabía.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Desde que quedó embarazada de Heitor en setenta y tres.

Andreia hizo un sonido. No fue llanto. Fue más parecido al sonido que sale de una persona cuando le pegan una piña en el estómago — un vaciamiento. Sus hombros se desplomaron hacia adelante, aun con las manos atadas atrás.

—La señora me crió como hija sabiendo que ya era hija.

—Te crié como hija porque ya eras hija, Andreia. No como hija mía. Como hija de él. Que es parecido lo suficiente.

—La señora dejó morir a mi madre.

Lúcia cerró los ojos otra vez. No respondió.

—La señora dejó morir a mi madre y me crió para tomar el lugar de la hija que la señora perdió.

—Te crié para que tuvieras la vida que tu madre no tuvo, Andreia.

—Mentira.

La palabra salió seca, sin volumen, y fue peor que si hubiera gritado.

Júlia, al lado del armario, con el candelabro de bronce en la mano, me miró. La miré. Las dos entendimos, en el mismo segundo, que había pasado algo que cambiaba todo. Andreia no iba a gritarle a Eduardo. Andreia no iba a tratar de huir. Andreia acababa de descubrir, en un piso de sacristía, que la mujer que había protegido durante toda una vida era la mujer que había dejado morir a su madre verdadera.

Me arrodillé frente a ella.

—Andreia. Te voy a desatar. Venís con nosotras. Hablás con la policía. ¿Bien?

Me miró. Sus ojos se habían llenado de agua, pero el agua no caía. Quedaba ahí, quieta, como represa.

—Bien, Clara.

Desaté.

Fue la decisión más estúpida de mi vida hasta ese día.

Sé que fue estúpida porque, tres segundos después de deshacer el nudo, la puerta del frente de la capilla — la de la nave, del otro lado de la pared de la sacristía — se abrió con el sonido inconfundible de llave girando en una cerradura vieja.

Las cuatro nos congelamos.

—¿Lúcia? —La voz de Eduardo, del otro lado de la pared, dentro de la nave—. Lúcia, ¿estás ahí?

Lúcia abrió los ojos. Me miró. En pánico.

—Lúcia, vi el humo. ¿Dónde está Bárbara? ¿Dónde está la enfermera? ¿Todo bien?

Su voz era de médico de familia preocupado. Era exactamente la misma voz que había usado conmigo el miércoles, preguntando si dormía bien. Era una voz buena. Era una voz que engañaba.

Me puse el dedo en la boca, pidiendo silencio. Júlia levantó el candelabro. Andreia, con las muñecas libres ahora, se frotó las marcas rojas de la cuerda.

Los pasos de Eduardo resonaron en la nave. Caminó hasta el altar. Lo oímos detenerse. Probablemente viendo mi celular en el banco del altar, donde lo había dejado después de la llamada.

—Hay alguien acá —dijo, más para sí mismo que para nadie.

Los pasos volvieron. Vinieron hacia la sacristía.

La puerta entre la nave y la sacristía era de madera fina, con un picaporte de latón. No tenía traba.

Júlia se posicionó al lado de la puerta, con el candelabro levantado. Puse a Lúcia detrás de mí, me coloqué adelante. Andreia se quedó en medio de la sacristía, sin moverse, frotándose las muñecas.

El picaporte giró.

La puerta se abrió.

Eduardo era un hombre alto, flaco, de pelo grisáceo cortado corto, lentes de marco fino. Vestía un suéter gris y pantalón de vestir. Parecía un médico de familia un domingo. Tenía una maleta pequeña de cuero en la mano izquierda — su maletín de visita médica — y nada visible en la mano derecha. Ninguna arma.

Sus ojos barrieron la sacristía. A Júlia, detrás de la puerta, no la vio enseguida. A mí, en medio. A Lúcia, detrás de mí. A Andreia, parada con las muñecas rojas, en el centro.

Miró primero a Andreia.

—Bárbara —dijo.

Andreia lo miró.

—Eduardo.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó? ¿Por qué tenés esas marcas?

—Eduardo —repitió Andreia—. Lúcia mató a mi madre.

Eduardo parpadeó. Fue un parpadeo de hombre procesando información inesperada y calculando, en tiempo real, cuántas de las piezas del tablero acababan de cambiar de color.

—Bárbara, querida, calmate. ¿Qué historia es esa?

—Mi madre era Severina. Lúcia lo sabía. La dejó morir.

—Bárbara, vamos…

—Eduardo. Nuestro plan se acabó.

La frase salió de Andreia sin voz, casi un soplo, y fue lo más cortante que oí ese día. *Nuestro plan se acabó.* Se lo dijo a él como si le contara a un nene que se había cancelado la Navidad.

El rostro de Eduardo se endureció en una fracción de segundo. La máscara de médico de familia cayó, y lo que quedó arriba fue una cosa que no había visto hasta ahí, pero que debería haber visto en la primera semana, si yo no hubiera sido una idiota endeudada que necesitaba dieciocho mil reales.

Soltó la maleta. La maleta cayó al piso e hizo un sonido metálico —demasiado pesado para ser sólo remedio. Metió la mano derecha en el bolsillo del saco.

Júlia no esperó a ver qué iba a sacar del bolsillo.

El candelabro de bronce golpeó a Eduardo en el costado de la cabeza con un sonido que no voy a poder describir bien por más que lo intente. Fue un sonido a fruta. A fruta madura cayendo de muy alto sobre una piedra. Eduardo dobló la rodilla derecha primero, después la izquierda, y cayó de costado, en el piso de la sacristía, con los lentes volando debajo de la mesa.

No estaba muerto. Vi el pecho subiendo y bajando. Pero estaba afuera.

Júlia se agachó, le sacó la mano del bolsillo. Salió una jeringa. No un arma. Una jeringa cargada, con líquido transparente, aguja tapada.

—Hijo de puta —dijo, bajito—. Vino acá a aplicarle esto a Lúcia.

Lúcia, detrás de mí, hizo un sonido pequeño.

Andreia miraba a Eduardo en el piso. No lloraba. No se movía. Sólo miraba, como quien termina de ver una película que terminó distinto a lo que creía.

—Quince minutos —dije—. La policía llega en quince minutos.

—Entonces esperamos —dijo Júlia.

Esperamos.

Andreia se sentó al lado del cuerpo desmayado de Eduardo. No lo tocó. Sólo se sentó. Lúcia se sentó en el banquito. Yo me senté en el piso, apoyada en la pared, con el celular en la mano, y finalmente, finalmente, dejé que el brazo izquierdo doliera.

Por dieciséis minutos, dentro de aquella sacristía que olía a polvo y a sangre, nadie dijo nada.

Cuando la primera sirena apareció, viniendo de la ruta de la sierra, allá lejos, fue Lúcia la que habló.

—Clara.

—Sí, doña Lúcia.

—Cuando llegue la policía, quiero que digas que yo sabía todo.

La miré.

—La señora va a decirlo sola.

—No. Voy a tener un ACV en las próximas tres horas. Lo siento. La presión está subiendo, la mano izquierda ya está dormida. Sos enfermera, lo sabés.

Miré su mano izquierda, en su regazo. Estaba caída de un modo en que la mano sana no queda.

—Doña Lúcia…

—Decilo por mí, Clara. Decí que yo sabía. Decí que dejé que pasara. Decí que soy culpable igual que ellos.

No respondí. Las sirenas se hicieron más altas.

Capítulo 17

El primer patrullero entró por el portón de hierro a las nueve y diecinueve de la mañana. Sé la hora porque el reloj de la capilla dio nueve campanadas poco antes, y conté los minutos después de eso como quien cuenta gotas de suero cayendo.

Fueron tres patrulleros, dos autos de bomberos, una ambulancia y, atrás de todo, un vehículo blanco sin identificación que después descubrí que era de la Policía Civil de Cunha. La columna entera subió por el camino de tierra haciendo el ruido que hace una columna de socorro — sirena, motor, grava volando — y se detuvo en semicírculo frente a la casa.

La casa, a esa altura, era un esqueleto. El techo se había desplomado sobre el cuarto de Andreia. El fuego pasó por el pasillo del segundo piso y empezaba a comer las vigas del hall principal. Los bomberos montaron la manguera en tres minutos. Nosotras, dentro de la capilla, oímos el chorro de agua empezar como un siseo distante.

Fue cuando Júlia dijo:

—Clara, escuchame ahora porque después no voy a poder.

Estaba en cuclillas en el piso, al lado de la jeringa de Eduardo, envolviendo la jeringa en un paño de la sacristía. Hablaba sin mirarme.

—Renato.

—¿Qué con Renato?

—Renato va a morir.

—No. Estaba consciente cuando salimos. No tenía herida de bala. Sólo pólvora en la sien, no logró disparar.

—Tomó veneno antes de que llegáramos abajo. Vi la expresión. Conozco la expresión.

La miré.

—¿Qué veneno?

—Cumarina, probablemente. Lo mismo que usaba en las hortensias. Lo mismo que Andreia iba a usar en Lúcia. Lo tenía. Siempre lo tuvo. Él la suministraba.

—Júlia.

—Clara, el hombre se pasó treinta y dos años preparando el día de hoy. No iba a salir vivo. Sólo esperó vernos salir antes.

Miré la puerta de la sacristía. Quince metros nos separaban del incendio. Los bomberos empezaban a entrar. Si Júlia tenía razón — y enfermera que es enfermera sabe cuándo otra mujer habla con certeza médica — Renato ya estaba en paro hemorrágico interno en algún lugar de aquella escalera.

—Necesito ir —dije.

—No vas a poder entrar.

—Soy la enfermera de la casa. Me van a dejar.

—Clara.

—Júlia, voy.

Dejó de envolver la jeringa. Me miró por primera vez en la conversación.

—Bien, enfermera. Pero antes, escuchá lo que voy a decir, porque es la última cosa que voy a pedir.

—Decí.

—Cuando la policía te pregunte por el incendio, decís que fue Andreia.

La miré.

—Fue Renato.

—Fue Andreia, Clara. Andreia se trabó ella misma en su cuarto, le prendió fuego al colchón, perdió el control, y huimos. Renato estaba en la escalera porque Renato trató de apagar el fuego y lo agarró el humo.

—Júlia, no voy a mentirle a la policía.

—No vas a mentir. Vas a contar la versión que protege a la única persona en esta historia que mereció salir viva.

—No entendí.

—Renato. Si decís que fue él, su nombre entra como sospechoso en un sumario que puede durar dos años. Sale en el diario. Su nieta de Cunha — tiene una nieta de nueve años, vive con la madre, tiene su apellido — va a crecer siendo la nieta del incendiario. Si decís que fue Andreia, Andreia va a la comisaría respondiendo por un crimen más que sí cometió, junto con todo lo que va a responder. No le cambia la vida. Le cambia la vida a la nena.

Me quedé callada.

Andreia, sentada al lado de Eduardo desmayado, escuchaba todo. En algún momento de la conversación había vuelto a respirar como gente. Seguía sin llorar. Seguía sin moverse. Pero escuchaba.

—Puede ser —dijo.

La miré.

—¿Cómo puede ser?

—Lo confirmo, Clara. Confirmo la versión de Júlia. Fui al cuarto, trabé la puerta, le prendí fuego. En ataque de furia después de que Lúcia me contara lo de Severina.

—Andreia, eso no funciona. Lúcia te contó lo de Severina después del incendio, no antes. La línea de tiempo no cierra.

—Lúcia me contó anoche, Clara. No hoy a la mañana.

Lo dijo mirándome directo a los ojos, sin parpadear. Era una buena mentira. Era la mentira de una mujer que había mentido toda la vida y sabía cómo construir una versión sin grietas. Vi en ese segundo, con claridad incómoda, lo que Lúcia había visto cuando eligió a aquella nena para criarla como hija: Andreia tenía el don de fabricar realidad.

—¿Por qué harías esto? —pregunté—. ¿Por qué me darías esa versión?

Andreia miró a Lúcia, en el banquito de la sacristía, con la mano izquierda caída en el regazo de un modo que decía que el ACV que había previsto estaba empezando, en cámara lenta, debajo de su piel.

—Porque Renato me crió —dijo Andreia—. Más que ella. Fue Renato el que me enseñó a andar en bicicleta en la alameda de las hortensias. Fue Renato el que me llevó al dentista en Cunha cuando tenía seis años. Hice todo lo que hice en esta casa, Clara, pero hay una cosa que no voy a hacer. No voy a dejar que la memoria de Renato salga de acá sucia por culpa de una nena de nueve años.

Fue la primera frase humana que oí de ella en treinta y tres días.

Miré a Júlia. Júlia me miró de vuelta.

—Bien —dije—. La versión es esa.

Júlia movió la cabeza una vez. Fue lo más parecido al agradecimiento que pudo hacer.

—Ahora andá a ver a Renato —dijo.

Salí por la puerta de atrás de la capilla, rodeé la construcción, seguí el sendero de vuelta. El humo era más chico ahora. Los bomberos habían controlado la propagación. Cuando salí del cañaveral y vi la casa, vi un caserón negro por el hollín, con ventanas reventadas en el segundo piso y la parte de arriba del techo hundida, pero la estructura de la planta baja en pie.

Un policía militar me detuvo a treinta metros de la escalera de la galería.

—Señora, la señora no puede entrar.

—Soy la enfermera de la casa. Hay un hombre herido en la escalera. Necesito atenderlo.

—Los bomberos ya lo sacaron, señora. Está en la ambulancia.

—¿Está vivo?

El policía dudó. Fue la duda la que respondió.

—¿Está vivo? —repetí.

—Sí. Por ahora. La señora puede ir, pero el equipo de la Civil va a querer hablar con la señora enseguida.

Corrí.

La ambulancia estaba estacionada al lado del portón, con la puerta trasera abierta. Dos paramédicos trabajaban adentro. Renato estaba acostado en la camilla, con máscara de oxígeno, dos vías venosas, y el color de quien está perdiendo la sangre por dentro sin que nadie todavía haya localizado dónde.

Subí.

—Soy enfermera —le dije al paramédico—. Conozco al paciente. ¿Puedo ayudar?

El paramédico — un muchacho de unos veinticinco años, con ojeras de guardia de doce horas — me miró, miró mi manga ensangrentada, mi uniforme con olor a humo, y tomó en tres segundos la decisión de incluirme.

—Presión setenta sobre cuarenta y bajando. Saturación ochenta y seis. Sospecha de hemorragia interna, no encuentro el foco. ¿Bebió algo?

—Cumarina, probablemente. Anticoagulante. En dosis alta.

El paramédico se detuvo.

—¿La señora está segura?

—Estoy. Tiene que ser vitamina K ahora. Endovenosa. Diez miligramos para empezar, si tienen.

Se giró a su compañera.

—Vitamina K. Andá.

La compañera revolvió la caja, encontró la ampolla, la preparó. Agarré la mano derecha de Renato. Estaba helada, pero apretó la mía. Poco. Pero apretó.

—Renato —dije, bajito, acercándome a la máscara para que me oyera por encima del oxígeno—. Renato, escuchá. Vas a estar bien.

Movió la cabeza muy suave. Negación.

—Sí. Te vamos a llevar al hospital en Cunha. Ortopedista, clínico, hematólogo. Vas a estar bien.

Intentó hablar. No salió. Intentó de nuevo. Salió un susurro ronco que sólo escuché porque había entrenado, en treinta y tres días, en oír susurros en aquella voz.

—Versión.

—¿Qué versión?

—Decí... que fui yo.

Lo miré.

—No, Renato. La versión es que fue Andreia.

Negó otra vez con la cabeza. Negación más fuerte ahora.

—Decí... que fui yo... incendio... ella va... presa por otras cosas... yo no tengo... a nadie a quien... proteger.

—Tu nieta, Renato. La nena de nueve años en Cunha.

Hizo un sonido pequeño. Casi una risa. Casi un sollozo.

—Mentira.

—¿Mentira qué?

—No hay nieta.

No entendí. Por una fracción de segundo no entendí.

—Inventé... para Andreia... hace veinte años... para que creyera... que yo tenía... motivo... para obedecer.

Me quedé muda.

El paramédico aplicó la vitamina K. La compañera ajustó el oxígeno. Renato cerró los ojos un instante y los abrió otra vez.

—Clara.

—Estoy acá.

—Decí que fui yo. No hay nadie... que vaya a sufrir.

—Renato, Júlia me pidió lo contrario.

—Júlia... te está mintiendo.

Apretó mi mano de nuevo. Un poco más fuerte.

—Júlia... está protegiendo... a Júlia. No a la nieta. No hay nieta. Ella... lo sabe. Pero necesita... que vos creas... que la hay.

Lo miré. A sus ojos. Los ojos de un hombre que había pasado treinta y dos años esperando aquel día y que ahora, al final, quería entregarme la última pieza antes de irse.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué Júlia querría que le mintiera a la policía sobre Andreia?

—Porque Júlia... mató a Marlene... también... y si vos... hablás bien... de Andreia... Andreia... no va... a entregar a Júlia.

Dejé de respirar por un segundo.

—Júlia me contó que mató a Marlene.

—Contó... la versión de ella. Sin el resto.

—¿Qué resto?

Tosió. Salió sangre en la máscara de oxígeno. El paramédico se movió rápido, sacó la máscara, limpió, la puso de nuevo. La saturación bajó a ochenta y dos.

—Renato, quedate conmigo. ¿Qué resto?

—Henrique... no es... hijo... de Eduardo.

—¿De quién es Henrique?

Me miró.

—Mío.

La ambulancia arrancó. El paramédico me dijo que bajara o me quedara. Me quedé. Tomamos la ruta de la sierra en bajada, con la sirena prendida, y dentro de aquel cubículo balanceándose, con Renato perdiendo color a cada curva, tuve que elegir, en segundos, qué versión iba a contarle a la policía que me iba a esperar en el hospital de Cunha.

Versión de Júlia: el incendio fue de Andreia. Renato era inocente. Júlia era cómplice forzada, madre del hijo de Eduardo, víctima.

Versión de Renato: el incendio fue de él. Júlia mató a Marlene por su cuenta. Henrique es hijo de él con Marlene, y Júlia lo sabe, y usa la historia del hijo de ella con Eduardo para ganar simpatía.

Una de las dos me estaba mintiendo. Posiblemente las dos. No tenía cómo saberlo.

Miré a Renato. Había cerrado los ojos. El pecho subía y bajaba muy despacio.

—Renato —dije—. Renato, quedate.

No abrió los ojos. Pero susurró, sin máscara, con un pedazo de voz que había guardado para la última frase:

—Júlia... va a volver a buscarte... Clara... en... dos años. No confíes.

Fue el último sonido que hizo.

La ambulancia llegó al Hospital São Camilo de Cunha a las nueve y cincuenta y seis. Renato fue declarado muerto en la entrada de urgencias a las diez y cuatro. Causa inmediata: shock hipovolémico por hemorragia digestiva alta, secundario a intoxicación por anticoagulante en dosis suprafarmacológica. Causa básica: suicidio.

Firmé el formulario de identificación del cuerpo a las diez y diecisiete, como enfermera responsable y testigo, y cuando el comisario de la Civil de Cunha — un hombre gordo, de unos cincuenta años, con mirada cansada de quien había investigado demasiado en aquella sierra — me llamó a prestar declaración en una sala al fondo del hospital, me senté en la silla de plástico, acepté el vaso de agua que me ofreció, y hablé.

Conté todo. Casi todo.

Conté que Andreia había prendido fuego a su propio cuarto en un ataque después de que Lúcia revelara que su madre biológica era una ex-empleada muerta. Conté de Eduardo llegando armado con jeringa para matar a Lúcia. Conté del plan de envenenamiento. Conté de Júlia presa en el sótano. Conté de las hortensias y de lo que probablemente estaba debajo de ellas.

No conté lo de Renato. Es decir — conté que había ingerido cumarina por iniciativa propia después de ver la situación irse de las manos. Conté que había sido cómplice histórico de Lúcia en el ocultamiento de muertes anteriores, pero que en los últimos años había cambiado de lado y ayudado a salvarme la vida. Conté lo del clavo-ganzúa. Conté que era un hombre complicado y que no iba a

intentar simplificar su historia para encajarla en un párrafo de sumario.

No conté lo que Renato me dijo en la ambulancia. Sobre Júlia. Sobre Henrique. Sobre no tener nieta.

Me lo guardé.

El comisario lo anotó todo en una hoja rayada, con letra de quien todavía escribe declaración a mano en dos mil veintiséis. Después levantó los ojos.

—Doña Clara. ¿La señora es consciente de que va a tener que repetir todo esto en la comisaría, con el escribiente, bajo juramento?

—Soy.

—¿La señora es consciente de que si Andreia Vasconcelos cuenta una versión distinta, o Júlia Aparecida, va a haber careo?

—Soy.

—¿Está segura de la versión que está dando?

Lo miré. Pensé en Renato muerto en la camilla, en Renato vivo en la escalera con el cuchillo en el regazo, en Renato diciéndome *Júlia va a volver a buscarte en dos años*. Pensé en Lúcia teniendo un ACV en cámara lenta en la sacristía. Pensé en Andreia descubriendo a su madre verdadera encima de un piso de polvo.

—Estoy segura, comisario. Estoy.

Movió la cabeza. Agarró el vaso de agua de la mesa, se tomó el resto, dejó el vaso a un lado.

—Doña Clara, le voy a dar un consejo que no está en el manual. ¿La señora tiene dónde quedarse esta noche?

—Sí. Tengo una amiga en São José.

—Vaya para allá. No se quede en Cunha. No se quede cerca de esa finca. Y cuando la Policía Federal entre en el sumario — y va a entrar, porque envenenamiento serial cruza estados, hay antecedente de São Paulo capital — la señora va a necesitar un abogado. Consígalo. Antes de que la llamen.

—¿Por qué voy a necesitar abogado si no hice nada?

El comisario me miró con esa paciencia cansada que tiene el policía de provincia con la gente de ciudad.

—Doña Clara. La señora es la única testigo viva, lúcida y sin antecedente psiquiátrico de una serie de homicidios en una familia con dinero. Independiente de lo que la señora hizo o no hizo, va a necesitar abogado. Confíe en mí.

Confié.

Salí del hospital a las once y cuarenta. El sol estaba alto, el aire de Cunha tenía aquel olor a eucalipto de la sierra. Tati iba a llegar en auto desde São José en una hora y media a buscarme — la había llamado desde la sala del comisario, con la voz de quien no llora desde la infancia, y había dicho *ya voy, Clara, ya voy ahora* y había cortado.

Me senté en un banco de piedra en la entrada del hospital. Esperé.

Y por primera vez en treinta y tres días, dejé que el cuerpo hiciera lo que necesitaba hacer.

Lloré. No por Lúcia, que iba a tener el ACV previsto antes del fin del día. No por Andreia, que iba a pasar el resto de su vida en una prisión del interior paulista. No por Eduardo, que iba a ser indiciado esa misma tarde. Ni por Júlia, que dos horas más tarde, en el traslado de la comisaría al penal femenino de Tremembé, iba a

lograr escapar — yo todavía no lo sabía en ese banco de piedra, pero lo iba a descubrir al día siguiente, por el titular pequeño de un diario de ciudad del interior.

Lloré por Renato.

Por el hombre que mintió sobre una nieta inexistente durante veinte años para tener motivo de obedecer. Por el hombre que martilló un clavo mal a propósito para dejarle una ganzúa a una enfermera que ni siquiera conocía aún. Por el hombre que intentó matarse en la escalera antes de que saliéramos, y no pudo, y esperó a que pasara para decir *si esa nena lo logró entonces tal vez ya no haga falta*, y que aun así, después, en la ambulancia, se tomó el resto de la cumarina escondida en el bolsillo cuando nadie miraba.

Porque eso fue lo que pasó, entendí en aquel banco. No la había tomado antes. La había tomado después. Había esperado a que llegáramos vivas a la capilla, esperado a que llegara la policía, esperado a que yo subiera a la ambulancia. Y sólo entonces tragó lo que había guardado.

No se mató para escapar. Se mató porque su trabajo había terminado.

Lloré hasta que Tati estacionó el auto en el cordón una hora y quince minutos después, bajó corriendo en zapatillas y remera de dormir, y me abrazó sin decir nada, del modo en que las amigas de quince años abrazan cuando entienden que no hay palabra que sirva.

—Vamos a casa —dijo, finalmente.

—Vamos.

Fuimos.

Detrás de nosotras, en la sierra de Cunha, el humo de la Fazenda Boa Vista todavía subía fino contra un cielo azul de mayo.

Capítulo 18

Dormí trece horas en la casa de Tati.

No fue sueño. Fue desconexión. Cuando me desperté, en su sofá-cama en São José dos Campos, eran casi las dos de la tarde del día siguiente, la luz entraba por una ventana con cortina florida y había olor a café recién hecho en la cocina. Por tres segundos, antes de que volviera la memoria, fui una mujer de treinta y dos años en una casa cualquiera, en un sábado cualquiera, sin nada urgente que hacer.

Por tres segundos.

Después la memoria volvió, del modo en que la memoria mala siempre vuelve — toda de una vez, sin pedazos, sin aviso —, y me quedé acostada mirando el techo blanco de Tati otros diez minutos antes de poder sentarme.

—¿Despierta? —Tati apareció en la puerta de la sala con una taza en la mano—. Hay una abogada esperándote en la cocina desde el mediodía.

—¿Qué abogada?

—Mandé a investigar anoche mientras dormías. Encontré a una penalista que tomó un caso parecido en dos mil veintitrés. La llamé esta mañana. Aceptó.

—Tati, no tengo plata para una abogada.

—Vas a tener, Clara. Confiá en mí.

No entendí lo que quería decir. No en el momento. Me levanté, me lavé la cara en el baño de huéspedes, me puse una remera de ella

que me quedó grande, y fui a la cocina.

La abogada se llamaba Helena Brizola. Tenía unos cuarenta y cinco años, pelo grisáceo cortado bien corto, sin maquillaje, lentes de marco rojo. Estaba sentada a la mesa de fórmica de Tati tomando café negro y leyendo algo en el celular. Cuando entré, levantó los ojos por encima de los lentes y me miró entera, del pelo despeinado a las pantuflas prestadas, en tres segundos.

—¿Clara Moreira?

—Soy yo.

—Sentate. Tenemos mucho de qué hablar y poco tiempo.

Me senté. Tati puso un café delante de mí, me besó la cabeza, y salió de la cocina. Helena esperó a que cerrara la puerta de la sala antes de empezar.

—Primero: vi tu declaración de ayer en el hospital. El comisario de Cunha le mandó copia a la Civil de São José por cortesía, y mi contacto me la pasó. Hiciste tres cosas bien y dos mal.

—¿Qué cosas mal?

—Llegamos a eso. Antes, dos hechos nuevos de las últimas veinticuatro horas que tenés que saber. ¿Estás lista?

—Estoy.

—Uno: doña Lúcia Vasconcelos tuvo un ACV hemorrágico ayer a las quince y veinte, en el hospital de Cunha, durante su propia declaración a la policía. Está internada en coma inducido, pronóstico reservado. No dijo nada relevante antes del ACV porque los médicos cortaron la declaración después de la primera señal neurológica.

Sostuve la taza con las dos manos. *Voy a tener un ACV en las próximas tres horas. Lo siento*, había dicho en la sacristía.

—Dos: Júlia Aparecida da Silva se fugó en el traslado al penal de Tremembé, anoche, alrededor de las veintidós horas. La escolta paró en una estación de servicio a la altura de Lorena. Júlia pidió usar el baño, la acompañó una policía mujer, y en ese intervalo Júlia redujo a la policía con un trozo de espejo que había escondido dentro de su propia ropa allá en la capilla. Agarró el arma de la policía, pero no disparó. Trabó a la policía en el baño. Desapareció en el monte detrás de la estación. La Policía Vial está haciendo una búsqueda, pero la región es serrana, cerrada, es prácticamente imposible encontrar a alguien que sepa esconderse.

Apoyé la taza en la mesa.

—Júlia sabía que iba a fugarse. Antes de que saliéramos de la sacristía. Ya lo sabía.

—Probablemente sí. Probablemente fue por eso que aceptó tan fácil tu plan de no matar a Andreia y a Eduardo en la capilla. Para ella, vivos o muertos era un detalle, porque no pensaba caer presa.

Helena se sacó los lentes rojos, se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

—Clara, voy a ser directa. Sos la única testigo funcional de esta historia. Lúcia está en coma y puede no volver. Júlia desapareció. Eduardo tiene abogado caro de São Paulo y va a negar todo. Andreia está declarando ahora en Cunha, y su versión va a depender del lado que decida defender. Renato está muerto. Quedaste vos.

—Quedé yo.

—Y quedó la versión que decidiste dar ayer. Que es donde llegamos a las cosas que hiciste mal.

—Decí.

Helena se puso los lentes de nuevo.

—Error uno: omitiste información que la víctima Renato Aparecido te pasó en la ambulancia antes de morir. Sé que lo omitiste porque revisé tu declaración y hay un vacío de cuatro minutos entre la aplicación de la vitamina K y el registro del paro cardiorrespiratorio. Cuatro minutos es tiempo para muchas cosas. Hablaste con él, Clara. ¿Qué dijo?

Me quedé callada.

—Clara, soy tu abogada. Lo que me contás ahora está cubierto por secreto profesional. No puedo ser obligada a contarlo a nadie. Pero si no me lo contás, no puedo defenderte cuando la versión de él aparezca por otro lado.

—¿Qué otro lado, si está muerto?

Helena sonrió sin humor.

—Clara, murió en la ambulancia con dos paramédicos presentes. Los dos paramédicos oyeron todo lo que dijo. Ya hice pedido de extracción de declaración de los dos. Sale mañana. Cuando salga, y su versión no coincida con la tuya, sos la primera en ser cuestionada por omisión.

La miré. Helena tenía el tipo de cara de quien no tenía tiempo para perder con cliente mintiendo. Respiré hondo.

Y conté.

Conté de Renato susurrando que no tenía nieta. Conté de su versión sobre Júlia habiendo matado a Marlene por su cuenta. Conté de Henrique siendo hijo de Renato, no de Eduardo. Conté del aviso final: *Júlia va a volver a buscarte en dos años. No confíes.*

Helena anotó todo en una libreta con letra menuda y rápida. Cuando terminé, dejó de escribir, miró la anotación, y golpeó la lapicera en la mesa dos veces.

—Bien. Error dos: aceptaste cubrir una versión pedida por Júlia, que era la versión que más protegía a la propia Júlia, sin darte cuenta.

—Me di cuenta después.

—Después tarde, Clara. Dijiste en la declaración que Andreia le había prendido fuego a su propio cuarto en un ataque de furia. Eso entra como agravante en el proceso de Andreia. Cuando Andreia se entere — y se va a enterar hoy, porque su abogado tiene derecho a vista de tu declaración — va a contar la versión verdadera. Va a decir que fue Renato. Y ahí tu palabra pierde valor.

—Andreia estuvo de acuerdo con la versión. En la sacristía. Dijo que la confirmaba.

—¿Pensás que va a mantener eso delante de un juez, después de una noche en celda, sin Renato cerca para proteger? Clara, Andreia es una psicópata funcional. Protegió a Renato por dieciséis horas. Ese era su límite. Después de eso se protege ella misma.

Cerré los ojos.

—Entonces estoy jodida.

—Estás en una situación complicada. No estás jodida. Hay diferencia.

—¿Cuál es la diferencia?

Helena se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa.

—La diferencia es que tenés una carta bajo la manga que ni vos sabés que tenés todavía. ¿Qué esperabas de mí, plata?

—¿Cómo?

—Tati te dijo ayer que ibas a tener plata para abogada. No preguntaste de dónde. Yo estaba esperando que preguntaras.

—¿De dónde?

—De doña Lúcia.

La miré.

—Doña Lúcia está en coma.

—Está. Pero firmó un documento en la sacristía, ayer a la mañana, antes de la llegada de la policía. Andreia mencionó ese documento en su declaración en Cunha hoy temprano, creyendo que te perjudicaba. Terminó ayudándote. Era un agregado al testamento, escrito a mano por Lúcia en un pedazo de sobre, presenciado por Andreia y Júlia. Te designaba heredera fiduciaria del cuarenta por ciento de los bienes de la finca, condicionado a la creación de una fundación en nombre de Marlene Aparecida dos Santos.

Me quedé muda.

—Clara, eso no fue gentileza. Eso fue cálculo. Lúcia sabía que iba a tener el ACV. Sabía que iba a perder la capacidad de testificar. Y quiso garantizar, ahí en la sacristía, dos cosas: que la fundación ocurriera, y que vos tuvieras incentivo financiero para sostener la versión que ella quería que quedara para la historia.

—¿Qué versión quería?

—La versión en que ella aparece, en el peor de los casos, como cómplice tardía. No como mandante. ¿Reparaste que en la declaración que diste no la acusaste de mandar matar a Marlene? Dijiste que ella "sabía". No dijiste que ella "mandó".

Pensé. Helena tenía razón. Había usado la palabra *sabía*. No *mandó*.

—Me pidió que dijera que era culpable igual que ellos.

—Te lo pidió delante de Andreia. Calculado para que Andreia lo oyera. Y te lo dijo en el tono correcto, bajito, suplicante, para que sintieras que estabas siendo la heroína moral concediéndole a una anciana el reconocimiento de culpa que quería. Te manipuló una mujer que pasó cincuenta años manipulando gente, Clara. No hay vergüenza en eso. Pero tenés que entender.

Miré la taza de café. El café se había enfriado.

—Entonces, ¿qué hago ahora, Helena?

La abogada respiró hondo.

—Tenés dos opciones. Opción uno: mantenés la versión que diste ayer. Aceptás el cuarenta por ciento. Creás la fundación. Terminás como heredera útil de una anciana en coma y, con el tiempo, como filántropa famosa por haber sobrevivido a una familia de asesinos. La historia se vuelve best seller en *Veja*, das entrevista en *Fantástico*, escribís un libro. Andreia pelea contigo en la justicia por años por el dinero, pierde, y vos salís rica y respetada.

—¿Opción dos?

—Corregís la declaración ahora, hoy, antes de que salga mañana la extracción de los paramédicos. Contás la versión de Renato. Contás que Lúcia mandó matar a Marlene, no sólo lo sabía. Contás que Júlia probablemente es mandante de más cosas de las que la historia inicial sugiere. Rechazás el testamento. Vas a tener que pagar abogada de tu bolsillo, y abogada buena en un caso de este tamaño cuesta lo que ganarías en cinco años de enfermería. Pero salís limpia. Salís pobre, pero limpia.

La miré.

—Helena, ¿cuál de las dos pensás que debería elegir?

Se sacó los lentes otra vez. Los apoyó encima de la libreta.

—Clara, soy tu abogada. No tu madre. Eso no lo decido yo.

—Pero tenés opinión.

—Tengo.

—¿Cuál?

Se quedó callada unos diez segundos. Después habló, eligiendo las palabras con cuidado de quien sabe que está dando consejo fuera de función.

—Pienso que la opción uno es más segura. La opción dos es más correcta. Tenés que decidir qué pesa más.

Miré por la ventana de la cocina de Tati. Era una ventana chica, con vista a un patio interno, con una cuerda de tender y un rosal mal cuidado. Era la cosa más común del mundo. Era exactamente el tipo de ventana detrás de la cual había vivido toda mi vida antes de la Fazenda Boa Vista, y exactamente el tipo de ventana que había aceptado dejar atrás treinta y tres días antes, por dieciocho mil reales al mes.

—¿Cuánto vale la fundación? —pregunté.

—La fundación, en sí, nada. Es un instrumento. El patrimonio del cuarenta por ciento, descontadas deudas, acciones judiciales futuras y tributos, debería estar entre ocho y doce millones de reales. En inmuebles e inversiones, no en dinero líquido.

—Doce millones.

—Más o menos.

—¿Y la fundación qué haría, en la práctica?

—Lo que vos decidas que haga. Lúcia escribió en el agregado sólo "fundación en memoria de Marlene Aparecida dos Santos, para fines de asistencia a mujeres en situación de vulnerabilidad en el trabajo doméstico y de cuidado". Es genérico. Podés hacer de ella lo que quieras, dentro de eso.

Pensé en Marlene. Pensé en la foto de Marlene embarazada que había escondido en la funda de Lúcia en el capítulo, qué sé yo, doce de mi vida, ayer a la mañana. Pensé en una mujer que nunca había conocido, que había sido enterrada bajo hortensias azules y abonada por ellas, y que ahora, en algún registro de Cunha, era nombre de fundación.

Pensé también en Renato diciéndome que Henrique era hijo de él con Marlene. Si eso era verdad — y no tenía cómo saber si lo era —, entonces en algún lugar del estado de São Paulo había un nene de cinco años vivo, hijo de aquella mujer muerta, siendo criado por Dios sabe quién, sin saber nada.

—Helena.

—Sí.

—¿Hay una tercera opción?

Me miró. Por un segundo vi pasar una sonrisa en sus labios. Pequeña. Aprobatoria.

—Hay. Mantenés la versión pública que diste ayer, con pequeños ajustes que voy a redactar hoy a la tarde, suficientes para cubrir lo que los paramédicos van a decir mañana. Aceptás el testamento. Creás la fundación. Pero usás parte del tiempo, del dinero y del acceso para investigar lo que Renato te contó. Por afuera. Sin hacer ruido. No tenés que decidir hoy si Lúcia mandó o sólo sabía. No tenés que decidir hoy si Henrique es hijo de Eduardo o de Renato.

No tenés que decidir hoy si Júlia mató a Marlene por su cuenta. Tenés el resto de la vida para descubrir esas cosas. Mientras tanto, hacés el trabajo que Lúcia, por motivos torcidos, te dejó para que hicieras.

—¿Eso no es medio cínico?

—Es bastante cínico. Pero es la única versión en la que no muere nadie más por ahora.

Me quedé callada un rato.

—Júlia me va a buscar —dije, finalmente—. En dos años. Renato avisó.

—Probablemente. Ahí lidiamos con Júlia cuando Júlia aparezca.

—¿Lidiamos?

Helena sonrió. Fue su primera sonrisa real en la conversación.

—Cobro caro, Clara. Pero cobro para quedarme. Me vas a tener unos cuantos años.

Andreia fue indiciada a las diecisiete horas de aquel sábado por homicidio calificado en concurso (tres víctimas confirmadas: Marlene, Sandra, Renata), tentativa de homicidio (Lúcia, Clara), fraude documental, estafa sucesoria, ocultamiento de cadáver y asociación ilícita. Su abogado, contratado de apuro por un primo Vasconcelos de São Paulo que tenía más interés en proteger el apellido que a ella, pidió prisión domiciliaria alegando fragilidad psicológica. Le fue negada. Fue a Tremembé, al mismo penal al que llevaban a Júlia cuando se fugó, y donde iba a pasar, por cálculos de Helena, como mínimo veintidós años.

Eduardo fue arrestado la noche del viernes y estuvo seis días en silencio absoluto, instruido por su abogado, antes de cerrar un

acuerdo de delación el jueves siguiente. Confesó conocimiento del plan de envenenamiento, negó la paternidad de Henrique, e intentó cargar toda la culpa moral en Lúcia en coma, que ya no podía contestar. Le dieron doce años. Salió en ocho. Pero eso fue mucho después, y eso es asunto para otro capítulo.

Lúcia se quedó en coma cuatro días más. Falleció el miércoles, día veintiuno de mayo de dos mil veintiséis, sin haber reaparecido a confirmar ni negar nada. Fue enterrada en São Paulo, en el panteón de la familia Vasconcelos, sin ceremonia pública, por exigencia del mismo primo de São Paulo. No fui al entierro.

Júlia siguió desaparecida.

Firmé la aceptación del testamento el lunes siguiente, en el registro de Cunha, con Helena a mi lado y Tati esperando afuera sosteniendo dos carpetas y mi cartera. Cuando salí del registro, Tati me dio la cartera, me dio un abrazo, y dijo una frase que no esperaba.

—Ya no sos la misma persona, Clara.

—Lo sé.

—Sólo quería que supieras que yo también lo sé.

—Bien.

—Bien.

Subimos a su auto y bajamos la sierra de Cunha por última vez en mi vida — al menos eso fue lo que pensé ese día. En la ruta de la sierra, en la curva donde el chofer Wilson me había dicho *he llevado mucha gente a esa casa y nunca traje a nadie de vuelta*, miré por la ventana y vi el humo que ya no estaba. La casa había sido aislada con cinta amarilla por la perica. Los bomberos se habían ido. Las hortensias seguían azules, más azules que nunca, alimentadas por treinta y tres días de fuego, sangre y remoción de tierra.

Y tomé, en silencio, en aquella curva, la decisión de que este lunes sería el último día en que iba a pensar en aquella casa todos los días.

Fue mentira, claro. Pensé en ella todos los días durante dos años. Pero la decisión de no pensar fue tomada ahí. La ejecución fue lo que quedó pendiente.

Helena, en el asiento de atrás, cerró una carpeta y dijo:

—Clara, tenemos una reunión el jueves con el registro de fundaciones en São Paulo. Vas a tener que dar nombre, sede y finalidad.

—La finalidad está en el testamento.

—La finalidad práctica. Lo que la fundación va a hacer en el día a día.

Pensé.

—Rescate de mujeres en trabajo doméstico en régimen de cautiverio privado disfrazado. Hay mucho más de eso en Brasil de lo que la gente cree. Lúcia no inventó el modelo. Sólo lo refinó.

Helena anotó. Tati, manejando, asintió con la cabeza una vez.

—¿Y el nombre? —preguntó Helena.

—Fundação Marlene Aparecida dos Santos.

—¿No querés un nombre más corto, comercial?

—No. El nombre completo. Que nadie olvide que existió.

Helena anotó de nuevo. No dijo nada.

Y seguimos bajando la sierra, hacia una vida que no había pedido y que ahora iba a tener que aprender a usar.

Capítulo 19

Curitiba en agosto es una ciudad que decidió castigar a quien vive en ella.

Llegué el viernes, veintidós de agosto de dos mil veintiséis, con dos maletas grandes, una caja de cartón con libros, y Helena Brizola al lado sosteniendo una carpeta de fundación. Hacía cinco grados en la Plaza Tiradentes a las nueve de la mañana, con ese viento que entra por la manga del abrigo y se queda. Entramos a un café del centro a esperar que la inmobiliaria me entregara la llave del departamento alquilado en la calle Mariano Torres, y pedí un café doble que llegó frío en tres minutos porque la puerta del café no cerraba bien.

—¿Por qué Curitiba? —preguntó Helena, soplando su café.

—Porque queda lejos.

—Lejos es Manaos. Curitiba está medio lejos.

—Manaos es demasiado caliente. Quería frío.

—¿Por qué?

—Para tener excusa de quedarme en casa.

Helena movió la cabeza una vez. No insistió. Era una de las cosas que había aprendido a gustarme en ella en esos tres meses — preguntaba una vez, anotaba la respuesta, no volvía al tema.

La elección de Curitiba tenía más razones que esa. La principal era que Tati tenía una prima en Curitiba, dentista, casada, sin hijos, que había ofrecido un departamento de huéspedes los primeros meses si lo necesitaba. La segunda era que quería distancia de São Paulo — donde los Vasconcelos sobrevivientes (tres primos, dos sobrinos, un

tío abuelo) habían empezado a iniciar acciones para impugnar el testamento. La tercera era que Curitiba tenía dos universidades federales con buena carrera de trabajo social, y Helena había insistido en que necesitaba una cara académica en la fundación para darle legitimidad institucional. Curitiba era central para atraer investigadores, era barata para mantener sede, y era anónima lo suficiente como para caminar en la calle sin que nadie reconociera a la enfermera de la finca de Cunha que había salido en una nota grande de junio en *Veja*.

La nota de *Veja* fue Helena la que decidió autorizar. Fueron cinco páginas, con foto mía con uniforme blanco posando de brazos cruzados frente a un jardín cualquiera en São Paulo — Helena había prohibido cualquier foto en la finca real, aunque la finca ya estuviera demolida a esa altura, por orden judicial. La nota se llamó "La enfermera que sobrevivió", con subtítulo "Cómo Clara Moreira escapó de una familia de asesinos seriales en la sierra paulista". No leí la versión final antes de que saliera. La leí después, en un día malo de junio, en la sala de espera del dentista de Tati. Era un texto tibio, con mucho adorno y poca verdad, pero servía al propósito que Helena quería — transformarme en víctima reconocible, con nombre y rostro asociados a una narrativa pública, antes de que Andreia o Eduardo lograran implantar una versión competidora.

La estrategia funcionó. En tres meses, me había vuelto más personaje que testigo. Los personajes son más difíciles de procesar que los testigos.

—Clara —dijo Helena, en el café frío de Curitiba—, llegó la corredora.

La corredora era una mujer de unos cincuenta años, abrigo rojo, perfume fuerte, y mirada de quien quería cerrar el negocio rápido para correr a la próxima visita. Me entregó un manojo con tres llaves distintas — puerta de la calle, puerta del departamento, puerta del garaje — y un sobre con el contrato.

—Departamento sesenta y dos, sexto piso, frente. Calefacción central funciona, pero el termostato es manual, así que la señora tiene que descubrir el punto sola. Internet ya está activa a nombre de la propietaria, voy a transferirla a su CPF la semana que viene.

—Gracias.

—Bienvenida a Curitiba.

—Gracias.

Salió. Helena pagó el café.

—¿Subimos? —preguntó.

—Subamos.

El departamento era chico. Sesenta y dos metros cuadrados, dos cuartos, sala, cocina americana, baño, balcón del tamaño de una toalla. Había sido amueblado por la propietaria con muebles genéricos de tienda de departamentos — sofá gris, mesa de comedor de madera clara, cama matrimonial con cabecera tapizada beige. Era un departamento de publicidad inmobiliaria. No tenía alma. Era exactamente lo que quería.

Puse las maletas en el cuarto principal, abrí la ventana de la sala para ver la vista (edificio de enfrente, un pedazo de cielo gris), y fui a la cocina a poner agua a calentar. Helena se quedó de pie en la sala, con la carpeta en las manos, esperando.

—Helena.

—¿Sí?

—Sentate. No tenés que estar de pie en mi casa.

—Me quedo de pie en casa de cliente hasta que el cliente se siente primero. Costumbre.

Me senté en el sofá. Ella se sentó en la poltrona. Abrió la carpeta.

—Agenda de la semana. Lunes, diez de la mañana, reunión con la candidata a directora ejecutiva de la fundación que te mencioné, Mariana Ferraz, doctora en política social por la UFPR. Buena, seria, formal en el sentido correcto. Martes, catorce horas, abogado tributarista de Curitiba para discutir estructura fiscal de la fundación. Miércoles, sin compromisos, voy a volver a São Paulo. Jueves y viernes libres. Sábado Tati viene a visitarte.

—Bien.

—El sábado también tenés una cosa que necesito avisarte ahora.

—¿Qué?

Helena se sacó los lentes rojos. Los puso sobre la carpeta.

—Wilson Pereira pidió hablar con vos.

La miré.

—Wilson.

—El chofer de la camioneta. De la finca.

—Sé quién es Wilson, Helena.

—Bien. Se contactó conmigo el martes de la semana pasada por intermedio de un comisario jubilado de Cunha que había sido cliente mío en dos mil veinte. Dijo que tiene algo para contarte personalmente, que no quiere hablar con la policía, y que no va a hablar con nadie que no seas vos.

—¿Sobre qué?

—Sobre Renato. Dijo sólo eso. Sobre Renato.

—Y marcaste.

—Marqué para el sábado, cuatro de la tarde, en un café de Curitiba que ya había visto, neutral, movimiento medio, cerca de la Plaza Osório. No tenés obligación de ir. Si querés cancelo ahora mismo.

Pensé.

Pensé en Renato sentado en el rellano de la escalera con el cuchillo de cocina en el regazo. Pensé en Renato susurrando en la ambulancia *Júlia te está mintiendo*. Pensé en Renato diciéndome *Henrique es mío*. Pensé en él tomando el resto de la cumarina después de que yo subiera a la ambulancia porque su trabajo había terminado.

—Voy a ir —dije.

—Suponía que ibas a decir eso. Te acompaño.

—No.

—Clara, soy tu abogada. Necesito estar ahí.

—Vas a estar en el café, en otra mesa, leyendo un libro. Pero voy a sentarme sola con él. Si no, no habla.

Helena me miró unos tres segundos. Después se puso los lentes de nuevo.

—Bien. En otra mesa. Leyendo un libro.

Los tres días hasta el sábado pasaron lentos como pasa el tiempo cuando una está esperando algo específico. Deshice las maletas. Compré olla, plato, cubiertos de cabo negro en una tienda de la calle XV. Llamé a mi madre en Goiânia y le dije que me había mudado a Curitiba sin dar mucha explicación, y ella aceptó sin preguntar mucho, del modo en que mi madre había aceptado todo lo que hice

en los últimos quince años. Caminé por el Passeio Público el domingo a la mañana y descubrí que podía fingir ser una mujer común en aquella ciudad — una mujer común de abrigo negro y bufanda gris, sin pasado relevante, sin plata que había venido de donde había venido, sin treinta y tres días de historia mala detrás de los ojos.

La reunión del lunes con Mariana Ferraz fue buena. La reunión del martes con el tributarista fue aburrida. El miércoles Helena se fue a São Paulo. Jueves y viernes me quedé en casa, leyendo el informe que Mariana me había mandado sobre cadena de explotación de cuidadoras en el eje Río-São Paulo-Minas, y el informe era lo suficientemente bueno como para distraerme por horas enteras sin pensar en el sábado.

El sábado llegó igual.

El café se llamaba Lavanderia. Era en una esquina de dos calles tranquilas cerca de la Plaza Osório, en un edificio antiguo, dos pisos, con ventanas grandes que daban a la vereda. El nombre venía de haber sido una lavandería industrial en algún momento de los años sesenta. Tenía máquinas antiguas decorativas en el segundo piso, mesas de madera en planta baja, mozos jóvenes con delantal gris, café filtrado bueno.

Llegué a las tres y cuarenta y cinco. Helena ya estaba ahí, sentada en una mesa del rincón del fondo, con un libro de tapa dura abierto y un café doble en la mano. No me miró cuando entré. Buena actuación. Elegí una mesa cerca de la ventana, mirando a la puerta, y pedí un café negro chico.

Wilson entró a las tres y cincuenta y ocho.

Estaba más viejo de lo que recordaba. Habían sido sólo tres meses, pero tres meses en aquella historia envejecían. Tenía el mismo pelo grisáceo cortado corto, los mismos brazos fuertes de chofer, la misma ropa de hombre que no piensa en ropa — jean oscuro,

camisa a cuadros roja sobre una remera blanca, campera de jean gruesa. Tenía una gorra en la mano. Se sacó la gorra cuando me vio, del modo en que el hombre de la generación de su padre se saca la gorra dentro de un lugar cerrado.

—Doña Clara.

—Wilson. Sentate.

Se sentó. Llegó la moza. Pidió café con leche y un pan de queso. Esperó a que se fuera antes de hablar.

—Sé que la señora debe tener muchas preguntas. Yo también tengo. Pero vine porque Renato me lo pidió, y si Renato pidió, una lo hace.

—Wilson, Renato murió.

—Lo sé. Por eso estoy acá.

Sacó un sobre marrón del bolsillo interno de la campera. Lo puso encima de la mesa, entre nosotros. Tenía su nombre en el frente, escrito a mano con letra que reconocí enseguida — letra de Renato, firme, ligeramente inclinada a la derecha, con punto de "i" exagerado, igual a la letra de la nota que había encontrado en el diario de Júlia en el capítulo, no sé, ocho de mi vida en Cunha.

—Me lo dio en febrero —dijo Wilson—. Seis meses antes del incendio. En febrero de este año. Dijo que si algún día aparecía muerto en la finca, yo debía entregarlo a la enfermera que hubiera sobrevivido. Dijo exactamente así — "la enfermera que haya sobrevivido". No dijo su nombre. Todavía no sabía su nombre.

Miré el sobre.

—¿Por qué esperaste tres meses?

Wilson respiró hondo.

—Porque tenía miedo, doña Clara. Había trabajado para la familia Vasconcelos por once años. Sabía menos que Renato, pero sabía lo suficiente. Había visto enfermera entrar y enfermera no salir. Había llevado comida a un cuarto trabado en el sótano dos veces por semana. Lo sabía. Y cuando pasó el incendio, y la policía fue a buscar a todos los que habían trabajado en la finca, tuve miedo de aparecer como cómplice. Después me citaron a declarar a fines de junio, fui, conté lo que sabía, que era poco, y el comisario me dijo que no tenía imputación. Después estuve tres semanas más pensando. Y después agarré la ruta y vine.

—¿En auto?

—En auto. No confío en rastreo de pasajes.

—Wilson, ¿puedo abrir?

—La señora puede hacer lo que quiera con eso. Es suyo ahora.

Agarré el sobre. Era liviano. Tenía algo dentro que no era papel, algo chico y duro. Abrí.

Adentro había una carta doblada en tres, y un pendrive azul de ocho gigabytes.

La carta tenía dos páginas. Leí la primera delante de Wilson. Esperó en silencio, tomando café con leche, comiendo el pan de queso despacio.

La letra era la de Renato. La carta empezaba así:

Enfermera,

Si estás leyendo esto, morí. Probablemente por mi mano. Probablemente el día en que todo se vino abajo en la finca. Te pido disculpas por no haber sobrevivido para explicártelo personalmente, pero si hubiera sobrevivido, no habría podido explicártelo — soy un

hombre que miente cuando habla. Sólo puedo decir la verdad por escrito.

Hay tres cosas que te mentí. Las voy a listar acá.

La primera: la historia de que no tengo nieta. La tengo. Se llama Beatriz, tiene nueve años, vive con su madre en Cunha, en la calle Esperanto, número 84, barrio Cantagalo. La madre se llama Cristina, mi hija del primer matrimonio, divorciada, trabaja de manicura. Te dije en la ambulancia que no tenía nieta porque quería que aceptaras la versión de Júlia sin culpa. Quería ahorrarte la decisión. Fue mentira de bondad, pero mentira. Beatriz existe. Si querés, y sólo si querés, conocela algún día.

La segunda: Henrique no es hijo mío. No me acosté con Marlene. Quería habérmelo acostado. Marlene fue la única mujer que amé sin haber podido tener, y cuando murió en veintiuno juré para mí mismo que iba a sacar a Andreia de aquella casa aunque fuera en un cajón, y fue por eso que me quedé ahí los últimos cuatro años preparando el día. Pero Henrique no es mío. Henrique es hijo de Eduardo con Marlene, exactamente como te contó Júlia. Te mentí en la ambulancia sobre esto porque quería que dudaras de todo lo que Júlia te dijo, incluso de las partes verdaderas, para que no la buscaras después. Te quería lejos de Júlia. Sigo queriéndolo.

La tercera: Júlia no mató a Marlene. Júlia te contó en el sótano que mató a Marlene. Fue mentira de Júlia, y fue mentira que confirmé para vos en la ambulancia porque la versión era útil. Marlene fue asesinada por Andreia, en veintiuno, con ayuda de Eduardo. Júlia fue obligada a enterrar el cuerpo, y eso Júlia lo carga como si hubiera matado, y se condena por eso de un modo que tal vez sea peor que haber matado de verdad. Pero no mató. Te lo cuento porque merecés saber quién es la mujer que va a buscarte de acá a algún tiempo.

El pendrive tiene pruebas de las tres cosas. Partida de nacimiento de Beatriz con mi nombre. Examen de ADN de Henrique que Eduardo encargó en dos mil veintidós y nunca miró, paternidad de él confirmada en noventa y nueve coma nueve. Grabación de audio de Andreia contándole a Lúcia, en dos mil veintiuno, cómo mató a Marlene — grabada por mí, sin que ellas lo supieran, en una grabadora escondida en el delantal gris, en el bolsillo, al costado del nombre bordado.

Te doy estas tres verdades por escrito porque creo que merecés cargar el peso real, no los pesos falsos que te entregué en la ambulancia. Pero te los doy demasiado tarde para que deshagas las decisiones que ya tomaste en base a las mentiras. Eso también fue a propósito. No quería que corrigieras la declaración. Quería que te quedaras con el dinero de Lúcia y que hicieras la fundación. Marlene merece la fundación. Las otras mujeres que están en casas como aquella en este exacto momento, en todo Brasil, merecen la fundación. Vos merecés el dinero.

Si después de leer esto decidís que tenés que entregar el pendrive a la Policía Federal, hacelo. No voy a estar ahí para impedirlo. Pero pensá lo siguiente: Andreia ya va a quedar presa por lo que ya confesó. Júlia, presa o suelta, es problema sólo de ella. Henrique está siendo criado, por lo que averigüé, por una hermana de Marlene, en Itapecerica da Serra, con el nombre cambiado a Pedro, y tal vez sea mejor para él quedarse donde está que entrar de nuevo en una historia que no eligió. Eduardo ya está imputado.

Entonces, en la práctica, el pendrive sirve más para vos que para la justicia. Sirve para que vos sepas. Hacé lo que quieras con esto.

Última cosa. Vos fuiste la cuarta enfermera que entró en aquella casa en cuatro años. Las tres anteriores murieron porque no vieron a tiempo. Te elegí como cuarta porque vi tu legajo que Andreia recibió, con la queja de negligencia archivada, y pensé: esta mujer

ya fue acusada de algo que no hizo. Esta mujer va a dudar de más cosas que las otras. Esta mujer tiene chance.

Acerté.

Gracias por haber logrado.

Renato Aparecido de Oliveira.

P. D. Beatriz existe. Su foto está en la billetera de cuero marrón que quedó en mi cajón de la cocina. La policía la recogió. Tenés acceso a través de Helena si querés verla, algún día.

Doblé la carta.

No lloré delante de Wilson. Lloré después, en casa, con el pendrive sobre la mesa de la sala y Helena al teléfono explicándome, con voz cansada de abogada que ya vio de todo, que cada una de las tres revelaciones iba a necesitar una decisión separada, y que tenía el resto de la vida para tomar esas decisiones, una por una, sin apuro.

Me sequé la cara, miré a Wilson del otro lado de la mesa del café, y dije lo que necesitaba decir.

—Gracias, Wilson. Por haber venido. Por haber esperado tres meses por el motivo correcto.

—De nada, doña Clara.

—¿Tenés dónde dormir esta noche en Curitiba?

—Tengo. Vuelvo hoy mismo. No me gusta dormir lejos de mi mujer.

—Wilson.

—¿Sí?

—Beatriz. ¿La conocés?

Pensó un segundo.

—La conozco. De vista. Pasa por la panadería de mi calle a la mañana, yendo a la escuela.

—¿Dirías que está bien?

—Diría que está bien del modo en que una nena de nueve años sin padre vivo puede estar bien, doña Clara.

—Bien.

—¿Por qué pregunta la señora?

—Porque creo que algún día voy a querer conocerla. No ahora. No mañana. Pero algún día.

Wilson movió la cabeza una vez. Se levantó. Se puso la gorra otra vez.

—Cuando llegue ese día, la señora me llama. Yo la presento. Cunha es ciudad chica. Nos encontramos.

Salió.

Me quedé sentada a la mesa unos veinte minutos más, con la carta doblada en la mano, con el pendrive pesando dentro del bolsillo del abrigo como si fuera algo mucho más grande que ocho gigabytes de plástico. Helena, en la otra mesa, cerró el libro después de un rato, pagó su cuenta, vino a sentarse conmigo sin decir nada, esperó a que yo hablara.

—Helena.

—Sí.

—No voy a entregar el pendrive a la policía.

—Bien. ¿Por qué?

—Porque Renato me pidió que no lo entregue, y Renato es la única persona en esta historia que mereció pedir.

Movió la cabeza una vez.

—Pero quiero a Beatriz en la fundación —dije—. No ahora. Dentro de tres, cuatro años. Cuando tenga doce, trece. Beca de estudio. Acompañamiento educativo. Sin que sepa por qué.

—Eso podemos hacerlo.

—Y a Henrique.

—Henrique está con la tía en Itapecerica. No vas a meterte en eso, Clara.

—No me voy a meter. Sólo quiero saber si está bien, una vez al año. Discreto. Pago.

—Eso también podemos.

—Y Júlia.

Helena me miró.

—Cuando Júlia aparezca, lidiamos. No antes.

—Bien.

Metí la carta en la cartera. El pendrive ya estaba en el bolsillo interno del abrigo, del lado del pecho izquierdo, cerca del corazón, del modo en que Helena me había enseñado a guardar cosa importante cuando una tenía miedo de un asalto.

Salimos del café. El cielo de Curitiba ya estaba oscureciendo, aunque eran sólo las cinco y cuarenta de la tarde. Era agosto, hacía frío, era

una ciudad que no me conocía.

—Helena.

—Sí.

—Creo que voy a estar bien acá.

—Creo que sí, Clara.

Caminamos en silencio hasta la esquina, donde Helena iba a tomar un taxi al hotel, y yo iba a tomar el colectivo a casa porque todavía no había aprendido a pedir Uber en Curitiba y me daba vergüenza pedirle a Helena que me explicara.

Subió al taxi. Me quedé en la vereda con el viento entrando por la manga del abrigo.

Y por primera vez en tres meses, pensé que tal vez, tal vez, iba a estar bien de verdad.

Júlia todavía iba a aparecer. Renato había avisado. Beatriz todavía iba a necesitar beca. Henrique todavía iba a necesitar a alguien acompañando de lejos. Andreia todavía iba a tener audiencia. Eduardo todavía iba a tener delación. Lúcia, en coma, ya estaba muerta hacía tres meses, pero su testamento todavía iba a ser impugnado en juicio por tres años como mínimo.

Todo eso todavía iba a venir.

Pero en aquella esquina, en aquel frío, con el pendrive en el pecho y la fundación en la agenda de la semana siguiente, respiré el aire de Curitiba por primera vez como si me perteneciera, y no a una mujer que había sobrado de otra historia.

Fue un momento bueno.

Duró tres meses.

Capítulo 20

Fue un momento bueno. Duró tres meses.

Digo tres meses por economía narrativa, pero en realidad duró dos meses y veintiséis días, del sábado en Lavanderia hasta el martes, dieciocho de noviembre de dos mil veintiséis, cuando el oficial de justicia golpeó la puerta de mi departamento en la calle Mariano Torres a las ocho y cuarenta de la mañana con la intimación para el careo en São Paulo.

Estaba en pijama. Acepté la notificación en la puerta, firmé el comprobante con la lapicera que me prestó, agradecí, cerré la puerta. Llamé a Helena antes de tomar café.

—Helena, recibí intimación.

—Lo sé, recibí la mía anoche. Careo el día veinticinco, lunes, diez horas, Foro Criminal de Barra Funda, juzgado de Andreia. Vos, Andreia, y el fiscal.

—¿No necesito tiempo para pensar?

—No. El careo es obligatorio. Tenés que ir.

—Bien.

—Clara.

—Sí.

—No duermas esta semana creyendo que va a ser fácil. No va a serlo. Andreia tuvo seis meses para reescribir su versión. Va a entrar a la sala armada.

—¿Armada cómo?

—Armada al estilo Andreia. Con historia nueva.

Corté. Puse la pava al fuego. Y no dormí toda la semana, exactamente como Helena había avisado.

Llegamos al Foro de Barra Funda a las nueve y veinte de la mañana del lunes. Helena estaba con tailleur gris, sin los lentes rojos — los había cambiado por un modelo negro, más discreto, "para sala de audiencia" — y cargaba una carpeta gruesa de cuero marrón. Yo estaba con pantalón negro, blusa blanca, blazer gris, el uniforme que Helena me había mandado a comprar tres meses antes específicamente para esta eventualidad. *Ropa de testigo respetable*, había dicho entonces, *ni rica ni pobre, ni femenina ni masculina, ni joven ni vieja. Neutra.*

La sala once del foro era rectangular, con piso de granito gris, paredes pintadas de un beige que debía haber sido blanco hace veinte años, y tres ventanas altas que daban a un patio interno. Había una mesa grande de madera oscura en el centro, con seis sillas a los costados y dos en las cabeceras. La bandera de Brasil y la del Estado de São Paulo colgadas detrás de la mesa del juez, que todavía no estaba. Había olor a papel viejo y café de máquina.

Andreia entró a las nueve y cincuenta, escoltada por dos agentes mujeres del sistema penitenciario. No la había visto personalmente desde la sacristía, en mayo. Había cambiado.

Había adelgazado unos diez kilos. El pelo, que siempre mantenía teñido de castaño rojizo cuando era Bárbara, estaba canoso en la raíz y atado en una cola apretada. Vestía el uniforme gris del penal de Tremembé, sin maquillaje, sin aros, sin nada. Pero lo que había cambiado de verdad no eran esas cosas. Era el rostro. El rostro de Andreia ahora era el rostro de una mujer que había decidido algo.

Lo vi apenas entró. Helena también lo vio. Helena se inclinó a mi oído y susurró, bajo:

—Está blindada. Cuidado.

—¿Cuidado con qué?

—Con todo lo que diga.

Andreia se sentó en la silla del frente de la mía, del otro lado de la mesa. Las agentes se pararon detrás de ella. Su abogado — ya no era el primo Vasconcelos contratado al apuro en mayo, era un hombre nuevo, de unos cincuenta años, traje azul marino, pelo blanco corto, lentes de marco fino, cara de doctor Eduardo pero sin el doctor Eduardo dentro — se sentó al lado de ella. El fiscal se sentó en la cabecera. Helena al lado mío. Las sillas restantes quedaron vacías.

Andreia me miró por primera vez. Fue una mirada larga, de unos ocho segundos. No tenía rabia. No tenía miedo. Tenía aquel cálculo limpio de quien me estaba reevaluando después de seis meses.

El juez entró a las diez y tres. Era un hombre flaco, de unos sesenta años, con toga negra y lentes cuadrados. Se sentó. Le pidió a todo el mundo que se sentara. Anunció el procedimiento. Les recordó a las partes el compromiso con la verdad. Me pidió confirmar nombre y datos personales. Confirmé. Le pidió a Andreia confirmar nombre y datos personales.

—Andreia Pereira da Silva —dijo. Voz firme—. Treinta y ocho años. Brasileña. Soltera. Profesión anterior: cuidadora doméstica. Actualmente bajo custodia en el Centro de Detención Provisoria de Tremembé.

Miré a Helena. Helena no se movió, pero vi que la mandíbula se le endurecía un milímetro. *Pereira da Silva*. No Vasconcelos. No

Bárbara. Andreia había entrado a la sala ya desligándose del apellido entero. Era estrategia. Era la primera jugada.

—¿La señora ya no se identifica como Bárbara Vasconcelos? —preguntó el juez.

—No, su señoría. Nunca me llamé Bárbara Vasconcelos. Ese nombre me fue impuesto por Lúcia Vasconcelos cuando tenía once años. Mi nombre de bautismo es Andreia Pereira da Silva, hija de Severina Pereira da Silva, fallecida, y de padre desconocido. Estoy recuperando mi identidad legal a través de un proceso que corre en paralelo a esta acción.

El juez anotó. Miró al abogado de ella. El abogado movió la cabeza una vez.

—Bien —dijo el juez—. Vamos al motivo del careo. Doctora Helena, doctor Sampaio, ustedes conocen el objeto. Hay divergencias sustanciales entre la declaración de la señora Andreia prestada en octubre y la declaración de la señora Clara prestada en mayo, sobre los eventos de la mañana del día dieciséis de mayo en la Fazenda Boa Vista. Voy a leer los puntos de divergencia uno por uno y le voy a preguntar a cada una de las señoras su versión. Las señoras están obligadas al compromiso de la verdad.

Apreté la lapicera en la mano. Helena puso su mano sobre la mía debajo de la mesa. Apretó una vez. Soltó.

—Punto uno —leyó el juez, del papel frente a él—. La señora Clara afirmó en la declaración de mayo que el incendio en el cuarto de la señora Andreia fue causado por la propia señora Andreia, en ataque de furia tras una revelación hecha por la señora Lúcia Vasconcelos sobre la filiación biológica de la señora Andreia. La señora Andreia, en la declaración de octubre, afirmó que el incendio fue causado por el señor Renato Aparecido de Oliveira, con intención de crear caos para favorecer la fuga de las demás personas presentes en la casa. Señora Andreia, ¿mantiene la versión?

—La mantengo, su señoría. Fue Renato. Lo vi subir con un paño embebido en alcohol combustible minutos antes de que empezara el incendio. No fui a mi cuarto esa mañana.

—Señora Clara, ¿mantiene la versión?

Miré a Helena. Helena movió la cabeza una vez. *Ajustá.*

—Su señoría —dije—, pido la venia para corregir un aspecto de mi declaración de mayo.

Andreia, del otro lado de la mesa, sonrió. Fue una sonrisa mínima, casi invisible. Pero la vi. Había estado esperando esa frase.

—Puede proseguir —dijo el juez.

—En mayo, presté declaración bajo estado de shock agudo, ocho horas después de los eventos, en el hospital de Cunha, sin abogada presente. En aquel momento, dije que había visto a la señora Andreia incendiar el propio cuarto. No lo vi. Lo inferí. Vi el humo viniendo de su cuarto, oí la versión de otros testigos en el calor del momento, y relaté lo que parecía más probable en aquel momento. Hoy, con la serenidad que seis meses permiten, rectifico: no vi a la señora Andreia prender fuego. Tampoco vi al señor Renato hacerlo. Vi solamente el humo y el resultado.

Hablé despacio. Helena había ensayado la frase conmigo en el auto a la mañana. *No mientas, Clara. Retrocedé. Retroceder es distinto a mentir.*

El juez anotó. Miró a Andreia.

—Señora Andreia, la señora afirma haber visto al señor Renato con el paño embebido. ¿Puede describir?

—Puedo, su señoría. Fue alrededor de las siete y cincuenta de la mañana. Estaba bajando la escalera principal, volviendo del cuarto

de doña Lúcia, donde Clara me había llamado diciendo que la señora había tenido una crisis. Vi a Renato subir por la escalera de servicio, en el otro pasillo, con un paño blanco enrollado en la mano derecha. Sentí el olor a alcohol. No le di importancia en el momento porque Renato hacía limpieza con alcohol con frecuencia. Fue sólo después, con el humo, que entendí.

—¿Por qué la señora no lo impidió?

—Porque no tenía cómo saberlo, su señoría.

—¿La señora entonces mantiene que no tiene responsabilidad por el incendio?

—La mantengo.

El juez anotó. Pasó al punto dos.

—Punto dos. La señora Clara afirmó que la señora Lúcia Vasconcelos, en conversación privada en la sacristía de la capilla, confesó tener conocimiento previo de los homicidios practicados en la finca, y haber firmado documentos que permitieron la continuidad de esos crímenes. La señora Andreia, en la declaración de octubre, afirmó que esa conversación nunca ocurrió, y que la señora Lúcia fue forzada por la señora Clara a firmar un agregado al testamento bajo coacción. Señora Andreia, ¿mantiene?

Andreia respiró hondo.

—Mantengo, su señoría. Clara me ató las muñecas. Me mantuvo atada por aproximadamente veinte minutos. Durante ese período, vi a Clara dictar el contenido del agregado al testamento a doña Lúcia, con Júlia sosteniéndole la mano a doña Lúcia para guiarle la caligrafía. Doña Lúcia ya presentaba signos neurológicos, pre-ACV, conforme consta en el informe médico subsecuente. No tenía capacidad civil en aquel momento. Clara lo sabía. Es enfermera. Lo sabía.

Miré a Helena.

Helena estaba muy quieta. Tenía una de las manos sobre la carpeta. No hizo seña alguna.

—¿Señora Clara?

Respiré.

—Su señoría. El agregado al testamento fue escrito por la propia señora Lúcia, de su puño y letra, en la sacristía de la capilla, antes de la llegada de la policía. La señora Andreia estuvo presente, con las muñecas atadas por mí, sí, por la única razón de que minutos antes había disparado un arma de fuego dentro del cuarto de la señora Lúcia, con intención de homicidio. El roce de la bala raspó mi brazo izquierdo. El informe del hospital de Cunha consta en autos. La sujeción fue medida de contención, no tortura. La señora Lúcia, en pleno juicio, dictó y firmó. La señora Júlia no guió caligrafía alguna — la señora Júlia estaba al otro lado de la sacristía, junto al armario, sosteniendo un candelabro de bronce. Yo estuve al lado de la señora Lúcia. Puedo confirmar su lucidez por la misma formación técnica que la señora Andreia invoca como prueba en contrario.

Andreia me miró.

—Clara puede confirmar la lucidez que quiera, su señoría. Yo puedo confirmar la contraria. Estamos las dos en condición equivalente de testigo técnica, y por eso pedí el careo.

—¿La señora pidió el careo? —preguntó el juez.

—Lo pedí, su señoría. A través de mi abogado, en octubre. Para tener la chance de oír, frente a frente, a la señora Clara sostener ante la señora la versión que ella construyó para quedarse con la herencia que me pertenecía legalmente, como hija biológica reconocida de la familia Vasconcelos por línea paterna directa,

conforme examen de ADN ya presentado en este juzgado en octubre.

El aire de la sala cambió.

Helena, a mi lado, hizo un movimiento muy pequeño con la cabeza. Hacia atrás. De sorpresa.

—Examen de ADN —repitió el juez, despacio—. ¿Doctor Sampaio?

El abogado de Andreia abrió una carpeta. Sacó un sobre. Se lo extendió al juez.

—Su señoría, con la venia de la defensa, en este acto presento copia del examen pericial realizado por el laboratorio Alvaro, en São Paulo, con material genético de mi clienta Andreia Pereira da Silva y material genético post-mortem del señor Heitor Vasconcelos, exhumado por autorización judicial en septiembre de este año. El resultado confirma parentesco en primer grado por la línea paterna. Andreia Pereira da Silva es hija biológica de Heitor Vasconcelos. El original será adjuntado a los autos hoy a la tarde por petición.

El juez agarró el sobre. Lo abrió. Leyó por unos treinta segundos. No hizo expresión.

—Doctora Helena, ¿la defensa de la señora Clara tenía conocimiento de este peritaje?

Helena se sacó los lentes negros. Los limpió con la manga del tailleur. Se los puso de vuelta.

—Tenía conocimiento de una exhumación autorizada, su señoría. No tenía conocimiento de que el resultado sería presentado en este careo como prueba de mérito sobre el testamento. Este es un careo penal, sobre eventos de mayo. La cuestión sucesoria corre en sede civil, por separado. La defensa cuestiona el uso de este documento en este momento.

—¿Doctor Sampaio?

—Su señoría, el documento es presentado como prueba de motivación. Está en los autos del careo para demostrar que mi clienta tenía vínculo familiar real, biológico, con la Fazenda Vasconcelos, y por lo tanto no tenía motivación para incendiar el patrimonio propio. La motivación es de la señora Clara, que necesitaba el humo y el caos para forzar a la señora Lúcia, ya debilitada, a firmar un agregado que la señora Clara misma redactó.

—Yo no redacté agregado alguno —dije, sin permiso para hablar.

El juez levantó la mano.

—Señora Clara. La señora va a hablar cuando le pida.

—Disculpe, su señoría.

Andreia me miró de nuevo. Aquella mirada suya. Aquella mirada de quien había decidido algo.

—Su señoría —dijo, bajito—, quería pedir el registro de una última cosa.

—Puede.

—La señora Júlia Aparecida da Silva, actualmente prófuga, es mi media hermana.

La sala quedó en silencio.

—¿Media hermana? —preguntó el juez.

—Sí, su señoría. Hija del mismo padre biológico, Heitor Vasconcelos, con madre distinta — Maria Aparecida da Silva, fallecida en mil novecientos noventa y cinco. El examen de ADN presentado también demuestra ese parentesco en segundo grado. La señora Júlia, a lo largo de los veinte años en que vivió en la finca, sabía de ese

parentesco. La señora Lúcia lo sabía. Yo misma sólo lo descubrí en enero de este año, tres meses antes del incendio, cuando el señor Renato me mostró los documentos. Fue este descubrimiento, y no lo que pasó con Severina, lo que me hizo romper con doña Lúcia en mayo. Pido que esto quede registrado.

El juez anotó.

—Señora Clara —dijo—, ¿la defensa de la señora tiene conocimiento de este segundo parentesco?

Miré a Helena. Helena me miró. Por primera vez en aquella mañana, Helena pareció no saber qué decir.

—Su señoría —dijo Helena—, la defensa solicita suspensión del careo por treinta días para análisis de la documentación presentada hoy, que altera significativamente el cuadro fáctico que la defensa preparó.

—Denegado. El careo continúa. Señora Clara, responda.

Respiré.

—Su señoría, no tenía conocimiento. Pero observo que el parentesco biológico entre la señora Andreia y la señora Júlia, aun si es verdadero, no altera los hechos imputados a la señora Andreia en el proceso principal: tres homicidios calificados, tentativa de homicidio, fraude documental. Que la señora Andreia sea hija biológica del señor Heitor no la inocenta de los crímenes que cometió en la casa de su padre biológico.

El juez me miró. Sonrió una fracción de segundo. Fue la primera expresión que hizo en toda la mañana.

—La señora Clara está correcta en el principio, pero la señora no está aquí para hacer sustentación jurídica. Está para responder a hechos. La señora respondió. Anotado.

El careo continuó por cuarenta minutos más. Andreia mantuvo la versión de Renato como incendiario. Yo mantuve el retroceso de mi versión original. El juez anotó todas las divergencias, hizo cuatro preguntas técnicas adicionales sobre horarios y topografía de la casa, y a las once y cuarenta cerró la sesión.

—Este juzgado tendrá quince días para decidir sobre el aprovechamiento de las declaraciones. Las partes serán notificadas. Buen día.

Andreia se levantó. Las agentes mujeres se acercaron para escoltarla. Antes de darse vuelta, me miró, del otro lado de la mesa, y dijo una frase en voz baja, baja lo suficiente como para que el juez ya saliendo no la oyera, pero alta lo suficiente para mí, para Helena, y para su abogado.

—Júlia te mandó un abrazo, Clara.

Me quedé inmóvil.

—¿Cómo?

—Júlia. Te mandó un abrazo.

—¿Júlia habló contigo?

Andreia sonrió. Fue la última sonrisa que me dio en esta vida, creo.

—Júlia me visita.

—¿En Tremembé?

—En Tremembé.

—Estás mintiendo.

—Lo estoy. Tal vez. Pero Júlia te mandó un abrazo, Clara. Y me dijo que te dijera que está leyendo la nota de *Veja* con mucho cariño. Tu

foto le pareció linda.

Se dio vuelta. Las agentes la escoltaron afuera.

Me quedé sentada en la silla del foro otros dos minutos. Helena a mi lado, en silencio. Su abogado recogiendo papeles con calma.

—Helena.

—Sí.

—Está fanfarroneando.

—Probablemente.

—¿Probablemente?

—Clara, la foto de *Veja* salió en junio. En ese momento, Júlia ya estaba prófuga. Andreia ya estaba presa. Para que Andreia sepa que Júlia "encontró linda la foto", una de dos cosas tiene que ser verdad. O Andreia inventó la frase ahora, en este momento, para desestabilizarte. O Júlia estuvo en contacto con ella en algún momento de los últimos cinco meses.

—En Tremembé es imposible.

—No es imposible. Es difícil. Hay forma: por medio de otra detenida que recibe visita, por carta marcada, por llamada desviada. Es difícil, pero hay forma.

—Helena.

—Sí.

—Júlia está viva.

—Ya sabíamos que estaba viva. Se fugó, no murió.

—No. Quiero decir: Júlia está cerca. Está al tanto de mí. Está leyendo lo que sale sobre mí. Me mandó un abrazo.

Helena cerró la carpeta de cuero marrón. La puso sobre la mesa.

—Bien, Clara. Vamos a casa. Hoy no decidimos nada. Hoy almorzamos, volvemos a Curitiba, dormimos. Mañana te llamo y conversamos.

Salimos del foro. El sol de São Paulo a fines de noviembre golpeaba en la plaza del edificio con una fuerza que había olvidado en Curitiba — luz blanca, dura, sin dulzura. Helena llamó a un taxi al aeropuerto de Congonhas. En el asiento de atrás, sacó un sobre de la carpeta de cuero y me lo pasó.

—¿Qué es esto?

—Llegó al estudio de São Paulo el viernes. Lo traje hoy para entregártelo personalmente, pero el careo se atravesó. Abrí cuando quieras.

Giré el sobre en la mano. Era un sobre blanco, común, sin remitente, con mi nombre escrito a mano. *Clara Moreira, al cuidado del estudio Brizola Advocacia.*

La letra no era la de Renato. No era la de Andreia. No era la de Helena.

—¿Sabés de quién es?

—Creo que sí. No estoy segura.

—¿De quién?

—Abrilo, Clara.

Abrí.

Adentro había una única hoja de papel rayado, con tres frases escritas a mano, sin firma.

Clara,

Sobreviví. Vos también. Por ahora.

Dentro de un año y medio, en mayo, te aviso dónde.

Miré a Helena.

Helena miró la calle, por la ventana del taxi.

—¿Matasellos? —pregunté.

—Salvador. Bahía. Capital. Diecisiete de noviembre.

—Salvador.

—Salvador.

Seguimos al aeropuerto en silencio.

Capítulo 21

Mayo de dos mil veintisiete llegó de un modo que no esperaba — sin aviso, sin ceremonia, sin el peso simbólico que un año entero de una historia mala debería tener.

Fue un martes común, día once, con Curitiba ya en el frío adelantado del otoño, cuando Mariana Ferraz golpeó la puerta de mi oficina en la sede de la fundación y dijo:

—Clara, Beatriz aceptó.

La miré.

—Aceptó.

—La madre firmó ayer. La nena empieza en agosto, en el Colégio Medianeira, en Curitiba. Internado durante la semana, casa los fines de semana. Cristina va a venir con ella, le conseguimos trabajo en la recepción de la clínica odontológica de la prima de Tati. Todo arreglado.

No dije nada por unos diez segundos. Mariana esperó, del modo en que había aprendido a esperar cuando yo necesitaba silencio. Era una de las cosas que hacían a Mariana buena para trabajar — había aprendido a leer mis silencios en ocho meses de convivencia diaria.

—¿Cómo lo presentaste? —pregunté.

—Del modo que combinamos. Concurso abierto, criterios objetivos, entró por el cupo de hijas de víctimas de violencia doméstica. La documentación de Cristina cubre el criterio — el ex marido tiene tres denuncias policiales, en dos mil quince, diecisiete y diecinueve. El criterio se cumplió sin ninguna mención a Renato.

—Cristina no sospechó.

—No. Cristina está agradecida, Clara. Ayer me llamó llorando.

Asentí. Mariana salió de la oficina, cerró la puerta con cuidado. Me quedé sola en mi escritorio, mirando la ventana, que daba a un pedazo de la calle Saldanha Marinho con un plátano de octubre soltando hojas amarillas.

La Fundação Marlene Aparecida dos Santos funcionaba en Curitiba desde octubre de dos mil veintiséis, en el entrepiso de una casa antigua cerca del Largo da Ordem. Tenía siete empleados en mayo de veintisiete, tres abogadas voluntarias, un convenio con la facultad de trabajo social de la UFPR, y tres casas de tránsito operando — dos en São Paulo, una en Belo Horizonte. Había rescatado, en los primeros ocho meses, a veintitrés mujeres en situación de trabajo doméstico en régimen de cautiverio disfrazado. Once eran del interior de São Paulo. Cuatro eran de Minas. Una era de Espírito Santo. Las otras siete eran de ciudades dispersas de Brasil que ni sabíamos cómo habíamos logrado alcanzar. Era un número pequeño. Era un número enorme. Depende de cómo se cuente.

Yo no dirigía la fundación. Mariana la dirigía. Yo era presidenta del consejo, hacía reuniones mensuales, firmaba lo que había que firmar, hablaba con la prensa cuando Helena autorizaba, y me quedaba en Curitiba sin viajar mucho, del modo en que Helena había pedido en enero después de que descubrimos cómo Andreia mantenía contacto con Júlia.

Fue en enero de veintisiete que descubrimos.

Helena había contratado un investigador particular en diciembre de veintiséis, tres semanas después del careo. Era un ex comisario de Cunha, el mismo que había sido cliente suyo en veinte veinte, y que había sido el intermediario para que Wilson llegara a mí en agosto. Hizo un servicio discreto en Tremembé, identificó los patrones de visita de Andreia, identificó a dos detenidas que recibían visita por

procuración de procuradores ficticios, y en enero de veintisiete entregó un informe de diecisiete páginas con la estructura completa.

Júlia no estaba en Salvador. Júlia estaba en el interior de Bahía, en un pueblo a siete horas de Salvador en auto. Vivía bajo el nombre de Maria do Carmo Aparecida, en una casa simple, sola, trabajando como auxiliar en una pequeña posada propiedad de una viuda anciana que le debía algún tipo de favor antiguo a su familia. La señal era esa. Júlia había encontrado, en el interior de Bahía, una versión más chica y más suave de lo que Lúcia había construido en Cunha — una mujer mayor, sola, con algo de dinero, dependiente de una cuidadora que sabía qué hacer. No había indicios de violencia. La viuda, según el informe, era cuidada con afecto. Tal vez Júlia había aprendido lo que aprendió en la finca y había decidido hacerlo distinto. Tal vez estaba esperando el momento. No había cómo saberlo.

Júlia se comunicaba con Andreia por correspondencia, con estampillas compradas en Cunha por una tercera persona — una mujer de unos sesenta años, del barrio Cantagalo, vecina de larga data de la familia de Renato, que recibía sobre vacío del interior de Bahía, ponía adentro la nota que Júlia mandaba en otro sobre separado, y la despachaba desde Salvador con estampilla de Cunha. Sistema ingenioso. Sistema también rastreable, cuando tenías un buen ex comisario y paciencia.

Helena me presentó el informe en febrero, en mi oficina de la fundación, con Mariana afuera porque no quería que Mariana supiera de ese pedazo de mi vida.

—Clara, tenés tres opciones.

—De nuevo tres opciones, Helena.

—De nuevo. Pero opciones distintas esta vez.

Sonreí. Fue una sonrisa corta, sin alegría, pero fue sonrisa.

—Decí.

—Opción uno: entregás el informe a la Policía Federal. La capturan a Júlia en tres días. Vuelve a Tremembé, pierde la chance de buscarte, pierde la chance de encontrarte, y termina su vida presa.

—Opción dos.

—Opción dos: no entregás nada. Esperás la nota que prometió para mayo de veintiocho. Vas al encuentro. Decidís qué hacer a partir de lo que ella diga.

—Opción tres.

Helena dudó. Fue la primera vez en todo el caso que la vi dudar.

—Opción tres: vas a Bahía antes de su invitación. Aparecés en el pueblo, en la posada de la viuda, sin aviso, en un día común. La mirás. Conversás. Volvés. Sin policía. Sin promesa. Sin decisión que tomar en el momento. Sólo ves quién es hoy, después de un año lejos de la finca.

—¿Por qué esa opción?

—Porque Andreia te derrotó en el careo, Clara. El testamento de Lúcia todavía está en pie, pero vos sabés y yo sé que va a caer. En dos o tres años máximo, Andreia gana la acción civil y el cuarenta por ciento vuelve a ella, aunque esté presa. La plata de la fundación está garantizada porque la fundación ya la recibió, pero tu herencia personal, los dos millones en cuenta corriente que tenés hoy, eso se va. Y ahí te quedás con la fundación funcionando y una vida personal sin red.

—Helena, ¿qué tiene que ver eso con Júlia?

—Tiene que ver porque Júlia, en Bahía, tiene una cosa que vos no tenés. Tiene claridad. Sabe quién es. Cometió los crímenes que

cometió, carga lo que carga, pero no tiene dudas sobre lo que quiere de la vida que le quedó. Vos sí. Vos seguís decidiendo todos los días quién sos después de Cunha. Tal vez ver a Júlia, sin policía, sin dramaturgia, sin juicio, te ayude a cerrar esa pregunta sola.

Miré a Helena.

—¿Me estás sugiriendo terapia con criminal prófuga como abogada penalista?

—Sí. Es terrible. Pero es lo que te sugiero.

Pensé por unos dos minutos. Helena esperó, con aquella paciencia cansada suya.

—Voy por la opción dos —dije, finalmente—. Espero la nota. No quiero ir hasta ella. Quiero que venga hasta mí, o por lo menos al lugar que elija.

—¿Por qué?

—Porque es su modo. Y porque no le debo nada. Si quiere verme, elige el lugar. Yo aparezco.

Helena asintió una vez.

—Bien. Opción dos. Pero voy con vos.

—Helena.

—No negocio esta, Clara.

—Bien.

La nota llegó el catorce de abril de dos mil veintiocho. Un año y cinco meses después de la primera. Vino del mismo modo — sobre blanco, sin remitente, sello de Salvador, despachado por la vecina de

Renato sin que ella supiera bien qué despachaba. La letra era la misma. Tres frases.

Clara,

Pelourinho. Veintitrés de mayo. Café do Coliseu, trece horas.

Vení sola, vení armada si querés.

Leí la nota en mi oficina. Llamé a Helena. Helena llegó a Curitiba a la mañana siguiente.

—¿Vas? —preguntó, con la nota en las manos.

—Voy.

—¿Sola?

—No. Vos vas. Pero te quedás fuera del café.

—¿Dónde?

—No sé. En algún bar cerca. Te aviso después de ver el lugar.

—¿Armada?

—No, Helena.

—¿Por qué no?

—Porque no le disparo a nadie, Helena. Soy enfermera. Si entro armada, es mensaje equivocado. Y porque si Júlia hubiera querido matarme, tuvo un año y medio para mandar a alguien. No lo hizo. Quiere otra cosa.

—¿Qué?

—No sé. Es eso lo que voy a descubrir.

Helena guardó la nota en una carpeta con etiqueta. Me miró desde la mesa de la oficina por un tiempo largo. Fue la única vez en toda la relación que la vi mirarme de aquel modo específico — no como abogada mirando a su clienta, sino como una mujer mayor mirando a una mujer más joven a punto de hacer algo que no tenía cómo deshacerse.

—Clara.

—Sí.

—Cuando esto termine — en Salvador, en junio, en julio, en algún momento después de Salvador — ¿sabés qué querés hacer con tu vida?

—Continuar la fundación.

—Sacando la fundación.

Pensé.

—No.

—Pensalo hasta el día veintitrés.

—Bien.

Pensé.

Pensé en las tres semanas entre la llegada de la nota y el viaje a Salvador. Pensé caminando por el Passeio Público a la mañana, pensé en la oficina de la fundación a la tarde, pensé acostada en la cama del departamento de la calle Mariano Torres a la noche. Sabía que la pregunta de Helena no era retórica. Era operativa. Era la pregunta correcta para hacerle a una mujer de treinta y tres años, sin deudas, con una fundación funcionando sin necesitarla presente todos los días, con una vida personal que se resumía a dos amigas

— Tati en São José y Mariana en Curitiba — y a una abogada que se había vuelto casi madre.

No tenía novio. No tenía plan de tener. Júlia había entrado en mi cabeza del modo en que entraba en todas las cabezas que cruzaba — como una fijación, como un problema pendiente, como una ventana abierta que no lograba cerrar mientras no conociera, personalmente, el final de aquella historia.

Un martes de mayo, exactamente quince días antes del viaje, llamé a Wilson en Cunha.

—Wilson.

—Doña Clara.

—Quería conocer a Beatriz. No mañana, no este mes. Pero en junio, después de volver de Salvador.

—¿Salvador?

—Voy a Salvador el día veintidós.

Silencio en la línea. Wilson sabía qué era Salvador. Nunca se lo había dicho, pero Wilson era de Cunha, y Cunha era ciudad chica, y la vecina de Renato que despachaba las cartas la conocía, y en algún momento de los últimos dieciocho meses había juntado las piezas.

—Doña Clara —dijo, finalmente—. ¿La señora está segura?

—Estoy.

—¿La señora va sola?

—Voy con Helena. Pero me encuentro con ella sola.

—¿La señora me llama cuando vuelva?

—Llamo.

—Yo le presento a Beatriz en junio. Sin falta.

—Gracias, Wilson.

—La señora cuídese, doña Clara. La señora cuídese mucho.

Corté.

El día veinte de mayo, el viernes anterior al viaje, fui a Mariana y le dije que iba a tomarme una semana de licencia.

—¿A dónde vas?

—A Salvador. Cosa personal.

—¿Todo bien?

—Todo. Vuelvo el lunes de la semana que viene.

—¿Querés que te llame durante?

—No. Yo te llamo si necesito.

Me miró. Mariana sabía lo suficiente de mi historia como para entender que había pedazos que no debía preguntar. En ocho meses, había aprendido a no preguntar.

—Clara.

—Sí.

—¿Te acordás de que el año que viene la fundación cumple dos años?

—Me acuerdo.

—Quería proponer una cosa, pero para otro día. Cuando vuelvas.

—Podés proponer ahora.

—Quería proponer que invitemos a Beatriz a hacer una intervención corta en el aniversario de dos años de la fundación, en octubre. Ya va a haber cumplido diez años, va a estar en el segundo semestre del internado, es una nena muy articulada, lo vi en las primeras semanas. Quería que hablara, sin saber su historia, sobre lo que significa la beca. Va a ser lindo.

Miré a Mariana.

—Sabés.

—Sé, Clara. Hace como tres meses que junté las piezas. No te lo dije porque vos no lo dijiste.

—¿Quién más sabe?

—Creo que nadie. Cristina, su madre, no lo sabe. Beatriz menos todavía. Sólo vos, Helena, y ahora yo.

—Cuatro.

—Cuatro.

—Bien —dije—. Cuando vuelva de Salvador, hablamos de su intervención.

Mariana asintió una vez, sonrió, salió de la oficina.

Y fue en ese momento, con la puerta cerrándose detrás de ella, que entendí, sola en mi oficina, cuál era la respuesta a la pregunta que Helena había hecho tres semanas antes.

Lo que quería de mi vida, sacando la fundación, era exactamente esto — una nena de nueve años que iba a cumplir diez en octubre,

sin padre vivo, recibiendo una beca que venía de un lugar que nunca iba a saber, haciendo una intervención corta en una ceremonia que no iba a entender, y creciendo en una ciudad que no tenía nada que ver con la ciudad donde su abuelo había muerto sentado en una escalera con pólvora en la sien y cumarina en el estómago.

Era poco. Era pequeño. Era todo.

Cerré la oficina. Tomé el colectivo a casa. Compré pan de queso congelado en el camino. Llegué a casa a las siete y cuarto, me saqué el abrigo, me senté en el sofá gris, y me quedé mirando la ventana oscura de la calle Mariano Torres por un tiempo que no puedo precisar.

En algún momento de aquel silencio, pensé en Renato.

Pensé en él sentado en el rellano de la escalera de la finca, con el cuchillo en el regazo, diciendo *treinta y dos años planeando y a la hora no pude apretar el gatillo*. Pensé en él diciéndome *si esa nena lo logró entonces tal vez ya no haga falta*. Pensé en él tomando la cumarina después de que yo subiera a la ambulancia porque su trabajo había terminado.

Y pensé que, dos años después, su trabajo había continuado. A través mío. Sin que yo lo hubiera pedido. Sin que él hubiera previsto exactamente cómo.

Beatriz iba a tener educación. Henrique estaba bien en Itapecerica — el investigador de Helena lo confirmaba cada seis meses, en informes cortos que Helena me pasaba sin comentar. Las veintitrés mujeres de la fundación habían salido del cautiverio. Otras iban a salir.

Había aceptado la herencia de una mujer que había mandado matar. Había mantenido silencio sobre lo que Renato me contó en la ambulancia. Había retrocedido en declaración para preservar una versión útil. Había hecho todo lo que Helena, en la primera

conversación en São José, había listado como la “tercera opción” — cínica, pero con propósito.

Y el resultado, dos años después, era que todavía no dormía bien. Pero dormía.

Fui al dormitorio. Me bañé. Me acosté.

Faltaban dos días para tomar el avión a Salvador, encontrar a Júlia en un café del Pelourinho a las trece horas de un miércoles de mayo, y descubrir, por última vez en aquella historia, qué versión de la verdad era la verdad.

Apagué la luz.

Dormí.

Capítulo 22

El vuelo de Curitiba a Salvador salió a las seis y cuarenta de la mañana del día veintidós de mayo de dos mil veintiocho.

No dormí la noche anterior. No por nervios, creo — por otra cosa, una cosa más quieta, más parecida a la víspera de un examen, cuando una ya estudió todo lo que se podía estudiar y lo que falta es sólo que el cuerpo pase por el lugar donde el examen ocurre. Helena durmió en el departamento de al lado, en el piso de huéspedes, con un despertador silencioso para las cuatro y media. Tomamos un taxi al Afonso Pena todavía oscuro, embarcamos sin intercambiar dos frases enteras, y dormimos en el avión las tres horas y quince minutos del vuelo directo, del modo en que dos mujeres cansadas duermen cuando el resto del mundo todavía no les pidió nada.

Salvador apareció por la ventana del avión a las nueve y cincuenta — verde, azul, blanca, con aquel exceso de luz que tiene una ciudad del nordeste en mayo, incluso después de la lluvia de madrugada. Helena había reservado un hotel pequeño en Santo Antônio Além do Carmo, a quince minutos a pie del Pelourinho. Habitación doble, dos pisos arriba de la recepción, ventana a un patio con un mango.

Almorzamos a las once y cuarenta en el restaurante del hotel, comimos poco, no hablamos del encuentro. Helena leyó el diario en el celular. Yo miré por la ventana. A las doce y veinticinco subí al cuarto, me cepillé los dientes, cambié la camisa por una blanca de algodón, me puse un jean oscuro, zapatillas blancas. Sin maquillaje. Sin aros. Me puse una cadenita chica de plata con una medallita lisa que había sido de mi abuela — no por simbolismo, por costumbre de viaje.

Helena me esperaba en el lobby a las doce y cincuenta.

—¿Sabés dónde queda Coliseu? —pregunté.

—Sé. Pasé por la vereda esta mañana. Está en la calle João de Deus, esquina con el Largo do Pelourinho. Tiene mesas afuera y adentro. Yo voy a estar en el bar de enfrente, el Cravinho. Te veo desde ahí sin que vos me veas.

—Bien.

—Clara.

—Sí.

—Combiná una señal conmigo. Si necesitás que entre, hacé algo visible.

—Bien. Me pongo la cadena por encima del cuello de la camisa.

—Trato hecho.

Salimos juntas del hotel. Caminamos en silencio hasta la esquina del Largo do Pelourinho. El Pelourinho tenía el movimiento normal de un miércoles de mayo, calor de veintiocho grados, turistas con gorra, vendedores ambulantes con camiseta de fútbol, dos chicos golpeando una lata en una esquina de la plaza. La iglesia del Rosário dos Pretos con la fachada azul brillando bajo el sol de las trece horas exactas.

Helena entró al Cravinho. Yo seguí hasta el Coliseu.

El Café do Coliseu era pequeño, con tres mesas afuera en la vereda y cuatro mesas adentro, alrededor de una barra de madera oscura. Tenía una ventana grande de vidrio mirando a la calle João de Deus, y una puerta única, simple, sin cartel, con el nombre del café pintado en letras pequeñas en el dintel.

Júlia ya estaba ahí.

La vi antes de entrar, por la ventana. Estaba sentada en la mesa del fondo, a la izquierda, mirando hacia la puerta. Sola. Con un vaso de agua delante y nada más.

Abrí la puerta.

Júlia había cambiado de un modo que no esperaba. Había engordado unos ocho kilos — no lo suficiente como para decir que había engordado, pero lo suficiente como para decir que se había alimentado regularmente por dos años, lo que era la primera cosa que yo, como enfermera, notaba en cualquier persona que había pasado por cautiverio. El pelo más largo, a la altura del hombro, con mechones canosos que no se teñía. Vestía una blusa de lino crema y pantalón de algodón negro. Tampoco tenía maquillaje. Sin aros. Sandalia de cuero marrón.

Me miró cuando entré e hizo un gesto pequeño con la mano. Me senté en la silla de enfrente.

—Clara.

—Júlia.

Se quedó en silencio unos tres segundos. Apareció el mozo. Pedí agua. Se fue.

—¿Viniste sola? —preguntó.

—Vine con Helena. Está en el bar de enfrente. No va a aparecer si no la llamo.

—Pensé que vendrías con policía.

—No traje policía.

—¿Por qué?

Pensé la respuesta antes de hablar.

—Porque no vine a entregarte. Vine a escucharte.

Movió la cabeza una vez. Fue casi un agradecimiento.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Estoy. ¿Y vos?

—Bien lo suficiente.

—¿La fundación?

—Funcionando. Veintitrés rescates en el primer año. Van a ser unos sesenta este año.

—Bueno.

Nos quedamos en silencio otra vez. El mozo trajo mi agua. Tomé un sorbo. Júlia me miraba de un modo que no podía descifrar — no era hostil, no era afectuoso, era el tipo de mirada que se le da a algo que se reconoce desde lejos y todavía no se decidió si se quiere acercar.

—Júlia, ¿por qué me llamaste acá?

Respiró hondo.

—Por tres cosas. Te las voy a decir una por una. Vas a escucharme, vas a responder lo que quieras, y después decidimos qué hacer con cada una. ¿Trato?

—Trato.

—La primera es algo que te debo, Clara. No es información nueva. Es un pedido de disculpas.

Hablaba mirando la mesa, no a mí.

—Te mentí en el sótano de la finca. Te dije que había matado a Marlene. No la maté. Sé que ya lo sabés, porque Renato te lo contó. Pero nunca te dije personalmente que mentí, y quería decírtelo hoy. Mentí porque, si yo era la asesina de Marlene, ibas a ayudarme a huir con más convicción. Las víctimas que matan a otras víctimas son mejores aliadas que las víctimas que sólo obedecen órdenes. Fue cálculo, y fue cálculo sucio, y era cálculo que Lúcia me había enseñado a hacer. Te pido disculpas.

No respondí enseguida. Tomé otro sorbo de agua.

—Bien —dije—. Acepto.

—¿Sólo eso?

—Júlia, tuve dos años para procesar ese pedazo. Ya había aceptado antes de que me lo pidieras. Seguimos.

Me miró por primera vez en la conversación.

—Estás distinta, Clara.

—Lo sé.

—Distinta buena.

—Tal vez.

Respiró.

—La segunda cosa es información nueva. No sé si la sabés o no. Te la cuento y me decís si la sabías.

—Bien.

—Andreia está negociando delación premiada con el Ministerio Público desde febrero.

La miré.

—No. No lo sabía.

—¿Helena lo sabe?

—Creo que no. O si lo sabe, no me lo dijo.

—Probablemente no lo sabe todavía. La negociación está bajo secreto, en un juzgado separado. Yo lo sé sólo porque hay una detenida en Tremembé que es contacto mío. Andreia está ofreciendo la ubicación de cinco cuerpos que no fueron encontrados a cambio de reducción de pena. Tres son cuerpos de antiguas empleadas de la finca Vasconcelos, anteriores a veintiuno, que presenció o ayudó a esconder cuando era adolescente. Dos son cuerpos que dice que están en otras propiedades de la familia — una en Mogi das Cruzes, otra en São Lourenço, Minas. Está ofreciendo todos. Junto con eso, está ofreciendo una cosa que te va a afectar directamente, Clara.

—¿Qué?

—Está ofreciendo una versión completa de lo que pasó en la sacristía de la capilla el dieciséis de mayo de veintiséis. Una versión en la que ella aparece como coaccionada y en la que vos aparecés como autora moral del incendio.

—Júlia, eso no tiene prueba material.

—No tiene. Pero la delación no necesita prueba material. Necesita versión coherente que abra nuevas líneas de investigación. Y la versión de ella va a abrir. Va a abrir investigación sobre vos, Clara. Sobre el testamento. Sobre la fundación. Sobre tu patrimonio. Va a durar dos, tres años. No te va a condenar, porque ella no tiene cómo probar. Pero te va a destruir públicamente, va a congelar tu acceso al dinero de la herencia bajo medida cautelar, va a paralizar la fundación en pleno crecimiento, y te va a sacar a Beatriz del

internado porque el programa de becas necesita un consejo no investigado para continuar.

Cerré los ojos un segundo.

—¿Cómo sabés de Beatriz?

—Sé todo sobre vos de los últimos dos años, Clara. No estoy sola acá en Bahía. Tengo una red chica, pero eficiente. Sé de Beatriz, sé de Henrique en Itapecerica, sé de Mariana, sé de Wilson, sé de la nota de *Veja*. Lo sé porque necesité saberlo.

—¿Por qué?

—Porque la tercera cosa que vine a contarte es la oferta.

Júlia respiró hondo. Puso las dos manos sobre la mesa, una a cada lado del vaso de agua. Sus manos estaban más llenas que dos años antes, con manchas pequeñas de sol en el dorso, uñas cortas, sin esmalte. Manos de una mujer de cuarenta y pico que había aprendido a vivir de nuevo.

—Puedo impedir la delación de Andreia.

La miré.

—¿Cómo?

—Me entrego.

Silencio.

—Me entrego a la Policía Federal —continuó— antes de que Andreia cierre el acuerdo. Cuando me entrego, traigo, en paquete único, la ubicación de los cinco cuerpos que Andreia quiere negociar — porque sé dónde están, mejor que ella, porque fui yo la que enterró tres de ellos. Traigo también una versión completa de lo que pasó en toda la finca, del principio al fin, en la que Lúcia aparece como

mandante principal, Andreia como ejecutora, Eduardo como instrumento, y Renato y yo como cómplices coaccionadas. No te menciono en ningún momento, Clara. Salís de la historia entera. El careo de noviembre de veintiséis, en el que Andreia abrió el cuestionamiento sobre el testamento, queda como punto muerto porque mi versión sostiene el agregado de Lúcia como acto voluntario y lúcido. La herencia queda con vos. La fundación continúa. Beatriz queda en el internado. Henrique queda en Itapecerica.

—¿A cambio de qué, Júlia?

—A cambio de que nunca más me pidas nada.

—No te estoy pidiendo nada ahora.

—Lo sé. Por eso la oferta es gratuita. Pero quería decírtelo personalmente, antes de hacerlo.

La miré.

—Júlia.

—Sí.

—Entregarte significa qué para vos.

Sonrió. Fue la primera sonrisa real suya en la conversación.

—Significa Tremembé, Clara. Significa el resto de la vida en Tremembé. Tengo tres condenas abiertas, más la fuga en veintiséis. Voy a comer unos treinta años, tal vez. Salgo, si salgo, con setenta y pico.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué harías esto? ¿Por mí?

Júlia me miró. Fue una mirada larga, tal vez de unos ocho segundos, del modo en que Andreia me había mirado en el foro en noviembre de veintiséis, pero con otra carga.

—No es por vos, Clara.

—¿Por quién?

—Por Marlene.

No hablé.

—Hiciste una fundación con su nombre, Clara. Pusiste el nombre entero de mi amiga en una fachada de una casa antigua de Curitiba. Estás sacando mujeres de adentro de casas como aquella en la que ella murió. Estás haciendo, con el dinero de la mujer que la mandó matar, la cosa que ella hubiera querido que alguien hiciera. Tengo dos opciones, Clara. Puedo quedarme acá en Bahía veinte, treinta años más, cuidando a una viuda anciana que no sabe quién soy, esperando a que la vejez me agarre y me vuelva igual a Lúcia en cámara lenta. O puedo usar la única cosa que todavía tiene valor de mercado en mí, que es lo que sé, para proteger lo que sobró de Marlene en el mundo. Elijo la segunda opción.

—Marlene era tu media hermana.

Júlia se detuvo. Fue lo primero que dije que pareció sorprenderla.

—¿Cómo sabés eso?

—Andreia lo dijo en el foro, en noviembre de veintiséis. Dijo que ustedes dos son hijas biológicas de Heitor con madres distintas. Dijo que hay examen de ADN.

—Lo hay.

—¿Marlene también?

—No. Marlene no tenía sangre Vasconcelos. Era empleada de la casa desde hacía quince años cuando quedó embarazada de Eduardo. Marlene era la única persona en esa historia que no era nadie de nadie. Por eso podían matarla.

Hizo una pausa. Tomó un sorbo de agua.

—Pero tenés razón en un punto, Clara. Andreia es mi hermana. Crecí sabiéndolo. No lo dije ni a ella ni a vos porque era la única ventaja que tenía. Sabía más sobre Andreia que la propia Andreia. Lúcia me usó en esa finca veinte años sabiendo que yo sabía, y me dejó viva porque yo era el seguro contra Andreia. Si Andreia algún día lo descubría, y Lúcia no estaba presente para controlar la situación, yo existía para confirmar.

—¿Y Lúcia? Ustedes dos, ustedes tres, ustedes todas, con sangre Vasconcelos. ¿Lúcia también era?

Júlia negó con la cabeza.

—No. Lúcia era esposa. Estéril. Se casó con Heitor en sesenta y tres, tuvo un hijo en sesenta y ocho que murió de meningitis en setenta y dos, y quedó estéril después. Heitor buscó continuidad biológica afuera. Fue engendrando una hija acá, otra allá, según se relacionaba con las empleadas. Lúcia sabía de cada una y administraba. Andreia fue la única que eligió traer a la casa y criar como hija legítima. Las otras — yo, y otras tres que sé que existen pero nunca conocí — quedaron afuera.

—¿Por qué eligió a Andreia?

—Porque Andreia era la más inteligente. Severina, su madre, era empleada de despensa, pero era la mujer más lúcida que Lúcia había conocido. Lúcia eligió por la inteligencia, no por la madre. Y

acertó en la intuición. Andreia fue exactamente lo que Lúcia necesitó.

Tomé agua.

—Júlia.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte algo, sin que tengas que responder?

—Podés.

—Renato. En la ambulancia me dijo tres cosas, y me dijo que dos eran mentiras suyas para protegerme. Dijo que no tenía nieta — pero la tiene, es Beatriz. Dijo que Henrique era hijo suyo con Marlene — pero no lo es, es hijo de Eduardo, como vos siempre dijiste. Y dijo la tercera cosa, sobre que vos habías matado a Marlene, que era mentira y que él la había confirmado para alejarme de vos. Todo eso coincide con la carta que dejó para Wilson. Pero hay una cosa que no me explicó ni en la carta ni en la ambulancia.

—¿Cuál?

—¿Por qué te protegió, Júlia? ¿Por qué quería que yo te viera como asesina, pero al mismo tiempo te protegió de Andreia durante años en la finca? ¿Por qué incendió la casa para que vos salieras, y no para salir él?

Júlia se quedó muy quieta. Miró la mesa. Su mano sobre el vaso. El café detrás de mí, por encima de mis hombros.

—Renato —dijo, despacio— estaba enamorado de Marlene.

—Lo sé.

—Y cuando Marlene murió, en veintiuno, me prometió, el día del entierro, que iba a sacarme viva de aquella casa aunque le costara la

vida. Cumplió la promesa. Eso fue todo. No tenía más motivo que ese. Era un hombre simple así. Cuando incendió la casa, la incendió para mí. Lo sé porque lo vi en sus ojos, tres meses antes, un día en que me trajo sopa al sótano y dijo, sin más ni menos: *va a ser en mayo, doña Júlia. Aguantá hasta mayo.*

Tragué.

—Bien.

Júlia me miró.

—Estás llorando, Clara.

—Estoy.

—¿Por qué?

—Porque Renato merecía haber sobrevivido. Y decidió no sobrevivir. Y no pude impedirlo.

Estiró la mano. La puso sobre la mía, sobre la mesa. Fue un toque rápido, de unos tres segundos. Después la retiró.

—Nadie iba a poder impedirlo, Clara. Lo había decidido en veintiuno. Vos no tenías cómo.

Nos quedamos en silencio un rato. El mozo pasó, preguntó si queríamos algo más. Júlia pidió café. Yo pedí también. Se fue.

—Júlia.

—Sí.

—La oferta. Lo dijiste en serio.

—Lo dije.

—No la voy a aceptar.

Me miró.

—¿Por qué?

—Por tres motivos. El primero: no me corresponde aceptarla. Que te entregues o no es decisión tuya, no mía. No voy a beneficiarme de una decisión tuya que yo autoricé.

—¿El segundo?

—El segundo es que tengo a Helena. Helena va a bloquear la delación de Andreia por sus canales, va a abrir contranarrativa, va a sostener el testamento por unos años más. Tal vez perdamos al final. Tal vez no. Pero es el juego legal, y voy a jugar el juego legal hasta donde se pueda.

—¿El tercero?

—El tercero es que creo que merecés quedarte viva fuera del penal, Júlia. Independientemente de lo que hiciste. Soy enfermera. Estoy del lado de la vida.

Júlia me miró un rato. Agarró el café que el mozo acababa de traer. Tomó un sorbo. Apoyó la taza con cuidado.

—Sabés que puedo entregarme igual, Clara.

—Sé.

—Sabés que voy a pensarlo.

—Sé.

—Y sabés que si me entrego, también va a ser por mí, no sólo por vos. Porque vivir en Bahía cuidando a doña Yolanda es una versión menor de mi vida en la finca, y eso ya no lo aguanto más.

—Lo sé.

—Entonces estamos decidiendo lo mismo, con motivos distintos.

—Lo estamos.

Júlia sonrió. Pequeño. Triste. Verdadero.

—Clara.

—Sí.

—Quería pedirte una última cosa antes de que te vayas.

—Pedí.

—Cuando hagas la intervención del aniversario de la fundación en octubre, y Beatriz haga la suya, guardá una silla reservada en el auditorio. Vacía. Yo no voy a estar ahí. Pero quiero saber que hubo una silla que era para que yo estuviera.

—Bien.

—Bien.

Me levanté. Puse plata sobre la mesa, más que la cuenta. Júlia también se levantó. Nos quedamos de pie en el medio del café, con más o menos un metro de distancia. No nos abrazamos. No se podía. Pero Júlia extendió la mano.

Apreté.

Su mano estaba tibia. Firme. Viva.

—Chau, Júlia.

—Chau, Clara.

Salí. Crucé la calle João de Deus, pasé por la puerta del Cravinho, le hice señal a Helena, seguí caminando hacia el hotel sin mirar atrás. Helena pagó su cuenta en medio minuto y me alcanzó en la esquina.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo.

—Me contás en el hotel.

—Cuento.

Subimos por la calle del Carmo de vuelta. El sol de las dos y cuarto de la tarde de Salvador golpeaba las paredes de colores de las casonas antiguas, con aquella luz que parece detenerse en todo. En algún momento de la subida, agarré la cadenita de plata que estaba por dentro del cuello de la camisa y la saqué hacia afuera.

No como señal para Helena, que ya me había visto. Por otro motivo.

No sé bien por cuál motivo.

Coda

Júlia se entregó el siete de junio de dos mil veintiocho, dieciséis días después de nuestro encuentro, en la sede de la Policía Federal en Salvador.

Me enteré por el diario.

Entregó la ubicación de los cinco cuerpos, más dos que Andreia no conocía. Confirmó la versión completa que me había prometido. Fue trasladada a Tremembé la semana siguiente. La delación de Andreia fue denegada en julio — perdió valor de mercado, porque Júlia había entregado todo primero. El testamento de Lúcia quedó en pie. La fundación siguió.

Helena me llamó el día de la noticia.

—Clara, ¿sabías que iba a hacer esto?

—Sabía que podía. Le dije que no lo hiciera.

—Le dijiste.

—Le dije.

—Pero sabías que lo iba a hacer.

—Pensaba que sí.

Helena se quedó en silencio del otro lado de la línea. Yo también.

—Clara —dijo, finalmente—. ¿Sabés qué significa eso para vos?

—Sé, Helena.

—¿Qué significa?

—Que sobreviví.

Helena respiró.

—Más que eso, Clara.

—¿Qué?

—Significa que venciste. Y significa que ahora tenés que vivir con lo que quedó.

Corté.

Epílogo corto

El quince de octubre de dos mil veintiocho, en el auditorio de la Fundação Marlene Aparecida dos Santos, en Curitiba, Beatriz Pereira de Oliveira, diez años, nieta de Renato Aparecido de Oliveira, hizo una intervención de tres minutos sobre lo que era estudiar en el Colégio Medianeira.

Habló de un libro que estaba leyendo. Habló de una amiga nueva. Habló de una materia de matemática que no le gustaba y de otra de portugués que le gustaba mucho. Habló de su madre, de Cristina, sentada en la segunda fila del auditorio con un vestido azul.

No habló del abuelo. No lo sabía.

En la tercera fila, del lado derecho, había una silla reservada con una tarjeta blanca encima del almohadón, escrita a mano, con mi letra:

Para Júlia.

La silla quedó vacía toda la noche.

Cuando Beatriz terminó la intervención, todo el mundo aplaudió. Yo también. Helena, a mi lado, aplaudió. Mariana, en el escenario, aplaudió. Tati, que había venido desde São José para la ceremonia, aplaudió de pie.

Miré la silla vacía.

Pensé que, en algún lugar del estado de São Paulo, dentro de un penal que no conocía personalmente, una mujer de cuarenta y pico de años, que había sido mi casi enemiga y mi casi aliada y mi casi hermana por motivos que no caben en ninguna palabra única, tal vez estaba, en aquella misma hora, acostada en una litera, leyendo un libro cualquiera, sin saber que tenía una silla reservada.

Pero tal vez lo sabía.

Júlia siempre supo más de lo que parecía.

Me senté. Empezó la intervención siguiente. Mariana subió al micrófono para anunciar la próxima beca del ciclo de dos mil veintinueve.

Y en algún momento de aquel auditorio, con las luces amarillentas sobre el rostro de Beatriz en el escenario y Cristina llorando bajito en la segunda fila y la silla vacía de la tercera del lado derecho y Helena a mi lado hojeando el programa del evento como si dos años antes no me hubiera salvado la vida tres veces en tres conversaciones distintas —

en algún momento de aquel auditorio, entendí, por primera vez desde el dieciséis de mayo de dos mil veintiséis, que ya no era la enfermera de la Fazenda Boa Vista.

Era otra cosa.

Todavía no tenía nombre.

Pero era mía.